

JUAN

UTONOMA DE NUEVO

CCI

INSTITUTO DE BIBLIOTECAS

FEVAL

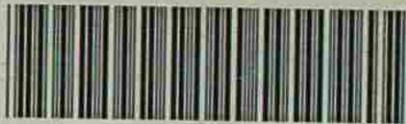
LAS HIJAS
DE
LA LUNA

2

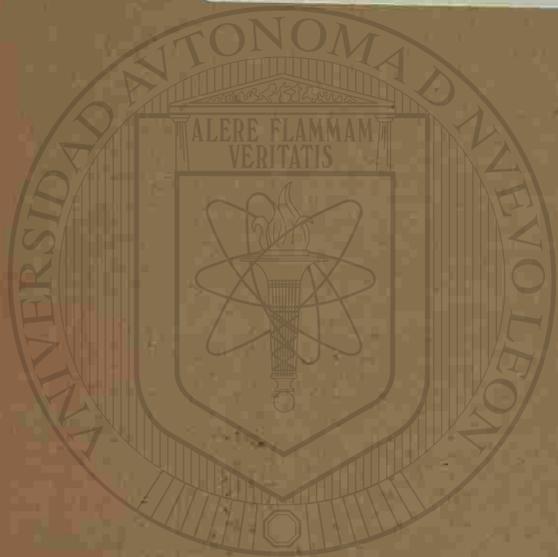
PQ2244

.F2
H558
v.2

LD



1020026442



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



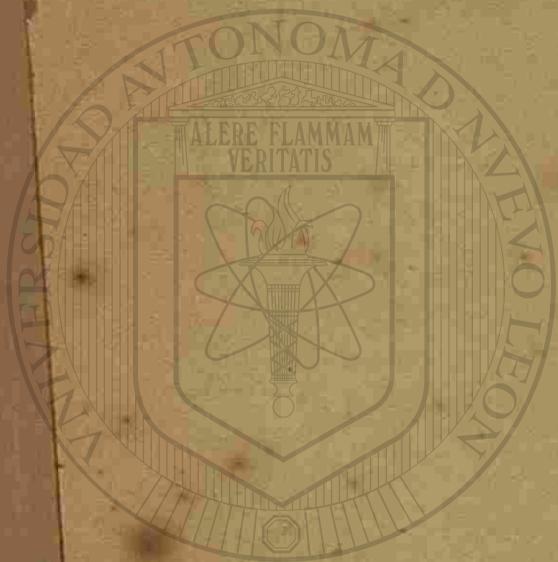
UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

N
Núm. Clas. F 4287 h
Núm. Autor 30125
Núm. Adg. 8
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catalogo _____



LAS

HIJAS DE LA LUNA.



FONDO
RICARDO GONZÁLEZ
Edición de EL HERALDO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 30125

MEJICO.

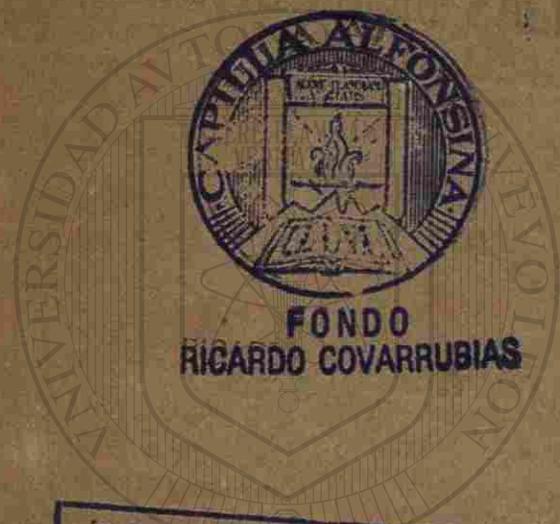
IMPRESA DE JUAN R. NAVARRO,
calle de Chiquis número 6.

1855.

098901

843
2.

002244
F2
H558
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS HIJAS DE LA LUNA.

I.

DOS PIEDRAS.

El marqués de Pontalés era un hombre prudente que no gustaba nada de aventuras; únicamente por necesidad se había unido á la expedición de aquella noche.

Mr. de Blois y él trataban en efecto de potencia á potencia, y desde el momento en que Mr. de Blois se ponía á trabajar, no podía retroceder Pontalés.

Era la primera vez que se entregaba á aquella clase de trabajos. Hasta entonces había permanecido á la espalda de Roberto, contribuyendo gustoso á los gastos de la guerra, pero no presentando nunca el cuerpo á combate.

Esto le sentaba mejor.

Y ciertamente hubiera mirado sin duda como un impostor á cualquiera que le hubiese anunciado aquella misma mañana los acontecimientos de aquella noche.

El marqués de Pontalés, propietario de sesenta mil libras de renta, jugando al escondite entre las malezas y desafiando á los tribunales como un malhechor....

Pero las circunstancias son muy poderosas y el hombre mas hábil empeñado en ciertas empresas, debe jugar el todo por el todo en un momento dado.

Esto no quiere decir que Pontalés al pasar el rio Oust con sus cuatro compañeros no hiciese reflexiones bastante tristes. Hubiera vaciado su bolsa con el mayor gusto por ser trasportado repentinamente contra las murallas de su castillo.

Puédese tambien pensar que á pesar de los deseos antiguos y apasionados que de destruir la antigua influencia de los Penhoel y reemplazarlos tenia, no hubiera empeñado la batalla si hubiese previsto desde el principio los peligros de aquella noche.

Entonces habia avanzado mucho para retroceder.

El peligro era grande delante como detrás y las probabilidades de salvacion se encontraban de la parte del crimen.

Una vez que se hubo pisado la tierra al otro lado del agua, fué escogido Bibandier para dirigir las operaciones. Esto no era derogar, sino servir

bajo las órdenes de un general glorioso. Pontalés era marqués, Roberto se decia caballero y Bibandier no era mas que un simple presidario prófugo; pero la historia está llena de estos ejemplos, donde se ve á los príncipes ceder el mando á valientes oficiales hijos de la fortuna.

Bibandier se mostró en seguida á la altura de su nueva autoridad.

Su primer cuidado fué acordarse del batel que habia servido para pasar las dos hijas del tío Juan.

—Vamos á necesitar ese cascarn de nuez, dijo agarrando el gancho.

Y se puso á bogar á lo largo de la orilla hasta que hubo llegado al batel, arrastrado por la corriente: lo sujetó con el gancho, amarrándolo mas arriba del camino de Redon, á uno de aquellos mismos sauces que habian servido de refugio á Roberto y Blas la noche de su llegada al castillo de Penhoel.

Luego volvió hácia su pequeño ejército, tranquilo y sin darse la mayor prisa.

—El batel iba derecho á la olla de la Dama Blanca, murmuró; así no habrá necesidad mas que de dejarlo correr mejor.

—¡Ah! dijo Roberto; es preciso tomar un partido.... Deben llevarnos alguna delantera, pero no nos costará mucho trabajo ni tendremos que esperar para atraparlas.

—¡Atraparlas!.... repitió el bandido; preciso, serian mejores piernas que las nuestras.... Si co

mo yo las hubiéseis visto correr á media noche por los campos.... ¡Vuela, Jugnete!.... ¡Vuela, Pequeñito!.... ¡Son muy buenos ginetes las tales chiquillas!

—¿Y qué vamos á hacer?

Bibandier sacó del bolsillo la pipa y el eslabon.

—¿Quereis encender, Mr. Roberto?..... dijo; aun tendremos tiempo suficiente para fumar una pipa.

—No se trata de chancearse, dijo Mr. de Blois con tono imperioso.

De un solo golpe seco y maravillosamente dado consiguio hacer arder la yesca el antiguo bandido; luego llenó su pipa de tabaco y la encendió, haciendo sonar los labios.

Pontalés ocultaba su fisonomía bajo las desmesuradas alas del sombrero. La fria insolencia de aquel bribon, como le llamaba desde el fondo de su corazon, no le presagiaba nada bueno. Mr. Le-Hivain pensaba en su casa devastada.

Blas se acercó á Roberto, que golpeaba el suelo con impaciencia.

—Si no le dejais que haga lo que quiera, dijo en voz baja, no conseguiremos nada esta noche.

—¡Al menos que se explique!

—En cuanto á eso, dijo Bibandier apoyándose sobre la yerba, voy á hacerte un programa, Americano.

Roberto se estremeció. Hacia mas de tres años que no habia sonado en sus oidos aquel nombre, y

desde el mismo espacio de tiempo afectaba el pobre Bibandier en su presencia el mas profuado respeto.

El antiguo bandido replicó mientras Blas reia, ocultándose de Roberto:

—¡Aquí no hay mas personas prudentes que el Zalamere y yo!....

Blas cesó de reir.

—El señor abogado, prosiguió Bibandier, que se cree muy bien oculto bajo su sombrero de paja, podría deciros que en un proceso el cliente no da consejos á su defensor.

La fisonomía de Macrocéfalo se prolongó notablemente. El marqués temia ser á su vez reconocido.

Pero Bibandier, fuese porque ignorase verdaderamente el nombre de su cuarto campañero, fuese por gusto de tranquilizar á Pontalés, replicó en seguida:

—En cuanto al otro no puedo hablar, puesto que no tengo el placer de conocerlo.... Vamos; no te alteres, Americano; ya voy á decirte el programa de las operaciones; como decia Benaparte, esperar y hacerse el muerto; helo aquí.

—Y durante ese tiempo, objetó Macrocéfalo, saquearán mi domicilio.

—Esactamente.

—Y serán robados los documentos, añadió Roberto.

—Me parece muy natural, hijo mio.

—Escucha, dijo Roberto, que queria intentar hacer uso de su autoridad: se te ha prometido pagarte espléndidamente, pero no se te ha dado derecho para insolentarte.... Haz tu trabajo ó veto.

—¿Dónde? preguntó Bibandier con dulzura; ¿á Redon?... ¿á decir al señor procurador del rey lo que pasa aquí?... Americano, tú no me crees capaz! ¡Qué diablos! Hoy se arrastra uno como una culebra para mañana levantarse tan orgulloso como un leon: ya sabes lo que es la vida!... Vamos, añadió cambiando de tono; somos unos niños, Mr. Roberto! Concedo que he hecho mal y os pido mil perdones.... Entre caballeros no se puede hacer otra cosa.

Levantó y tendió con una gracia muy noble su mano, que Roberto no se atrevió á rechazar.

—Así pues, prosiguió, está ya arreglado el negocio; el honor está satisfecho!... Ahora hablemos de cosas formales.

Si estuviésemos en un país civilizado donde para ir de un punto á otro no hay mas que un camino, os diria: marchemos y persigamos á nuestros angelitos con la espada en la mano; pero aquí en la aldea de Bains, donde se mezclan y cruzan mas de mil senderos y caminos, si nos separásemos y tomásemos cada uno un camino, se podría apostar uno contra mil á que las chicuelas pasaban entre nosotros sin que pudiéramos de ningun modo cogerlas.

—Es verdad, dijo Blas.

Y en efecto, la reflexion era tan rigorosamente precisa, que nadie encontró la menor objecion que hacer.

—Hubieras podido explicarte desde un principio, murmuró únicamente Roberto.

—Pudiera recoger esa palabra, replicó Bibandier con gravedad; pero sacrificio una susceptibilidad legítima al interés general. Queda ya suficientemente probado que perseguir á las chicas seria una barbaridad: resta ahora por saber cómo podremos darles caza.

Creo haber resuelto el problema antes que ninguno diciéndoos: Esperemos.

—¿Pero y si entre tanto pasan el rio? observó Macrocéfalo.

—¡Buena idea! Entre tanto.... eso quiere decir por el molino de los Houssayes, porque no hay otro pazo posible.

Pues bien! el Americano y ese caballero á quien no tengo el honor de conocer, pueden emprender la marcha con velocidad é ir á guardar el puente de los Houssayes.

—Así es, exclamó Pontalés ébrio de alegría por tener un pretexto para alejarse del lugar probable de la accion; Mr. de Blois, estoy á vuestras órdenes.

—Y si vienen por allí, preguntó Roberto, ¿les impedimos el paso?

—Nada de eso, contestó Bibandier; os separareis muy políticamente, porque habreis tenido tiempo

de levantar cinco ó seis tablas del puente, y por allí es muy ancho y profundo el río.

Pontalés tenía fría hasta la médula de los huesos, á pesar del sofocante calor que hacía.

Roberto le tomó del brazo y siguieron la corriente del agua á pasos precipitados.

—Cinco ó seis tablas cuando menos, pero mejor seis que cinco, les gritó desde lejos el buen sepulturero, porque Juguete y Pequeñito saltan como cabras.

Pontalés y Roberto se perdían ya en la oscuridad.

—Nosotros, dijo Bibandier conduciendo hácia los sauces á sus dos camaradas, pongámonos de reten si gustais. Vos, señor embrolla-pleitos, estais encargado especialmente de las cuerdas, y ahora silencio.

Estaban acostados sobre la yerba.

Al combinar la parte de su plan relativo al puente de Houssayes, no había contado Bibandier con la admirable agilidad de los dos caballitos. Pontalés y Roberto estaban aún ocupados en levantar la primera plancha cuando oyeron á lo lejos el galope de Juguete y Pequeñito. Levantáronse irresolutos, colocándose á la cabeza del puente sin saber lo que iban á hacer.

Solo su vista detuvo á las dos jóvenes, que dirigieron su carrera hácia la barca.

Pontalés y Roberto abandonaron entonces su puesto para seguir las á lo lejos.

Cuando llegaron á Port-Corbeau encontraron muy adelantada la maniobra.

Diana y Elena con unos pañuelos en la boca y solidamente agarrotadas, estaban en el fondo del batel.

Bibandier tenía el gancho en la mano.

—¡Ahl ¡ahl dijo probando las cuerdas que sujetaban las piernas y los brazos de las dos jóvenes; ya está hecho todo en regla, y se os puede dar la patente de saber hacer nudos escurridizos, señor embrolla-pleitos.

—¿Tenían los documentos? preguntó vivamente Roberto.

—Sí por cierto, contestó Bibandier. ¡Ahl Con niñitas como estas se haría fortuna en Paris. Se meten por el ojo de una aguja.

—Dame los papeles, dijo Roberto.

Bibandier le rechazó suavemente.

—Nadie se los va á comer, buen hombre, murmuró; pero es preciso que las cosas se hagan con regularidad. Cuando todo esté acabado daré la cuenta; hasta entonces paciencia.

—Quiero que me des esos papeles, repitió Roberto con imperioso tono.

—El rey dice: Queremos... murmuró el antiguo bandido. Yo quiero que me dejes en paz... y si no me dejas, añadió irguiéndose con altivez y seguridad, me planto y tú procurarás acabar el asunto.

—No insistais, murmuró Pontalés al oído de Roberto; ese hombre quiere algunos luses mas y se los daremos.

—Ahora, señores, dijo Bibandier, hacedme el obsequio de desearme un buen viaje. Voy á partir.

—¡Solo no! exclamó Roberto, que concebía vagas sospechas; es preciso que al menos te acompañe Blas.

Blas hizo un gesto marcado de desagrado, pero ni se tomó el trabajo de negarse.

—El batel no soportaría el peso de cuatro personas... objetó Bibandier sin perder nada de su calma singular, mezclada de una especie de burla que conservaba desde el principio de la aventura; quiero ahogar á mi prójimo simplemente, pero el suicidio repugna á mis principios.

Entró en la barca, poniendo un cuidado escrupuloso en colocar á las dos jóvenes á derecha é izquierda para poder maniobrar sin hacerles daño.

—Los dos querubines estarán aquí tan cómodamente como en sus lechos! dijo agitando el agua con el extremo del gancho.

Ninguno entre los cuatro cómplices del crimen podía librarse de la opresion que su corazon sentia. Todas las miradas se fijaban por una especie de fascinacion sobre las dos pobres niñas, acostadas en el fondo del batel. La alegría del bandido sombreaba mas el carácter atroz de aquella escena.

Diana y Elena estaban tendidas de espaldas con los brazos atados en cruz.

La luna, que cortaba en aquel momento las nubes que cubrían el cielo, mostraba la gracia esquisita de sus cuerpos y sus pálidos rostros, en que se leía la resignacion del martirio.

Bibandier solo permanecía tranquilo ante aquel desgarrador espectáculo.

—Señores, dijo mientras separaba el barco de la orilla, voy á daros un buen consejo..... La fiesta continuará en el castillo.... Creedme; id á dar algunas vueltas de vals: siempre es bueno tener presente la coartada.

Este término de tribunal sonó como una amenaza en los oídos de los tres cómplices, que se dirigieron en silencio hácia la barca; pero Bibandier los llamó repentinamente.

—Hacedme aún otro obsequio, si gustais, dijo. Olvidaba embarcar dos piedras para impedir que los angelitos suban á flor de agua.

Un sudor frio corrió por las sienes de Pontalés. Macrocéfalo fué el que acercó las dos piedras.

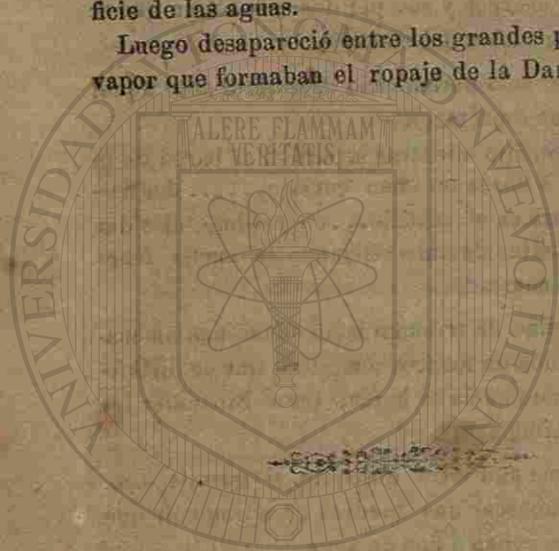
Bibandier abandonó al fin la orilla, dejando al batel deslizarse por la superficie mientras cantaba él una de esas canciones lentas y tristes que miden el trabajo de los forzados en la tarea.

La luna brillaba, argentando con sus rayos la especie de nubes que formaba el vapor suspendido sobre la cascada de Tremoulé.

La Dama Blanca parecia orecer y mecerse lentamente sobre el abismo.

Los cuatro compañeros vieron durante algunos minutos deslizarse tranquilo el batel por la superficie de las aguas.

Luego desapareció entre los grandes pliegues de vapor que formaban el ropaje de la Dama Blanca.



II.

POBRES NIÑAS!

Roberto de Blois, el marqués de Pontalés y sus dos compañeros subieron al castillo de Penhoel. Todos marchaban en silencio. De cuando en cuando se volvía uno de ellos, como á pesar suyo, para dirigir una mirada furtiva hacia donde se elevaba la Dama Blanca, iluminada por los rayos de la luna.

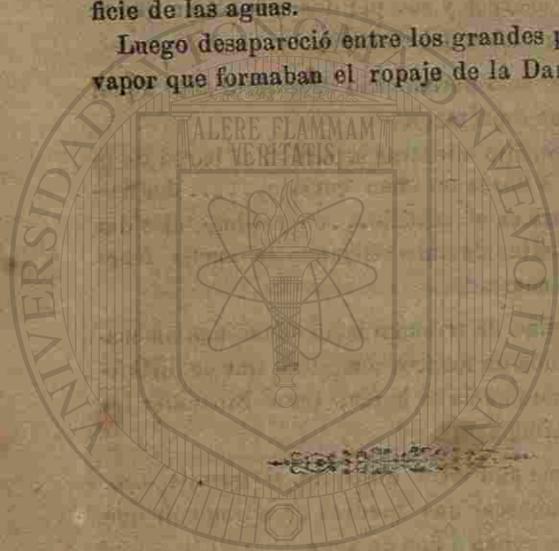
Parecía oír á lo lejos el ruidó sordo y siniestro de la cascada de Tremeulé.

En las malezas que cubrían toda la vertiente de la colina había un camino que conducía á la cabaña de Benito Haligan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los cuatro compañeros vieron durante algunos minutos deslizarse tranquilo el batel por la superficie de las aguas.

Luego desapareció entre los grandes pliegues de vapor que formaban el ropaje de la Dama Blanca.



II.

POBRES NIÑAS!

Roberto de Blois, el marqués de Pontalés y sus dos compañeros subieron al castillo de Penhoel. Todos marchaban en silencio. De cuando en cuando se volvía uno de ellos, como á pesar suyo, para dirigir una mirada furtiva hacia donde se elevaba la Dama Blanca, iluminada por los rayos de la luna.

Parecía oír á lo lejos el ruidó sordo y siniestro de la cascada de Tremeulé.

En las malezas que cubrían toda la vertiente de la colina había un camino que conducía á la cabaña de Benito Haligan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los cuatro cómplices atravesaron ese camino á cincuenta pasos mas arriba de la pobre habitacion del anciano.

Oyeron á Benito Haligan que con voz trémula y cavernosa cantaba la oracion de los agonizantes.

Apretaron el paso.

Al llegar á la puerta del castillo se detuvo Roberto, levantando bruscamente la cabeza.

—¡Era necesario!... dijo en voz baja, y además, bien hecho está lo hecho. Repongámonos, señores, y no entremos en el castillo con estas fisonomías de duelo.

—Tiene razon, dijo Blas.

Macrocéfalo añadió:

—Nada se puede hacer con los hechos consumados.... Encargaré á la vieja Ivona, mi criada, que rece por ellas todas las tardes..... Y estoy convencido de que el señor marqués de Pontalés sacrificará gustoso una veintena de escudos para hacerles decir misas.

Pontalés enjugó el sudor que corría por su frente.

—¡Daré veinte luisas á la iglesia de Glenac!... balbuceó, y cincuenta á la de Redon!... ciento á la de Rennes....

—Pues entonces, dijo sencillamente el abogado, si no se llegan á contentar con eso....

Roberto y Blas no pudieron contener una carcajada. La impresion lúgubre era una cosa olvidada ya y ninguno de los cuatro cómplices se arrepentia verdaderamente por cierto, por lo que no

les costó mucho trabajo recobrar su antigua y risueña serenidad, que tanto convenia y tan propia era de aquel dia de fiesta.

Se separaron con el objeto de entrar en el baile por diferentes puntos.

El baile se habia animado en el salon de césped. Todos tomaban la revancha con placer. Desquitábanse de la larga hora de aburrimiento que se habia soportado oyendo los gemidos de las tres gracias Babouin-des-Roscaux-de-l'Etang. En el momento de terminar encuentra casi siempre el baile una alegría mas viva. En la ciudad redobla los compases y el ruido la orquesta; en el campo los bailarines hacen cabriolas, batiendo las palmas gritando.

Los músicos de Glenac tocaban como desesperados. Habian entonado el sonsonete interminable conocido bajo el nombre de *danza bretona*, en la que se pueden hacer hasta ciento cincuenta figuras, segun los inteligentes.

Bailarines y bailarinas entusiasmados por aquella música nacional saltaban con una especie de frenesí. Se mezclaban, se empujaban y caian sobre el césped lanzando sonoras carcajadas.

Era encantador.

Y los convidados de Penhoel no podian quejarse de ser abandonados por sus huéspedes. Es cierto que René no se habia presentado en toda la noche; pero Marta habia vuelto á aparecer llevando buenas noticias del Angel.

Entonces presidia ella la fiesta sentada junto á Juan de Penhoel.

Su rostro estaba aún muy pálido; pero el esfuerzo que hacia daba á sus facciones regulares y nobles una apariencia de regularidad.

Nada mas triste que la parte respetable de la asamblea. Aquellas damas y aquellos caballeros habian vuelto á ocupar su retirado rincon, presentando un aspecto cada vez mas desconsolador.

Los párpados de todos se bajaban impulsados por el peso del sueño.

El caballero adjunto y su señora, mad. Kerbichel, la viuda mad. Clara Lebinihic y los tres vizcondes permanecian bajo la impresion producida por los talentos de las tres gracias Babonin. Las tres gracias Babonin-des-Roseaux-de-l'Etang miraban con rencor á los bailarines victoriosos sin poder ocultar su detestable humor.

Aria habia tenido en efecto poco éxito, Romanza habia dado algunos notabilísimos gallipavos y Cavatina, mas desgraciada aún que sus dos hermanas, al acabar la serie de aullidos deplorables que dominaba su *pieza concertante*, habia podido advertir que el salon de césped se habia convertido en un desierto.

Solo su hermano Numa la habia escuchado hasta el fin como era su riguroso deber.

En esta disposicion la galería estaba un poco menos locuaz que momentos antes, pero tambien era

su veneno mas excesivo y mas acre; cada palabra era una mordedura.

Pasábase de los grandes á los pequeños, todos tenian su parte; se asesinaba á los que se habia despreciado al comenzar la noche.

En aquel momento la sociedad calumniaba ligeramente. Pasaba de uno á otro, prodigando á Lola, por ejemplo, que se distraía con el joven Pontalés, epítetos estremadamente característicos, desgarrando un poco á Penhoel, ausente, y aventurando sobre la Señora hipótesis ante las que hubiera seguramente retrocedido una murmuracion insolente.

En seguida se pasaba al Angel para ir á caer sobre alguna de las parejas que bailaban la danza bretona.

Luego se preguntaba cuál era la vida que observaban las dos hijas del tio Juan, Elena y Dianal que hacia mas de dos horas se habian ausentado de aquel lugar.

Esto seguramente era muy significativo. Casi a mismo tiempo que ellas se habia visto desaparecer á los dos vagabundos Roger y Enrique.

Las tres gracias Babonin cambiaron con este motivo con la esposa del caballero adjunto, mad. Kerbichel, observaciones de una filosofía tan excesiva, que el esposo de la última y los tres vizcondes estaban poco menos que para ruborizarse.

Una cosa estraña era que esos dos muchachos Enrique y Roger hubiesen vuelto sin las dos niñas. La Romanza explicaba esto diciendo que aquellas

señoritas habían debido ajar mucho sus tocados durante dos horas de paseo.

—¡Y desplanchar sus cofias! añadió la Aria.

La agría Cavatina se sonreía maliciosamente.

Y la caritativa asamblea se dejaba arrancar algunos entusiastas aplausos.

Enrique y Roger habían entrado juntos en el baile casi al mismo tiempo que Roberto de Blois, el marqués de Pontalés y Macrocéfalo.

Mientras que estos últimos afectaban saludar al paso como gentes á quien hace mucho tiempo que no se las ve, Enrique y Roger recorrían con miradas tristes los grupos animados de bailarines.

Su revista se había prolongado inútilmente, y al volver al salón de césped tenían la esperanza de encontrar en él á Elena y Diana.

—Tampoco están aquí, dijo lanzando un suspiro Roger. ¡Dos horas de ausencia en un baile!...

La fisonomía de Enrique era triste y pensativa.

—Ya no las volveremos á ver esta noche, murmuró, y es forzoso que esté en Redon mañana al despuntar el día; no podré despedirme de ellas... ¿Quieres encargarte para con ellas de mi último encargo?

—Antes de partir, replicó Roger, puedes verla aún.

El joven pintor movió la cabeza.

—Sería un momento cruel, dijo: las horas de reposo son para ellas cortas y raras; ¿por qué turbárselo? Y además, tal vez fuese débil en el momento

de la separación. Roger, cuando la veas le dirás que la amo, que nunca amaré á otra mujer mas que á ella, y que quisiera verla muy feliz aun cuando fuese á costa de mi felicidad.

Su voz temblaba; había en su acento una sensibilidad profunda que hacia contraste con sus modales y la continua alegría de su filosofía parisiense.

Roger le estrechó la mano.

—Le diré que eres el mas leal que hay en el universo, respondió; le diré que tal vez tienes la fortuna en el pelo de tus pinceles, y que si Dios quiere bendecir tu trabajo, volverás á Bretaña con objeto de darle tu mano y hacerla tu mujer.

—Gracias, murmuró.

Los ojos de Enrique estaban húmedos.

—¡Somos jóvenes!... prosiguió Roger con voz enmovida, y Dios es bueno; tal vez nos veamos algun día juntos y felices!...

Mientras hablaban así, recorrían el baile Pontalés, Roberto y el abogado, sosteniendo su papel de alegría forzada.

Blas servía refrescos con el objeto de hacerse presente.

En el momento en que Roger pronunciaba estas últimas palabras, llenas de esperanza, sonriendo y confiando en el porvenir, se dejó ver detrás á algunos pasos la fisonomía de Bibandier.

El estenuado rostro del bandido estaba cubierto de palidez; giraban sus ojos extraviados, y sus cabellos confusos se le erizaban sobre el cráneo.

Los dos jóvenes no lo veían; por el contrario, los cómplices que acechaban su llegada le apercibieron todos á la vez.

La sonrisa contraída de Roberto y de Pontalés se heló sobre sus labios.

Macrocéfalo hubiera querido huir, y Blas se vió precisado á dejar en una mesa la bandeja que tenían sus manos.

Parecíales á todos que todos los concurrentes veían claramente su turbación, adivinando lo que significaba la aparición de aquel rostro livido del bandido que se mostraba á medias detrás de una de las puertas del salón de césped.

Esta aparición no duró sin embargo mas que un instante. Cuando los cuatro cómplices se atrevieron á dirigir hácia la puerta la segunda mirada, había desaparecido Bibandier.

Siguió una de las desiertas calles de árboles del jardín, dirigiéndose á la aventura á una plazuela desierta.

Al pasar sin saber lo que hacia, apagó los faros de colores como si la luz hubiese herido sus ojos.

Reinó la oscuridad mas completa en el sitio donde se habia detenido Bibandier.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Apenas habia trascurrido un minuto cuando llegaron sus cómplices uno despues del otro.

Ninguno se atrevía á preguntar el primero.

—¡Y bien!... dijo Bibandier con voz apagada; ¿no me preguntais nada de mi historia?

Habia algo de solemne y extraño en la emoción suprema de aquel bandido sin corazón, que habia conservado por tanto tiempo delante del crimen su fría y cínica alegría.

En aquel momento temblaba todo su cuerpo y parecía pronto á desfallecer.

—¿Qué os ha sucedido? preguntó al fin Roberto.

Bibandier se apoyó vacilante en el enramado de la plazuela.

—¡Han muerto! dijo... Las dos eran muy hermosas!... pero sin embargo, han muerto!

—¿Y nadie os ha visto? preguntó Macrocéfalo.

—¡Muertas!... repitió el bandido, que ocultó la cabeza entre sus manos: mientras cantaba conduciéndolas hácia la Dama Blanca, me miraban las dos con sus dulces y angelicales ojos... Aun estoy viendo... replicó estremeciéndose, sus bellos y delicados cuerpos tendidos en el fondo del batel! Se detuvo.

Le faltaba la voz.

Los cuatro cómplices le escuchaban inmóviles; un sudor frío inundaba sus frentes.

—¿No ha preguntado alguno, añadió sin levantar la cabeza, si se me habia visto?

—¡Yol!... balbuceó Le-Hivain.

—Un hombre me ha visto... respondió Bibandier... y ha visto tambien cuántos érais vosotros.

—¿Quién es ese hombre? preguntaron los cuatro cómplices, confundiendo sus voces en una sola.

Bibandier guardó silencio.

Luego prosiguió como hablándose á sí mismo:

—Lo habia prometido y era preciso concluir! Cuando levanté a la primera en mis brazos, se agitó la otra en el fondo del batel y vi llenarse de lágrimas sus grandes y hermosos ojos..... No podian hablar, pero se buscaban sus miradas.... ¡Tuve lástima!.... aproximé sus dos rostros y sus bocas pudieron unirse por última vez.... Luego les até al cuello las dos piedras que Mr. Le-Hivain me habia dado.....

Al día siguiente por la mañana vió una solemnidad la aldea de Glenac. Era una función de muy opuesto género á la precedente.

La iglesia estaba toda ella colgada de negro, y los aldeanos que hemos visto reunidos en la pradera en torno de los fuegos artificiales de San Luis, se escalonaban tristes y silenciosos en el cementerio.

Acabábase de decir la misa de difuntos sobre dos féretros rodeados de velas blancas y adornados con esas frescas flores que se echan como último adorno sobre la tumba de las vírgenes.

Allí hubiéramos encontrado á todos los convidados del castillo; pero la familia no estaba representada mas que por uno solo de sus individuos, por el anciano tío Juan, sin embargo de que el nombre de Penhoel hubiese sido repetido dos veces en la oración fúnebre.

Los féretros llenos de flores contenian los cuerpos de Diana y Elena.

René, la Señora y el Angel no habian asistido á la misa fúnebre.

Lo que todavía habia causado mas sorpresa, habia sido no ver á Roger de Launoy ni al jóven pintor Enrique al lado del tío de las albarcas.

Enrique y Roger estaban en aquel momento muy lejos de la aldea de Glenac. Ambos ignoraban los acontecimientos de la noche de San Luis.

He aquí lo que habia sucedido.

Al despuntar el día, algunas horas despues de terminado el baile, habian bajado la escalera del castillo con objeto de seguir el camino de Redon.

Roger conducia á su amigo.

Al pasar bajo las ventanas de las dos jóvenes se detuvo Enrique y Roger llamó á Elena y Diana por sus nombres muchas veces.

No obtuvo respuesta.

—Están durmiendo, dijo Enrique, que colocó sobre sus hombros su paquete de viaje y partió á pasos precipitados.

—¡Escucha! Ese Roberto te detesta casi tanto como á mí y Penhoel no es ya dueño de su voluntad. Si te ves obligado á abandonar el castillo algun día, acuérdate de que soy tu hermano, y de que mi casa y bolsillo, tan pobres y pequeños como sean, serán siempre lo suficiente para albergarnos.

El carruaje partió para Rennes y Roger se quedó solo.

Las últimas palabras de su amigo escitaban en él vagos temores; pero sin embargo, estaba muy lejos de pensar que se viera nunca reducido á aceptar la hospitalidad ofrecida por su amigo.

Como entrara en la posada de maese Geraud para almorzar, le entregó éste una carta que para él acababa de llegar del castillo.

La carta estaba escrita por Mr. Roberto; René de Penhoel había puesto su firma debajo.

Esto se había hecho aquella misma mañana. Roberto parecía haberse aprovechado de la corta ausencia del jóven para dar este golpe con mas facilidad.

En algunas frases secas y respirando desprecio, se decia á Roger en sustancia que llegaba á la edad de hombre, que los viajes formaban á la juventud, y que daba compasion verle crecer lejos de la sociedad sepultado en la aldea de Glenac.

Roger leía esto con el rostro encendido. La fórmula de esta despedida la hacia mas cruel aún.

Verse despedido y con desprecio, él, el hijo adoptivo cuya infancia habia sido rodeada de ternura, él, á quien por tantos años se habia amado!

¡Ay! los presentimientos de Enrique se realizaban demasiado pronto.

Roger no dudó; tenia arrogante, el corazon y el nombre de Penhoel se veia al final de la carta. Era forzoso partir; pero Elena....

Antes de abandonar para siempre el país, su primera idea fué volver al castillo con objeto de despedirse de su pobre niña, cuyo amor llevaba consigo. Pero el temor de hallarse frente á frente con el señor de Penhoel lo detuvo.

Encerróse en una habitacion del Carnero Coronado y se puso á escribir.

El papel en que corria su pluma fué mojado mas de una vez con sus lágrimas, y sin embargo, se advertia alguna esperanza entre sus desoladas frases, porque era jóven y estaba lleno de valor.

Hablaba por él y Enrique, cuyas despedidas no le era posible hacer de viva voz; decia á las dos hermanas: Os amamos, trabajaremos y volveremos....

Maese Geraud fué el encargado de llevar la carta, que las dos pobres niñas no debian leer. ¡Ay! y Roger montó á caballo para correr tras el carruaje de Rennes.

En lugar de entregar su mensaje el buen posadero se arrodilló delante de la iglesia de Glennec, pidiendo á Dios por el alma de las dos pobres niñas muertas.

En la ausencia del señor de Pontalés y de la Señora, representaban á la familia en calidad de amigos el marqués de Pontalés y Roberto de Blois, porque el pobre tío Juan, destrozado por su inmenso dolor, estaba incapaz de ocuparse de nada.

Preciso es reconocerlo; en estas circunstancias

habían demostrado á la familia la mas solícita amistad el marqués de Pontalés, Roberto de Blois y Mr. Le-Hivain.

Ninguna persona había, ni aun el enterrador de la parroquia, el pobre Bibandier, que no hubiese dado pruebas de un afecto y respeto infinitos.

Las dos jóvenes se habían ahogado en los pantanos sin que á punto fijo se supiera cómo. Las circunstancias de su fin estaban rodeadas de un vago misterio. Decíase únicamente que habiendo querido atravesar el Oust en un frágil batel, habían sido arrastradas por la corriente á la Dama Blanca.

El enterrador Bibandier se había encontrado á la mañana siguiente los despojos del barquichuelo, y él había sido el que dió la primera noticia de la desgracia.

Después de un día entero de infructuosas averiguaciones, Pontalés, Mr. Protasio Le-Hivain, Roberto de Blois y su criado Blas habían permanecido solos en el supuesto lugar de la catástrofe con el enterrador Bibandier.

Este último, se decía, había pasado toda la noche en las cercanías de la cascada, concluyendo por sacar los dos cuerpos.

Al menos á la mañana siguiente se habían encontrado á la puerta de la iglesia dos féretros ya cerrados.

El cura era un primo de Mr. de Pontalés.

Además, nadie pensaba en suponer aquello una farsa; la desgracia era demasiado evidente. Todos lloraban, rezando en torno de aquellos dos pobres ataúdes, que tan pronto iba á cubrir la tierra.

Si alguna duda había entre la multitud, muda y consternada, no era acerca de la muerte sino sobre las circunstancias que la habían acompañado.

Elena y Diana sabían conducir una barca por el rio tan bien como el mejor pescador del Norte. Eran hábiles nadadoras.... ¿y cómo entonces no concebir sospechas?

Mas de una mirada desconfiada se fijaba á hurtadillas sobre Pontalés y Roberto.

Tal vez hubiera bastado una sola palabra para cambiar el dolor profundo en cólera, y entonces ¡ay de los asesinos! Pero esa palabra no era pronunciada por nadie.

No había prueba ninguna y el crimen no podía leerse ciertamente en las tranquilas fisonomías del marqués y de Mr. de Blois.

La impresión de horror producida por la escena nocturna de Pot-Corbeau había tenido ya tiempo de borrarse. En suma, este asesinato era necesario, y si temblaban aún al recordar los terribles detalles de su crimen, en cambio se lo aplaudían.

La alegría compensaba los remordimientos.

Estaban allí reemplazando á la familia: los aldeanos podían ver en sus fisonomías, hábilmente

arregladas, una tristeza tranquila y reconcentrada.

Las sospechas cesaban entonces: además, los aldeanos que no recitaban la oración fúnebre estaban ocupados en hablar de la catástrofe y de las pobres niñas, que habían visto la víspera tan jóvenes y bellas abrir el baile de la fiesta de San Luis.

Hombres y mujeres cuchicheaban á la puerta de la iglesia, y como es costumbre entre las buenas gentes de la Bretaña, procuraba cada uno coordinar en sus memorias un presagio de esta muerte funesta.

—¡El anciano Benito lo había dicho!... murmuraban: nadie le quería creer cuando repetidas veces decía que las niñas de Penhoel se transformarían en tres Hijas de la Luna antes del día de su muerte....

He aquí que ya son dos.

—Y la señorita Blanca esta muy enferma.

—¡Ya volverán las pobres niñas! replicaba una aldeana dando vueltas entre sus manos á un pañuelo.

Una voz sobresaltada se elevó en medio del grupo y dijo:

—¡Ya han vuelto!

Todos se estremecieron.

El que había hablado era el chicoaelo Francin. Estaba trémulo y convulsivo.

—Sí, sí, prosiguió bajando los ojos; yo soy el

primero que ha dicho el *De profundis* por la salvación de sus almas..... porque esta noche las he visto..... y he conocido muy bien que estaban muertas.

Maese Geraud atravesó la apiñada multitud cogiendo al niño por el brazo.

—¿Las has visto? balbuceó.

El aldeanito temblaba.

—Esta mañana, una hora antes de que despuntase el alba, dijo.... Iba hacia los pantanos á buscar nuestros caballos, cuando ví una cosa blanca que se movía al pié de los sauces en que se amarra la barca de Port-Corbeau. Tuve mucho miedo, pero me acordé al momento de las dos señoritas.... ¡Oh! las reconocí muy bien.... Llevaban los mismos trajes que la noche del baile.... Estaban las dos arrodilladas al pié del árbol, y hasta me pareció que cavaban la tierra....

Hice ruido al escaparme, y cuando volví otra vez para ver si estaban, habían desaparecido....

Entonábase el último himno bajo la puerta de la iglesia. Calláronse los aldeanos, mezclando sus conmovidas voces á las de los sacerdotes.

La *sociedad*, que durante el servicio fúnebre había ocupado el sitio de honor delante del altar, salía en aquel momento; la sociedad hablaba allí como en el salón de céspe.

—¡Pobres y queridas niñas!... gemía la mayor de las tres gracias Babouin: ¡quién hubiera pensado esto nunca!....

Enjugó una lágrima enteramente fingida.

—¡Lo que somos!... suspiraba Romanza.

Mad. la viuda Clara Lebinihic miraba con el estremo del ojo á los tres vizcondes para probar el efecto producido por su tocado de duelo.

—Señoras, dijo gravemente el caballero agregado de Kerbiehel, esa es la ley comun.

Numa observó:

—El pobre en su cabaña está sujeto á sus leyes.

El caballero agregado lo interrumpió:

—Y los guardias que custodian las barreras del Louvre no libran de ellas á nuestros reyes.

—¡Ahl murmuró Cavatina; los hombres no tienen corazon.... En lugar de llorar como nosotras las mujeres, citan pasajes de Bossuet ó de Voltaire.

La puerta de la iglesia se abrió y salió el cortejo escoltado por las jóvenes de la aldea. Delante de los féretros marchaban las bailarinas de la fiesta de San Luis, adornadas aún con sus trajes blancos.

El tio Juan, sostenido por el padre Chauvette, seguía el cortejo, así como Pontalés, Roberto, Mr. Le-Hivain y Blas.

—Prestadme vuestro pomo, mi querida señorita, dijo la esposa del caballero agregado á Eglantine Babouin-des-Roseaux-de-l'Étaug; temo que me voy á poner mala.

—Mi querida señora, replicó Romanza, es preciso tener alguna filosofía.... Bien sabe Dios que tanto mis hermanas como yo queríamos á esas des-

graciadas niñas como nadie; pero ahora han desaparecido de la tierra y es preciso no dejarse vencer por la desesperacion.

—Además, replicó la Cavatina exhalando un profundo suspiro, ¿á qué sentir la vida por ellas?

Toda la parte femenina de la sociedad lanzó un fuerte suspiro.

—¡Ayl replicó la Romanza; no eran felices!... Esa es la razon porque no me he incomodado como hubiera debido hacerlo cuando se me ha hablado de suicidio.

La Romanza pronunció estas últimas palabras discretamente y lo suficiente alto para que todos pudieran oirlo.

—¡Oh, señorita!... exclamaron los vizcondes.

Mad. la viuda Clara Lebinihic y la esposa del caballero agregado abrian los ojos y los oidos para escuchar estas murmuraciones de buen gusto.

La Romanza bajó mas la voz, levantando sus ojos al cielo.

—Yo no tenia conocimiento de nada, dijo; pero se ha dicho que cuando las jóvenes han sido engañadas...

—Eso está sucediendo diariamente! interrumpió mad. Clara Lebinihic.

—¡Y observad!... prosiguió la Romanza, observad si Roger y ese vagabundo de Enrique se han atrevido á presentarse en el entierro.

Buscóse entre la multitud á los dos jóvenes.

—Es verdad, dijo uno de los vizcondes; no había reparado eso.

Y en la imaginación de cada uno fué calamniada la memoria de las dos hijas del tío Juan.

El cortejo llegó á la puerta del cementerio en que se hallaban las sepulturas de Penhoel. Las tres gracias Babouin quedaron en silencio, contentas sobremanera por haber echado algunas flores sobre aquellas pobres tumbas.

El aspecto del cementerio era triste y silencioso: los cánticos habían callado.

Los aldeanos, mudos y con el rosario en la mano, se situaban á los lados de las dos huesas abiertas.

Bibandier ocupaba su puesto de enterrador.

En el momento en que estendía la mano para poner el primer ataúd en el suelo, fué sujetado de prouito por un brazo que le hizo retroceder.

Al mismo tiempo un clamor sordo mezclado de sorpresa y terror se elevó del círculo de las buenas gentes.

Entre el enterrador y las dos huesas acababa de elevarse un fantasma que se ignoraba de dónde había salido, y cuya estatura era desmesurada por falta de carnes: era un espectro.

Luego dominó la multitud un nombre.

—¡Benito Haligan!... decían; ¡Benito el brujo

Era tan extraño verle en aquel lugar, como lo hubiera sido ver salir de las entrañas de la tierra un espectro.

¿Cómo había dejado el lecho en que hacia meses soportaba su agonía? ¿Qué fuerza misteriosa le había ayudado á subir la colina?

Todos le miraban estupefactos.

Benito permanecía derecho junto á las dos huesas. Sus fijas miradas se clavaron sobre Bibandier, que volvió la cabeza, y luego sobre Pontalés, Roberto de Blois, Mr. Le-Hivain y Blas, que no pudieron menos de bajar los ojos.

Después de algunos momentos de silencio encorvó lentamente su elevada estatura el anciano barbero y tomó á peso los dos ataúdes uno después de otro.

Luego que hubo terminado esta operación, vióse vagar por sus ajados lábios una especie de sonrisa.

—Dios tenga piedad de los que viven y de los que han muerto, dijo cruzando los brazos sobre su pecho.

Saludó á Juan de Penhoel, llamándole por su nombre, y salió del cementerio. La muchedumbre se apresuró á abrirle un ancho camino.

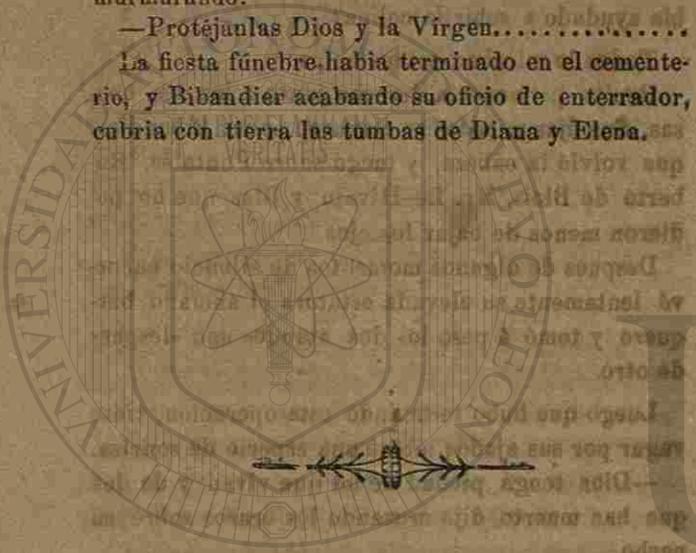
Al bajar la montaña vacilaban sus debilitadas piernas bajo el peso de su cuerpo, pero no se detuvo. No cesó de andar hasta que llegó á la orilla del Oust al pié del sauce á que estaba amarrada la barca.

Una vez allí, se arrodilló, acercando su cabeza á la tierra, que parecia haber sido movida recientemente.

Sus arrugadas y trémulas manos se juntaron, y se dejó caer estenuado por la fatiga sobre la yerba, murmurando:

—Protéjanlas Dios y la Virgen.....

La fiesta fúnebre había terminado en el cementerio, y Bibandier acabando su oficio de enterrador, cubría con tierra las tumbas de Diana y Elena.



DOS TUMBAS.

El sonido metálico y brillante del gran péndulo del salón, que daba lentamente las nueve, se oía hasta en la habitación del Angel.

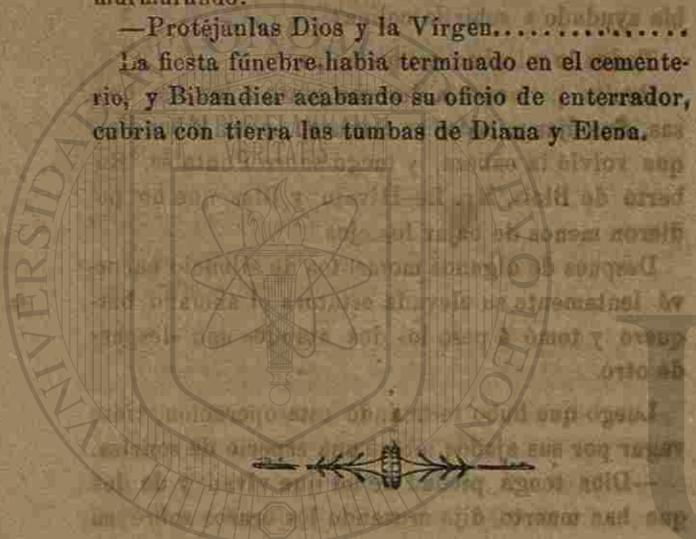
Era la noche de la misa fúnebre dicha en la parroquia de Glenac por las almas de Diana y Elena de Penhoel.

La víspera en aquel mismo momento hubiera podido sonar la gran péndula por espacio de un cuarto de hora sin que nadie lo hubiera advertido, en medio del ruido y de la algazara de la fiesta. Pero los huéspedes que habían acudido en busca del placer al castillo, habían huido ante aquel duelo que

Sus arrugadas y trémulas manos se juntaron, y se dejó caer estenuado por la fatiga sobre la yerba, murmurando:

—Protéjanlas Dios y la Virgen.....

La fiesta fúnebre había terminado en el cementerio, y Bibandier acabando su oficio de enterrador, cubría con tierra las tumbas de Diana y Elena.



DOS TUMBAS.

El sonido metálico y brillante del gran péndulo del salón, que daba lentamente las nueve, se oía hasta en la habitación del Angel.

Era la noche de la misa fúnebre dicha en la parroquia de Glenac por las almas de Diana y Elena de Penhoel.

La víspera en aquel mismo momento hubiera podido sonar la gran péndula por espacio de un cuarto de hora sin que nadie lo hubiera advertido, en medio del ruido y de la algazara de la fiesta. Pero los huéspedes que habían acudido en busca del placer al castillo, habían huido ante aquel duelo que

repentinamente se había deslizado entre la prometida alegría.

¿Qué hacer en una casa mortuoria? Los huéspedes de Penhoel hasta el último habían partido todos. Entonces en lugar de los alegres rumores del baile reinaba un silencio sepulcral; en vez de aquella muchedumbre risueña y bulliciosa que animaba los verdes bosquecillos del jardín, la soledad; en vez de las prodigadas iluminaciones, las tinieblas.

Habiérase dicho que era una casa abandonada. En toda la fachada del castillo no se veían mas que resplandores débiles atravesando apenas la seda de las colgaduras; una de esas luces ardía en la habitación de René de Penhoel, la otra alumbraba la estancia del Angel.

La Señora estaba sentada á la cabecera de su hija, cuyos ojos, hinchados por las lágrimas, acababan de cerrarse hacia algunos minutos. Blanca dormía un sueño inquieto y lleno de estremecimientos. El dolor que la había atormentado durante todo el día, se había apoderado de ella entre sueños, porque la pobre niña se quejaba y gemía.

Blanca había llorado mucho; Elena y Diana, sus dos primas á quienes tanto amaba, no existían ya. La víspera envidiaba sus sonrisas y ahora estaban acostadas en la tierra. La pobre Blanca había sufrido durante todo el día aquel dolor lleno de admiración y de espanto que se apodera de las niñas al primer aspecto de la muerte.

A su edad, y cuando no se ha visto todavía es-

pirar á una persona querida, no se cree completamente en la separacion eterna. La imaginacion rechaza mucho tiempo la idea de la muerte, y vagas esperanzas se obstinan en el fondo del corazon.

Blanca había pensado mas de una vez en el trascurso del día que todo aquello no era mas que un sueño funesto. Desde que sus párpados, fatigados por las lágrimas, se cerraban, creía ver las dulces fisonomías de sus primas sonreír á la cabecera de su lecho.

¿Acaso se muere tan fácilmente siendo joven y bella? ¿Puede abrirse la tumba al otro lado de la puerta de un salon de baile?

Los ojos del Angel estaban rojos y húmedos todavía. El sueño la había sorprendido sin duda en medio de una plegaria, porque sus manos permanecían juntas sobre su cabeza. Estaba mucho mas cambiada que la noche de San Luis. La enfermedad no podía robarle su esquisitez de belleza, pero su rostro tenía las huellas del sufrimiento físico y de la debilidad.

No se necesitaba tanto para que las miradas de Marta, atentas é inquietas, no se separaran un momento de las facciones de su hija querida. Pero aquel día tenía Marta de Penhoel fijos los ojos en el suelo hasta el extremo de parecer que se olvidaba de la presencia del Angel.

No oía las quejas que salían de la boca de su hija, no veía á la pobre niña agitarse inquieta en su

TOM. II,

30125

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

lecho y palidecer á veces repentinamente á los repetidos ataques de un dolor aun mas agudo.

La fisonomía de Marta parecia ser de piedra. Desde la caída del día estaba sentada en el mismo sitio.

No hacia el menor movimiento.

Sus ojos, fijos en la tierra, no tenian pensamiento. La sangre habia abandonado completamente sus mejillas, lívidas y como muertas.

Antes de dormirse agobiada de fatiga le habia dirigido la palabra muchas veces Blanca, pero ninguna habia obtenido respuesta.

¡Y era extraño!

¡Acogía ordinariamente con tanta avidez cada palabra que salia de la boca de su hija!...

No oia.

Cuando una tortura demasiado desgarradora destroza el alma, se llega á hacer uno insensible y sordo.

¿Pero cuál era esa tortura? Viendo las hijas del tío Juan se mostraba con ellas muy fria Marta de Penhoel.

¿La muerte de las dos pobres niñas la habia cambiado hasta el extremo de reemplazar su frialdad con pesares tristes y apasionados?

¿O tenia su dolor otra causa?

Marta estaba sola, y ningun oido amigo se abria para recibir sus confidencias. Su pensamiento era un secreto entre ella y Dios.

Cuando el sonido de la péndola llegó á sus oidos

á través de las espesas paredes, su cabeza, que se apoyaba sobre el respaldo del sillón, se inclinó hácia adelante como para escuchar.

Contó hasta nueve campanadas. Luego se cruzaron sus manos frias y blancas sobre su traje de duelo.

—¡Las nueve!... murmuró con voz breve y alterada: la última vez que cantaron dió la hora mientras repetian la segunda estrofa. Lo recuerdo bien, eran las nueve.

Se detuvo como si su imaginacion hubiese escuchado en sueños una melodia lejana.

Luego brillaron dos lágrimas en sus ojos húmedos y hasta entonces secos y abrasados.

Se puso á decir lentamente y como si no tuviera la conciencia de sus propias palabras, los últimos versos de la cancion *Las hijas de la luna*.

Un hondo suspiro agitó su pecho.

—¡Las dos! murmuraba; ¿qué le diré si vuelve?

En aquel momento exhaló Blanca un suspiro mas claro.

La señora levantó los ojos hácia ella. Pero su mirada en lugar de aquel amor esclusivo y celoso con que antes se animaba cuando contemplaba al Ángel, espresó una especie de cólera reconcentrada.

—¡Mlle. de Penhoel! pronunció con una sonrisa amarga; ¡la heredera! Os mereceis todas las atenciones, todos los respetos y todo el amor! Para ellas nada. ¿Eran menos bellas ó menos buenas? ¡Dios mio, Dios mio! todas mis caricias han sido

siempre para una, mientras que las otras sufrían resignadas! Las otras, que se sacrificaban y morían por mí!

Estaban arqueadas sus cejas; su mirada proseguía siempre fija, dura y fría en Blanca dormida.

—¡Mlle. de Penhoell repitió con creciente amargura; la hija de la casa!... Las otras se sentaban siempre á un extremo de la mesa, y no era sino por caridad que comían el pan del castillo!

Se levantó con un movimiento brusco y continuo, dirigiéndose al Angel, como si la pobre niña hubiera podido oírlo.

—¡Les habeis usurpado todo! su puesto en la sociedad... su herencia!... hasta la sonrisa de su madre!

Una lágrima corrió á mojar las pestañas de Blanca que dormía.

La cabeza de la Señora cayó sobre su pecho.

—Hasta el último día, replicó. ¡Oh! me ha sido preciso permanecer al lado de vuestro lecho mientras que algunos estraños cubrían su tumba con tierra bendita! ¡Abandonadas, abandonadas desde la cuna hasta la muerte!...

Cubrióse el rostro con las manos y guardó silencio durante algunos minutos; luego irguiéndose repentinamente, dijo con excesiva pasión:

—Creo que al menos se las podrá amar despues de la muerte! ¡Dormid feliz, Blanca de Penhoell! Voy por la primera vez á abandonar á mi hija para pedir á Dios por ellas.

Marta olvidó depositar un beso en la frente de su hija.

Atravesó la estancia á pasos lentos, perdiéndose en los corredores del castillo despues de haber cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave.

En su camino no encontró ni criado ni señor.

La casa parecia desierta.

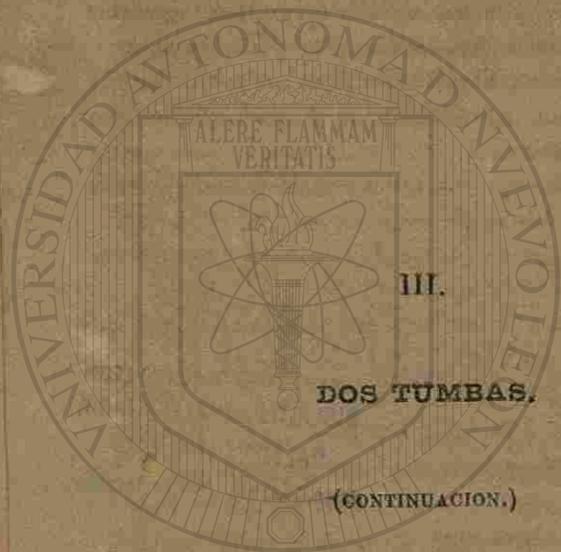
Una vez fuera, apretó el paso para dirigirse hácia la parroquia de Glenac, que distaba mas de un cuarto de legua.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS





El tiempo era caloroso y sofocante como la víspera; únicamente soplabá una brisa calina por ráfagas que desgarraban en distintos puntos el velo de las nubes que cubrían el cielo.

La luna se mostraba por intervalos, haciendo salir de las tinieblas los pantanos y las montañas. Esto duraba un minuto, y todo desaparecía invadido de nuevo por la noche victoriosa.

En su camino solitario vaciló mas de una vez Marta de Penhoel, porque estaba muy débil. Mas de una vez también se detuvo sobrecogida de una

especie de terror, porque un rayo de luna deslizándose á través de los árboles, le mostraba acostadas sobre la yerba las dos niñas, inmóviles y dormidas con sus trajes blancos.

Otras veces, cuando se volvía su mirada hacia los pantanos, que se extendían á su izquierda hasta perderse de vista, le parecía que una voz triste murmuraba á su oído las melancólicas palabras de la canción bretona.

Era la hora en que acuden las vírgenes muertas á llorar la vida bajo los sauces.

Marta veía como sombras vagas que se movían á la orilla del agua.

¡Pobres Hijas de la Luna!

Marta era hija de la Bretaña.

Humedecíanse sus ojos por las lágrimas, extendiendo sus brazos hacia los sauces.

Proseguía su camino.

En torno de su inteligencia había como una especie de bruma. Flotaban sus pensamientos confusos.

Poníase á sonreír cuando vertía lágrimas mas abundantes, sin poder terminar á pesar suyo la oración comenzada.

¡Había sufrido tanto!

El cementerio de Glenac da vuelta á la pequeña iglesia, cuyas indigentes paredes, decrepitas por demás, se elevan á una escasa altura, dominando sin embargo todo el paisaje que ya hemos descrito mas de una vez.

La única calle de la aldea descende tortuosamente hácia los pantanos y baña sus últimas casas en las grandes aguas cuando hay inundaciones. La cascada de Tremeulé está situada entre la parroquia de Glenac y la Dama Blanca; ha hecho sonar muchas veces las campanas de la parroquia para avisar el peligro que corrían algunos desgraciados. Detrás de la iglesia hay grandes árboles tan copudos que apenas se ve el cielo á través de sus ramas.

Pasan la elevada cruz de piedra que señala sobre la techumbre el sitio del altar. Los ancianos dicen que los padres de sus abuelos habían visto aquellos árboles ya altos y frondosos: tienen multitud de siglos.

Entre esos elevados árboles separaba una balastrada de madera un espacio cuadrado del resto de las tumbas: era la sepultura de Penhoel desde que no se enterraba dentro de la iglesia.

Marta entró en el recinto, donde la luz de la luna le mostró las dos tumbas recientes, que ninguna piedra cubría aún.

Arrodillóse entre las dos huesas, permaneciendo mucho tiempo inmóvil. El aire amenazaba tempestad: comenzaba á levantarse el viento, agitando la pesada atmósfera: el añoso follaje de los árboles se movía por intervalos y la veleta de la iglesia volviendo á ese soplo incierto que precede á la tempestad, arrojaba en medio de la noche su agudo quejido.

Nada escuchaba Marta.

Únicamente cuando el sordo ruido de la cascada de Tremeulé, llevado por el viento, llegaba hasta ella, parecía experimentar su cuerpo un rudo choque.

Sabía que los cadáveres de las dos jóvenes habían sido hallados bajo la Dama Blanca.

Volaba el tiempo.

Marta permanecía siempre muda y sin movimiento. Al cabo de cerca de un cuarto de hora echó á la espalda sus largos cabellos, que le cubrían el rostro, porque había salido con la cabeza desnuda. Sin la sombra espesa que reinaba, proyectada por los árboles, hubiérase podido ver en aquel momento sobre sus facciones una sonrisa tranquila y dulce.

Adormeciase su dolor.

—¡Diana!... dijo en voz baja.

Y como el silencio no respondiese á su voz, se volvió Marta al otro lado diciendo:

—¡Elena!...

Igual silencio.

Marta puso sus dos manos sobre el corazón; brillaba un relámpago en la noche de su inteligencia.

—¿Será cierto?... murmuraba... ¡No volveré á ver nunca su encantadora sonrisal... ¡Descansan ambas bajo de la tierra!... ¿Me escuchan?... ¿saben que las engañaba?... ¿Conocían el profundo amor que hacía ellas albergaba mi corazón?

Juntó las manos sobre sus rodillas: sus ojos no podían llorar, pero su quebrantada voz se confundía con sus lágrimas.

—¡Pobres niñas! replicó, ¡pobres y queridas niñas! ¡Almas bellas que vivís del sacrificio y de la ternura!... Se creían desdenadas... en torno suyo no había mas que frialdad... y nunca salió de su boca una sola queja...

Hace dos días aún, cuando las hallaba arrodilladas á mi lado como dos ángeles consoladores, me hablaban de morir por mí... y yo no tuve mas que palabras de burla, de indiferencia... ¡Oh! ¡piedad! ¡perdon!... ¡os amaba, os amaba!...

Dos lágrimas abrasadoras inundaban entonces sus mejillas, y los sollozos agitaban su anhelante pecho.

—¡Os amaba! prosiguió haciendo seña de oprimir contra su corazon una persona querida. ¡Dios lo sabia! ¡Dios veía mis lágrimas y conocía mi martirio! ¡Oh! no érais vosotras solas las que sufríais, pobres niñas... y ahora que sois dos santas en el cielo, rogad por mí, que me quedo sobre la tierra para sufrirl!

¡No tenía voz!

El silencio reinó en el cementerio.

Cuando Marta comenzó de nuevo á hablar, era su acento dulce y lleno de caricias.

—Dios es bueno, dijo; ya sé que no pasará mucho tiempo sin volveros á ver... ¡Cuántos besos os daré cuando nos encontremos juntas!... Yo no me ocultaré mas... Os mostraré mi alma... ¡Amarnos!... ¡amarnos!... Esa será nuestra ocupacion en el paraíso.

Estremecióse, levantándose repentinamente.

—¡Blanca!... dijo como si una voz hubiese murmurado este nombre á su oído... es verdad, la había olvidado.

Luego añadió con amargura:

—¡Siempre ella entre ellas y yo! ¡Siempre!... Y vosotras amábais, pobres mártires, á esa niña feliz que os robaba todo mi cariño... ¡Blanca!... sí, soy su madre... es preciso que vele por ella, y no tengo tiempo de permanecer á vuestro lado.

Antes de levantarse tocó con sus labios la tierra húmeda que cubría las dos tumbas.

—¡Adios! murmuró. Mañana volveré.

Salió del cementerio.

Mientras marchaba por el camino que antes había seguido, el viento, que gnaba á cada momento en violencia, le hería en el rostro. Al cabo de algunos minutos la especie de velo que cubría su inteligencia se desgarró. Durante la hora que acababa de trascurrir había obrado y hablado como en un sueño. Entonces se encontraba delante de la realidad; la idea de su hija invadía de nuevo su corazon.

No lo había perdido todo, puesto que vivía Blanca.

Blanca era su tesoro.

Si se le hubiera recordado la amargura reciente de sus palabras cuando estaba arrodillada entre las dos tumbas, no hubiera Marta querido creerlo.

Echar en cara á la adorada niña el amor que le profesaba, ¿no hubiera sido una blasfemia?

Marta apretaba el paso.

Decíase que tal vez se hubiese despertado el Angel durante su ausencia, y que la habría llamado en vano.

Veíase entrando en la habitacion abandonada un momento y precipitándose hácia el lecho para cubrir de besos el rostro de su querida hija el Angel.

El Angel, que sonreía contenta y curada.

¡Oh! en medio de su miseria habia alguna felicidad.

Los corazones heridos tocan siempre en los estremos. No tienen regla alguna porque su fuerza está rota. Véselos pasar de la desesperacion á la alegría, y todo otro sentimiento parece exaltado en ellos por una especie de fusion.

El alma de Marta se inundaba de alegría.

Blanca era en aquel momento para ella todo. Todas sus facultades de amor se reconcentraban en Blanca.

El mismo paisaje triste estaba siempre en torno suyo, la colina, ya sepultada en la noche, ya iluminada por el pálido resplandor de la luna, el inmenso pantano en medio del que se elevaba la fantástica figura de la Dama Blanca, que hubiera debido hablarle todavía de las dos jóvenes muertas.

Pero entonces no veía con los mismos ojos. Pare-

ciala que sonreía la noche delante de sus pasos. Era fuerte; su paso no vacilaba.

Apresurábase consolada porque veía brillar en lontananza en medio de la fachada del castillo la luz que habia dejado en la estancia de su hija....

Hácia esa misma hora seguía un caballero el camino de la Gacelly, á media hora de Redon. Este caballero tenia el mismo pensamiento que la Señora, y su corazon, ébrio de alegría, palpataba con fuerza al recuerdo de Blanca, á quien iba á volver á ver.

Era Vicente de Penhoel, que llegaba de Brest, gracias á las monedas de oro que Berry Montalt, el nabab de Mascát, le habia dado.

Vicente habia pagado al capitán inglés y se habia dirigido hácia Ile-et-Vilaine sin pasaporte y á riesgo de caer entre las manos de la policia.

¡Tenia tantos deseos de ver á Penhoel....

Impelia su caballo, no inquietándose nada por la tempestad que amenazaba y encorbaba ya las ramas flexibles de los árboles.

Al llegar á la altura de la aldea de Bains, en aquel mismo sitio donde hemos visto antes al ejército del bandido Bibandier detener á Roberto de Blois y á Blas, oyó delante de él el paso de un caballo; un momento despues pasó por su lado á escape un caballero.

Vicente creyó ver confusamente que el caballo llevaba dos bultos: un hombre y una mujer.

Esto no le importaba nada; pero sin embargo, se oprimió su corazón.

Sin darse cuenta de lo que hacía, llamó al caballero, intimándole que se detuviera.

Pero éste había desaparecido por el recodo del camino. Vicente no obtuvo respuesta.

Un irresistible instinto le hizo volver la cabeza de su caballo; dió también algunos pasos atrás, y solo pudo detenerle la idea de que el desconocido estaba mucho mejor montado que él.

Continuó su camino hacia Penhoel con la cabeza baja y atormentado por un presentimiento triste que no podía desechar....

La Señora acababa de entrar en el castillo de Penhoel. Los corredores estaban desiertos. Encontró la puerta de la estancia del Angel cerrada de la misma manera que la había dejado.

Hizo volver vivamente la llave en la cerradura y se lanzó hacia el lecho con los brazos tendidos y la sonrisa en los labios.

El lecho estaba vacío.

La Señora no dejó de sonreír.

—¡Picaruela! murmuró; has querido castigarme por haberte dejado sola un momento....

Busca entre las colgaduras de la cama y de las puertas.

—¡Blanca! llamó sin levantar la voz: ¿dónde estás?

Blanca no respondía.

Marta abrió las puertas de los gabinetes, registrando hasta en los menores rincones.

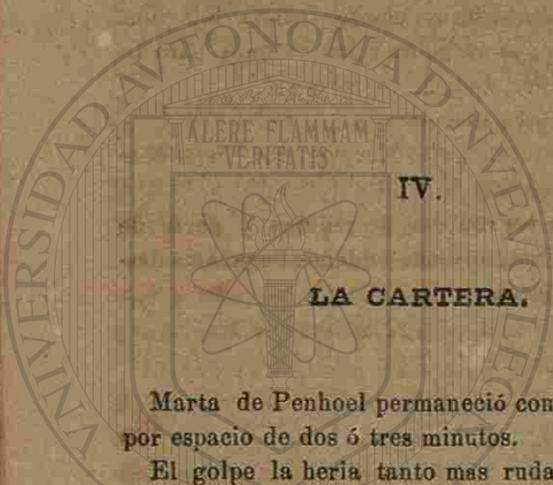
—¡Blanca!... repetía con voz algo alterada ya; no quieras atormentarme mucho tiempo, hija mía. Si tú supieras que me sobran las razones para temer.... ¡Blanca, Blanca, te lo ruego!

Temblaba, pero sonreía aún.

De pronto dió un grito desgarrador, dejándose caer de rodillas.

Acababa de ver abierta la ventana y parte de una escalera cuyos últimos peldaños llegaban á descansar en la tierra.





LA CARTERA.

Marta de Penhoel permaneció como anonadada por espacio de dos ó tres minutos.

El golpe la hería tanto mas rudamente cuanto que era imprevisto; hasta el último momento había rehusado creer una desgracia seria.

—¿Qué temer, un rapto? ¿Pero quién habrá podido tener la idea de robar á esa pobre niña enferma y débil? ¿No habrá sido un asesinato?

Entonces que Marta recobraba la facultad de pensar, respondía su conciencia á esta pregunta: las otras han sido tambien asesinadas.

Pero iban desapareciendo las tinieblas de su inteligencia, y á medida que reflexionaba se mezclaban las dudas con la esperanza.

¡Esto era imposible! ¿quién había de haber robado á Blanca? Marta no podía nombrar culpable

mas que á uno, y aquel no tenía necesidad de emplear medidas estrañas.

Roberto de Blois era el dueño del castillo de Penhoel, donde hacia mucho tiempo que todos cumplian hasta sus menores caprichos. No se arranca á una pobre niña de su lecho de sufrimiento cuando se la puede guardar como una cautiva y se la tiene en su poder.

Sin embargo, desde el sitio en que había caído de rodillas podia ver aún Marta los últimos barrotes de la escalera apoyada contra la ventana. Imposible era luchar contra aquella prueba tan evidente. Marta inclinaba la cabeza y su boca repetía maquinalmente:

—¡Blanca, Blanca! te lo suplico, hija mia, no te escondas mas!

Hacia mucho tiempo que estaba prosternada Marta con la cabeza inclinada sobre el pecho y sin fuerzas para levantarse. Quería implorar á Dios, pero su memoria le rehusaba en aquel momento sus oraciones, repetidas con tanta frecuencia. No podia pronunciar mas que una sola frase:

—¡Blanca, Blanca!

Al intentar quizá por la vigésima vez apoyarse sobre sus piés con objeto al menos de dirigir una mirada al exterior, se abrió la puerta suavemente.

Una esperanza inmensa invadió el corazón de la pobre madre; su alma pasó á sus ojos, que se fijaron ávidos en la puerta entreabierta.

Nadie se mostraba en ella.

—¡Blanca! murmuró la Señora. ¡Oh, me estás asesinando! Eres tú, ¿no es así? ¡eres tú!

La puerta se abrió de pronto, y en lugar de la encantadora figura del Angel, que esperaba ver Marta, fué el sombrío rostro del señor de Penhoel el que apareció en el dintel.

René tenía esparcidos sus cabellos grises, y las arrugas de su frente parecían ser aun mas profundas. Sus mejillas estaban pálidas, á escepcion de aquella mancha de vivo encarnado que la embriaguez hacia salir en sus huesudos y prominentes pómulos. Tenia extraviados los ojos, pero no apagados como ordinariamente, y en su sanguínea pupila se leía como una cólera vaga y ciega.

Estaba embriagado.

Apoyaba las dos manos en el picaporte.

—Al fin os encuentro, señora, dijo con voz entrecortada. Mucho tiempo hace que os estoy buscando.... De pié.... y seguidme.

La pobre Marta intentó en vano obedecer.

Murmuraba esforzándose:

—¡Mi hija, por piedad, René, decidme dónde está mi hija!

Frunciéronse las cejas de Penhoel.

Causaba horror el verle.

—¿No me habeis oído? exclamó; ¿ó no soy ya el amo de mi casa?

Marta no podia moverse.

René atravesó la estancia con pesado y vacilante

paso. Cuando hubo llegado cerca de su mujer se bajó para cogerla del brazo, y este movimiento estuvo para hacerle perder el equilibrio: tanto aguardiente pesaba sobre su cabeza!

Sin embargo, no cayó, y Marta lanzó un débil grito, porque la mano brutal de René la atenazaba el brazo.

Levantóla á la fuerza, arrastrándola hasta el corredor.

Muchos años hacia que el señor de Penhoel dejaba á su mujer en el mas completo abandono, pero nunca la habia maltratado. Aun en las mismas horas de su cotidiana embriaguez habia conservado siempre las mayores apariencias de respeto.

Esta repentina violencia, cuyo motivo no podia adivinarse, causaba aumento á la angustia de Marta, que asustada dijo:

—¿Qué quereis de mí, caballero? ¡Dejadme!... ¡dejadme!...

René no respondió, obligándola siempre á que siguiera su paso incierto por el corredor.

Nadie encontraba en su camino. Durante aquella noche hubiera podido decirse que los huéspedes que habian quedado en el castillo afectaban ocultarse.

No se habia visto á Pontalés, al abogado, á Roberto ni á Blas.

René hizo á su mujer atravesar todo el corredor, bajando con ella la gran escalera del castillo. Se

detuvo delante de la puerta del salon, que abrió.

—Entrad, dijo.

El salon estaba alumbrado por una sola lámpara que ardia sobre una mesa al lado de un vaso y de un jarrón con flores.

Allí era donde habia pasado la mayor parte del día y de la noche Penhoel.

Marta dió por el salon algunos pasos, cayendo aterrada en un sillón.

René agitó una campanilla.

—¡Aguardientel... gritó desde lejos al criado, cuyos pasos se dejaban oír en el corredor.

El criado se alejó, volviendo un momento despues con un nuevo frasco de aguardiente.

—¡Véte!... le dijo René... y dentro de una hora que me sirvan aquí la ceba.

La puerta se cerró. Penhoel estaba solo con su mujer: llenóse un vaso de liquido y tomó asiento junto á ella.

—Estais pálida, señora, comenzó; creo que teneis mucho miedo... ¿Sabeis lo que voy á deciros?

—En nombre del cielo, caballero, murmuró Marta, ¿qué ha sido de mi hija?

Penhoel la miraba de frente y sus ojos tenían una espresion aterradora.

Una idea fija conservaba en medio de su embriaguez, un pensamiento de cólera y un castigo cruel.

—¿Vuestra hija? repitió; ¿qué me importa esa niña?

—¿No lo es vuestra, René? quiso decir Marta.

—¡Silencio! Por una hora soy aún aquí el señor... ¡Tengo tiempo suficiente para juzgaros y castigaros!

Marta le dirigió una mirada de admiracion; Penhoel prosiguió:

—¡Vuestra hija! Ya os diremos mas adelante lo que ha sido de vuestra hija, señora.

Y añadió con acento mas amargo:

—¡La niña que se llama el Angel de Penhoel la verguenza... ¡la deshonra de toda una raza!

—¡Caballero! ¡caballero! quiso decir Marta.

—¡Silencio! Aun no es tiempo de hablar de vuestro Angel, señora. Teneis otros amores... y puesto que estamos solos los dos, podemos hablar con comodidad de negocios de familia.

Metió la mano bajo su gaban de caza y sacó una carterita verde.

Marta no podia palidecer mas, pero se estremeció, irguiéndose arrogante.

El primer movimiento de terror fué en ella tan vivo, que por un momento se olvidó de su hija.

Penhoel se sonrió.

—¡Cómo mirais mi cartera, señora! dijo: hace mucho tiempo que la conocéis, ¿no es cierto? Apostaria á que dariais cualquier dinero con tal de poder verla otra vez.

Entonces decia la verdad René.

La cartera era la que ya hemos visto en las manos de Roberto de Blois en el momento de su entrevista con Marta la noche de San Luis. Era con-

tra Marta un arma cruel sin duda, puesto que Roberto no había tenido mas que mostrar aquella carterera para vencer al momento la resistencia de la pobre mujer.

El hombre mas frio hubiera tenido compasion al ver á Marta en aquel momento.

No tenia ni la conciencia de todas las desgracias que pesaban sobre ella, pero sentia desgarrarse su corazon.

Sus cabellos sueltos caian mojados por un sudor glacial. Su rostro espresaba tan terrible agonía, que no hubiera podido demudarlo mas en la hora de la muerte.

Penhoel no tenía piedad.

—Comprendo ahora, continuó, por qué me induciais el dia pasado á que vendiera el castillo. ¿Os habían amenazado con esto? ¿No es cierto que hubiéseis dado cuanto en el mundo posesis por recuperar ese secreto?

—¡Por mi hijal balbuceó Marta. Pero os juro ante Dios que nos escucha, que soy inocente.

Penhoel se encogió de hombros.

—Sabeis mentir á Dios como á mí, dijo colocando la carterera sobre la mesa para vaciar un vaso de aguardiente: hace veinte años que estais mintiendo todos los dias á todas horas; pero ahora no se trata de eso; tambien yo he pagado muy cara esa carterera. En otra época hubiera dado por adquirirla un molino, una alquería, una posesion; ¿pero dónde están las de la herencia de Penhoel? ¿Dónde se

encuentran las tierras de mi padre? ¿Y sus estanques, sus bosques? Nada tenia que dar. Y sin embargo, me eran de absoluta necesidad esas pruebas de mi verguenza.

Marta juntó las manos.

—Despues, prosiguió Penhoel imponiéndole silencio con un gesto brutal, os diré cuál ha sido el precio á que he comprado esta carterera: ahora, puesto que la he comprado, quiero gozar. Nos queda aún mas de una hora para leer juntos estas queridas cartas. ¡Oh! nos vamos á divertir mucho, señora.

La voz de Penhoel estalló sordamente mientras pronunciaba estas últimas palabras. Imposible era prever el desenlace de aquella escena. Como todas las personas habituadas á la embriaguez, conservaba Penhoel una máscara de razon y gravedad; pero bajo aquella engañadora careta se ocultaba una verdadera demencia.

Podia hablar y pensar hasta cierto punto, pero ningun freno lo detenía, y aquel frio capricho de mofa y de burla de que era presa en aquel momento, no hacia mas que retardar el instante de la explosion de su ciega cólera.

Además, proseguía bebiendo, y la lucidez de sus sentidos, que brillaban aún con alguna turbacion, no debia tardar en extinguirse.

Marta carecia de defensa en aquella casa, que parecia abandonada.

No podia huir.

Cuando su mirada buscaba por instinto en torno suyo una proteccion ó un refugio, no veia mas que puertas cerradas y elevados lienzos donde estaban ejecutados los retratos de todos los señores de la familia de Penhoel.

La luz de la lámpara, demasiado débil, no permitia distinguir las austeras facciones; pero Marta veia brillar en distintos puntos bajo los cuadros las empuñaduras de oro de las antiguas espadas, porque todos los Penhoel habian servido al rey y cada uno de ellos conservaba bajo su imágen sus armas de batalla.

No era la muerte lo que temia Marta. Pensaba sin gran espanto que tal vez alguna de aquellas armas entre las manos de René furioso iba á castigar su imaginario crimen.

Esta idea no la preocupaba.

Entre los retratos perdidos en la sombra habia uno sobre el que caian á plomo los rayos de la lámpara.

Era el de un jóven de figura hermosa y arrogante, cuya mirada parecia estar fija con autor en aquel momento en Marta.

Ese retrato, colocado junto al severo rostro del comandante de Penhoel, era el último de todos.

Representaba las facciones del primogénito de la familia, de aquel Luis cuyo nombre se encuentra con tanta frecuencia en estas páginas.

Cuando las miradas de Marta se fijaban en aquella fisonomía noble y hermosa, no podian separarse

del cuadro. Hubiérase dicho entonces que esperaba alguna misteriosa proteccion.

René de Penhoel abrió la carta. Su mano, torpe y trémula, buscó un papel durante algunos segundos.

Mientras que buscaba bajó Marta la cabeza.

Penhoel iba á leer. Marta esperaba la primera frase de aquella lectura como un culpable teme la primera palabra de su sentencia, porque la cartera contenia una carta escrita á ella, y que podia justificar su acusacion á los ojos de personas prevenidas en contra suya.

Esta carta le habia sido robada por Roberto de Blois.

René habia encontrado al fin lo que buscaba. Marta oyó el ruido de un papel que se desdobra con lentitud. No se atrevia á levantar la cabeza.

—He aquí lo que tan deliciosos momentos os ha procurado, señora, dijo el señor de Penhoel.... quiero tambien tener mi parte de placer, y así vamos á volver á leer juntos esta inocente carta.

Acercó el papel á la lámpara, poniéndose á descifrar su contenido penosamente.

(Del 7.) San Dionisio (isla de Borbon), 3 de diciembre de 1803.

“Mi querido hermano....”

Marta no hizo el menor movimiento, pero un puro sonrosado acudió á sus mejillas, tan palidas un momento antes. Sus ojos, que se abrieron á medias con una vivacidad sorprendente, manifestaban una sorpresa profunda.

Evidentemente no era aquella la lectura que esperaba.

Penhoel, que no ponía atención, prosiguió:

"Mi querido hermano:

"Cuando llegue á ti esta carta, hará mucho tiempo á no dudarlo que nuestra Marta es tu mujer. Seréis felices, pero pensareis siempre en el que sufre lejos de vosotros.

"Eres el hombre á quien mas quiero en el mundo, René; ignoro si á mi padre hubiese hecho el sacrificio que he hecho por tí... Nuestro padre nos abandonaba con frecuencia, mientras que á tí, René, te veía todos los dias... Cuando éramos niños se tocaban nuestros dos lechos; cuando hemos sido jóvenes hemos compartido las penas y los placeres.

"Contéstame pronto, hermano mio, porque el desaliento se va apoderando de mí lejos de los que tanto amo; creo que me olvidan y se me figura que estoy solo en el mundo.

"Dame noticias de nuestro padre y de nuestra madre: dime si Marta es feliz..."

Era un trabajo por demás penoso para la turbada vista de Penhoel descifrar aquella letra pequeña.

La mano de Luis habia temblado muchas veces al trazar los renglones.

Marta escuchaba inmóvil y conteniendo la respiración. La expresión de su fisonomía habia cambiado completamente.

Parecía que habia acudido á hacerla un sueño.

La angustia que contraía sus facciones un momento antes habia cedido á una dulce tristeza.

Penhoel estaba muy ocupado para advertir esto. Prosiguió:

"Ignoro si te habrá sorprendido ó no mi partida, pero estoy persuadido de que habrás sentido un gran pesar: ¿no me profesabas el mismo sincero cariño que yo á tí, hermano mio? Si no hubieses adivinado mi secreto, era forzoso que te lo hubiese revelado yo, como hacia siempre con cuanto encerraba en el fondo de mi corazón. Esto te entristecerá, René; pero el que sufre, solo soy yo. Déjame confiarle toda mi desgracia.

"¡Cuánto se cansará nuestro venerable padre de no verme! Acusará de ingrato al hijo que contaba para báculo de su vejez! René, tú defenderás mi causa. Tú le dirás que nunca fueron mi respeto y cariño mas profundos; le dirás cuanto te aconseje tu corazón, hermano mio, porque mi secreto es para tí... para tí solo.

"¡Y nuestra madre! ¡Oh! me faltan las fuerzas al recordar lo que he perdido..."

"A veces atraviesa los mares mi pensamiento, á pesar de su inmensidad; vuelvo á Penhoel, os veo á todos; los blancos cabellos de mi padre, á mi madre corriendo á mí al escuchar mi voz, y á tí que saltas de placer, René, y Marta cuyos grandes y hermosos ojos azules vacilan entre la sonrisa y las lágrimas..."

Dos perlas surcaban las mejillas de la Señora.

La respiración del señor de Penhoel era anhelosa. No se hubiera sabido decir si era la cólera ó una emoción nueva la que oprimía así su pecho.

“¡Felicidad!... ¡felicidad!... prosiguió leyendo: ¡ay! cuando despierto de ese sueño querido y me encuentro solo y maldito!...”

“No tengo aún veinte años! Tal vez sea mi vida muy larga. ¿Qué he de hacer en el mundo? no tengo familia, mi porvenir carece de objeto y mi pasado no es más que un amargo pesar...”

“¡Dios mío! ¿había medido yo mis fuerzas cuando hice este sacrificio?”

“No me arrepiento, no, hermano mío; te veía languidecer y morir, á tí, cuya adolescencia había sido tan bella: procuraba adivinar tu enfermedad, y un día acostado en tu lecho, al que te encadenaba la fiebre, me dijiste: voy á morir porque la amo...”

“Dios me dictó mi deber.

“¿Me comprendes, no es cierto? Te veo desde aquí, René; tus ojos están preñados de lágrimas y dices: ¡pobre hermano mío, también él la amaba!”

René interrumpió su lectura, pero fué para beber un gran vaso de aguardiente. Acallaba así los gritos de su conciencia, y la sonrisa que asomaba á sus labios era burlona.

En las tímidas miradas que Marta le dirigía se veía pintado el horror.

Pobre hermano mío, también él la ama, repitió él como un niño que comienza á leer.

“Porque, proseguía la carta, cuando te he dicho

al partir que no la amaba, te he engañado, hermano mío.

“¡La amaba, la amaba! la amo todavía y la amaré siempre!...”

“Esta es la razón por qué mi destierro debe durar toda mi vida. No volveré á pisar la Francia. Nuestro padre y nuestra madre morirán sin darme su bendición... Ruega á Dios por mí, René, porque te he dado toda mi felicidad...”

Un sollozo agitó el pecho de Marta.

—¡Silencio! dijo el señor de Penhoel sin volver la cabeza. Todas estas finas y generosas frases no han sido un obstáculo para que engañara á su hermano. Señora, en esta carta miente como ha mentado toda su vida.

—¡No ha mentado nunca! murmuró Marta.

—¡Silencio! repitió René; contentaos con saber que aun os ama: aun no hemos empleado más que unos diez minutos y tengo necesidad de ser paciente por una hora completa! Llorad, señora, pero llorad en silencio el recuerdo de esa alma generosa que ha hecho á su hermano el más miserable de todos los hombres!

“No volveré, continuaba la carta, porque me temo á mí mismo. Tal vez no tuviera bastante valor ni fuerzas para soportar la vida delante de su felicidad... porque seréis felices y tú la harás dichosa, ¿no es así, René?”

“¡Oh! si algún día llegara á saber que mi sacrifi-

cio le había llegado á ser fatal.... si llegara á saber!....

“Pero no, es imposible! no quiero detener aquí mi pensamiento: tú eres bueno y noble, René: en cuanto á ella, era una niña; habrás hallado su alma débil y naturalmente la habrás enseñado á que te ame.

“Haciendo ánimo de no volver á ver la Francia, y no necesitando para nada de la fortuna que por mi parte de herencia me corresponde, deposito mi patrimonio en tus manos con encargo de que lo entregues intacto, sin distraer ni enajenar nada, á los hijos que Dios quiera conceder á Marta.

“En caso de muerte, quiero y confío en que esta parte de mi carta será cumplida cual si fuese un testamento.

“Y ahora adios, hermano mio. Dí á Marta que la quiero cual á una hermana, con objeto de que al menos oiga pronunciar mi nombre. Habla de mí á nuestro padre, y sobre todo escíbeme pronto, porque mi único consuelo es amaros y pensar que me amais.

“Tu hermano—L. de Penhoel.”

Marta tenia la cabeza inclinada y las lágrimas corrían por sus manos juntas.

René la miraba con sonrisa cruel.

—He aquí una carta larga, dijo, y aun tenemos otras que lo son mucho mas.

Al decir esto golpeaba la cartera.

—Os la he leído toda entera porque cuando se

juzga se procede así.... pero ya sabia perfectamente que la conocíais mejor que yo.

En el dolor de Marta habia como un alegre recogimiento; cada una de las palabras de amor contenidas en la carta habia penetrado hasta el fondo de su corazon.

A las últimas palabras de su marido levantó la cabeza, interrogándole con la mirada.

—¡No os comprendo! murmuró.

René tocó con el dedo el papel desdoblado aún.

—En esta carta hay muchas lágrimas! dijo. Ignoro cuáles serán las vuestras y cuáles las de mi generoso hermano.

—Caballero, replicó Marta, nunca me habíais dicho que Luis de Penhoel os hubiese escrito despues de su partida.

—¿Lo habeis adivinado entonces?

—Es la primera vez que oigo hablar de esa carta, caballero.

El acento de Marta era tan sencillo y verídico, que el señor de Penhoel dudó un momento. La sangre le refluyó al rostro violentamente á la idea de haber presentado él mismo á Marta aquel mensaje que debia despertar tantos recuerdos; pero fué obra de un momento.

Estaba prevenido.

—¡Qué loco soy! exclamó con burlona sonrisa; siempre estoy dispuesto á creerlos.... Olvido que sois pura y sencilla, tanto mas que él es generoso, y que se ha sacrificado por mí.

—Os juro por mi honor.... comenzó Marta.

—¡Por vuestro honor! repitió Penhoel con tono brusco é insultante: os digo que lo sé todo, señora; no os tomeis la molestia de fiagar. Esta carta estaba en mi secretario; hace cerca de diez y ocho meses que desapareció de él; y vos sois quien me la robásteis.

—¡Creedme en nombre del cielo, René!

—¿Con qué objeto mentir? El hombre que me ha entregado esta cartera la habia tomado de vuestra habitacion, donde sin duda tenia franca la entrada.

—¡Oh! dijo Marta, que sin duda no habia previsto este exceso de ultraje.

Penhoel se sonrió, porque el insulto habia llegado al corazon.

Nada tan cruel como el corazon débil que encuentra una víctima sin defensa sobre quien dejar caer sus golpes.

—¿Pensáis que soy ciego? dijo; hace meses que observo la conducta de ese Roberto para con vos. Es un infame atrevido que ha arruinado al padre, deshonrado á la madre y seducido á la hija..... pero las mujeres adoran á esa clase de hombres.

—¡Hija mia! exclamó Marta como si se hubiese despertado de pronto; me habeis dicho que me enseñaríais dónde estaba mi hija.

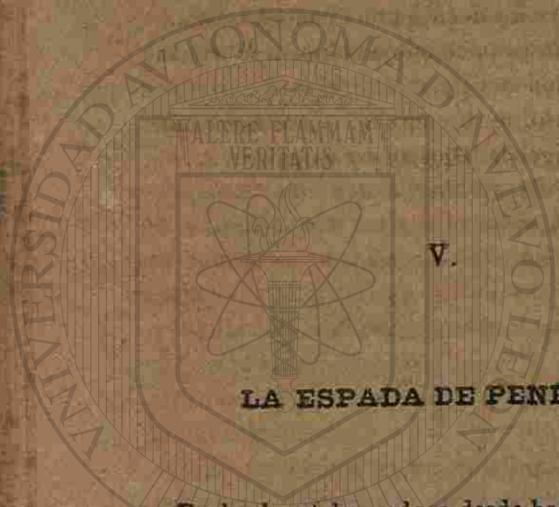
—Cada cosa á su tiempo, señora; os lo he prometido y os lo prometo.... pero paciencia, no hemos terminado aún nuestra correspondencia.

Sacó de la cartera otra segunda carta, ó mas bien un paquetito compuesto de muchas reunidas.

—No me admirará, dijo abriéndola, oiros negar vuestra propia firma y decir que no conoceis esto....

A la vista del paquete habia cubierto Marta su rostro con las manos.

—¡Oh! murmuró; le reconozco.... ese es mi único crimen: ¡castigueme Dios si soy culpable!...



LA ESPADA DE PENHOEL.

Penhoel estaba celoso desde hacia mucho tiempo. Lo hemos visto otras veces en medio de su tranquila felicidad atormentado por vagas sospechas.

Desde aquel tiempo existía entre Blanca y él como una especie de fantasma. Adoraba á su hija, pero tras este amor se adivinaban sombrías inquietudes.

Y sin embargo, en aquella época respetaba el señor de Penhoel á su esposa cual á una santa.

No puede decirse sin embargo que sus celos careciesen absolutamente de fundamento. El lector habrá podido adivinar por la carta que ha leído

en el capítulo precedente una parte de la historia íntima de la familia de Penhoel.

Las circunstancias que acompañaron al matrimonio de Marta con René eran por sí mismas de naturaleza de dejar siempre una duda en el fondo del corazón de este último.

Cuando los hijos del comandante de Penhoel eran niños los dos, se conocían ya los papeles que debían representar en lo futuro. Luis era el mas fuerte y el mas inteligente, y por esta razón se sacrificaba mas siendo constantemente víctima de su superioridad. Amábasele mas, pero su generosidad cedía á René la mayor parte de los halagos y de las caricias.

René se aprovechaba abusando de su posición. Tal era su carácter. Entre los dos hermanos había habido por espacio de veinte años una verdadera amistad; pero los sacrificios habían sido constantemente hechos por él mismo.

Y como siempre sucedía, el afecto del mas fuerte hacía el mas débil aumentaba á medida de los sacrificios.

Mientras que René aprendía á aprovecharse siempre de los sacrificios, se habituaba Luis á olvidarse mas de sí mismo, de manera que el egoísmo del uno crecía en proporción de la abnegación del otro.

Llegó un día en que se encontraron los dos hermanos delante de una misma mujer. Era una joven bella, de corazón dulce y amante, un alma elevada, un espíritu gracioso, la que se desea para es-

posa y que realiza el bello ideal de los primeros amores.

Luis obtuvo la victoria como en cualquiera otra circunstancia. El corazón de Marta no podía dudar entre él y su hermano; fué amado.

Imposible es pensar que René no hubiese adivinado ese amor.

Sin embargo, aparentaba ignorarlo.

Su pasión era viva y profunda. Escogió á su hermano por confidente. Luis no sabía á quién amaba mas, si á Marta ó á René. Vaciló un momento porque había entre él y la jóven un lazo misterioso que aun no hemos manifestado.

Desgarróse su corazón. Durante toda una noche de insomnio lloró tendido en su lecho. Al siguiente día antes de despuntar la aurora entró silenciosamente en la habitación de su padre y de su madre, besando á los dos en medio de su sueño.

No debía volver á verlos mas.

Abandonó el castillo sin despedirse de Marta, despues de estrechar contra el corazón á su hermano.

Luis de Penhoel tenía veintiun años cuando hizo esto. Fué despues de una noche de fiebre y en un momento en que su amistad á René se exaltaba hasta el entusiasmo.

Considerado detenidamente, Luis de Penhoel, á pesar del heroísmo de su último sacrificio, cometía una falta grave, porque no tenía derecho para abandonar á Marta, que era suya.

Pero había visto á René pálido y con las lágrimas en los ojos. René le había dicho:

—Moriré.

Y había seguido el impulso de su corazón generoso, hallando en el primer momento una especie de gozo doloroso en el fondo de este supremo sacrificio.

En cuanto á Marta, era una niña de diez y seis años. El lazo que la unía á él hubiera llegado á ser bajo otro punto de vista sagrado é indisoluble. Pero ese lazo resultaba de una aventura estraña y debía ser un misterio en concepto de Luis hasta para la misma jóven.

En esto se engañaba Luis.

Decíase que Marta obedecería. A la edad que tenía no pueden ser duraderas las impresiones. René de Penhoel era jóven, buen mozo, y de buen corazón. Con el tiempo no podría menos Marta de amarle.

En esto se engañaba también Luis.

Al siguiente día de su partida, la víspera tal vez, cuando hubo pasado su fiebre, cambió sin duda de sentimiento. Su acción le pareció lo que en realidad era, generosa por una parte, censurable por la otra. ¿Pero se podía volver atrás?

Deslizáronse los días, y lejos de suavizarse se envenenó la amargura de sus pesares. Había en él un remordimiento, porque no se había sacrificado solo. Tenía sobre todo un dolor incurable y profundo, porque sentía crecer su amor y comprendía

que su desgracia era de las que no acaban nunca.

No había medido sus fuerzas: ignoraba él mismo hasta qué extremo amaba.

Ahora diremos cómo fué vencida la resistencia de Marta y por qué medios llegó René á ser su marido.

Esta repugnancia había sido viva y obstinada. Una vez casada, se acordó el señor de Penhoel de las prolongadas negativas de la jóven combinadas con el amor probable que había profesado al ausente, y esto dejó en el corazón de René un fondo de inquietud indestructible.

Sin embargo, habían trascurrido tres años. La unión de Marta y René después de haber sido estéril, prometía un heredero al nombre de Penhoel. El comandante y su mujer habían muerto.

Una tarde, esto era como un sueño, volvía René al castillo después de la caza: estaban al principio de invierno y la noche comenzaba á estender sus sombras, sin embargo de no ser más que las cuatro.

Subiendo el sendero que conducía del paso de Port-Corbeau al castillo á través de las malezas, oyó René delante de él ruido de pasos.

Apresuró su marcha, pensando que era un huésped que llegaba al castillo.

En efecto, era un huésped; pero la puerta del castillo, que de ordinario se abría á todo el que llegaba, debía permanecer cerrada para él.

El desconocido se detuvo bajo la antigua muralla y René pudo renirle con él.

Reconoció al primogénito de su nombre.

René solo hubiera podido decir lo que en aquella entrevista pasó entre él y su hermano.

Al cabo de media hora bajaba Luis el sendero que conducía á la barca de Port-Corbeau.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho.

Antes de pasar el río dirigió la última mirada al castillo de sus padres, ocultando el rostro entre sus manos. Un nombre se deslizó entre sus labios.

Marta.

Llamó á Benito Haligan, que no le conoció, tal vez porque el alto cuello de su capa de viaje subía hasta las alas del sombrero.

Luis había andado muchas leguas para visitar á su hermano: volvió á pasar el mar y nunca más se le vió.

Marta dió á luz el Angel de Penhoel.

René se decía á veces, mirando á su hija, que tal vez hubiese permanecido Luis más de una noche en el castillo.

Pero se avergonzaba cuando pensaba en esto, y durante mucho tiempo para calmar sus locos temores le bastó contemplar un momento la serena y pura belleza de Marta.

En ese estado estaban las cosas la noche de la tempestad que llevó al castillo á Mr. de Blois, á su criado Blas y á Lola.

Esta fué la ruina y la maldición de Penhoel. Roberto se insinuó en la confianza del señor domi

nando á su placer á aquel espíritu demasiado débil para resistirle.

Roberto era un hombre hábil, y sobre todo, sabía tomar por asalto el secreto mejor guardado. Desde que adivinó los celos de Penhoel fué dueño de todo.

Penhoel fué suyo.

Sus medidas, tomadas con mano maestra, merecían á la verdad la victoria. Habíase sentado tranquilamente en el castillo conquistado entre el señor, de quien era dueño primero por su secreto, luego por Lola, y despues debia serlo tambien por la diestra mano de Macrocéfalo, y la Señora, cuyo confidente se habia hecho á viva fuerza.

Nadie era capaz de resistirle.

El mismo Penhoel no lo intentó. Siguió desde el origen el instinto de su debilidad, tomando por descanso los vicios que adormecen y embriagan.

A largos intervalos se despertaba todavía; pero Roberto sabía hacer volver en provecho de su intriga hábil aquellos raros rayos de inteligencia y voluntad.

A pesar de su amor á Lola, René, por una contradicción muy común, permanecía estando celoso de su mujer. Este era el flanco que Roberto atacaba constantemente.

Roberto dejaba escapar medias palabras, usando diestras reticencias.

René estaba convencido de que Roberto tenia en su poder las pruebas de su propia desgracia.

Un resto de respeto que no podia abandonar, y

la conciencia que tenia de su culpable conducta, le hacian guardar ciertas apariencias para con Marta; pero en el fondo de su corazon habia un rencor antiguo, y sus faltas personales en lugar de contrabalancear los derechos que creia tener, no hacian mas que exacerbarlos.

Sin embargo, á pesar de todas estas razones de su crueldad en el momento de la venganza para esplicar la barbarie de Penhoel para con su desgraciada esposa, es preciso recordar constantemente la debilidad original de su carácter. Esos seres que tienen buen fondo, como vulgarmente se dice, llegan en ciertas circunstancias á un exceso de ferocidad increíble. No alteran en nada el curso de su existencia, y esperarán el último dia de su vida sin haber muerto una mosca; pero que llegue el desórden, la lucha, donde les falta el valor, la derrota, ante la cual se encuentran sin fuerzas, y los vereis volver la espalda cobardemente al enemigo vencedor y buscar en torno suyo alguna víctima sobre quien descargar su impotente rabia.

Y entonces nada de piedad; lo que han sufrido quieren hacerlo sufrir centuplicado: se encarrizan en su oficio de verdugos; saborean la tortura impleta, consolándose con decir al mártir: tú tienes la culpa de cuanto me sucede.

Tal era exactamente la posición de René para con Marta.

Esta se encontraba en ese estado de abatimiento nervioso que sucede á una angustia excesiva. Dios,

clemente, ha puesto límites mas allá de los cuales no aumenta el dolor humano, pareciendo aletargarse.

Cuando se trata de sufrimientos físicos, cae el paciente en la atonía; cuando se trata de sufrimientos morales, se adormece el alma hasta cierto punto, perdiendo igualmente la sensibilidad.

Marta, abatida y destrozada, habia dejado de pensar. Todos aquellos continuados choques habian agotado sus fuerzas y casi las habian anulado.

Todo sueño tiene sus delirios.

Lo que quedaba á Marta de sus pensamientos le recordaba vagamente lo pasado. Un sueño confuso la trasladaba á los felices días de su juventud.

Después de trascurridos tantos años, le traía la casualidad ¡ay! un bálsamo para la primera herida que habia hecho verter sangre á su corazón.

Hasta entonces habia creído que Luis la habia abandonado para lanzarse á recorrer el mundo. Nunca habia tenido noticias suyas. Todos cuantos la rodeaban, escepto uno, habian tomado á su cargo desde el principio robarle toda esperanza.

Escepto el buen tío Juan, la familia entera se habia reunido ya para obligarla á ser la esposa de René.

Durante los primeros meses Marta habia esperado firmemente á pesar de cuanto en torno suyo se decia.

Luis era la lealtad personificada, Marta sabia

que habia empeñado su palabra en volver. Para arrancarle su esperanza fué preciso la mentira y las repetidas instancias.

Marta se habia cansado de combatir; habia cedido al fin, pero nunca se resignaba.

Hay prisiones cuyas ventanas, guarnecidas de fuertes hierros, dan al campo ó á jardines llenos de flores.

Marta encadenada á su terrible desgracia, veía repentinamente abrirse é iluminarse el horizonte.

Esta felicidad tan grande, tan completa, amar y ser amada, la habia visto ya Marta; se le habia ocultado.

Luis no la habia abandonado. La carta estaba fechada en 1805, lo que manifestaba un largo año de ausencia, y la ternura de Luis parecia haberse aumentado en medio de la soledad.

¡Cuántas felicidades perdidas y reemplazadas por la desgracia, fria, larga é implacable....

Marta no hacía una reflexión completa: deteníase á mitad del camino, á la palabra felicidad, y su inteligencia, quebrantada, se perdía entre los vagos campos de la fantasía.

Su rostro detrás del velo que formaban sus dos manos espresaba como una sonrisa.

La amenaza no tenía influencia sobre ella y las brutales palabras del señor de Penhoel zumbaban como un ruido vano en torno de sus distraídos oídos.

Era tal vez un reposo de algunos segundos; pe-

ro en medio del inmenso desierto tiene el árbol cuantiosos encantos.

Reré proseguía con placer su papel de verdugo; creía adivinar las lágrimas tras las dos manos de Marta y esto le agradaba.

—Esta vez, señora, no lo negareis! decía ojeando las páginas de la segunda carta.... estais ya cansada de mentir! Os aseguro que esperaba otra cosa de vos.... Os suplico que me hagais la gracia de escucharme. Estamos tocando el término de los placeres que disfrutamos esta noche, y lo que nos queda que leer es mucho mas interesante.

Marta no respondia.

Penhoel se gozaba en aparentar una tranquilidad burlona; aumentaba su embriaguez sin que él mismo lo apercibiése y tartamudeaba. Habia momentos en que sus ojos, apagados y casi muertos, se encendían para despedir una mirada brillante y de fuego como un rayo.

—Cambiamos de estilo, prosiguió; aqui no tenemos ni fecha ni firma.... ha sido escrita en distintos dias.... Muchas lágrimas se han vertido al escribirla.... Es un documento curioso.... Atención: empieza.

—“Hace veinte años que tomo la pluma y veinte veces que he desgarrado los renglones trazados con ella. ¿Cómo explicaros las distintas sensaciones, los diferentes afectos que experimenta mi corazón? ¿Cómo manifestaros lo que ha pasado? ¿Có-

mo deciros por qué confío todavía en vos, yo, que soy la mujer de otro?”

—Esto no es una razon, objetó René.... ¿Teneis la bondad de escucharme, señora?

Marta hizo un movimiento. Estas formas corteses empleadas por Penhoel de cuando en cuando con el objeto de aguzar su sarcasmo, no producian efecto por un doble motivo. Entonces caian estos golpes sobre un cuerpo inerte y casi insensible: en seguida la burla se embotaba al pasar á través de la embriaguez. Las palabras que queria hacer irónicas salian de su boca pesadas y brutales como el insulto que dice un lacayo despues de haber apurado unos cuantos jarros de vino.

“Porque soy casada, prosiguió, he resistido tanto como me ha sido posible, tanto como he conservado un resto de la esperanza que me sostenia.

“Pero estaban todos contra mí.... vuestro padre, vuestra madre. Me decian á mí, pobre niña, recogida en el castillo desde mi infancia y viviendo con sus beneficios, me decian: No habeis entrado en nuestra casa mas que para la pérdida y la desgracia de nuestros dos hijos!.... Luis partió por culpa vuestra.... y he aquí á René que se muere por vos....

“Era verdad, ¡Dios mío! ¡Si hubiéseis visto á René! ¡Cómo habia cambiado! Permanecía semanas enteras solo en la habitacion. No queria sentarse con todos á la mesa. Hablaba de matarse.... El comandante y la que me habia servido de madre

me decían con las lágrimas en los ojos: ¡Oh, Marta, Marta! su vida está entre tus manos. ¡Ten piedad en nombre de Dios y consérvanos nuestro último hijo!

“¡Si no hubiera necesitado más que mi sangre para salvarle! ¡Pero no podía! Ya sabéis que me era imposible...”

A los labios de René asomó una sonrisa.

—¡Oh! sí, murmuró; mi generoso hermano sabía esto, señora, y cuando tres años después volvió, os dió sin duda la absolución de vuestro crimen.

—¿Volvíó? repitió Marta admirada.

René se encogió de hombros.

“Me decían además, prosiguió, continuando la lectura, que habíais abandonado el castillo por libertaros de la vista de mis lágrimas, y como á todo esto no le diera crédito, me dijeron una vez que habíais muerto...”

“Durante siete meses fué todo inútil. Luis, mi pluma se niega á escribir la causa de mi resistencia. Aun cuando entonces no hubiera creído la noticia de vuestra muerte, me hubiese sido imposible casarme.

“Me engañaba al deciros que conspiraban todos contra mí. Vuestro tío Juan y su mujer, que ¡ay! no existe ya, me sostenían, animándome para que os esperara. Sin ellos me hubiera sido forzoso morir de dolor y de vergüenza.”

René se interrumpió de nuevo.

—Mucho tiempo hacia que sospechaba ya esto,

dijo; nuestro excelente tío me vendía sin embargo de comer mi pan; también le llegará su vez, y para entonces le reservo su digna recompensa.

Antes de continuar volvió el botón de la lámpara, cuya mecha, excesivamente larga, arrojaba una llama alta y humeante.

—No veo bien, dijo.

Era la sangre que cegaba sus ojos.

“Si esta carta llega á vuestras manos, prosiguió, haciendo por leer esfuerzos cada vez más penosos, pedid á Dios por la mujer de Juan de Penhoel, que ha hecho por mí más que mi propia mano; y si no volveis nunca á Francia, pagad en beneficios á Juan de Penhoel los sacrificios que por mí ha hecho.

“El es quien me consuela y conoce el fondo de mi corazón; con él solo es con quien puedo hablar de vos.”

—¡Oh! dijo René enjugándose el sudor que inundaba su frente; es muy larga, señora, y no encuentro el párrafo que deseo. Sin embargo, estoy bien seguro de haberlo leído en medio de vuestras jermiadas amorosas.

Otros ojos más penetrantes que los míos podrían mostrarme la línea y la página. Llévese el diablo esta lámpara; no veo nada con ella.

Y para aclararse la vista bebió un vaso de aguardiente.

—Vamos, prosiguió; paso tres ó cuatro páginas de lágrimas y sollozos. No nos queda para saber otra cosa más que si vos amais á mi generoso her-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1962 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
AL DE

mano como una loca.... Veamos si lo encuentro pronto:

“Teneis que cumplir deberes de los que no podeis dudar, Luis. Dios no quiere que mi pluma trace una queja que vaya á turbar la felicidad de vuestros placeres si sois feliz, ó á acrecentar vuestras penas si sois desgraciado.

“Pero es preciso decirlo: reconoced el fondo de vuestra alma y recordad....

“El destierro voluntario no es permitido mas que al hombre que se ve solo en el mundo.... y vos no lo estais.”

—¿Si habré pasado demasiado? exclamó René volviendo una página; parece que se mezcla en esto el diablo; no veo ya. La lámpara se apaga y mi frasco se está acabando. ¡Ah! si estuviese aquí Roberto de Blois para ayudarme.

Como volviera las hojas de la carta al azar, se escapó el papel de sus trémulas manos: bajóse para recogerlo y las venas de su frente se hincharon de tal manera que parecia iban á reventar.

—Tengo sangre fría, murmuraba, y he procurado no beber mucho; para juzgar se necesita calma: ¡escuchad, esenchad! He aquí lo que yo buscaba.

“.... Os suplico, Luis, que recibais....”

—¡Pero qué hay despues! ¡Oh! ¡oh! ha blanqueado la tinta; el papel y la letra son del mismo color, y esta maldita lámpara....

Hizo girar otra vez el botón: el tabo le saltó al rostro.

Se levantó furioso.

—¡No se quiere que leal exclamó; pero no importa. Lo he visto ya mas de una vez. Blanca de Penhoel, su hija.... su hija.... ¿lo oís?

Mucho tiempo hacia que Marta permanecía inmóvil protegida por su inercia. Como siempre, el nombre de Blanca hizo sacudir su apatia.

—¡Blanca! repitió; aun no me habeis dicho qué era de mi hija.

Luego añadió estremeciéndose:

—Os habeis vengado en ella.

Despertábase su inteligencia. Comprendia vagamente que Roberto, abusando de la embriaguez de René, le habia hecho ver en la carta las cosas como no eran.

Penhoel estaba de pié esforzándose por guardar el equilibrio.

Sus piernas débiles podian apenas sostenerle. Marta se arrastraba arrodillada á sus piés.

—Es vuestra hija, murmuraba. ¡Oh René, os lo juro! en nombre de Dios tened piedad de vuestra hija.

Su corazon, que comenzaba de nuevo á palpar, habia hecho acudir alguna sangre á sus mejillas; sus ojos vertian abundantes lágrimas; sus rubios cabellos, sueltos y al aire, inundaban su rostro, cayendo sobre sus espaldas.

René se puso repentinamente á contemplarla en silencio; cambió su fisonomía. Cuando al fin no

de la palabra, habia en su voz una emoci3n triste y casi tierna.

—¡Oh! sé muy bien que sois hermosa; si hubiérais querido hubiésemos podido ser muy felices. No pretendia mas que poder amaros cual un esclavo, Marta. ¿Lo recordais? Hace mucho tiempo! Pero aun no he olvidado cómo palpitaba mi corazon al veros. Despues otra mujer se ha apoderado de mi corazon y de mi razon. Lola... tambien es muy hermosa! Lola, que me abandona infamemente en los momentos de sufrimiento; pero el suyo no es el mismo amor. ¡Oh! En mi vida he amado á otra que vos, Marta, ni tampoco la amaré.

Y se sentó junto á su mujer, tomando con las dos manos los hermosos cabellos para echarlos á la espalda.

—¿Os acordais, prosiguió, de mis súplicas y mis lágrimas? No conocia toda mi desgracia, pero comprendia que no era amado. ¡Dios mió! Si la voz de algun génio me hubiese dicho: ¿Quieres dar tu vida por una semana de felicidad, una semana durante la cual se te hará el mas feliz de todos los mortales? ¡Oh Marta, hubiera dado mi vida!

Marta bajaba los ojos.

—¡Mi hija, dijo en voz baja, no me hablais de mi hija!...

René se levantó por segunda vez y rechazó su sillón, que rodó hasta la mitad de la estancia.

—¡Qué loco soy! esclamó mientras la cólera coloraba de nuevo la mancha ardiente que brillaba en

medio de su mejilla pálida: preciso es que esta mujer me recuerde quién soy! Su hija, ¿no es así? prosiguió amenazando con el puño el retrato de su hermano; la hija de ese embustero, de ese infame!... Ni una palabra mas, señora, en nombre de Dios: no quiero oiros: ¡oh, estoy arruinado!... El hijo de Penhoel es pobre ahora como los mendigos que vienen á buscar la limosna á la puerta del castillo... El hijo de Penhoel no tiene ya asilo... Y no es solo la desgracia la que pesa sobre su cabeza... es tambien la verguenza!... Si las gentes que lo han arruinado no se compadecen de él, será el nombre de su padre arrastrado por la infamia!...

¿Y sabeis lo que ha impulsado á René de Penhoel hasta el fondo del abismo?... aadió dejando caer su pesada mano sobre el hombro de Marta; han sido el hombre y la mujer á quien tanto adoraba.... vos, la esposa culpable, y él, el hermano indigno: callad, no quiero oiros; soy el amo. Ya sabeis que digo la verdad.

El dia en que se han arqueado mis cejas por primera vez mirando la cuna del Angel, habia ya pronunciado Dios mi sentencia... Era que moria mi última esperanza. Nada existia entonces en mi corazon, y era preciso adormecer la angustia de mi pensamiento. He buscado el olvido en la embriaguez, en el juego, en el amor... Y cada vez que cometia una falta érais vos la culpable, señora.

Separó su mano del hombro de Marta, siempre

arrodillada, dando un paso hacia el retrato del Primogénito de Penhoel.

—¡Vos y él replicó con salvaje ímpetu de cólera; él sobre todo, el verdugo de mi vida, el más infame de los hombres!

Habiase aproximado al cuadro.

Levantó la mano y dió con el puño cerrado al lienzo, que se hundió precisamente en el sitio del corazón.

René no se dominaba ya.

Descolgó el cuadro, precipitándolo roto en el suelo; luego destrozó con los pies la imagen de su hermano, dejando asomar á su rostro una alegría excesiva.

El ruido que en esta operacion causaba le impidió oír la puerta del salón que se abría dulcemente. La lámpara, privada de su tubo, no despedía más que una luz vacilante y humeante.

Marta y René no vieron que una persona se deslizaba entre las hojas de la puerta y permanecía inmóvil en la sombra junto á la entrada.

René daba vueltas sobre el lienzo desgarrado, en el que hubiera sido imposible reconocer la fisonomía de su hermano.

Marta le miraba sobreecogida de horror como si hubiese asistido á un asesinato.

René se detuvo al fin, enervado por aquella sonrisa irresistible de los ébrios.

—¡Oh, oh! dijo, con razon habia amenazado el an-

ciano Benito que yo lo asesinaria.... Ahora os toca á vos, señora.

Llegó apoyándose en la muralla al retrato del anciano comandante de Penhoel. Debajo de aquel retrato, como ya hemos dicho, pendía un trofeo de armas. René tomó una espada.

No reía ya.

Se descubrió é hizo la señal de la cruz.

—Todo ha terminado para nosotros, señora, pronunció con voz sorda y resuelta.... Haced lo que yo; decid vuestras oraciones.

Apoyóse sobre la empuñadura de la espada y sus labios se agitaron como si hubiese murmurado una oracion.

Marta se arrastró de rodillas hacia él.

—René, murmuraba estendiendo sus brazos suplicantes; quiero morir, y os perdonaré desde el fondo de mi corazón. Pero os suplico que antes de matarme me digais lo que habeis hecho de mi hija.

René cesó de rezar y señaló con el dedo la cartera que estaba en el suelo junto á la mesa.

—No os he dicho que habia tenido necesidad de pagar eso! replicó: no poseia nada. Roberto de Blois me pidió vuestra hija en cambio de esos papeles y se la dió.

Marta apoyó sus dos manos contra el corazón lanzando un débil gemido.

Luego cayó privada de sentido.

Penhoel probó en el dedo la punta de la espada.

En ese momento se dejó oír un ruido leve junto á la puerta.

La persona que acababa de entrar y que permanecía oculta en la sombra, descolgaba también una de las armas suspendidas en forma de trofeo bajo los antiguos retratos de familia.

Solamente separaban á Marta desmayada de René algunos pasos.

Este inclinó la cabeza sobre el pecho y marchó hácia su mujer diciendo en voz alta:

—Primero ella, luego yo.

En su acento como en su rostro había una sombría determinación.

Pero como á la vez levantase la cabeza para ver y la mano para herir, vió entre él y su víctima un hombre.

Era el tío Juan, que dejaba observar su elevada estatura, encorvada por la vejez, y que permanecía de pié con la espada en la mano delante de Marta.



VI.

LA HORA DEL DESTIERRO.

En ese hombre de apostura arrogante y robusta que se erguía con la espada elevada delante de la pobre mujer, reconoció René de Penhoel al momento al pobre tío Juan. Estaba tan habituado á ver encorvarse la fisonomía del buen anciano, humilde y dulce, sobre su pecho, que creyó en el primer momento soñar.

Retrocedió un paso, agitando la espada como si hubiese querido hacer desaparecer el fantasma.

Su espada encontró la de Juan de Penhoel, produciendo ese ruido de hierro que despierta como el eco de un clarín.

La luz de la lámpara caía á plomo sobre la frente del anciano, coronada por sus cabellos tan blan-

En ese momento se dejó oír un ruido leve junto á la puerta.

La persona que acababa de entrar y que permanecía oculta en la sombra, descolgaba también una de las armas suspendidas en forma de trofeo bajo los antiguos retratos de familia.

Solamente separaban á Marta desmayada de René algunos pasos.

Este inclinó la cabeza sobre el pecho y marchó hácia su mujer diciendo en voz alta:

—Primero ella, luego yo.

En su acento como en su rostro había una sombría determinación.

Pero como á la vez levantase la cabeza para ver y la mano para herir, vió entre él y su víctima un hombre.

Era el tío Juan, que dejaba observar su elevada estatura, encorvada por la vejez, y que permanecía de pié con la espada en la mano delante de Marta.



VI.

LA HORA DEL DESTIERRO.

En ese hombre de apostura arrogante y robusta que se erguía con la espada elevada delante de la pobre mujer, reconoció René de Penhoel al momento al pobre tío Juan. Estaba tan habituado á ver encorvarse la fisonomía del buen anciano, humilde y dulce, sobre su pecho, que creyó en el primer momento soñar.

Retrocedió un paso, agitando la espada como si hubiese querido hacer desaparecer el fantasma.

Su espada encontró la de Juan de Penhoel, produciendo ese ruido de hierro que despierta como el eco de un clarín.

La luz de la lámpara caía á plomo sobre la frente del anciano, coronada por sus cabellos tan blan-

cos como la nieve. Su mirada era triste pero firme. Al ruido de las dos espadas que se chocaban se había encendido un vivo fuego en su pupila.

Entonces se veía que Juan de Penhoel, el pacífico y buen anciano, había debido llevar con arrogancia y dignidad en otra época el nombre de sus padres.

René permaneció un instante contemplándole.

—Idos, dijo al fin, y no me tenteis, porque si no fuese esta la hora de mi muerte, tendría también que arreglar con vos una cuenta, tío.

El anciano guardó silencio.

—¡Idos pues! repitió René, cuyos dedos se crispaban en torno de la empuñadura de la espada.

El tío Juan no respondió.

Sus grandes ojos azules se fijaban tranquilos y resignados sobre el rostro descompuesto de su sobrino.

La espuma asomaba á los labios del señor de Penhoel.

—¡Idos pues! repitió por tercera vez; ya sabéis que esa mujer es culpable, y que los hijos de Penhoel no tienen más que una manera de hacerse justicia.

—Sé que vuestra mujer es una santa, respondió al fin el tío Juan con su voz dulce y penetrante, y sé también que mi deber es detener la mano del hijo de Penhoel que va á cometer un cobarde asesinato.

René blandió su arma lanzando un rugido.

—¡Yo soy el amo, exclamó; atrás ó sois muerto! Y se lanzó sobre su contrario.

El tío Juan permaneció derecho y firme. Su mano hizo apenas un imperceptible movimiento y la espada de René cayó sobre el pavimento.

René la recogió blasfemando y volvió á la carga; pero en vano multiplicaba sus furiosos golpes: hubiérase podido decir que atacaban á un muro de piedra.

El tío Juan no se movía. Veíase siempre su mano alta variar la dirección de la espada al aproximarse á su pecho. Concretábase á parar sin dirigir el menor golpe.

René jadeaba. Brillaba el sudor en su frente. Momentos después se apoyó fatigado en la pared.

—¡Ah! dijo haciendo rechinar sus dientes; lo que estais haciendo es sin duda para pagar los beneficios que de mi padre y de mí habeis recibido; ¿no es así, Juan de Penhoel?

—Proporcionéme Dios la ocasión de morir por vos, sobrino mío, replicó el anciano, cuya respiración era siempre igual y tranquila, y entonces podreis ver si soy un ingrato.

René, fingiendo un estremado cansancio, le acachaba á hurtadillas. Cuando creyó el momento favorable se lanzó sobre él de un salto, tirándolo á fondo con ímpetu. El tío Juan recibió el choque sin moverse, y la espada del señor de Penhoel saltó de sus manos por segunda vez.

Quiso bajarse para recogerla; pero había agota-

do cuantas fuerzas le quedaban en aquel último golpe. Su pesada cabeza hizo doblegar el cuerpo y cayó como exánime sobre el pavimento, de donde no se levantó más.

La excesiva fatiga del combate, la emoción, la embriaguez llegada á su colmo, se reunían en él para sujetarle en el suelo inerte é incapaz de hacer el menor movimiento.

El tío Juan colocó su espada, pasando el dorso de su mano por la frente, donde brillaban algunas gotas de sudor. Su mirada se elevó al cielo para dar gracias á Dios; luego se arrodilló junto á Marta, cuya cabeza descolorida y trémula entonces, sostuvo entre sus manos.

Marta recobró los sentidos. Pronunció el nombre de Blanca, porque volvía á recobrar con la vida la memoria.

—Ya la encontraremos, hija mía, dijo el tío Juan.

La mirada de Marta recorrió la estancia, permaneciendo fija en el hueco que antes ocupaba el retrato de Luis de Penhoel.

—Lo recuerdo, murmuró... ¿Por qué no me ha muerto?

El tío Juan la estrechó contra su corazón.

—Ya la encontraremos, dijo otra vez; os prometo que la encontraremos.

Tenia buenas palabras para consolar y hacer concebir una esperanza que él mismo no conservaba, porque desde las ventanas de su habitación ha-

bia visto á Roberto llevar su carga á través del jardín y bajar en seguida á galope el camino que conducía á la barca.

Su primer movimiento había sido perseguir al raptor, porque la escalera puesta en la ventana del Ángel le hacía comprender todo; pero cuando llegó á Port-Corbeau había pasado ya Roberto el Oust y corría á todo escape por el camino de Redon.

El que Vicente de Penhoel había encontrado al volver al castillo entre las malezas y á la altura de la aldea de Bains, era Roberto.

Mientras el tío Juan subía tristemente la colina, aguijoneaba Vicente su caballo para que pasara pronto el terreno que le separaba de su familia. Tenía grandes deseos de llegar. Hacia seis semanas que no había recibido noticia alguna del castillo. Entonces mientras atravesaba animado por Redon, habían movido tristemente la cabeza todos aquellos á quienes había preguntado por Penhoel.

Había un sitio en la villa donde siempre se sabía cuanto pasaba en Penhoel. Vicente había entrado en la posada del Carnero Coronado; pero desde por la mañana había cambiado de dueño el establecimiento: el anciano Gerand y su mujer, arruinados ambos, se habían retirado á San Nicolás, de la otra parte del Vilaine.

Vicente tenía en el fondo del alma un doloroso presentimiento. Pero al mismo tiempo palpitaba su corazón de alegría. ¡Cuán bella debía estar!

Esta brusca vuelta no anunciada por nadie iba á hacer asomar á sus lábios una encantadora sonrisa, y una lágrima en sus grandes ojos azules.

Desde que Benito Haligan era demasiado viejo para desempeñar su oficio de barquero, se habia puesto al otro lado del río una campanilla que llegaba hasta el castillo.

Al bajar del caballo corrió Vicente al embarcadero; allí encontró la barca, que habia servido para pasar á Roberto.

En lugar de agitar la campanilla saltó Vicente en la barca, no tardando en encontrarse en la orilla opuesta. En el momento en que tocaba la ribera hirió su vista la débil luz que alumbraba siempre en aquellas horas la cabaña del pobre Benito. Subió corriendo el pequeño sendero y penetró en la cabaña.

—Que Dios os bendiga, Penhoel, le dijo Haligan al traspasar el dintel; va á venir la tempestad... siento los dolores de mi pobre cuerpo.

—¿Qué hay de nuevo en el castillo? preguntó Vicente tímidamente.

—El castillo permanece en pié, hijo mío, replicó Benito, que permanecía inmóvil, acostado y con los ojos en la techumbre ahumada de su cabaña.

Vicente respiró.

—Temia... murmuró.

Luego añadió con alegría:

—¿Cómo está mi padre?

—Tu padre se encuentra como un hombre arrojado de su último asilo, respondió Haligan.

Vicente retrocedió estupefacto.

—¿Qué, exclamó Vicente, ha echado Penhoel á mi padre?

—Hijo mío, prosiguió el barquero, Penhoel no puede dar asilo á nadie, porque también él ha sido echado del castillo.

—¡Oh! exclamó Vicente, que no podía dar crédito á sus oídos; ¿y la Señora?

—Echada.

—¿Y mis hermanas?

Benito se persignó.

—¡Muertas! murmuró.

—¡Muertas! repitió Vicente cayendo de rodillas: ¡hermanas mías!... ¡pobres hermanas mías! ¿Y Blanca?

Benito tardó en responder.

—Penhoel, dijo al fin, ¿habeis encontrado en vuestro camino un hombre á caballo?

—Sí, balbuceó Vicente.

—¿No llevaba aquel hombre un bulto entre sus brazos?

—¡Sí!...

—Pues bien, prosiguió Haligan, aquel bulto era Blanca, vuestra prima.

Vicente lanzó un grito desgarrador.

El barquero se habia vuelto en su lecho.

Al cabo de algunos segundos se levantó de un

Esta brusca vuelta no anunciada por nadie iba á hacer asomar á sus lábios una encantadora sonrisa, y una lágrima en sus grandes ojos azules.

Desde que Benito Haligan era demasiado viejo para desempeñar su oficio de barquero, se habia puesto al otro lado del rio una campanilla que llegaba hasta el castillo.

Al bajar del caballo corrió Vicente al embarcadero; allí encontró la barca, que habia servido para pasar á Roberto.

En lugar de agitar la campanilla saltó Vicente en la barca, no tardando en encontrarse en la orilla opuesta. En el momento en que tocaba la ribera hirió su vista la débil luz que alumbraba siempre en aquellas horas la cabaña del pobre Benito. Subió corriendo el pequeño sendero y penetró en la cabaña.

—Que Dios os bendiga, Penhoel, le dijo Haligan al trasponer el diutel; va á venir la tempestad... siento los dolores de mi pobre cuerpo.

—¿Qué hay de nuevo en el castillo? preguntó Vicente tímidamente.

—El castillo permanece en pié, hijo mío, replicó Benito, que permanecía inmóvil, acostado y con los ojos en la techumbre ahumada de su cabaña.

Vicente respiró.

—Temia... murmuró.

Luego añadió con alegría:

—¿Cómo está mi padre?

—Tu padre se encuentra como un hombre arrojado de su último asilo, respondió Haligan.

Vicente retrocedió estupefacto.

—¿Qué, esclamó Vicente, ha echado Penhoel á mi padre?

—Hijo mío, prosiguió el barquero, Penhoel no puede dar asilo á nadie, porque tambien él ha sido echado del castillo.

—¡Oh! esclamó Vicente, que no podía dar crédito á sus oídos; ¿y la Señora?

—Echada.

—¿Y mis hermanas?

Benito se persignó.

—¡Muertas! murmuró.

—¡Muertas! repitió Vicente cayendo de rodillas: ¡hermanas mías!... ¡pobres hermanas mías! ¿Y Blanca?

Benito tardó en responder.

—Penhoel, dijo al fin, ¿habéis encontrado en vuestro camino un hombre á caballo?

—Sí, balbuceó Vicente.

—¿No llevaba aquel hombre un bulto entre sus brazos?

—¡Sí!...

—Pues bien, prosiguió Haligan, aquel bulto era Blanca, vuestra prima.

Vicente lanzó un grito desgarrador.

El barquero se habia vuelto en su lecho.

Al cabo de algunos segundos se levantó de un

salto Vicente, pasó de nuevo el río y montó á caballo.

Iba á perseguir al raptor de Blanca y ni siquiera sabía su nombre. El raptor volvía en aquel momento hacía el castillo al trote corto de su montura.

Roberto de Blois había robado á Blanca por su propia cuenta y á pesar de Pontalés. Era el resultado de una idea fija. En su concepto había vuelto Luis de Penhoel, ó al menos no podía tardar mucho en llegar.

Los rumores que sobre este asunto corrían en el país, tomaban cada día mas consistencia. Hasta se referían ya pormenores. Decíase que el Primogénito traía de las colonias una fortuna mas que considerable. Hasta había personas que señalaban la suma á que ascendía aquella fortuna.

Con el robo de Blanca pensaba Roberto procurarse un excelente recurso. Conociendo á fondo la historia íntima de los Penhoel, y sabiendo las relaciones que entre Marta y Luis habían existido, se decía: si este buen hombre es verdaderamente rico, el Angel se llevará la mayor parte de su fortuna. ¡Ah, vivan los tios de América!

Hubiera encontrado fácilmente un pretexto cualquiera para alejar á Marta; pero la casualidad se encargó de evitarle este trabajo. Marta, que desde la caída de la noche espía ba una ocasión para trasladarse al cementerio de Glenac, salió, como ya hemos visto, con este objeto.

Roberto aprovechó la ocasión, y como la puerta

estaba cerrada con dos vueltas de la llave, puso una escalera contra la ventana comenzando el asalto.

El Angel dormía. Al despertar se encontró entre los brazos de un hombre cuyo rostro no podía ver, y que la llevaba envuelta entre las sábanas del lecho. El espanto que experimentó fué demasiado violento para su debilidad; apenas tuvo tiempo de arrojar un grito que ahogaron los paños que la cubrían, y perdió el conocimiento.

Todo parecía favorecer el rapto; pero en el momento en que Roberto cargado con su presa ponía el pié en el jardín, se encontró frente á frente con el señor de Penhoel.

Roberto, que por una casualidad estaba armado, no pensó hacer uso de sus armas. Hubo entre él y René una escena corta y característica.

René, sin embargo de lo mucho que se había degradado, conservaba la energía necesaria para defender á su hija aun contra el mismo Roberto; pero este último dominaba, por decirlo así, cada fibra de su ser.

No se desconcertó y respondió á la primera pregunta de René descubriendo el rostro de Blanca.

Luego dijo:

—La robo... pero creedme, Penhoel, no os interesa nada.

Esto era herir de primer golpe el flanco descubierto. Hacía tres años que Roberto trabajaba para envenenar las sospechas que existían en el

fondo del corazón de René: la empresa estaba casi terminada; faltaba apenas una calumnia.

Blanca fué depositada en un banco de césped. Roberto sacó de su bolsillo la cartera que contenía las dos cartas que ya hemos leído y que él había robado, una á Marta y otra al mismo René.

Aparentó buscar algunos pasajes y descifrar algunas líneas. Naturalmente encontraba en las cartas cuanto quería.

Habló entre otras cosas frases improvisadas por él mismo, y que se referían á la aparición de Luis de Penhoel en el país algunos meses antes del nacimiento de Blanca.

Penhoel sentía una especie de placer salvaje al convencerse del pretendido crimen de su mujer.

No dudaba.

Roberto tenía razón. ¿Qué le importaba á él, Penhoel, el robo de aquella hija del adulterio?

Estaba ya medio embriagado y demostró la mayor fanfarronería vendiendo la niña por las dos cartas.

Un caballo esperaba en la verja del jardín: Roberto partió á escape, llevando á Blanca, siempre desmayada, á la antigua caverna de Bibandier, porque no conocía en todo el país una casa que hubiera querido favorecer el rapto de una hija de Penhoel.....

René subió al salón para leer á su placer las cartas conquistadas. Aplaudíase su obra, triunfando de sí mismo. En el salón encontró á Mr. Protasio

Le-Hivain, apellidado Macrocéfalo, que le acogió con saluciones mas respetuosas todavía que las que de ordinario acostumbraba hacerle.

Cuando hubo terminado de saludar entró Macrocéfalo en materia, diciendo que la pasión mas querida de su vida era hacerse partir en mil pedazos por servir al señor de Penhoel.

En su consecuencia, se había encargado de un mensaje muy enojoso con objeto de suavizar en parte los términos de la medida.

El mensaje de Mr. Protasio Le-Hivain, apellidado Macrocéfalo, se reducía en sustancia á que René había vendido por contrata en debida forma y sin condicion de ningun género las tierras de su nombre al señor marqués de Pontalés para entrar en seguida á disfrutar de ellas.

—Consecuentemente, prosiguió Macrocéfalo, mi señor de Penhoel no debe admirarse de que mi dicho señor de Pontalés le haga significar por la presente, ó mas bien, rectificó el abogado, lo dé políticamente á entender, porque yo no soy un escribano á Dios gracias, que es preciso desalojar ó abandonar estos lugares, ó por mejor decir, largarse lisa y llanamente, y esto en el plazo mas breve posible, conforme espresa la escritura.

Penhoel escuchaba con la cabeza elevada y la mirada fija. Parecía no comprender.

Roberto y Pontalés despues de haber puesto en juego para con él todas las mentiras y amenazas, habían dado el gran golpe la noche de San Luis.

Habíanse entregado á Mr. Le-Hivain los papeles robados por Elena y Diana y recuperados por Bibandier. Estos eran materiales falsos: René había contrahecho la firma y rúbrica de su hermano, y dado supuestos poderes con el objeto de vender el patrimonio de Luis, que creía muerto.

El verdadero instigador de estos actos criminales era Mr. Protasio Le-Hivain, impulsado por Roberto y Pontalés; pero la justicia no conocía más que al culpable de hecho.

La mano que había trazado aquellas firmas era la de René.

Debió ceder.

Ya no poseía una pulgada de tierra.

—Como el señor vizconde puede comprender, replicó Macrocéfalo aparentando una dulce sonrisa, he hecho cuanto he podido por sacarle de esta... pero nada se ha podido hacer, nada he podido conseguir... mis esfuerzos no han obtenido más que un plazo conveniente.

—¿Cuál? preguntó Penhoel, que todavía no había pronunciado una palabra.

—Gracias á mí, replicó Macrocéfalo, tiene el señor vizconde una hora para hacer todos sus preparativos de marcha.

René hizo un gesto de indignación.

—Permitid, replicó el abogado; haré observar respetuosamente al señor vizconde que el castillo ha sido vendido con todo cuanto encierra. En su consecuencia, como el señor vizconde no puede lle-

varse absolutamente nada, le bastará una hora para arreglar sus asuntos.

Macrocéfalo se había complacido en encubrir con un aire humilde y contrito la pérdida alegría que experimentaba al desempeñar este menaje.

—Salid, dijo René.

—Perdóneme el señor vizconde si no le obedezco inmediatamente como es mi obligación.

Pero no ha acabado aún mi comision... La persona que me envía hácia vos, señor vizconde, desea veros establecido á buena distancia del partido de Glenae, para evitar los conflictos naturales que su presencia pudiera suscitar. Estoy también encargado de notificar al señor vizconde que todo aldeano ó colono de Penhoel ó Pontalés que le abra la puerta de su casa, será inmediatamente despedido... El señor vizconde es muy generoso para esponer á esos pobres diablos á tan excesivos perjuicios.

—¡Salid! repitió Penhoel, cuya paciencia tocaba á su término.

Mr. Le-Hivain tuvo miedo al ver que se arqueaban las cajas de René.

Manifestó por última vez su deseo de dejarse descuartizar por el servicio del señor vizconde, y llegó á la puerta andando de espaldas y saludando á cada paso que daba hasta casi tocar el suelo.

Trasladóse á la estancia del tío Juan para hacerle la misma notificación.

Solo ya Penhoel, permaneció durante algunos se-

gundos anonadado bajo el golpe que le hería. Hasta entonces había cerrado los ojos voluntariamente para no ver las consecuencias de su ruina. Al cabo de algunos minutos reemplazó al abatimiento que le anonadaba una cólera sorda. Una amarga sonrisa iluminó su silencioso rostro. Acababa de pensar en Marta.

Se levantó.

—Ella, murmuró, ella es la que causa todo esto.... Por una hora soy aún el señor de este castillo.

Tiempo tengo para vengarme.

Entonces fué cuando se trasladó á la habitación del Angel.

En el salón sostenía á Marta, que había recobrado ya los sentidos, pero que permanecía bajo el peso de un anonadamiento terrible, el tío Juan de Penhoel.

—Es preciso recobrar las fuerzas, Marta, decía el anciano, porque aun no han terminado todas las pruebas por que habeis de pasar.... La desgracia ha caído sobre nuestra casa, y cualquiera cosa que haya hecho René, vuestro marido, debeis ayudarle. Marta, procurad consolarle en su aflicción.

Antes que Juan de Penhoel hubiera tenido tiempo para explicarse mas, dió las once de la noche la péndola. El timbre agudo y sonoro pareció producir en René el mismo efecto que si una ruda mano hubiese sacudido bruscamente su sueño. Hizo un esfuerzo por levantarse y apoyó sus dos manos

sobre el pavimento donde un momento antes yacía tendido.

—¡Las once!... murmuró sin manifestar el menor recuerdo de cuanto había pasado.... ¿Qué tenía yo que hacer á estas horas?

El tío Juan lo sabía demasiado: abrió la boca para responder, pero le faltaron las fuerzas.

René miraba en torno suyo.

—Esta sala es ahora muy grande, murmuraba; en otra época cuando todos estábamos reunidos, parecía mucho mas pequeña.

Púsose á contar por los dedos con lentitud.

—Vicente, dijo, Diana, Elena, vuestros tres hijos, tío.... Blanca de Penhoel, Roger, nuestro hijo adoptivo.... luego Roberto de Blois, añadió hablando bajo.... y Lola.... ¿por qué nos han abandonado todos á la vez?

Se interrumpió y espermentó un fuerte estremecimiento.

—¡Oh!.... exclamó con un largo suspiro.... he aquí lo que recuerdo.

Levantóse.

Su reciente embriaguez había dejado pocas huellas.

Tenia en aquel momento sobre su pálido rostro un resto de nobleza.

—Lo recuerdo, replicó.... ¡Esta es la hora en que Penhoel debe abandonar para siempre la casa de su padre!

Marta permanecía inmóvil y fría. Estas tristes

emociones, pero tranquilas, eran muy inferiores á las angustias que habia sufrido.

El tío Juan, al contrario, estaba profundamente afectado.

—Soy muy anciano, pensó en voz alta, y confiaba morir antes de llegar á ver esto.

Vamos, sobrino mio, ¡ha llegado la hora! ¡Que Dios te dé valor para este último sacrificio!...

René dió un paso hácia la puerta; pero su cabeza, que se erguía con arrogancia, se inclinó de nuevo. Acababa de hollar con el pié los despojos del cuadro roto que un momento antes contenía el retrato del hijo primogénito de Penhoel.

La mirada tímida é inquieta de René parecia clavarse en éste.

—Si al menos me amara, dijo con desesperacion. Marta se levantó al fin, acercándose á él.

—René, dijo, mientras no me despidais permaneceré á vuestro lado y os amaré.

Esta última palabra salió de su boca con no poco trabajo.

Pensaba en su hija.

Estaba con los ojos bajos cerca de Penhoel, que la miraba en silencio.

—¡Oh Marta! ¡Marta! murmuró al fin, si hubiérais querido...

Volvióse hácia el tío Juan, y señalándole con el dedo las dos espadas, le dijo:

—Gracias.

Luego se dirigió hácia la puerta del salon.

El anciano y Marta le seguían.

Atravesaron juntos el corredor desierto. Bajaron la escalera principal, donde nadie llegó á cruzarse en su camino.

Cada vez parecia mas abandonado el castillo.

Hubiérase podido verlos marchar á los tres en silencio á lo largo de las calles de árboles del jardin.

El tío Juan abrió la puerta que daba al campo.

Salió: Marta hizo otro tanto.

Penhoel dudó un momento.

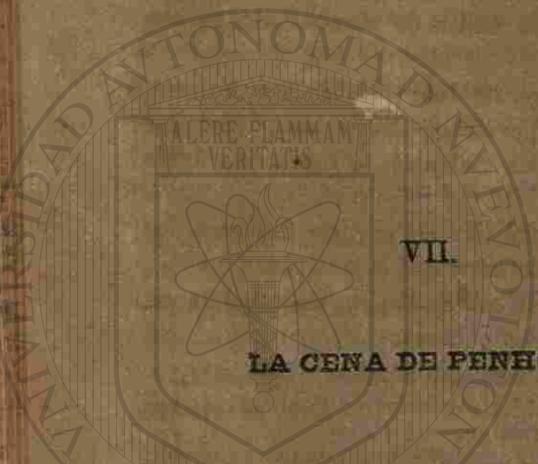
—¡Valor! sobrino mio, dijo la dulce voz del tío Juan; Dios tendrá piedad de nosotros.

Penhoel se cubrió el rostro con las manos y salió sin dirigir atrás una mirada.

Apenas habia traspuesto el dintel, cuando la puerta, impulsada por una mano invisible, se cerró rudamente tras él.

Mr. Blas y Bibandier habian salido de un escondite próximo y reían los inocentes con la mayor sencillez.





LA CENA DE PENHOEL.

Detrás de la puerta se frotaban las manos con alegría Blas y Bibandier, como si ningún drama se pudiera representar en este mundo sin que tuviera su parte bufona ó vergonzosa.

—No tiene nada de particular, dijo el enterrador, despedir á estas horas á cualquiera.

—¡Y con un tiempo tan excelente! añadió Blas: los muy bobos se van á poner como sopas si no les sucede algo mas. ¡Qué viento!

—¡Y qué ruido causa el riol...! ¡Caen gotas tan gruesas como monedas de seis libras! Ahora que les hemos dado escolta me parece lo mas acertado ver si el muy respetable maire nos ha dejado algunos frascos de aguardiente.

—¡El señor maire! repitió Blas con tono de mofa... Yo me he quedado con su bufanda de merino para hacerme un chaleco.

Habian entrado ambos en el vestíbulo del castillo.

René, Marta y el tío Juan bajaban la pendiente.

La tempestad que amenazaba acababa de estallar al fin con repentina violencia: la lluvia caía á torrentes.

—¡Qué noche tan terrible va á ser esta para los que no tienen asilo! murmuró el tío Juan.

Marta llevaba la cabeza al aire; sus cabellos caían ya empapados en agua.

—Nosotros carecemos de él, dijo René.

—Entre los antiguos colonos de Penhoel... comenzó Marta.

—No hay que pensar en eso, hija mía, interrumpió el tío Juan: los que nos echan no han olvidado nada... Nuestra desgracia es contagiosa y la hospitalidad que llegáramos á pedir á un pobre hombre sería una maldición para él y su familia.

La lluvia y el viento aumentaban cada vez mas: las malezas eran demasiado bajas para ofrecer la menor proteccion.

René se detuvo.

—En una noche semejante á esta, dijo, abrí yo las puertas del castillo al hombre que hoy nos arroja de él... No encontraré un sitio donde refugiarme, yo, que nunca he negado á nadie la hospitalidad... Eexcepto á uno, agregó en voz baja.

Y añadió, oprimiéndose la frente con las manos:

—¡Oh hermano mío! ¡hermano mío!... Dios te venga.

—Vamos, sobrino mío, dijo el tío Juan, que sacudió su abatimiento y fingió una especie de alegría.... Abandonad esas ideas.... Todo se reduce á arrostrar una tempestad. Un rato de placer para un cazador! En todo caso podemos estar seguros de encontrar buena acogida en la casa de nuestro antiguo amigo el posadero de Redon.

—Es verdad, dijo vivamente Penhoel.... ese al menos nos quiere y es bastante rico para mantener á Marta mientras que yo iré... Dios sabe dónde...

—Donde vayais vos os seguiré yo, Penhoel, contestó Marta.

René hizo como que no habia oído.

—Es preciso que vaya muy lejos, muy lejos, porque esas gentes conservan un arma terrible contra mí, y mientras me vean al alcance de sus tiros, me herirán sin compasion ni descanso. Hasta mi muerte temerán verme volver á la casa de mi padre.

—Y harán bien, sobrino mío, contestó el tío Juan afectando una esperanza de que carecia, porque Dios es justo y volveréis á ella algun dia. Entre tanto veo luz en la cabaña de Benito Haligan, el barquero.... Entremos allí para dejar que pase la tempestad, porque la pobre Marta está muy débil. Tengo muchas esperanzas.... Cuando Marta esté ya repuesta, tomaremos la barca y nos dirigiremos

á casa de nuestro amigo Geraud, que es rico y con secuento.

El tío Juan marchaba entonces el primero. Internóse en el sendero que conducia á la cabaña. René le seguia con repugnancia. Hacía mas de un año que no habia visitado al anciano servidor de su padre, que se moría en el mas completo abandono.

Como Juan de Penhoel se acercara á la cabaña, vió á través de la puerta una masa negra cuya forma no distinguía.

Al ruido producido por sus pasos se movió la masa negra.

Era un hombre sentado en el dintel y con la cabeza entre las manos.

—¿Eres tú, Benito? preguntó el tío Juan.

El hombre levantó la cabeza, y el tío Juan pudo reconocer la fisonomía del posadero de Redon.

Hizo un verdadero movimiento de alegría y chocó sus dos manos una con otra.

—¡Andad, sobrino mío! exclamó, ¡andad, Marta! He aquí justamente á nuestro amigo Geraud, que va á sacarnos de nuestra difícil posicion.

El posadero se levantó en silencio y se quitó el gorro con respeto, apartándose á un lado para dejarles paso.

El movimiento que hizo dejó su rostro al descubierto alumbrado por la resina. El tío Juan se detuvo en el dintel de la puerta al ver pintada en

aquella fisonomía la tristeza y el desaliento mas completos.

Benito Haligan se había incorporado.

—Encended otra resina, Francisco Geraud, dijo... Encended un buen fuego en la chimenea... No todos los dias visitan los señores de Penhoel á su fiel servidor.

Geraud no se movia.

Miraba con tristeza y abatimiento á los tres huéspedes de la pobre cabaña.

Cuando la Señora entró la última, le tomó la mano llevándosela á los labios.

Lloraba.

—¿Es cierto lo que acaba de decirme Benito? murmuró con voz alterada.

Penhoel dirigió al lecho una mirada compasiva.

—¿Qué ha dicho? preguntó.

—Encended otra resina, Francisco Geraud, repitió el pobre barquero.

Encended un buen fuego en la chimenea y buscad sillas para que nuestros señores sean recibidos como conviene.

—He dicho que el castillo había cambiado de dueño, replicó Benito, contestando á Penhoel, y que daría cuanto me resta á escepcion de la salvacion eterna, por haberme engañado. He dicho tambien que René de Penhoel iba á necesitar á los que han comido el pan de su padre....

—¿Es cierto?... ¿es cierto?... balbuceó el posadero: ¡han tenido la crueldad de echaros á vos,

Penhoel, á vos, Mr. Juan, y tambien á vos, Señora?

—¿Es verdad! contestó René.

—Y hemos contado con vos, amigo Geraud, añadió el tio Juan.

El posadero movió la cabeza.

—He hecho lo que he podido, dijo como hablándose á sí mismo; ahora no poseo ya nada.

—¿Ni aun un asilo que dar al hijo de tu señor? preguntó el tio Juan, cuya voz adquirió un acento de amargura.

—Ni aun un asilo que dar al hijo de mi señor, contestó el posadero; esta mañana han ido los curiales á mi establecimiento.... me han puesto en la calle con mi pobre mujer, que lloraba.... Mr. Juan, la pobre había creído morir en la abundancia, y á su edad es muy doloroso ir á pedir limosna por los caminos.

René se había sentado en un taburete lo mas lejos posible del lecho de Benito.

—¡Yo soy!... replicó en voz baja: tambien esta vez soy yo la causa de todo.... Desde hace dos años me llevaba Geraud dinero todas las semanas... La tarde de San Luis me dijo al entregarme la última bolsa....

Esto, señor, no proviene de mí solo, porque estoy arruinado. He dicho á las buenas gentes de Glenac y de Bains: Penhoel necesita dinero.... y se ha llenado el saco.... Y yo, añadió René, lo perdí todo en una sola partida.

—Cuanto yo poseía era vuestro, Penhoel, murmuró Geraud; lo que siento es no tener mas.

El tío Juan se acercó al posadero estrechándole la mano en silencio.

—Pero, replicó este último, no es esto todo, ¡Dios mío! Benito decía además otra cosa... ¿Es cierto que pueden perderos despues de haberos despojado?...

¿Es cierto que el honor de Penhoel está entre las manos de esos demonios?

Nadie respondió.

La cavernosa voz del barquero se dejó oír en medio del silencio.

—Al cuello de la Señora hay una cadena de oro, dijo, con cuyo importe se puede ir muy lejos.

—No hay tiempo que perder, exclamó el posadero; mañana antes de despuntar la aurora debeis estar en el camino de Rennes, Penhoel, pues los infames que os han robado podrian llevar aun mas lejos su crueldad.

Marta presentó la cadena al tío Juan.

—Bien se aleje ó bien se quede, murmuró Benito Haligan, se apoderarán de su cuerpo y de su alma. No le oía nadie.

—Iré con vos, prosiguió Geraud, aun cuando sea hasta París, porque como no estais habituados á servirlos....

—¡Pero vuestra mujer! dijo Marta.

—Cuando yo era marino, contestó el posadero, permanecía sola por espacio de años enteros.

—¡Pobre y anciana como está ahora la infeliz! quiso objetar el tío Juan.

El posadero dudó un momento.

—Escuchad, dijo en seguida con sencillez, pero con ese tono perentorio que solo se usa para lanzar un argumento sin réplica; he nacido en Penhoel.....

La tempestad habia cesado. Nuestros tres fugitivos acompañados del anciano Geraud, bajaron hácia la barca de Port-Corbeau.

Las lúgubres palabras de Benito Haligan pesaban sobre sus pechos oprimidos.

Mientras Geraud desamarraba la barca, se habia quedado algo detrás Marta.

El viento habia hecho desaparecer las nubes. La luna brillaba á través de las mojadas ramas de los árboles. Marta se volvió para dirigir la última mirada al castillo.

En el sendero, alumbrado á medias, vió dos formas conocidas que se deslizaban agarradas de la mano, dos jóvenes cuyas largas cabelleras flotaban al último soplo de la tempestad.

Marta unió las manos lanzando un débil grito. Habia caído de rodillas.

El tío Juan se precipitó hácia ella.

—¡Las he visto! respondió Marta á sus preguntas.... ¡las dos!.... La muerte no las ha desfigurado. Me han echado un beso con su sonrisa angelical. ¡Oh! ¡las veré con frecuencia, porque ahora saben cuánto las amaba!....

A pesar de su apariencia de soledad y de abandono, el castillo había conservado, sin embargo, algunos huéspedes.

Apenas hubieron dejado el gran salón Marta, René y el tío Juan, cuando se abrió una puerta lateral dando paso á Mr. Roberto de Blois.

Roberto había oído y visto la mayor parte de cuanto acababa de suceder: una sonrisa de profundo desden se dibujaba aún en sus labios.

Dirigióse hácia la mesa donde estaba la lámpara y empujó con el pié al andar los despojos del retrato del primogénito.

—¡Qué bestia tan feroz y estúpida! murmuró. En verdad que no tenía la partida mucha dificultad en ganarse.... El caso es que la iba á matar á no ser por ese viejo palurdo de tío con albarcas, que á decir verdad se ha portado como un hombre.

Dirigió una mirada á la espada que estaba en el mismo sitio.

—¡Pardiez! replicó, ¡vaya una guardia que tenía! Desarmó al otro tres veces seguidas con el molinete.... No veía mas que saltar chispas.

Y se tendió en el sillón donde antes se sentaba Penhoel, y unió las manos sobre su estómago con aire de beatitud.

—¡Eh! ¡todo eso pertenece ya á la historia antigua! prosiguió; ha caído el telón, concluyó la farsa y nosotros comenzamos la era seria de nuestra existencia.... Se trata ahora de ser un hombre grave y usar de nuestra fortuna cual corresponde....

Nos podríamos desembarazar fácilmente de ese viejo Basilio Pontalés, pero lo necesitamos para la diputación. Me ha prometido cien votos de sus hecturas en el distrito de Redon. Las elecciones se aproximan.... Cuando sea diputado, que me lleven los diablos si no le hago alguna jugarreta.

Agitó la campanilla colocada á su lado.

—Mi carrera por los campos me ha abierto mucho el apetito, dijo, pero no he perdido mi trabajo.... Blanca está en grande seguridad ahora y mi edificio tiene todos los cimientos que necesitaba.

Un criado se presentó en la puerta.

—Encargad que me preparen la cena, dijo Roberto.

—Ya está hecha, contestó el criado; nuestro amo había encargado que se la sirvieran en el salón.

—Bien, dijo Roberto. Me contentaré con la cena de tu amo. Vete.

El criado salió.

Roberto se frotaba las manos, riendo con entusiasmo.

—¡Pobre diablo! pensaba, ¡pobre diablo! Anda, vé á salvar á los que se ahogan.... ¡Ira de Dios! Ese viejo Benito Haligan habla como un libro, y la moral suya es que á las gentes se las debe dejar ir á fondo como el plomo.

Segunda carejada, durante la que una mano se dejó caer sobre su espalda.

Era Mr. Blas, vestido con un bello traje, y que reía también de todo corazón.

—¡Estamos alegres! dijo sentándose junto á su antiguo compañero.

—Y creo, hijo mío, que tenemos motivo para ello, replicó Roberto. Justamente estaba pensando en tí.... Me decía: He aquí un muchacho que debe estar me agradecido.

—¡Ah! exclamó Blas; ¿decías eso?

—¡Sí!.... El hecho es que te ha tocado la suerte como llovida del cielo.... Yo hubiera podido pasarme sin tí.

—Pues yo he hecho más, dijo Blas con fingida humildad; he sido un criado fiel, sumiso, obediente....

—La perla de los criados.

—Y además he sido, prosiguió Blas, un observador atento, un confidente discreto y un buen espía.

—¡El rey de los bribones! exclamó Roberto; tienes razón, no quiero disminuir tu mérito.... Puedes estar seguro de que tu parte de botín será decente y considerable.

El Zalamero acercó su silla, tomando un aire importante.

—Precisamente quería hablar unas cuantas palabras acerca de ese asunto, dijo. ¿De qué manera entiendes tú las particiones, Americano?

—Te aseguro, querido mío, que me coges desprevenido.... Aun no he pensado en eso. Como pue-

des conocer, no hay dificultades por eso entre nosotros.

—Seguramente que no.... Sin embargo, siempre te he oído decir que cuanto más amigos más claros. Púedese discutir sin incomodarse ni aun molestar.

Así, pues, te haré observar que estamos conforme á las bases de nuestro primer programa, esto es, veinte mil francos de renta para cada uno, si es que, como no creo, no lo has llegado á olvidar.

—¡Diablo! dijo Roberto. Me alegro mucho verte establecer esas diferencias.

—¡Muy grandes! interrumpió Blas.

—¡Convenidos!.... Yo lo he hecho todo mientras tú has estado durmiendo.

Blas escondió las manos en sus bolsillos y cruzó sus piernas como para tenderse sobre el respaldo de su sillón.

—Querido mío, dijo, veo que has llegado á introducir la discordia en nuestra amigable conversación.

Si te sientes mal de los nervios tanto peor para tí. Yo estoy de muy buen humor y prosigo con entera benevolencia. No se trata aquí de nuestros méritos respectivos, sino de las partes que deban correspondernos en la sucesión de Penhoel. Cuando he dicho que las circunstancias habían cambiado, es que veía dos nuevos herederos, y tal vez tres.

—¿Quiénes?

—Primero Pontalés.... Luego ese feo tunante

Macrocéfalo... y finalmente, nuestra querida Lola, que como es natural no querrá marcharse con las manos vacías.

—¿Qué hacer?

—Helo aquí... Dividir el patrimonio en dos partes iguales.... La primera será para el marqués de Pontalés, que se encarga de recompensar á Mr. Protasio Le Hivain, del modo y manera que mejor le cuadre.... Y la otra para nosotros.

—¿Y Lola?

—Será la querida de uno de los Pontalés, que la pagará ó no; eso poco nos importa. En cuanto á nuestra pequeña parte de veinte mil libras de renta, serán diez mil francos para ti y los otros diez mil para mí.

—Pero, quiso responder Roberto.

—¿Callas?... Esto primero... porque también yo tengo mi pero: durante el término de tres años consecutivos seré el dueño de nuestra fortuna, porque según hemos convenido, seré el amo y tú el criado.

Roberto le miró con la boca abierta.

—¿Quieres burlarte? balbuceó.

—¡No tall!... ¡en mi vida he hablado con más formalidad!... La tarde que hicimos aquella buena comida en la posada del viejo Geraud sobre el puerto de Redon.... ¡qué pan y qué queso!.... No nos supo muy mal.... me prometiste en los términos más explícitos ser mi criado durante el mismo tiempo que yo lo fuera tuyo....

—¿Y habrás sido bastante loco para creer?... comenzó Roberto frunciendo el entrecejo.

—Una simple observación, interrumpió el Zalamera con gravedad; las nuevas relaciones que vamos á entablar juntos exigen á mi parecer nuevas formas.... Si mal no recuerdo, exigiste de mí en otra época el sacrificio de ciertas maneras familiares.... hoy hago yo lo mismo, y francamente no creo que quieras....

Roberto podía apenas contener su impaciencia.

—¿Acabarás? dijo.

—¿Todavía de tú? exclamó el Zalamera.... Americano, hijo mío, eres muy terco.... Y comienzo á creer que nuestra amistosa plática va á terminar en una mala querella.

—Vamos, dijo Roberto, que comenzaba á inquietarse, te concedo los diez mil francos de renta, aunque sea un absurdo. No nos hallamos en estado de dar un escándalo.

—Vos tal vez, mi antiguo amo. Pero á mí me es completamente igual. Escucha; cada uno tiene sus debilidades.... Hace tres años que estoy pensando en los placeres que me proporciona este momento. ®

Esattamente, añadió, soltando la carejada.... No son muchos tres años, porque me he divertido como un bienaventurado.

Roberto tenía la cabeza baja y parecía reflexionar.

—Y cuando pienso que me voy á divertir tanto

tres años, replicó Blas, se me trastorna el juicio de alegría.

Roberto dirigió una mirada hacia el sitio en que se encontraba la espada del tío Juan de Penhoel que estaba á su lado.

Blas observó este movimiento.

—¡Oh, oh! dijo; creía que nos hallábamos en estado de dar un escándalo.

El lábio de Roberto temblaba: estaba pálido de cólera.

—¡Blas, Blas! dijo con voz alterada, mi paciencia tiene límites.

—Pero hace tres años que yo estoy gastando la mía, replicó el Zalamero, cuya calma parecía imperturbable.

—Sabes que lo que pides es imposible, y esas palabras deben ocultar otra cosa.... Acabemos: ¿qué quieres?

—Eso se llama hablar, exclamó el Zalamero, y querido mio, mucho has tardado en comprenderme. Se me han prometido veinte mil libras de renta, y quiero veinte mil libras de renta.

—¿Y yo? dijo Roberto, que bajaba los ojos para procurar encubrir su cólera.

—No me mezclo en negocios personales. Sobre las veinte mil libras de renta que quedan te arrogarás con el marqués de Pontalés, con Mr. Protasio Le-Hivain, con nuestra querida Lola, y aun con el mismo Bibandier si ha lugar.

—¿Es tu última decision? preguntó Roberto en voz baja y con los dientes apretados.

—Es mi última decision, respondió el Zalamero, y te prometo que nunca me volveré atrás de ella.

Me lo darás todo y comeré solo la cena que has pedido, mientras tú me la sirves.

—Vamos, dijo Roberto afectando un movimiento de alegría; veo que esta noche no se puede hablar contigo con formalidad. Preciso será procurar arreglar esto de otro modo.

Al pronunciar estas palabras con acento de buen humor, jugaba Roberto de Blois con el pié de la lámpara. Cuando asomaba mas alegre la sonrisa á sus lábios, se deslizó su mano rápida como el rayo y cogió de la mesa la espada de Penhoel.

Pero el Zalamero estaba en guardia. Por rápido que fué el movimiento de Roberto cuando se volvió para herir, vió á su camarada de pié y teniendo en la mano la espada del tío Juan.

—¡Oh, oh! querido mio, dijo Blas poniéndose en guardia con bastante gallardía; te conozco mas de lo que tú te figuras. Tú amarras siempre, es tu costumbre; pero al juego que vamos á jugar no se pueden ligar las cartas.

Roberto se habia levantado.

No era tal vez valiente en la acepcion heroica de esta palabra, pero tenia lo que se llama sangre fria y firmeza para defender en circunstancias dadas su interés ó su vida.

—Te prevengo que es un duelo á muerte, dijo dirigiéndose á Blas con precaucion.

—Será cuanto tu quieras, hijo mio, replicó el Zalamero. Gracias á Dios tengo cinco años de escuela.

Aun no estaban al alcance uno de otro: Roberto se detuvo, poniéndose en guardia á su vez.

—¿Quieres la paz?

—Yo, respondió Blas, te propongo una plaza de criado cerca de mi persona. . . . de lo contrario, reclamo el pago de mis salarios de tres años de servicio, que valúo en la respetable suma de doscientos mil francos.

Escusado era ya parlamentar. Las puntas de las dos espadas se unieron suavemente. Fué como una caricia.

Este combate no se asemejaba nada al que pocos momentos antes habia tenido lugar en el mismo sitio y con las mismas armas. Los dos adversarios se mostraron igualmente prudentes.

Dieron cada uno á su vez media docena de pases á distancia: cuando uno se tendia á fondo por casualidad, quedaban mas de seis pulgadas entre la punta de la espada y el cuerpo de su adversario.

Sin embargo, se animaba el asalto: herian el suelo con los piés cual si hubiesen estado en una sala de armas, y se oia el ruido de las espadas.

De lejos hubiera podido creer un miope que era una batalla terrible y encarnizada.

En el momento en que el ruido de las armas iba

creciendo, estalló una sonora carcajada al otro lado del salon.

Las dos espadas se bajaron á la vez.

La puerta por donde Roberto y Blas habian entrado en el salon se acababa de abrir. En el dintel se distinguia la escañalida y elevada figura de Bibandier.

El antiguo bandido se oprimia las caderas riendo á grandes carcajadas.

—¡Ah! ah! ah! exclamó en el momento que pudo hablar: no está mala la farsa. He aquí dos buenos y valientes muchachos que se batan como desesperados por una herencia de que solo se tendrán que contentar con el olor. Ah! ah! ah! Y por una cena que se va á comer otro muy sosegadamente.

Roberto y Blas estaban asombrados.

El antiguo bandido, enterrador de la parroquia de Glenac, dió algunos pasos por el interior de la estancia.

Tenia en la mano unos papeles.

—Si teneis miedo quedaos fuera, gritaba desde el dintel de la puerta: estoy muy seguro de que no me matarán. . . .

Y dirigiéndose á Roberto añadió:

—¡Ah! mi siempre querido amigo, puedes estar seguro de que cuando seas diputado iré á verte á la cámara muchas veces. Y en cuanto á ti, Zalamero, no quieres nada menos que veinte mil libras de renta, y que Roberto se las arregle luego como pueda con el marqués de Pontalés, con Mr. Protá-

sio Le-Hivaín, y finalmente con Bibandier.... si ha lugar. Vaya, vaya: todo eso es tontería, hijos míos: hablemos de asuntos formales.

Blas y Roberto se miraban; el preámbulo no ofrecía nada bueno.

Bibandier se instaló en el sillón próximo á la mesa.

—Amores míos, dijo, me aplaudiré toda la vida el haberos evitado ensartaros con esos asadores. Aun cuando me dirijais esas miradas de tigre, por mas de una hora no cambiará por eso la historia.

Mirad, esta noche no hay aquí medio de hacer los picaros.

—¿Qué significa todo eso? exclamó Roberto: nunca te he visto tan insolente, Bibandier.

—Americano, dijo el antiguo bandido, la naturaleza de mi carácter no me permite seguir la conversacion en ese tono. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! replicó riendo á grandes carcajadas; intenciones me dan de agarrar una de esas largas flamencas, y que comencemos los tres el baile.

Pero estamos diciendo locuras. Ven á ponerte á mi derecha, Zalamero; Americano, toma asiento á mi izquierda. Se trata de una comunicacion oficial.

Roberto y Blas se acercaron maquinalmente.

—El Sr. marqués de Pontalés, prosiguió Bibandier, ha querido darme cerca de vosotros una misión de confianza. Me ha dicho: Amigo Bibandier,

me repugna ver á ese Roberto de Blois y á ese Blas.

—¡Cómo! exclamaron á la vez.

—Si me interrumpís no acabaremos nunca; el señor marqués me ha dicho: Amigo Bibandier, evítadme la molestia de ver á ese par de bribones, Roberto y Blas.

—¡Ah! dijo Roberto; Pontalés ha dicho....

—Como he tenido el honor de deciros, hijos míos. Y creo que es pura modestia. El marqués al colmaros de beneficios quiere sustraerse á las demostraciones de vuestro agradecimiento. Juzgad vosotros; además me ha dicho:

Finalmente, esos tunantes me han sido de alguna utilidad y no quiero que se vayan con las manos vacías.

—¿Irnos? exclamó Blas.

Roberto á su vez añadió riendo:

—¡Bah! ¡bah! ¿El marqués cree que nosotros somos hombres que ponemos las manos en el fuego para que se salve otro y nos despida como unos chicuelos?

—El marqués es un conejo muy marrul'ero, monsieur Roberto, dijo con énfasis el antiguo bandido; se come las tajadas, y podeis estar muy contentos de que no haga otra cosa mas que echaros los huesos.

—¡Allá veremos!

—Está ya visto. Volviendo á la cuestion, Pontalés me ha encargado deciros que necesita su cas-

tillo de Penhoel, y que se alegrará mucho de ver que lo desalojais al momento.

—Preciso es que ese buen hombre se haya vuelto tonto ó loco, murmuró Roberto, que no comprendía nada de este acto de brutal hostilidad.

El castillo es nuestro mas que suyo. Poseemos contra-escrituras, cuyas copias se encuentran en manos de Mr. Le-Hivain.

—Las copias y los originales tambien.

—No.

—Si tal; yo mismo he sido quien ha descerrajado esta noche tu bufete. Basta de juegos de manos, Mr. Roberto, porque hago tomar parte en la discusion á un argumento irresistible.

Su mano derecha, que estaba escondida dentro de su levita, asomó armada de una desmesurada pistola.

—Hablemos como buenos amigos, replicó, y no nos acaloremos antes de saber.... Gano mi vida como puedo.... Si hubiéseis sido los mas fuertes podeis estar seguros de que hubiese trabajado por vosotros.... porque no os conservo ningun rencor y no recuerdo las malas acciones que durante tres años habeis cometido conmigo. Esto ya es cosa corriente. Es preciso que no conteis ya con vuestras contra-escrituras.

—Tenemos otros medios, dijo Roberto, y si Pontalés nos urge mucho....

—Amores míos, vais á ponerlos mas blandos, mas dulces que dos corderitos. Os lo aseguro.... Ya

os he dicho que ese viejo Pontalés es muy marrullero y muy bonachon.... porque os ha propuesto una indemnizacion cuando con una sola palabra pudiera mandaros á la cárcel como á dos vagabundos.

—¿Qué indemnizacion? preguntó Blas.

—Una docena de bonitos billetes de mil francos para los dos.

Justamente la mitad de la renta de un año, exclamaron todos á la vez. Es una locura.

—¿Acceptais?

—¡No! dijo Roberto.

—¡Mejor me dejaria colgar! añadió Blas.

—¡Estilo antiguo! hizo observar Bibandier....

La guillotina ha reemplazado esa forma feudal y antigua.... Fuera bromas, muchachos; no comprendéis del todo vuestra situacion. Permitidme que os presente algunos curiosos documentos que ese astuto Pontalés ha hecho venir de la capital.

Desdobló uno de los papeles que tenia en la mano.

Primer documento. Extracto de las notas de la prefectura de policia.

Señs.

Roberto Causel.

La sorpresa arrancó un grito á Roberto.

Blas y él cambiaron en aquel momento de fisonomia. Hasta entonces habian creido poder combatir con armas iguales.

“Roberto Causel, prosiguió Bibandier, llamado

Wolf, llamado Belewski, llamado el Americano á causa del género de robo á que habitualmente se entrega. Origen desconocido: veintiocho años: requerido por la justicia; tres sentencias por la policía correccional y dos por los tribunales: sentenciado en 1815 por robo calificado á cinco años de reclusion: se evadió de la cárcel al cabo de un mes sin que haya vuelto á ser preso."

Segundo documento. Extracto de las notas de la prefectura de policía. Señas.

Blas Jolin, llamado el Zalamero á causa del robo á que habitualmente se entrega.

Bibandier se puso á reir.

"...Se entrega: requerido por la justicia: sentenciado por contumacia el 5 de enero de 1816 á diez años de trabajos forzados, á la marca y á la esposicion...."

El antiguo bandido dobló cuidadosamente los papeles para guardarlos en el bolsillo.

Roberto y Blas tenían baja la cabeza; parecían aterrados.

—Malos compañeros, prosiguió Bibandier..... Diez años y la marca.... creo que has hecho muy bien en escaparte, Zalamero; pero no perdamos el tiempo en inútiles digresiones, como decia el gordiflon del abogado que me mandó á Brest.... Rés-tanos ahora por saber, Mr. Roberto, si os agrada permanecer en reclusion cuatro años y once meses y si sentís la necesidad, caballero Blas, de purgar vuestra contumacia.

Los dos amigos guardaban silencio. Era este un golpe tan rudo como inesperado. Blas, sobre todo, que se habia creido en la cúspide de la prosperidad, descendia de golpe, sintiéndose incapaz de resistencia.

Roberto al menos intentó hacer frente á la tormenta.

—Todo eso es muy bueno.... dijo levantando la cabeza, y adivino la parte que tienes en ese negocio, mi antiguo camarada; pero si nosotros estamos perdidos ¿cree Pontalés hallarse resguardado?

—¡Oh! ¡oh!.... respondió Bibandier; cuando vosotros le llegueis á pinchar....

—Se puede intentar.... Lo que ha pasado la noche de San Luis.

—¡No hay testigos!.... interrumpió Bibandier.

—Había uno cuando menos.

—Sí, es verdad; pero el único que lo conoce soy yo y el señor marqués me paga....

Roberto hizo un gesto de impotente rabia.

—Suceda lo que suceda, dijo, nos resistiremos. Aun no estamos entre las manos de la justicia y tenemos tiempo de volver.

—No mucho, dijo el antiguo bandido.

—Blas, dijo Roberto volviéndose hácia su compañero, démosnos la mano. Ahora estamos unidos, ¿no es así? Os juro que nosotros dos solos haremos mas de lo que crees á tu marqués de Pontalés.

—Sí, sí, replicó el Zalamero; haré cuanto quieras.

—¡Ah! exclamó Roberto, creia tenernos en sua

garras... En apoyo de esas sublimes amenazas hubiera debido el marqués ponernos delante algunos gendarmes.

—¡Ocho hay en el zaguan! respondió Bibandier riendo: el Zalamero ha sido quien los ha ido á buscar á Redon.

Roberto se volvió bruscamente hácia Blas, que murmuró golpeándose la frente:

—Era para el caso de que los aldeanos se hubiesen sublevado por los señores de Penhoel.

Roberto calló: estaba vencido.

A favor del silencio que reinó pudo oírse la tos seca de Macrocéfalo que esperaba detrás de la puerta.

—Paciencia, le gritó Bibandier, todo está acabado.

Sacó de su bolsillo una cartera y contó en la esquina de la mesa diez billetes de banco de á mil francos.

—Amores míos, replicó, es tal la confianza que me inspirais, que ni aun quiero exigiros recibo....

Únicamente os advierto que toda la policia tiene ya vuestras señas particulares.... Si al despuntar la aurora os encontráis aún en las cercanías, os puede suceder algun suceso desagradable....

En vista del peligro que os amenaza, os he hecho preparar dos excelentes caballos que os esperan en la orilla opuesta del rio.

—Partamos, dijo Roberto tomando los billetes diseminados por la mesa.

Blas estrujó los otros cinco con desesperacion.

—Con que quedamos enterados, prosiguió Bibandier: si os da el extraño capricho de volver, os encierran sin remision.

Los dos amigos se dirigieron hácia la puerta. Bibandier se levantó para acompañarlos.

—Espero que no me guardéis rencor, dijo al conducirlos. En suma, queridos míos, os he reconciliado.... cada uno gana su pan del modo que Dios le da á entender; ya lo sabreis. ¡Mirad! creo que no tardaré mucho en reunirme con vosotros en Paris... Aun podremos hacer algun buen negocio... Hasta la vista, muchachos.... ¡Ahl.... me olvidaba....

Mr. Le-Hivain, que no se atreve á entrar por miedo á las espadas, y que os ha jugado la presente tratada, me suplica os diga que no morirá contento á menos de hacerse descuartizar por vuestro servicio.

Roberto y Blas habian desaparecido.

Algunos momentos despues entró un criado con la cena pedida por Penhoel, y Bibandier y Mr. Protasio Le-Hivain se sentaron alegremente á a mesa.

Causaba placer verlos frotarse las manos y reir antes de atacar la succulenta polla que humeaba en medio de la mesa.

—Preciso es que esto sea comido por alguno, dijo Macrocéfalo.

—A vuestra salud, respondió Bibandier llevando dos vasos: esta noche somos dueños del castillo!

Cada uno llevó su vaso á los labios, pero en lu-

gar de beber se levantaron repentinamente con respeto.

El marqués de Pontalés, que acababa de entrar sin causar ruido, se habia sentado á la mesa.

El antiguo bandido y el abogado permanecian de pié con el vaso en la mano y asombrados.

Al rostro de Pontalés asomaba una dulce sonrisa.

Atrajo hácia sí la polla y se sirvió un alon.

Le-Hivain y Bibandier esperaban que les mandase que se sentasen.

Pontalés comió el alon y bebió un vaso de vino con manifiesto placer.

Despues compartió entre sus dos compañeros un signo de cabeza protector.

—Estoy satisfecho de vosotros, hijos míos, dijo con su tranquilidad de costumbre. Id á comer al zaguan.



VIII.

EL PATIO DE LAS MENSAJERIAS.

Eran cerca de las ocho de la mañana. En el patio del edificio de las mensajerias en Rennes se causaba mucho ruido. Era la hora de la salida para Paris. En medio del patio se estacionaba un carruaje amarillo estrecho por la base, ancho por arriba y cuya construccion parecia calculada para las mayores desgracias posibles.

En torno de ese carruaje, al que estaban ya enganchados tres caballos condenados por diversas enfermedades, bullia multitud de viajeros, mozos y mendigos.

Habia allí esa familia que ocupa el interior de las diligencias desde el tiempo de su invencion, el padre con su gorro de seda negra y el gran saco

gar de beber se levantaron repentinamente con respeto.

El marqués de Pontalés, que acababa de entrar sin causar ruido, se habia sentado á la mesa.

El antiguo bandido y el abogado permanecian de pié con el vaso en la mano y asombrados.

Al rostro de Pontalés asomaba una dulce sonrisa.

Atrajo hácia sí la polla y se sirvió un alon.

Le-Hivain y Bibandier esperaban que les mandase que se sentasen.

Pontalés comió el alon y bebió un vaso de vino con manifesto placer.

Despues compartió entre sus dos compañeros un signo de cabeza protector.

—Estoy satisfecho de vosotros, hijos míos, dijo con su tranquilidad de costumbre. Id á comer al zaguan.



VIII.

EL PATIO DE LAS MENSAJERIAS.

Eran cerca de las ocho de la mañana. En el patio del edificio de las mensajerias en Rennes se causaba mucho ruido. Era la hora de la salida para Paris. En medio del patio se estacionaba un carruaje amarillo estrecho por la base, ancho por arriba y cuya construccion parecia calculada para las mayores desgracias posibles.

En torno de ese carruaje, al que estaban ya enganchados tres caballos condenados por diversas enfermedades, bullia multitud de viajeros, mozos y mendigos.

Habia allí esa familia que ocupa el interior de las diligencias desde el tiempo de su invencion, el padre con su gorro de seda negra y el gran saco

de noche, la madre que lleva el cestillo de las provisiones lleno de fiambre, y por cuya entrada se dejan ver las gargantas de las botellas, las dos niñas adornadas con dos antiquísimos sombreros, y la doncella con los tres pequenuelos que pagan medio asiento.

Esta familia llena por sí sola un patio de mensajerías con los infinitos amigos que van á llorar su partida y á desearle buen viaje. Se encarga de todas las comisiones y encargos de la poblacion.

Para la rotonda habia el jóven que va á hacer fortuna en Paris, llevando consigo aquel precioso manuscrito de una tragedia que el Teatro Francés ¡ay! no querrá poner en escena, la pobre jóven que antes de un mes encontrareis tal vez bulliciosa y alegre ocupando un palco de la ópera, en fin, la nodriza discreta, basta, colorada, que va á ver si Paris le da un vástago real que alimentar.

Para el imperial dos hombres con bigotes y con pipas.

Quedaba únicamente ese departamento aristocrático, la berlina, que en Rennes se llama ahora el *cabriolet*.

Entre la multitud charlatana y curiosa que rodeaba el carruaje se decia que un caballero recién llegado de Brest habia tomado para él solo todo el *cabriolet*. Añadíase que este caballero ora inglés, y que los ingleses son tan originales que no hacen nada como el resto de los demás hombres.

Los mendigos y los ociosos que lo habian visto

llegar la vispera por la noche, afirmaban que era buen mozo y militar además.

Habíase apeado en la fonda de Francia, cuyas puertas dan al patio de las mensajerías. Allí habia encontrado dos grandes negros y una dama con sus criados.

Todas estas personas, que parecian formar parte de su casa, habian llegado á Rennes al mismo tiempo que él, pero en dos sillas de posta llenas de equipaje.

¿Por qué viajaba él en *cabriolet* mientras que la dama iba en silla de posta? ¿Por qué sobre todo se instalaban los dos negros en una cómoda berlina, mientras que su amo iba en una molesta diligencia?

—¡Los ingleses!... ¡los ingleses!...

Comenzaban las anécdotas. Uno habia conocido un *goddam* que comia la sopa con los postres; el otro habia visitado á un gentleman que viajaba en su propio caballo; únicamente que este gentleman tenia siempre de la brida á su caballo, y otras rarezas de la misma clase.

Cuanto mas se hablaba de las ridiculeces británicas, mas se fijaban las miradas curiosas en la puerta de la fonda de Francia, por donde debia pasar el inglés para entrar en el patio de las mensajerías.

La hora de la partida habia llegado; el inglés se hacia esperar.

La familia del interior, el estudiante y la gruesa

nodriza comenzaban á murmurar contra los privilegios de las personas ricas.

—¿Vendrá hoy ó mañana el inglismanglis? decía la doncella.

—Si se tratara de un pobre desgraciado, añadió la nodriza, se dejaría que se reventase corriendo detrás de la diligencia.

Los mendigos gemían.

—Buenas almas caritativas, buenos cristianos, por el amor de Dios.

Los mozos gritaban.

De pronto cesaron todas aquellas conversaciones, reinando un profundo silencio. Acababa de abrirse la puerta de la fonda de Francia, mostrándose en el dintel los dos negros del inglés.

—¡Qué dos cuervos tan hermosos! dijo la nodriza.

En efecto, eran dos negros magníficos vestidos con una rica librea y adornados de turbantes blancos que hacían resaltar el negro luciente de su piel.

Atravesaron el patio sin ocuparse de aquellas miradas fijadas en ellos con tanta avidez, y dejaron en la berlina una capa, una bufanda de cachemir y un cojín de pluma lindísimo.

—Con eso, dijo uno de los hombres que ocupaban el imperial, no tendrá sabañones el inglés.

El estudiante, filósofo por necesidad, dirigía á la rica capa y al cojín miradas de desprecio.

Los dos negros se retiraron en silencio cual habían ido, y el inglés apareció á su vez en la puerta de la fonda.

Era un hombre de aspecto noble y verdaderamente notable. Ese epíteto de original que la provincia concede al primero que deja crecer sus cabellos ó la barba y lleva un sombrero ridículo, no era aplicable al inglés.

Hubo en la multitud un murmullo de admiración, íbamos á decir de respeto.

El inglés, sin embargo, no llevaba más que un traje de viaje bastante sencillo. Una levita abrochada, como entonces era moda, oprimía sus caderas, marcándole la cintura muy alta. Por adorno llevaba una gorrita inglesa de la que se escapaban en bucles naturales sus cabellos negros sedosos.

Mientras atravesaba lentamente el patio pudieron todos admirar su fisonomía noble y arrogante y el perfil regular de sus facciones, tostadas por el sol.

Una nube de esos mendigos asquerosos que pululan en las calles de Rennes se oprimía á su paso, dando estentóreas y descompasadas voces y lamentos.

La multitud, que creía que el inglés iba á llenarles las manos de oro, se engañó, pues ni aun aparentó advertirla, y subió á la berlina, cuya portezuela cerró.

—¡En marcha! gritó el conductor.

El postillon chasqueó el látigo.

—Buena alma caritativa, decía el coro quejumbroso de mendigos, buen cristiano, por el amor de Dios.

Y el mismo coro gritaba aparte:

—¡Picaro inglés!... ¡cómo pudiéramos tostarle vivo!

Los curiosos se admiraban diciendo:

—El caso es que ese ricacho pudiera darles algunas monedas de dos cuartos. Pero los ingleses tienen el corazón más duro que una piedra.

En el momento en que se ponía en movimiento el carruaje salió por la ventanilla de la berlina una mano blanca y fina, y un puñado de luises de oro cayó de pronto en el suelo.

Entonces se dió una espantosa batalla entre los mendigos.

Los más ancianos no hacían memoria de haber visto en su vida ni aun de haber oído contar una esplendidez semejante. Los curiosos abrían desmesurados ojos, y más de uno entre ellos tenía buenos deseos de tomar parte en la contienda.

Mientras que los mendigos, hombres y niños, se estrujaban unos contra otros con un valor digno de mejor recompensa, la diligencia, apenas movida, sufría un retraso en la puerta misma del patio.

Todo el mundo se lanzó hacia aquella parte con la esperanza de un accidente; pero no era más que un viajero que llevaba una maletilla de poco peso y pedía un asiento para París.

En medio de la calle no se hubieran detenido seguramente para oír las instancias de este viajero desconocido; pero bajo la estrecha bóveda que se-

para la vía pública del patio de las mensajerías renesas un solo hombre forma un obstáculo y basta para disputar el paso al pabellón más absoluto.

Es forzoso parlamentar.

El conductor se inclinó y dijo:

—Caballero, va lleno el coche... pasado mañana sale otro.

El viajero era nada menos que nuestro amigo Enrique Moreau, el pintor, que llegaba de Redon con su ligero equipaje.

—Sin embargo, es preciso que yo marche hoy, dijo.

—Si no hay asiento.

—No soy exigente... me pondré en cualquiera parte.

—¡Vaya con el hombre, y qué terco es! murmuró el conductor: cuando os digo que está lleno todo el carruaje... Dirigíos ahí enfrente á la competencia: no hay euidado que os nieguen ahí asiento.

—Sin embargo, me lo han negado ya.

—Entonces apartaos si gustais y adelante, postillon.

El postillon hizo chasquear el látigo; los caballos piafaron.

Enrique permaneció firme en medio de la bóveda como un espartano en las Termópilas.

Curiosos y no curiosos se oprimían en el patio á la entrada de la bóveda, procurando en vano reconocer la naturaleza del obstáculo que así detenía á diligencia en el momento de la salida.

—Estará malo un caballo, decia uno.

—Pero vaya un milor generoso.

—Cuando ellos se ponen á ser generosos lo son mas que los príncipes.

Los mas delgados procuraban deslizarse en el espacio estrecho que quedaba entre las ruedas y la pared de la bóveda: los mas listos atravesaban el piso bajo de la fonda de Francia para llegar pronto á la calle.

Enrique, sin embargo, no se desanimaba.

—¡Eh! conductor, decia sin abandonar su ventajosa posicion, desde aquí estoy viendo que es únicamente mala voluntad, porque en la berlina hay dos asientos vacíos.

—Están tomados por milor, replicó el conductor.

—Os estais burlando.... ¿Necesita acaso vuestro milor dos asientos para él solo?

A este último apóstrofe se vió asomar á la ventanilla de la berlina la hermosa y fria fisonomía del inglés. Durante uno ó dos segundos examinó con aire profundamente indiferente á nuestro jóven pintor, que gesticulaba delante del carruaje.

Luego metió la cabeza, recostándola cómodamente en uno de los almohadones de la berlina.

—Será preciso que me baje, exclamó el conductor encolerizado.

Puesto que necesitais un asiento, mi lindo mozo, voy á procuraroslo inmediatamente en la policia; si no os quitais de delante antes de un segundo.

—¿Qué sucede? ¿qué pasa? preguntaban los curiosos que habian conseguido ocupar la calle.

El conductor respondió apeándose:

—Este carrutaco que quiere ocupar los asientos de milor.

—¡Los asientos de milor! gritó indignada la multitud; que se quite de en medio ese monigote.

—Vaya una exigencial

—Postillon, dale con el látigo en la cara y hazle que se aparte.

Los mendigos se remangaban las mangas de sus ennegrecidas camisas: los mismos paisanos tomaban posiciones belicosas.

No habia una persona que no quisiera andar á porrazos por defender la propiedad de un hombre cuyos bolsillos estaban tan llenos de oro.

Enrique tenia tambien la apariencia de sufrir las consecuencias.

Habia dejado en el suelo su pequeño equipaje mirando de frente á la amenazadora multitud.

El inglés asomó de nuevo la cabeza á la ventanilla: esta vez espresaba su fisonomía impaciencia y mal humor.

—Y bien, dijo con un acento británico muy pronunciado, ¿acabaremos?

Esta palabra fué como una señal; el conductor y el postillon por un lado y la muchedumbre por otro, rodearon al mismo tiempo á Enrique. Este se defendia con valor, y á pesar de la desigualdad de la

lucha, hizo que sus numerosos adversarios permanecieran por dos ó tres segundos á una distancia respetable.

El rostro de milor se encendió.

—¡Aohl... hizo modulando tres notas distintas; esta famosa exclamacion que Beaumarchais no conocia cuando hizo de la palabra goddam el fondo de la lengua inglesa.

En aquel momento Enrique, reducido al último extremo, se apoyaba en la pared, dando cada puñetazo que hacia rodar á los mas fuertes hasta el medio del arroyo.

—¡Aohl... repitió el inglés.

Su cabeza volvió á esconderse de nuevo en la berlina, oyéndose casi en el mismo instante un silbido agudo. Los dos negros aparecieron casi por encanto en las portezuelas.

Milor pronunció algunas palabras; los dos negros se lanzaron en medio de la lucha.

El conductor fué rechazado por una parte, aunque no sin algun trabajo, y la muchedumbre por la otra; aun no habia tenido tiempo Enrique de reponerse por aquella inesperada proteccion, cuando uno de los negros lo sujetó por la mitad del cuerpo, llevándolo como en una litera á su señor.

La multitud, batida, aplaudió.

—Deja á ese caballero, dijo el inglés al negro.

Enrique se sintió en seguida en libertad.

—Caballero, le dijo el inglés con una voz dulce hasta casi rayar en cortés, un poco mas de pruden-

cia en la guardia y boxcareis como Colburn. ¿Queréis permitirme que os haga una pregunta?

—Hacedla.

—¿Sois breton?

—No, milor.

—En ese caso me considero muy feliz ofreciendoos un asiento en esta berlina.

—Y yo lo acepto gustosísimo, milor, exclamó Enrique, que recogió su maleta.

Uno de los negros abria la portezuela y Enrique se instaló triunfalmente en la berlina.

Iba á comenzar de nuevo á demostrar su agradecimiento, cuando observó que milor no le prestaba atencion. Milor miraba con el mayor cuidado al otro lado de la calle, donde la concurrencia hacia sus preparativos de marcha.

Era un pobre carruajillo estrecho é incómodo, arrastrado por dos caballos que hacia avergonzarse el atalaje de la diligencia.

Para imitar en todo á un opulento rival, estaba dividida tambien la competencia en tres departamentos; pero en cada una de aquellas cajas no habia mas que dos asientos de frente.

Lo que en aquel momento llamaba la atencion del inglés, eran dos sombreritos de paja que se veian á medias en la rotonda de la concurrencia.

Enrique no veia nada de esto. Pero los sombreros cubrian las cabezas de dos niñas que el inglés habia visto en el momento que sabian al carruaje.

Preciso era que aquellas niñas fuesen muy en-

cantadoras para atraerse su atención hasta tal extremo, porque podemos decir que Milor no perdía nunca por tan poca cosa su flemática y su habitual indiferencia.

La percalina que servía de cortinilla á la concurrencia cayó; los dos sombreros de paja desaparecieron. Los negros se habían ido como habían venido.

Con este pequeño é insignificante incidente tenía la buena ciudad de Rennes motivo de conversación para todo el día y aun para algunos más. Cuando la diligencia arrancó definitivamente, salió de entre la multitud un grito de aclamación.

El inglés se recostó en uno de los rincones de la berlina y cerró los ojos como si hubiese olvidado completamente la presencia de su compañero de viaje, nuestro amigo Enrique Moreau.

IX.

MILOR.

Mozos, mendigos y ciudadanos permanecieron todavía algunos minutos delante del patio de las mensajerías. Preciso era hablar algo del dramático incidente que había señalado la partida del carnaje. Todos tenían motivo para decir una palabra acerca del inglés. Y como el ocioso lanzado por Enrique al arroyo tenía todo el mal gusto de quejarse, los sabios de la asamblea le respondían que siempre se ganan semejantes limosnas cuando se quiere mezclarse en los negocios ajenos.

Mientras que la concurrencia partía en medio del ruido, su modesta rival la competencia emprendía á su vez la marcha. La competencia había ido á establecerse frente de las mensajerías para atraerse los viajeros por la baratura de los precios. Sus

cantadoras para atraerse su atención hasta tal extremo, porque podemos decir que Milor no perdía nunca por tan poca cosa su flema británica y su habitual indiferencia.

La percalina que servía de cortinilla á la concurrencia cayó; los dos sombreros de paja desaparecieron. Los negros se habían ido como habían venido.

Con este pequeño é insignificante incidente tenía la buena ciudad de Rennes motivo de conversación para todo el día y aun para algunos más. Cuando la diligencia arrancó definitivamente, salió de entre la multitud un grito de aclamación.

El inglés se recostó en uno de los rincones de la berlina y cerró los ojos como si hubiese olvidado completamente la presencia de su compañero de viaje, nuestro amigo Enrique Moreau.

IX.

MILOR.

Mozos, mendigos y ciudadanos permanecieron todavía algunos minutos delante del patio de las mensajerías. Preciso era hablar algo del dramático incidente que había señalado la partida del carnaje. Todos tenían motivo para decir una palabra acerca del inglés. Y como el ocioso lanzado por Enrique al arroyo tenía todo el mal gusto de quejarse, los sabios de la asamblea le respondían que siempre se ganan semejantes limosnas cuando se quiere mezclarse en los negocios ajenos.

Mientras que la concurrencia partía en medio del ruido, su modesta rival la competencia emprendía á su vez la marcha. La competencia había ido á establecerse frente de las mensajerías para atraerse los viajeros por la baratura de los precios. Sus

oficinas llevaban por enseña estas tres palabras llenas de atractivos: *¡Mitad de precio!* Pero estaba tan quebrantada la pobre competencia, chirreaban tanto sus ruedas, sufrían una tos tan maligna sus pobres caballos!

El postillon flaco y mal vestido que conducía aquel día á los dos pobres animales, hizo cuanto estuvo de su parte por proporcionar á los ociosos una salida decorosa. La calle estaba llena y era preciso sostener el honor de la competencia. El postillon hizo restañar gallardamente su látigo, y procuró hacer arder, como dicen, el anguloso empedrado de la capital bretona.

Pero ¡ay! daba lástima ver al pobre vehículo gemir y vacilar á cada vuelta que daba la rueda. Las aclamaciones que habían saludado la salida de la diligencia se cambiaron entonces en silbidos.

El pueblo se queja amargamente siempre de ser explotado, burlado, asesinado. Ofrecedle cosas á bajo precio y le vereis que se encoge de hombros llenándose de injurias.

La competencia caminaba triste y melancólica; no se veía á nadie á sus portezuelas, como si las gentes que conducía se hubiesen avergonzado de mostrarse en tan miserable carruaje. Los dos sombreritos de paja divisados antes por el inglés habían llevado su precaucion hasta el extremo de subir las tablillas-rejas figurando persianas y sirviendo de cortinillas á la rotonda.

Eran dos niñas que parecia acababan de salir de

la infancia. Iban solas: estrechábanse una contra otra en una posición inquieta y temerosa.

La rotonda estaba casi á oscuras á causa de las tapuestas persianas. Sin embargo, se hubiera podido distinguir bajo los sombreros de paja dos graciosas y encantadoras fisonomías que merecían seguramente la atención del inglés.

Las dos jóvenes habían llegado de Rennes la víspera por la tarde por el camino de Nantes en una carreta del país.

Aparentaban ser muy pobres. No querían decir sus nombres y rehusaban enseñar sus pasaportes.

Felizmente para ellas la empresa de competencia era indulgente por principio y daba tregua á sus preguntas.

La anciana mujer encargada de inscribir los asientos juzgó bien á la primera ojeada que nuestras dos jóvenes viajeras eran dos niñas menores de edad que abandonaban el techo paterno; pero en suma, ella no estaba encargada de informarse de la edad de cada una.

¡Se ve en las provincias partir tantas jóvenes como estas para ir á Paris á buscar fortuna!... Dos mas no eran un gran crimen.

La buena mujer pensó únicamente que estas eran bastante jóvenes y bollas para sacar un partido muy regular.

En el primer momento de este viaje guardaban las dos jóvenes un silencio profundo. Estaban agarradas de la mano; en sus rostros se leía una tristeza

grave; leíase también en ellas como una especie de terror. Hubiérase dicho que dudaban de los resultados de aquella empresa aturdidamente emprendida.

Ya era un poco tarde para reflexionar. El pequeño carruaje había pasado las últimas casas del arrabal, y no se distinguían ya las torres de San Pedro, esas dos hermanas de granito, robustas y cuadradas como las espaldas de los antiguos guerreros bretones.

Sin embargo de lo despreciada que era la concurrencia, seguía muy de cerca á su orgullosa rival.

Podíase prever que tal vez no tardaría mucho en tomar la delantera.

En la berlina de la diligencia habían conservado nuestros dos viajeros la posición en que los hemos dejado al abandonar el patio de las mensajerías. No habían cambiado entre sí una sola palabra. El inglés se había recostado en un rincón y cerraba los ojos como un hombre que pretende evitar toda comunicación inoportuna.

Enrique no estaba de humor de conversar á la fuerza; había en él demasiados recuerdos tristes ó alegres que acogía caramente, y ese mudo compañero que la casualidad le había proporcionado, no aparentaba quererle desagradar.

Su imaginación estaba fija en Penhoel; su corazón le hablaba de Diana, tan bella y tan amada, de Diana, que parecía haber huido de él en el momento de la despedida.

¿Qué había sucedido en Penhoel después de su salida? ¿Sería echado de menos? ¿Acogerían con lágrimas los ojos de Diana la noticia de su partida?

¡Pobre Diana! Había momentos en que se decía Enrique: Tal vez no hubiera debido abandonarla nunca, porque es desgraciada.... ¿y quién sabe si necesitará socorro en esa empresa misteriosa en que se ha empeñado?... ¿Pero cómo permanecer por mas tiempo?

¿Y además le amaba Diana?

¡Oh sí!... al menos así lo creía en el fondo de su corazón.

Esto formaba la felicidad de su porvenir.

¡Cuán largo era aquel camino! Hubiera querido estar ya en París, en su taller, con los pinceles y la paleta en la mano. Sentía dentro de sí un ardor desconocido hasta entonces; fermentaba su pensamiento; ante sus ojos se ensanchaba repentinamente el horizonte.

Era pintor.

Sentía su fuerza: los obstáculos que hasta entonces le habían detenido le parecían pequeños y miserables. Apenas podía distinguirlos su mirada desdeñosa á través de su brillante camino. De la lucha no veía mas que el resultado, esto es, la victoria.

Y entonces se reprochaba haber tardado tanto tiempo. ¡Cuántas horas perdidas en el castillo de Penhoel! Daba gracias á Roberto de Blois por ha-

bérselo hecho abandonar, confesándose á sí mismo que nunca hubiera tenido valor para separarse de Diana.

Entre la aldea de Glenac y el pantano habia una gran hilera de castaños que se estendia tortuosa por el borde del agua. Los dias de estío, cuando el sol se ocultaba en su lecho de púrpura y oro tras la colina, se elevaba sobre el pantano una brisa fresca y suave. Enrique se veia aún sentado en la colina al pié de un árbol: era la hora de la callada cita que ninguno habia dado, pero á la que no faltaba nunca ninguno de los dos.

Un paso ligero se dejaba oír detrás de la espesura de los castaños; el corazón de Enrique comenzaba á palpar y sus ojos se humedecian.

Diana acudia.

¡Qué bella era!... ¡Oh! ¡el placer de los amores!... ¿Se puede acaso escribir lo que se decian? ¿Tiene el corazón necesidad de labios para hablar?

¡Diana! ¡Diana! Tal vez hubiese acudido la bella jóven la víspera á sentarse bajo el querido árbol.

Después nada.....

La ausencia.

La cabeza de Enrique se inclinaba sobre su pecho y sus manos estaban unidas como en la hora de la plegaria.

El inglés dormia en un rincón.

Luego el corazón del jóven, adormecido un instante, se despertaba en toda su fuerza. Volvia en

sí animoso y lleno de savia: contaba adelantadas las horas de trabajo; fijaba sus esfuerzos.

Vencer, vencer para volver á buscar á Diana, que era el premio del triunfo y la corona.

A aquellas horas probablemente habria desempeñado Roger la mision confiada. Diana sabia la causa de la marcha de Enrique; por la primera vez habia recibido la confesion de ese amor que habia tanto tiempo duraba.

¿Qué habia hecho? Enrique hubiera querido ver las grandes pestañas bajas de sus párpados y el púdico rojo subiendo á su frente de virgen.

Roger le escribiria á Paris; ¿pero cuándo? ¡Dios miol tantos dias sin saber....

Distraido en estas reflexiones, ó mejor dicho, en estas fantasias, volvió sus miradas hácia el compañero de viaje que la casualidad le habia deparado. Aun no lo habia examinado y aquella primera ojeada le hizo hacer un movimiento de sorpresa.

El inglés estaba acostado en los cojines de la diligencia: sus piés se escondian en una preciosa y rica manta; el gran chal de cachemira que habia colocado detrás de su cabeza para evitar todo contacto con las paredes de la diligencia, caia sobre su frente formando una especie de adorno por demás extraño. Sus magníficos cabellos negros se escapaban confusamente de los pliegues del chal, yendo á rizarse formando bucles sobre sus hombros.

Enrique abandonó sus recuerdos para admirar

el bizarro perfil de aquella cabeza tan regular y tan completamente bella. No recordaba haber encontrado nunca en su vida de artista un modelo tan perfecto.

Cuanto mas contemplaba al inglés mas nobleza inteligente descubria en sus reposadas facciones.

Dibujaba con el pensamiento aquella frente pura como la frente de un adolescente y cargada sin embargo de reflexiones, aquella boca serena en que el trabajo de la vida habia dejado apenas una nube de amargura.

Ese rostro era como el reflejo de una alma poderosa y herida. Iba tal vez mucho mas lejos aún en la poesia de sus composiciones; pero á pesar suyo á su admiracion de artista se mezclaba el respeto, porque creia adivinar toda una vida de sufrimientos soportados con un valor escésivo.

El inglés hizo un movimiento en medio de su sueño; el jóven pintor volvió los ojos para no aparecer indiscreto.

La mirada se fijó naturalmente en el paisaje que se presentaba á sus vista. Habian andado ya ocho ó diez leguas. El camino cortaba un valle ancho entre dos filas de árboles llenos de verdor. A la derecha se veian húmedas praderas por las que el Vilaine perdía en caprichosas revueltas su hilo de azul y plata.

En suma, el aspecto no tenía nada de notable. Era uno de esos paisajes de la alta Bretaña que pueden compendiarse así: árboles y un arroyo.

Pero repentinamente hacia un recodo el camino, y el jóven pintor dejó escapar una exclamacion de placer que despertó á su compañero de viaje.

Era una especie de mudanza de decoracion. En lugar del monótono golpe de vista, se ensanchaba repentinamente el horizonte mostrando un admirable paisaje, en cuyo centro se asienta la villa de Vitré.

Habia allí con que estasiar á un pintor. Difícilmente se inventaria un cuadro mas admirable. Enrique miraba con ojos encantados aquellas casas de extraño estilo, diseminadas por la pendiente de la colina y aglomerándose, por decirlo así, en torno de la gran masa del castillo. Parecía ver una danza fantástica de torreoncillos antiguos con sus agudos techos.

El viento arrastraba las nubes que encubrian el firmamento. Cuando un rayo de sol iba á atravesarlas repentinamente, era una vista extraña entre aquellos árboles diez veces seculares que se elevaban colocados en desorden á los lados de la montaña.

Tendíase la vista queriendo seguir los innumerables detalles del cuadro. Desde la preciosa pradera por que serpeaba el Vilaine hasta la lejana cima de la pendiente, era como una gran escalera de escalones desiguales y formados con construcciones que vacilaban por la vejez. Debajo, cerca de un molino cuyo movimiento producía un grito monótono, se elevaba una cabaña con su techo de ra-

maje; sobre la cabaña se apoyaba la casa de un aldeano vitrés rodeada de una cerca; sobre la casa se dibujaba un castillejo gris, descarnado y lleno de veletas monstruosas y ceñido por largas balaustradas de hierro; encima grandes rocas, iglesias viejas y tristes, árboles añosos como la misma villa, que es el decano de las ciudades de Bretaña, y sobre todo esto el castillo, ese despojo informe del que ha hecho el tiempo una maravilla.

¿No hay en todo esto el capricho de un genio artístico?

¿No es el resultado del trabajo de muchos años de paciencia? La mano del hombre ha ayudado á esta confusión poderosa que mezcla lo risueño con lo terrible, y va á coronar á este sombrío gigante de piedra con cabellera olorosa y florida.

Ignórase dónde comienza sin que se sepa dónde termina aquel recinto guarnecido de torres: se pierde entre las casas, desaparece tras los árboles, se ve subir rodeando una calle su construcción ciclope, cuya base se pierde en el fondo de las verdes praderas, transformadas en jardines. Brazos de titanes fueron los que llevaron á la cima de aquella montaña aquellos enormes trozos de granito. ¡Y qué contraste! Sobre esta gastada ruina ennegrecida, caduca, flores por todas partes. Cada hendedura presenta un ramillete, cada roca deja escapar su elegante guirnalda.

En la base de las murallas donde comienza el espeso manto de yedra que vela la decrepitud del gi-

nete, agita la campanilla con la brisa sus dorados hilos: las blancas y encarnadas rocas dibujan sus festones sobre el oscuro verde de las viñas salvajes.

Se dice que Vitré es la mas inteligente de todas las ciudades y pueblos de Francia; que se venda á un mercader de curiosidades y tiene hecha su fortuna.

Enrique observaba.

A medida que el carruaje iba avanzando, cambiaba para él el paisaje como si hubiese puesto sus ojos en el cristal de un caleidoscopio.

Sin saber que hablaba murmuró:

—¡Es hermoso! . . . ¡es hermoso! . . .

—¿Qué es lo que es hermoso? preguntó á su lado una voz brusca y grañona.

Enrique se volvió al momento. A su vez habia olvidado al inglés.

Este se frotaba los ojos cargados de sueño, demostrando su rostro las huellas de un humor detestable.

—Me habeis despertado, caballero, replicó, con vuestras exclamaciones y vuestros gritos. ¿No podríais dejarme dormir en paz?

Enrique admirado con esta salida quiso escusarse; el inglés le cortó la palabra.

—Descaría saber, caballero, prosiguió, donde encontráis esas cosas que os arrancan esos gritos de admiración.

Enrique estendia la mano hacia la villa y castillo

TOM. II.

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 3625 MONTERREY, MEXICO

de Vitré, que se veía en este momento en su punto de vista mas pintoresco.

El inglés se sonrió provocativamente.

—¡Diablo! dijo; ¿es eso, caballero, lo que encontráis tan hermoso? Unas cuantas casas feas y viejas llenas de polvo, donde si fuera un mendigo no quisiera vivir.

—Pero, milor.... advertid....

—Advierto, caballero, y comprendo que esos caserones tan asquerosos son la vergüenza de un país civilizado.

—Sin embargo....

—Caballero, detesto con todo mi corazón esa especie de majaderos que se asombran al ver las antiguas murallas y las casas llenas de polvo.... De todos los paisajes que hemos atravesado, os lo confieso con sentimiento, es este el mas feo de todos para mi gusto.

Enrique permanecía absorto ante aquel ataque brutal é imprevisto.

—Milor, dijo procurando sonreír, seguramente que he hecho mal en turbar vuestro sueño....

—Sí, señor, interrumpió el inglés, muy mal; pero ahora no se trata de eso. Lo que me desagrada es el modo con que os quedais estasiado al contemplar ese monton de polvo! Y hasta creo que debe pareceros muy feo.

—Os protesto....

—¡Nada!.... ¿A qué viene sostener esa farsa? Entre ciertas gentes, locos ó majaderos, no tiene

nada de extraño demostrar admiracion en presencia de esas ridiculeces.

Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

—No es otra cosa, caballero.

—Lo que seria locura, milor, dijo el jóven pintor, seria discutir formalmente con vos sobre un asunto que parece no comprendéis mucho.

—¡Comprender! exclamó el inglés, cuyo acento británico parecia en aquel momento mas desagradable y mas discordante; he ahí la palabral.... Cuando se carece de razones buenas y convincentes, se cruza uno de brazos y dice: Sois unos profanos, no sabeis ni aun comprender.

Enrique era un muchacho de sangre fria é imaginacion; pero esta respuesta le encontraba desprevenido.

Examinó arqueando las cejas la noble y bella fisonomía de su compañero de viaje, á quien antes admiraba con toda sinceridad. En aquel momento no veía con los mismos ojos. Aquella fisonomía arrogante y serena le parecia pérfida y poco expresiva.

—¡Dejemos eso!.... dijo con cierto tono de mando mezclado de cólera; en nuestra posicion seria severamente ridícula una querrela. Además, no me halla en el caso de aprender que en ciertos asuntos no puede el diablo poner en armonía el instinto de un cualquiera con el sentido de un artístal....

—Ahl ahl ahl dijo por tres veces el inglés, ¿somos artista, caballero?.... Francamente, lo siento

por vos... faltan los brazos á la cultura de la tierra, no hay bastantes cavadores, los podadores reclaman en vano aprendices... se encuentran gentes que no tienen vergüenza en confesar francamente su inutilidad....

Es muy sensible....

Enrique dió una patada y se incorporó; de su labio pendían palabras de desafío. El inglés le miró aún un instante con su sonrisa seca y desdenosa.

Después en el momento en que iba á hablar Enrique, se encogió de hombros el inglés, cerró los ojos y puso su cabeza sobre el hermoso chal de cachemir.

—Por Dios, caballero, no me desperteis... tengo mucho sueño.

Enrique permaneció desconcertado. Guardó silencio mordiéndose su freno y preguntándose si trataría efectivamente con un maníatico.

El inglés había vuelto á dormirse.

En Vitré se habían tomado caballos de refresco; el carruaje corria con la mayor velocidad por los confines de la Bretaña y del Maine. A medida que pasaba recobraba Enrique su calma, conservando sus recuerdos.

Al cabo de dos horas empleadas por el jóven pintor en reflexionar y por el inglés en dormir, llegó la diligencia á su relevo.

Mientras que se cambiaba de caballos hacía el viajero con la cabeza asomada á la ventanilla las preguntas de costumbre.

—¿Dónde estamos?

—En la aldea de la Gravelle, donde acaba la Bretaña y comienza la Francia.

El inglés dió un salto frotándose los ojos.

—¡Ahl dijo, lanzando un profundo suspiro de alivio, al fin hemos salido de ese maldito país.

Dirigíase á Enrique, que le volvía la espalda, aparentando no oírle.

—¡Caballero!

No obtuvo respuesta.

—¡Caballero!....

Igual silencio. Enrique encontraba un placer incomparable en contemplar los tristes caballos que enganchaban al carruaje.

El inglés se agitó en un rincón. Sacó de su bolsillo un estuche pequenito y no aguardó: lo abrió.

—Caballero, dijo otra vez, ¿quereis permitirme el placer de ofreceros un cigarro?

—No fumo, replicó Enrique sin volverse.

—¿Y os incomoda el humo del cigarro?

—Mucho, pero no tengo derecho para molestaros, milor; estais en vuestra casa.

El inglés cerró su petaca, guardándola tristemente en el bolsillo.

Enrique, que se volvió á medias, seguía sus movimientos á hurtadillas.

El inglés cruzó los brazos sobre el pecho con apariencia de buen humor.

—Caballero, prosiguió aproximándose al jóven pintor, os sacrificio en este momento una costumbre

de veinte años.... Al menos hablemos para hacer algo.

—Os aseguro, milor, replicó Enrique con tono de resentimiento, que me parece que ya hemos hablado lo bastante.

—Vamos, exclamó el inglés, ¿me guardáis rencor?... ¿me veré precisado á pedir os perdon?

Habia en la inflexion de su voz una franqueza tan comunicativa y tan buena, que Enrique no pudo menos de volverse repentinamente.

El inglés sonreia; su sonrisa tenia como una especie de encanto; su acento británico, tan desagradable antes, se suavizaba, y no era otra cosa que una especie de dulzura en su lenguaje.

—Si no quereis de mí mas que satisfacciones, replicó con una gracia llena de elegancia y atractivos, os ofrezco cuantas querais. Cada uno tiene en este mundo sus faltas, unos mas, otros menos.... Yo tengo muchísimas; pero advertid que ya soy un viejo, y que he sufrido mucho durante mi vida. Vamos, tomad mi mano y seamos amigos.

Enrique no tuvo idea de renunciar á esta proposicion.

Este sentimiento de simpatía respetuosa que habia encontrado contemplando al extranjero la primera vez, se despertó en él tan vivo que borró toda clase de resentimiento.

Alargó su mano; el inglés la estrechó cordialmente y prosiguió:

—Es odioso ese cielo de Bretaña, que me da jaqueca y me pone nervioso como una mujer.

—¡Ah! ya, dijo Enrique sonriendo; ¡mucho detestais á esa pobre Bretaña!

Recordaba la estraña pregunta que el inglés le habia hecho antes de admitirle en su compañía.

La frente de milor se oscureció.

—No sé esplicar el por qué, respondió.... Llego de Brest.... He audado á pesar mio ochenta leguas por Bretaña, y prometo que nunca volveré á pisar su suelo.

Tal vez sea una preocupacion.... pero estos tres dias me han parecido mas largos que tres años. Tenia deseos vehementes de contrariar á alguno, de herir, de vengarme.

—¿Y me habeis escogido por victima?

—Encontraré fácilmente la ocasion de expiar mi falta, mi jóven compañero.... Para empezar os diré que Vitré es un admirable punto de vista.

—¿Francamente?

—Francamente.... ¡Cuánta poesia en esas antiguas ruinas! Tenia yo sobre poco mas ó menos vuestra edad cuando viajaba á pié con un palo al hombro y mi pequeño equipaje á la espalda.... Me acuerdo que me detuve en el recodo del camino, en el mismo sitio en que lanzásteis aquel grito que me despertó sobresaltado. Me senté sobre una piedra y permanecí allí estasiado mas de media hora.

—¿Qué encontrásteis de notable en aquel mon-

ton de ruinas llenas de polvo que son la vergüenza de un país civilizado?

—¡Sois muy traviesol.... Encontré lo mismo exactamente que vos.... recuerdos del tiempo pasado.... ¿qué sé yo?.... La juventud tiene emociones deliciosas que otra edad se esfuerza en vano por evocar y hacer renacer....

Pero hablemos, si gustais, de nosotros y hagamos conocimiento.... A mí me corresponde el primero.... Soy inglés de origen; me llamo Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del Iman de Mascát.

¿Tal vez no habreis oido hablar nunca de ese príncipe?....

—Si tal, pero vagamente.

—En Arabia, donde se halla la capital, y sobre las costas de Africa, posee algunas provincias grandes como la Francia con corta diferencia, pero mas ricas.

—¡Ah! exclamó el jóven pintor.

—Sí.... grandes propietarios de Paris y Londres serian mendigos en Mascát, la ciudad de las perlas y de los diamantes.... el depósito de la India.... pero hace allí mucho calor.... Vuelvo á Francia porque comenzaba á aburrirme mucho. El Iman habia hecho la paz con el Egipto y mis soldados no tenian ya en qué ocuparse. He dejado mi palacio, mis mujeres y veinticinco leguas de costa que me habian dado.... Traigo apenas algunos millones.... Ahora os toca á vos, mi jóven camarada.

X.

DOS SOMBRERITOS DE PAJA.

Montalt habia enumerado sus pomposos títulos con gran sencillez; pero como esta misma pareció al pintor un esceso de fanfarroneria, comenzó á desconfiar y rompió repentinamente el encanto que le ligaba con su compañero de viaje. Sin embargo de lo jóven que era, quiso demostrar mas constancia en su rencor, reprochándose la rapidez con que habia concedido su perdon.

En suma, la conducta del inglés habia sido insultante y sus tardías excusas no podian borrar mas que á medias la grosería con que habia procedido.

Y además, ¿quién sabe si esas excusas aceptadas

ton de ruinas llenas de polvo que son la vergüenza de un país civilizado?

—¡Sois muy traviesol.... Encontré lo mismo exactamente que vos.... recuerdos del tiempo pasado.... ¿qué sé yo?.... La juventud tiene emociones deliciosas que otra edad se esfuerza en vano por evocar y hacer renacer....

Pero hablemos, si gustais, de nosotros y hagamos conocimiento.... A mí me corresponde el primero.... Soy inglés de origen; me llamo Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del Iman de Mascát.

¿Tal vez no habreis oido hablar nunca de ese príncipe?....

—Si tal, pero vagamente.

—En Arabia, donde se halla la capital, y sobre las costas de Africa, posee algunas provincias grandes como la Francia con corta diferencia, pero mas ricas.

—¡Ah! exclamó el jóven pintor.

—Sí.... grandes propietarios de Paris y Londres serian mendigos en Mascát, la ciudad de las perlas y de los diamantes.... el depósito de la India.... pero hace allí mucho calor.... Vuelvo á Francia porque comenzaba á aburrirme mucho. El Iman habia hecho la paz con el Egipto y mis soldados no tenian ya en qué ocuparse. He dejado mi palacio, mis mujeres y veinticinco leguas de costa que me habian dado.... Traigo apenas algunos millones.... Ahora os toca á vos, mi jóven camarada.

X.

DOS SOMBRERITOS DE PAJA.

Montalt habia enumerado sus pomposos títulos con gran sencillez; pero como esta misma pareció al pintor un esceso de fanfarroneria, comenzó á desconfiar y rompió repentinamente el encanto que le ligaba con su compañero de viaje. Sin embargo de lo jóven que era, quiso demostrar mas constancia en su rencor, reprochándose la rapidez con que habia concedido su perdon.

En suma, la conducta del inglés habia sido insultante y sus tardías excusas no podian borrar mas que á medias la grosería con que habia procedido.

Y además, ¿quién sabe si esas excusas aceptadas

con sinceridad y sin que fuesen reclamadas, eran ó hacían veces de una concesión á la debilidad?

Hacia dos minutos que Enrique se decía todo esto y otras muchas cosas más. Si no podía conseguir arrugar el entrecejo, era porque Montalt le dominaba ya con el atractivo de su natural simpático y seductor.

Pero en aquel momento se burlaba de él muy abiertamente; su esquisita susceptibilidad se despertó. Para responder á la pregunta del nabab procuró tratar de asomar á sus labios una sonrisa lo más burlesca posible.

—Pardiez, milor, dijo, vaya una rara casualidad.... Esperar tanto tiempo para encontrarnos cuando hemos estado uno tan cerca del otro. Tal cual me veis, soy el primer ministro dimisionario de su majestad el buen rey de Lahora.

—¿No me creéis? preguntó Montalt sin dejar de sonreír.

—¿Por qué?

—Porque me contestáis como se hace á esos charlatanes de taberna ó posada conocidos por narradores de aventuras imposibles.

Enrique se mordió los labios con alegría; había tocado el golpe.

—Me parece, dijo, que si vos habeis sido general en jefe de los ejércitos del Iman de Mascat, bien puedo yo ser....

—¡Qué niño sois! interrumpió Montalt; bajo mi palabra la ignorancia es aun más incrédula que la

esperiencia.... mis pasadas dignidades y mis millones os parecen una tonta y ridícula invención porque me halláis en un carruaje público, ¿no es así?

—El caso es....

—¿Veis esas soberbias sillas de posta que corren delante de nosotros? interrumpió Montalt.

Hacia en efecto algunas horas que dos sillas de posta habían adelantado á la diligencia, aparentando no querer perderla de vista.

—¿Y bien? dijo Enrique.

—Y bien, compañero mio; cuanto contienen me pertenece, aunque he dejado en Brest las cinco sextas partes de mi equipaje.

—¡Ah! dijo Enrique, ¿y por qué tomar entonces la diligencia?

—Soy muy caprichoso.... ¿Pero no os parece que esas sillas nos envían mucho polvo?

—Sí.

—Esperad.

Montalt sacó la cabeza fuera del carruaje y silbó como ya lo había hecho bajo la bóveda de las mensajerías.

Las dos sillas de posta se detuvieron inmediatamente al mismo tiempo.

Enrique abrió desmesuradamente los ojos.

Cuando la diligencia pasó junto á los dos carruajes parados, vió Enrique á una de las portezuelas dos cabezas negras, y en la otra la fisonomía de una mujer joven, pálida y triste.

Montalt no pronunció mas que una sola palabra:

—¡Detrás!

La jóven se sonrió dócilmente; las dos cabezas se inclinaron silenciosamente, y en todo el viaje no se volvieron á ver las sillas de posta.

—Soy muy caprichoso, repitió Montalt dirigiéndose al jóven pintor, y además, sin embargo de lo que he vivido, se me ocurren á veces ideas mas propias de un niño que de un hombre: su voz tomó un acento melancólico y mas dulce: nadie me ama en el mundo, y quisiera tanto ser amado.... Estoy solo, siempre solo.... En las horas de tristeza no me consuela nadie, y cuando soy feliz busco en vano una sonrisa amiga que responda á mi alegría.... Vais á volver á burlaros de mí por lo que os digo, y sin embargo, es la espresion pura de la verdad. He subido en esta diligencia esperando que la casualidad arrojara en mi camino un sér á quien poder amar.

Enrique le escuchaba con una admiración á la que á pesar suyo se mezclaba la emocion; la voz de Montalt tenia tanto acento de verdad y parecian tanto salir sus palabras del corazon....

—Pero.... dijo sin embargo Enrique, ¿estais como decís, completamente abandonado.... y por qué lo estais?

—Lo ignoro.

Enrique se ruborizó.

—Esa mujer tan bella, prosiguió con tono de duda, cuyo rostro acabo de divisar....

—¡Mirzal exclamó el nabab: pobre niña!... entendámonos; os lo suplico. Cuando digo que quisiera ser amado, no aludo á las mujeres.... ¿Se quiere la botella de Champaña cuyo tapon acaba de saltar por la ventana?.... ¿Gusta el vaso vacío que un momento antes refrescaba el soberto perfumado?

—¡Ah! dijo Enrique con acento de reprension; ¿decís eso con seriedad, milor?

—¡No! respondió Montalt, cuyo entrecejo se arugó ligeramente: si quereis conocer mis ideas exactas, cambiaré de lenguaje. Odio la mujer, caballero, la desprecio.... esto desde lo mas hondo de mi corazon!

Su mirada brillaba con dureza y maldad. Su voz, cuyas inflexiones sonoras espresaban antes la sensibilidad, se convertia en fría y seca.

—Pero ya tendremos tiempo de hablar de estas cosas, replicó recobrando su sonrisa.

—Quiero mucho á Mirza.... la he comprado en cinco mil francos hace un año, y no siento por cierto el dinero que por ella he dado.... pero aun no me habeis dicho quién sois, compañero.

En el momento en que Enrique abria la boca para responder, dos cabezas de caballos pasaron la portezuela de la berlina: al mismo tiempo se oyó el chasquido de un látigo y una voz bronca que gritaba:

—¡Flie, Durdonet, Flie, Cocol

Coco y Durdonet eran los corceles de la concur-

rencia, cuyo postillon por un esfuerzo desesperado queria adelantar en aquel momento al carruaje rival.

El postillon de la diligencia luchó cuanto pudo, pero los dos jamelgos de su adversario llevaban mucho empuje, y además era supérfluo molestar su agonía.

Nuestros dos viajeros de la berlina vieron pasar lentamente á lo largo de la portezuela el cuerpo amarillento y empolvado del carricoche enemigo, que decididamente conseguia tomar la delantera.

Durante ese tiempo declinaba Enrique sus nombres y cualidades, pero sin que le escuchara Montalt.

Sus miradas se dirigian ávidas y penetrantes á la rotonda de la concurrencia, donde medio ocultas por las alas de sus sombreros de paja se mostraban dos encantadores rostros de niñas.

—¡Pardiez!... murmuraba Montalt, Dios sabe que he visto muchas mujeres en mi vida, pero ninguna tan deliciosa....

Enrique decia:

—No tenia parientes, y acepté gustoso la proposicion de ese caballero breton que me llamaba para adornar su castillo.

He aquí, milor, la razon por qué he abandonado á Paris.

—¿Cuál es mas encantadora? decia en voz alta Montalt, cuyos ojos brillaban ardientes y fijos; pero

Dios me perdone, parece que las pobres niñas van llorando.

—Allí he pasado años, proseguia el jóven pintor, que se escuchaba á sí mismo sin advertir la preocupacion de su compañero. Dos años, ¡Dios mio! y apenas me han parecido dos dias de felicidad.

Montalt se volvió vivamente.

—Pero mirad, exclamó; sus mejillas están bañadas por las lágrimas.

—¿Qué es eso? preguntó Enrique.

Montalt le mostró con el dedo la rotonda de la concurrencia, donde el jóven pintor no vió nada, porque los dos viajeros acababan de levantar la persiana figurada de la portezuela.

Montalt hizo un gesto de despecho.

—Apenas salidas de la cuna, murmuró, buenas lecciones han recibido del diablo; ya saben el medio de escitar los deseos: todo esto dimana del infierno, donde se coge el corazon de los locos desde el principio del mundo.

—¿Me explicareis? comenzó Enrique.

—Soy vuestro compañero: deciamos que os llamais Moreau y que seguís las huellas de Rafael.... buena carrera por mi fe.... lo que mas me agrada de todo es que no sois noble.

—¿Qué! dijo Enrique; ¿aborreceis tambien á los nobles?

—Algo menos que á los bretones y casi tanto como á las mujeres. Os advierto que este es el último renglon de mi catálogo.

A escepcion de estas tres categorías de individuos, soy bastante filántropo.

—¿Aborreciendo casi las tres cuartas partes de la especie humana?

—El número no hace al caso: pasemos á otro asunto mas interesante si gustais. ¿Podeis decir otro tanto de mí?

Los ojos negros y brillantes de Montalt dejaban ver la impaciencia singular que le causaba la respuesta de Enrique. Era una declaracion á quemarropa.

El jóven pintor dudó francamente, y el rostro de Montalt tuvo tiempo de oscurecerse.

—Milor, dijo al fin Enrique con alguna frialdad, sois un hombre poderoso y yo un pobre diablo, un artista muy jóven, y cuyos pinceles son desconocidos.... ¿Qué puede importaros mi opinion?

—¿Es decir que no os agrado?

—¡Permitid! Si me pareciese conveniente hablar con entera libertad....

—¡Hablad! exclamó el inglés, que no podía ocultar su despecho. Pero os advierto que no reclamo indulgencia.

—Pues bien, milor, á la primera mirada que os dirigí esperimenté una impresion estraña. Me impulsaba algo á respetaros.....

—No quiero respeto.

—A apreciaros. Despues sucedió vuestra estraña salida.

—¿Y pensais siempre lo mismo?

—¡Oh! no tal. Y para terminar en pocas palabras lo que.... cómo lo diré.... lo que me aleja de vos es vuestro ódio encarnizado y el desprecio que profesais á las mujeres.

—¿Luego estais enamorado?

—Perdidamente.

—¡Diablol.... A vuestra edad hubiera debido creerlo. ¡Vaya! es cosa maravillosa que las mujeres puedan causarme daño cuando huyo de ellas como de la fiebre amarilla. Si supiéseis....

Habia un recuerdo punzante y doloroso tras estas palabras, que sonaban como un quejido.

Enrique se arrepintió.

—Perdonadme, milor, dijo dulcemente: mi intencion no ha sido despertar vuestros pesares.

—¡Pesares! interrumpió Montalt incorporándose. ¿Qué pesares? no vayais á tomarme por una víctima de amor.... ¡Diablol camarada, guardad vuestra lástima para mejor ocasion. Yo no he amado nunca y compadezco sinceramente vuestra suerte.

Enrique se sonrió tristemente.

—No soy como vos, dijo meneando la cabeza; no desprecio la compasion porque sufro.

Montalt le tomó la mano con un movimiento de irresistible afecto.

—¿No os ama?

—Creo que sí.

—¡Lo creéis! ¡Oh! se apoderan de vosotros cuando sois jóvenes, generosos, para exaltar fácilmente

vuestros corazones hasta el delirio y desgarrarlos despues sin piedad.

Se sienten invulnerables porque no beben su parte del filtro mortal.

—No hablais de ella, ¿no es así? dijo Enrique.

—Hablo de todas las mujeres.

—¡No hablais de ella! repitió Enrique con tono de imperio.... porque no permitiría yo que se lanzara ni aun por incidencia un insulto que pudiera caer sobre su cabeza. Tanto peor para vos, milor, si no habeis encontrado en vuestra vida una criatura de alma angélica y santa.... Tanto peor para vos si os ha privado Dios del goce del amor! vuestra desgracia no os da derecho para calumniar la que no conoceis.... es pura, ¿oís? es noble.... y la amo de rodillas!

Las mejillas del jóven pintor se habian coloreado ligeramente; brillaban sus ojos: la emociou hacia temblar su voz.

Montalt al escucharle se habia puesto á reflexionar.

—Siempre lo mismo, murmuró, y siempre son las almas mas bellas las heridas de esa locura.... Escuchad, prosiguió dirigiéndose á Enrique; mi amistad puede ser mas fuerte que mis aversiones; ¿quién sabe si ireis á convertirme, camarada?

¿Quereis hablarme de ella y confiarme la historia de vuestros amores?

—¡A vos! exclamó Enrique.

—A mí, que soy ya vuestro amigo, contestó el

inglés con tono de súplica, á mí que la amaré si os ama.

Habia pronunciado estas palabras con esa elocuencia persuasiva y verdadera que parece emanar del fondo del corazon.

Enrique resistió débilmente; luego habló. Es una felicidad tan inmensa confiar ciertos secretos aun cuando no sea mas que á medias! Se ensancha con tanto placer el alma á la edad que tenia Enrique! Al ver sonreir á Montalt, al escucharle, se hubiera podido decir que estos recuerdos daban algun calor á su yerto corazon.

Enrique, sin pronunciar ni un nombre, contó su llegada al castillo y aquella suave pendiente que sin sentirlo le habia hecho llegar hasta Diana. Refirió las primeras sonrisas de la jóven y las vagas esperanzas que habian hecho nacer en el fondo de su corazon.

No era una novela como el nabab habia imaginado; era una verdadera historia, la vida tierna y confiada de dos niños que se aman sin decirselo.

No habia accidentes, porque Enrique callaba una parte de la verdad. No era al escéptico extranjero á quien hubiera querido confiar aquel misterio que rodeaba desde mucho tiempo la conducta de las dos hermanas. Sobre esto le era tanto mas fácil guardar silencio, quanto que nunca habia sospechado de ellas.

Aunque en su narracion no hubo circunstancia alguna que pudiera despertar una curiosidad esci-

tada, nada mas que un cuadro de amor puro y suave, el nabab escuchaba con los ojos bajos y arrugada la frente. A veces, cuando la narracion del joven pintor se animaba al paso de un recuerdo mas querido, se hubiera visto á Montalt sonreír con melancolía.

Su mirada se fijaba entonces furtivamente en Enrique.

¿Aquella mirada espresaba compasion ó envidia?

Enrique dejaba hablar á su corazon. Todo lo que habia sentido durante aquellos dos años lo referia en alta voz con placer. Ningun detalle, por pequeño que fuese, se quedaba olvidado en su memoria. Reconociáanse las palabras encantadoras y tímidas que salen de los labios de una vírgen; se adivinaba la conversacion muda que deja escapar la sonrisa; sentíase temblar la blanca mano bajo el robado beso.....

Y el joven pintor, que momentos antes se hacia suplicar tanto, no callaba entonces. Por el contrario, buscaba el modo de prolongar la confidencia; acariciaba, como gozando en ello, la casta poesia de los detalles de su amor.

Montalt no le interrumpió.

¡Pero cuántas veces varió su semblante!

Unas veces conservaban sus hermosas facciones esa sonrisa que respira ternura y paternal proteccion; otras formaban una sola línea sus hermosa cejas negras, yendo un pensamiento de amargura á

sombrear su pálida fisonomía. Entonces escuchaba por sí y recordaba sus propios goces y penas.

—¡Oh! milor! exclamó el joven pintor juntando las manos, ¡todo esto ha terminado! ¡Tengo veinte años y os hablo de lo pasado! ¡Diana, mi pobre Diana! ¿Sé acaso si la volveré á ver otra vez?

Montalt tenia los labios apretados y apoyaba su cabeza en los almohadones del carruaje. Estaba en uno de esos momentos en que la amargura de un recuerdo lejano parecia revivir y hacer destilar sangre á cada una de las heridas de su alma.

Enrique no le observaba.

—Vos, vos mismo, replicó en medio de su entusiasmo, vos, milor, que negais todo, la hubiéseis amado como yo.... ¡Que no pueda mostrároslo bajo las grandes arboledas sombrías de aquel país en cantado!

Cerró los ojos como para verla en sueños.

—¡Diez y ocho años! replicó en voz mas baja; frente inocente como la de un niño, pero que se elevaba á veces orgullosa y valiente como la de una reina. Ojos risueños á que las lágrimas imprimian una espresion de tristeza celeste. El cuerpo de un hada, la voz de un ángel. ¡Y un corazon! Decid, milor, ¿en mi posicion qué hubiérais hecho?

Montalt se incorporó con lentitud, mirándole fijamente.

El joven pintor se estremeció bajo la influencia de aquella fría mirada.

—En vuestro lugar, Mr. Enrique, replicó Mon-

talt con tono de sequedad, no hubiera permitido que la pobre niña hubiese languidecido durante dos eternos años.

Enrique, que se habia acercado involuntariamente durante su narracion, se retiró al otro extremo de la berlina.

Montalt habia recobrado su sarcástica sonrisa.

—Cada uno tiene su modo de ver las cosas.... prosiguió; me preguntais mi parecer y os lo digo. Si esa deidad bretona es tan encantadora como la pintais, hubiera valido mas aprovecharla que no dejarla presa de algun estúpido campesino.

—Pero, dijo Enrique, yo era pobre, no podía ser su marido.

—Haber sido su amante.

El jóven pintor se puso pálido. Si hubiera obedecido al fogoso movimiento de cólera que se apoderó de él, hubiera terminado la conversacion, comenzada amigablemente, de una manera trágica. Pero se dominó contentándose con dirigir al nabab una mirada de sangriento ultraje.

Montalt hizo que no la advirtió. Había cambiado de humor. Tendióse en un cojin, los brazos caídos, vuelta la cabeza, recobrando aquella postura indolente en que parecian dormitar á la vez todas sus facultades.

El silencio reinó en la berlina por espacio de mas de una hora.

Cualquiera que hubiese asistido al desenlace de la última escena, hubiera creído sin duda que era

la conclusion de aquella amistad tan rápidamente anudada.

Enrique, segun toda pariencia, no debía dejarse engañar mas por los halagos de aquel ser fantástico que colmaba á las gentes de caricias para herirlas despues con mas seguridad y mejor.

Esta al menos era la opinion del mismo Enrique; pero contaba sin el nabab.

Este tenia maravillosos secretos para hacer olvidar sus fechorías. Sabia escusarse con tan buena gracia y pedir perdon sin perder absolutamente nada de aquella dignidad innata que mas de una vez habia impuesto respeto á la boca de Enrique desde el principio del viaje.

Escusado era irritarse; no habia cólera posible contra aquella graciosa franqueza del hombre evidentemente superior arrepentido y contrito.

Porque Montalt se arrepentia sinceramente para volver á pecar de nuevo.

Y luego bajo el escepticismo provocativo y brutal que aparentaba el nabab, se dejaba advertir á pesar suyo su noble carácter; era un fanfarron de incredulidad.

Tras ese cinismo se descubrian un alma elevada, un espíritu privilegiado y una sensibilidad llevada á veces hasta esa delicadeza que ordinariamente desconoce la edad madura.

Los contrastes seducen. A pesar suyo sufría Enrique el encanto de Montalt, admirándose de ver

disiparse con la mayor facilidad su enojo y su cólera.

Efectivamente, aquel hombre le trataba como á un niño. Enrique se indignaba, Enrique se encolerizaba, y cuando ésta era mas excesiva, se sentia apaciguado por una sonrisa de aquel hombre, por nada.

Entre La Gravelle y Laval rñeron el nabab y él tres ó cuatro veces, y sin embargo, al acercarse al último pueblo hubiera creido cualquiera que eran dos antiguos y queridos amigos.

Su amistad, que apenas databa de algunas horas, se habia estrechado como por encanto.

A medida que pasaba el tiempo, el nabab iba conquistando poco á poco la victoria. Enrique rechazaba aún las desoladoras teorías de su compañero de viaje, pero no se creia ya obligado á volverle la espalda á la menor palabra ofensiva al bello sexo. Escuchaba y discutía, aunque en el terreno del desprecio y de la burla, sin ser por cierto el vencedor.

La diligencia llegaba al arrabal de Laval, llevando siempre delante de sí á la victoriosa competencia, cuyos caballos se mataban heroicamente por sostener su triunfo.

—Y bien, dijo Montalt, ya veis que no he sido un loco en dejar á mis negros caminar cómodamente en la silla de posta para tomar yo la diligencia. He encontrado lo que buscaba, y os aseguro que no os he de soltar tan pronto, Mr. Enrique.

—Todo cuanto puedo decir, milor, es que vuestro capricho ha sido para mí muy ventajoso.

—¡Ehl dijo Montalt; ya disputaremos mas de una vez de aquí á Paris, si os acomoda. Veo que habeis adelantado algo, y dentro de dos ó tres días, bien sea loco ó cuerdo, me escuchareis sin encolerizaros... porque reconocereis en mi voz la de un amigo.

—¿Pero quién nos obliga á escoger esas conversaciones en que no podemos entendernos?

—Mi querido Enrique, justamente porque os aprecio es por lo que quiero convertiros. Es lastimoso ver á un jóven tan apreciable como vos hablar en unos términos tan vulgares, propios únicamente de palardos.

Mirad, no podreis impedirme que os diga que vuestra conducta en ese castillo cuyo nombre ignoro...

—¡Milor, milor, por piedad! dijo Enrique.

—¡Sí tall! En los tiempos de la caballería errante hubiera sido muy ingeniosa esa conducta; pero hoy prefieren nuestras jóvenes mas audacia, mas atrevimiento... Felizmente no son raros los ángeles en nuestro buen país de Francia, y ya encontraremos con qué consolarnos.

Enrique protestó con un suspiro.

—Sin ir mas lejos, prosiguió Montalt, delante van dos angelitos tan bellos cual no he visto en ninguno de los muchos países que he recorrido. ¿Qué decís de su fisonomía, jóven trovador?

—Aun no las he visto.

—De veras, exclamó Montalt, sois el rey de los amantes fieles.... Lo cierto es que se ocultan como dos coquetas: no serán otra cosa, no. Pero sin embargo, yo no tengo ninguna razón de conciencia para dejar de mirar cuanto se pone delante de mis ojos: he podido distinguirlos perfectamente mas de diez veces desde Rennes.... ¡Ah, mi joven amigo! mucho dudo que vuestro ángel y su hermana tengan tantos atractivos como las dos que van delante.

Enrique se encogió de hombros.

—Os digo y repito que son dos perlas, angélicas criaturas!... No podeis figuraros su belleza... Tan pronto veo sus grandes y hermosos ojos preñados de lágrimas, como distingo vagar por sus labios de rosa una sonrisa encantadora.... Lloran como Magdalenas y se ríen como locas. Que lloren ó ríen, es lo cierto que son deliciosas! Paciencia.... En cuanto lleguemos á Paris confío verlas mas de cerca.

—¡Cómel... dijo Enrique con tono de reprensión.

—¡Eh, amigo mío!... exclamó el nabab, vuestra austeridad raya ya en grotesca. Si no soy yo, será algún maldito estudiante del barrio Latino ó algún pobre dependiente de comercio. El dependiente y el estudiante despues de un mes de orgía á veintidos cuartos las dejarán desapiadadamente arrastrarse en el fango....

Yo despues de una semana deliciosa y adorsada

de Champaña, las abandonaré ricas, felices....
¿Cuál vale mas para ellas?

—Pero si son virtuosas!....

El nabab soltó la carcajada, y apretando el brazo de Enrique exclamó:

—¡Miradlas! ¿las veis?

Las dos jóvenes de la competencia acababan en efecto de bajar la tablilla en forma de persiana para respirar un poco de aire fresco, y mostraban á la vez sus rostros graciosos y risueños; pero en el momento en que Enrique se inclinaba á mirar para obedecer al nabab, volvió el carruaje la esquina de una calle, desapareciendo con él las dos jóvenes.

Montalt dió una patada con impaciencia.

—Los enamorados platónicos, murmuró, tienen ojos para no ver y oídos para no oír.... Habiéis mirado tarde espresamente, Enrique; ¿tanto miedo teneis de faltar á vuestros juramentos de constancia?... pero no importa.... todo no se puede hacer en un día.... ya veremos.

La diligencia se detenía en una calle sombría de la antigua ciudad en el parador donde debían cenar los viajeros y pasar la noche.

Escusado nos parece decir que Montalt y el joven pintor cenaron juntos; eran dos inseparables. Durante la cena no se disputó mas que dos ó tres veces, y Montalt bebió sin demasiada ironía á la salud de Diana y Elena, y aun á la de Roger, el Pilades ausente.

Enrique acababa de retirarse á su habitación pa-

ra acostarse. Durante todo el día había estado bajo el imperio de una especie de fascinación. Entonces que se hallaba solo procuraba, pero en vano, despojar á Montalt de su extraño prestigio y juzgarle friamente. Montalt no podía ser sujeto á ningun exámen; su imágen, evocada, aparecía á la imaginación de Enrique aun mas fugitiva y caprichosa que la misma realidad.

Enrique hacia inútiles esfuerzos por fijar este fantasma: veíale á la vez bueno, malvado, generoso, sincero, engañador, y mil otras cosas imposibles de conciliar: le amaba y le maldecía, le temía, y entonces casi había ganado la partida el nabab, porque no se pensaba ya en Diana ni en el castillo de Penhoel.

Enrique se paseaba por su habitación repasando en su memoria todas las fases de aquella larga conversación que sucesivamente le había asustado, indignado y encantado. Detúvose en medio de su paseo.

Llamaban vigorosamente á la puerta.

—Algun otro capricho, pensó Enrique.

—¿Qué quereis, milor? dijo.

No fué la voz del nabab la que contestó.

—Soy yo, Enrique, gritaron al otro lado de la puerta.... ¡Abre pronto!.... me rinde la fatiga.

Enrique se apresuró: no podía dar crédito á sus oídos. La puerta se abrió: Roger estaba en sus brazos.

—¡Yal.... dijo el jóven pintor cuando hubo pasado la primera emoción y pudo hablar.

—Pobre amigo mio, replicó Roger.... lo habeis adivinado.... me han echado como á tí.... Pero está tranquilo... tu comisión ha quedado hecha... Antes de partir he escrito á Elena una larga carta.... y Dios sabe que le hablé mas de tí que de mí.

—Gracias, dijo; ¿pero podía creerse que se realizaran mis temores tan pronto?.... Tú, mi pobre Roger, tan amado en el castillo de Penhoel....

—Me amaban, así lo creo, y yo quiero á los señores del castillo, aunque he debido defenderme todo el tiempo posible de las asechanzas de los extranjeros.... pero ahora no tienen ya fuerza alguna, y esto me desconsuela, Enrique; quisiera estar allí para en caso de necesidad velar por las que amamos.

—¿Después de mi partida has sabido algo?

—He salido de Redon dos horas después que tú.... pero durante este tiempo he hablado con el anciano maese Geraud.... Parece que los negocios de Penhoel se encuentran en el estado mas lastimoso. Geraud no me ha dicho todo lo que sabe, porque su discreción ignora á su cariño; pero lo poco que me ha dicho me ha dado mucho que reflexionar.... Figúrate que Penhoel se ve reducido, y esto desde hace mucho tiempo, á tomar dinero de los ahorros del pobre posadero.

—Se ha arruinado, murmuró el jóven pintor.

—¡Lo han arruinado! repitió Roger, y me desaa-

pero al considerar que Diana y Elena no tienen en este mundo mas apoyo que el de René de Penhoel.

Los dos amigos estaban sentados uno cerca de otro en el lecho de Enrique: hubo un momento de silencio; ambos bajaban la cabeza entregándose á sus tristes reflexiones.

—Pero demos tregua á la inquietud, exclamó repentinamente Roger dando un salto. Penhoel tiene aún algunos meses de término, y en ese tiempo trabajaremos.... Y si Dios nos ayuda, las dos hijas del tío Juan no necesitarán de la proteccion de nadie. Haz que me sirvan de cenar, porque he gastado en el camino el último dinero que me quedaba y tengo un hambre espantosa.

Enrique llamó y Roger no tardó en encontrarse delante de los frios restos de la cena de los viajeros.

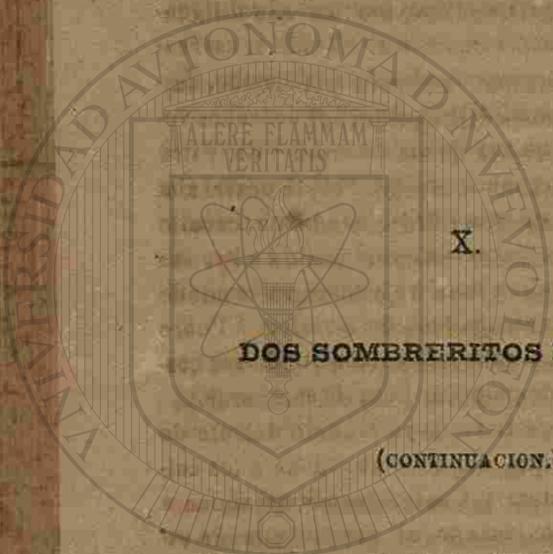
—No han de ser todas las desgracias, prosiguió con la boca llena, y tengo que agradecer á la casualidad que me ha hecho encontrarte. Si llegas á faltar de aquí, soy hombre perdido. Imposible me hubiera sido seguir adelante ó volverme á Redon, porque me he dejado el reló en Penhoel, y mi traje de caza no vale un luis. Viva la cocina del parador.... es detestable, pero se come esto con gusto.

—Hablemos del castillo, dijo Enrique.

—¡No tall.... Necesito todo mi valor para terminar estas chuletas. Sírveme de beber. Pobre Enrique mio, te disgusta mi alegría, ¡pero estoy tan

contento por haberte encontrado! El principio de mi viaje por Francia ha sido penoso; tan pronto á caballo desde Redon á Rennes como á pié ó en carreta. En Rennes creí hallarte, pero la diligencia habia salido hacia dos horas. Tomé el carruaje de Vitré, un carricoche estrecho é incómodo, destinado esclusivamente á trasportar los honrados vecinos de dicha ciudad y sus familias. En Vitré igual noticia; acababas de partir. Conservaba aún dos escudos de seis libras. Tomé un caballo vitrés que llevaba la cabeza casi metida entre sus peladas manos, y cuya cola roja hubiera causado vergüenza á la cabalgadura de Absalon. Pobre animal, le he hecho salir violentamente de sus costumbres haciéndole galopar durante seis horas.... A cuatro leguas de Laval cayó rendido delante de una especie de venta, donde lo abandoné á los cuidados de la ventera. Cuatro leguas se andan á pié muy fácilmente cuando al cabo de ellas se espera encontrar un buen amigo. He llegado, te he abrazado, he cenado.... A tu vez cuéntame tus aventuras.

La historia de Enrique no debió ser muy larga, porque media hora despues dormían nuestros dos amigos tranquilamente al lado uno de otro.



DOS SOMBRERITOS DE PAJA.

(CONTINUACION.)

▲ la mañana siguiente fué á llamar á la puerta un criado del parador, previniendo á Mr. Bloreau que milor le esperaba para almorzar.

—¿Quién es ese milor? preguntó Roger.

—El singular personaje de quien te he hablado ayer, respondió Enrique.

—¡Ah! ah! el enemigo de los caballeros, de los bretones y de las mujeres. ¡El general en jefe de los ejércitos del rey de no sé dónde! Tendría una satisfacción en entablar relaciones con él!

—No vayas á burlarte, dijo Enrique; la berlina

le pertenece hasta Paris y el carruaje está lleno... Si no tienes la fortuna de agradarle, puedes estar convencido de que te quedas en Laval.

En cuanto estuvieron vestidos los dos jóvenes bajaron al salon.

—Milor, dijo Enrique, animado por las bondades con que me habeis distinguido....

Montalt le estrechó la mano.

—¡Lléveos el diablo! contestó. Ayer noche me hablabais como debíais. Ha bastado una noche para hacernos retroceder hasta el enojo de las ceremoniosas fórmulas. ¿Pero á quién tenemos aquí?

Enrique se volvió hácia Roger.

—Tengo el honor de presentaros á Píladés, dijo.

—¡Oh! oh! hizo Montalt.... El verdadero Píladés, dijo.

—El verdadero Píladés.

—El compañero de las escursiones poéticas por las calles de los castaños, el niño del romántico jardín.... el enamorado del otro ángel, Mr. Roger; al menos sabemos vuestro nombre de pila. Sed bien venido; en lugar de dos seremos tres amigos. A esto se reduce todo.

Y tendió la mano á Roger, que se prestaba de la manera mas graciosa del mundo á este recibimiento medio burlon, medio cordial.

Roger estaba por los aventuras mucho mas que Enrique.

Al final del almuerzo hubiérais creído ver una familia compuesta de pocas personas; dos sobrinos

completamente sumisos y un tío demasiado joven para ser prudente.

Pusiéronse en camino los tres bajo tan buenos y alegres auspicios, no sin haber hecho antes saltar tres tapones de otras tantas botellas de champaña. Nuestros tres compañeros de viaje se hallaban poseídos de la mayor alegría, y durante aquella jornada se dijeron en la berlina de la diligencia cosas estremadamente bonitas.

Roger, tal vez porque había sido prevenido con antelación, no se mostró demasiado escandalizado de las herejías de Montalt en asuntos de sentimiento. Estaba colocado entre Enrique y el nabab; cuando los dos adversarios discutían jugaba los golpes. Sin embargo de dar la mayor parte de las veces la razón á Enrique, algunas encontraba eco en el fondo de su naturaleza algo sensual las opiniones de Montalt.

Enrique, por el contrario, permanecía firme como una roca; la elocuencia del nabab se estrellaba contra su heroica virtud.

Las horas pasaban rápidas y risueñas.

La competencia se mostraba algunas veces en los relevos, donde por algunos momentos conseguía pasar delante; Montalt no dejaba entonces ni nunca de lanzar ávidas miradas á la rotonda. Roger miraba también con atención, porque le habían hecho concebir un cuadro encantador en los dos sombreros de paja. Pero precisamente desde que Roger

había ocupado el tercer asiento de la berlina, no mostraban la misma confianza las dos jóvenes.

Durante la primera parte del camino y mientras el único que las había perseguido había sido el nabab, se habían mostrado muchas veces á la portezuela los dos sombreros de paja.

Entonces, que miraba también Roger, aparentaban ocultarse. Su portezuela permanecía obstinadamente cerrada á despecho del calor, y Roger á pesar de sus deseos no tuvo ocasión de verlas.

El día había pasado como un sueño; el nabab cuando le agradaba deponer sus paradojas favoritas, contaba con una verbosidad estremada historietas tan extrañas, que hubieran podido despertar la curiosidad de un muerto. ¡Había visto tantas cosas y recorrido tantos países! Las fabulosas leyendas de la India adquirían al pasar por su boca nuevos atractivos, y cuando pintaba las desconocidas costumbres de aquellos remotos países donde se había deslizado la mitad de su vida, los dos jóvenes, inmóviles y con la boca abierta, no podían cansarse de escucharle.

Cuando hubieron dejado tras sí á Alenzon, Dreux y Montagne, cuando se vió próximo el fin del viaje, se apoderó de Enrique y Roger un sentimiento de tristeza á la idea de la separación.

Las ideas de Montalt estaban también fijas en el mismo asunto, porque desde algunos minutos guardaba silencio, contemplando sucesivamente á los dos jóvenes con una expresión de melancolía.

—¿En qué pensáis, milor? preguntó al fin Roger.

—Pienso, replicó Montalt, que sois dos buenos muchachos, leales, inteligentes, valientes, y que quisiera hacer vuestra fortuna.... Poseyendo todo cuanto se necesita para brillar en la sociedad y unidos por un lazo que os sujeta como si lo tuvié-
seis echado al cuello....

—¿Cómo? preguntó Roger.

—¿No ves, exclamó Enrique, que milor vuelve á su tema favorito, que quiere hablar de nuestros amores?

—Es verdad, mi querido amigo, y daría muchísimo porque mi juicio no fuese exacto.... Vos, Enrique, tenéis talento.....

—Sois muy amable.

—Dejaos de eso. Vos, Roger, sois un niño ingenioso, y vuestro carácter amable os abrirá todas las puertas.... Ambos me habeis confiado que sois pobres... Escuchadme: no creais que me burlo... Vais á comenzar una lucha cuyo resultado será vuestra desgracia ó vuestra felicidad.... Decidme: ¿ao debe uno atar las manos y las piernas cuando se marcha al combate?

—Es el momento de coger una bandera, interrumpió Enrique vivamente, algo que os guie en los buenos tiempos y os sostenga en los malos.... Somos filósofos, milor.... Ya sabeis que tenemos muchas preocupaciones. Hacer fortuna no seria un objeto para nosotros si no tuviéramos que compar-

tir con alguna persona querida la felicidad conquistada por nuestros esfuerzos.

Roger estrechó entre las suyas la mano de Enrique, como para decir:

—Ha hablado por los dos.

—¡En eso está el mal! suspiró Montalt; los corazones generosos son siempre los que caen en esa clase de luchas.... ¡Ahl si yo tuviera que convertir á ciertos jóvenes, no tardaria mucho en hacerlo... Pero respondedme, ¿teneis confianza en mí?

—Ciertamente.

—Pues bien; os juro desde el fondo de mi conciencia que el amor cual lo comprendeis es un obstáculo que paraliza todo empeño, una carga que destruye todo vigor, un veneno que enerva y mata....

—Por mi parte siento todo lo contrario! exclamó Enrique poniendo la mano sobre su corazón; el amor cual yo le comprendo es un aguijón para el valor, un cordial para el alma que desfallece, un apoyo para la voluntad que cede....

—¡Niños!.... ¡niños!.... murmuró Montalt con tono sério: hablaba de la piedra que un desgraciado se ata al cuello para ahogarse.... De todas las piedras, la mas pesada, la mas mortal es una mujer amada: creedme!

Enrique conocia ya el modo de terminar todas las discusiones.

—Hablais como pudiera hacerlo un hombre de mucha esperiencia en estos asuntos, replicó.

El nabab dió un salto sobre el cojin de la berli-

na, como si hubiera sentido que tocaba su pecho la agazada punta de un puñal.

—Sin embargo de tanta virtud, ¿tenemos aún alguna parte de mala fe, mi jóven compañero? dijo con impaciencia. ¿Será preciso que os repita que no he amado nunca?... Verdad que algunas veces lo he intentado; pero he visto tan terribles ejemplos, he visto corazones tan nobles y generosos desgarrados y destruidos!...

Y pasó la mano por su frente. La sombría expresión que se advertía un momento antes en sus facciones, había desaparecido para dar paso á una alegría comunicativa.

—Pues bien, hijos míos, exclamó; conservad vuestras preocupaciones. Me parece evidente que vuestra común enfermedad no puede ser tratada con remedios violentos. Necesita un régimen.... A pesar vuestro seré vuestro médico.... Entre tanto comenzaremos nuestra pequeña fortuna.

Enrique y Roger le miraban sin atreverse á interrumpirle.

—Mi mayordomo me ha precedido á Paris, prosiguió Montalt; creo que le encontraremos en la administracion de mensajerías, donde como es su deber me esperará sin duda.... Ha debido comprarme una gran casa.... hermosa, buena y cómoda.... el precio me es indiferente.... Necesitaré un pintor para adornar mis salones....

—¡Ah, milor! interrumpió Enrique conmovido

no soy mas que un aprendiz en mi arte.... y no conoceis ninguna de mis obras.

—Os digo que teneis talento y eso basta.... ¿Ireis acaso á rehusar?

—Respondo de que tiene talento, exclamó Roger tomando la mano á Montalt.... milor, teneis un corazon muy noble, y si Enrique rehusa me incomodo con él para siempre.

—Acepto, dijo el pintor en voz baja.

—Y yo os lo agradezco, amigo mio. En cuanto á nuestro alegre compañero Roger....

—¡Ah! por lo que hace á mí, interrumpió éste moviendo la cabeza, sereis muy hábil, milor, si podeis encontrar cosa para la que pueda ser útil, porque no sé hacer nada.

—Únicamente dicen eso los perezosos, Mr. de Launoy. Si quisiérais aceptar á mi lado y al de vuestro amigo una posicion de la que nunca abusaré.... tengo una absoluta necesidad de un secretario.

Roger tenia los ojos preñados de lágrimas, pero el nabab parecia aun mas conmovido que él.

—Comprendo bien, añadió con un embarazo que tenia su origen en la mas esquisita de las delicadezas, que un hombre bien nacido, habituado hasta el presente á una vida.... pero os lo repito.... antes que todo soy vuestro amigo.

—¡Milor, milor! interrumpió Enrique, ya veis que Roger acepta, y que cual yo se considera muy feliz al no tener que separarse de vos.

—¿Es así? exclamó alegremente el nabab....
Pues bien, amigos míos, no sé de qué términos valermé para expresar mi agradecimiento! Y no daría por mil guineas el capricho que tuve de haceros entrar en la diligencia! ¡Ah! seréis mis hijos y mis hermanos, y si quereis no nos separaremos nunca.

—¡Nunca! repitieron Enrique y Roger, mientras que sus manos descansaban entre las del nabab.

La diligencia acababa de detenerse en la barrera de Passy. La competencia, detenida un momento antes, sufría la primera el registro de la aduana. Los carruajes estaban tan próximos uno á otro, que la portezuela de la competencia estaba únicamente á medio pié de la de la berlina.

La tablilla que ocultaba los dos sombreritos de paja estaba cerrada herméticamente.

Pero en el momento en que el modesto carruaje se ponía en marcha dejando á la diligencia sufrir á la vez el reconocimiento, salió por la ventanilla una diminuta y preciosa mano, dejando caer á los piés de nuestros tres viajeros dos billetes diestramente echados.

Montalt los recogió.

—¡Al fin exclamó, nos dan señales de vida! Ya sabía yo que no serian perdidas mis ojeadas.

Sus ojos se fijaron en los dos billetes é hizo un gesto de desagrado cómico.

—¡Oh mujeres, mujeres! prosiguió; siempre la misma disposicion y los mismos instintos. Quien

las ha mirado soy yo, y vosotros á quienes escogen.

—¿Nosotros?

—Habrán averiguado en Laval ó en Alençon vuestros nombres por medio del conductor, prosiguió el nabab.... Lo cierto es que vuestros nombres están escritos en los sobres.

En efecto, uno de los billetes decía: A Mr. Enrique Moreau; el otro: á Mr. Roger de Launoy.

Abriéronlos al fin, y en ellos no se leían mas que estas palabras:

“Esta noche á las ocho delante de la iglesia de Nuestra Señora.”

Los billetes llevaban la misma firma trazada por dos manos diferentes; al pié de cada uno se leían las palabras

HIJA DE LA LUNA.

Si Enrique y Roger hubiesen abandonado un dia despues el castillo de Penhoel, estas palabras, Hija de la Luna, hubiera causado en ellos una impresion sensible. Su memoria hubiera evocado al momento la leyenda dulce y triste que Elena y Diana cantaban con tanta frecuencia antes; hubiesen pensado en las dos jóvenes muertas.

Pero no sabian nada. Cuando por última vez habian visto á Elena y Diana, bailaban risueñas y bellas en el salon de campo. No vieron en esta misteriosa llamada mas que un desafío voluptuoso y un principio de aventura.

—*Hija de la Luna*, murmuró el nabab; es muy lindo.... Esto es altamente poético.... Sin em-

bargo, vamos á habérmolas con dos taimadas provincianas, puesto que dan citas delante del átrio de la iglesia de Nuestra Señora. Sin duda creen que va á pasearse allí todo el mundo por la noche como se hará en su lugar. En fin, los dos mortales afortunados...

—No iremos, dijo Enrique.

Roger hizo un gesto.

—¡Bravo! dijo Montalt; don Quijote de la Mancha no hubiera dicho otra cosa.

—No veo inconveniente..... comenzó Roger. Enrique se acercó á su oído.

—Tal vez á estas horas están leyendo en medio de las lágrimas Elena y Diana tu carta.

—No iremos, repitió resueltamente Roger.

—Entonces, dijo el nabab, será forzoso que vaya yo

Algunos minutos despues llegaban á la administracion de las mensajerías, donde Mr. Jones, mayordomo de milor, esperaba á su amo, de traje negro y con el sombrero en la mano.

Roger, Enrique y el nabab subieron en una elegante carretela que los llevó al galope de dos magníficos caballos hácia el arrabal Saint-Honoré.

XI.

TRES CABALLEROS.

Hacia seis semanas ó dos meses que se había visto establecer en la gran fonda de Las Cuatro Partes del Mundo, situada en la calle de Valois-Batave, delante del Palacio real, una colonia compuesta de extranjeros bastante notables.

Habia tres hombres y dos mujeres sin contar los criados, y vivian en familia sin embargo de que todos llevaban nombres diferentes.

En 1820 las numerosas fondas agrupadas en torno del Palacio real estaban aún habitadas casi exclusivamente por ese pueblo cosmopolita de jugadores y vividores que atraian la ruleta y la gloria europea de las diosas situadas en las galerías.

bargo, vamos á habérmolas con dos taimadas provincianas, puesto que dan citas delante del átrio de la iglesia de Nuestra Señora. Sin duda creen que va á pasearse allí todo el mundo por la noche como se hará en su lugar. En fin, los dos mortales afortunados...

—No iremos, dijo Enrique.

Roger hizo un gesto.

—¡Bravo! dijo Montalt; don Quijote de la Mancha no hubiera dicho otra cosa.

—No veo inconveniente..... comenzó Roger. Enrique se acercó á su oído.

—Tal vez á estas horas están leyendo en medio de las lágrimas Elena y Diana tu carta.

—No iremos, repitió resueltamente Roger.

—Entonces, dijo el nabab, será forzoso que vaya yo

Algunos minutos despues llegaban á la administracion de las mensajerías, donde Mr. Jones, mayordomo de milor, esperaba á su amo, de traje negro y con el sombrero en la mano.

Roger, Enrique y el nabab subieron en una elegante carretela que los llevó al galope de dos magníficos caballos hácia el arrabal Saint-Honoré.

XI.

TRES CABALLEROS.

Hacia seis semanas ó dos meses que se había visto establecer en la gran fonda de Las Cuatro Partes del Mundo, situada en la calle de Valois-Batave, delante del Palacio real, una colonia compuesta de extranjeros bastante notables.

Habia tres hombres y dos mujeres sin contar los criados, y vivian en familia sin embargo de que todos llevaban nombres diferentes.

En 1820 las numerosas fondas agrupadas en torno del Palacio real estaban aún habitadas casi exclusivamente por ese pueblo cosmopolita de jugadores y vividores que atraian la ruleta y la gloria europea de las diosas situadas en las galerías.

El Palacio real era el centro de esos alegres misterios; los golosos de provincia hablaban con terror de él á los pícaros sobrinos. Su nombre era tan brillante en las frías márgenes del Neva como en las orillas del Tamesis, ese brumoso Pactolo que rueda guineas; Viena, Berlin, Italia, enviaban á ese templo, abierto á todos los deseos, innumerables devotos.

Los salvajes de América contaban maravillas en sus wigwams al beber vasos de aguardiente, y los buenos musulmanes de Turquía alimentaban la secreta esperanza de que allí estaba precisamente el paraíso anunciado por el profeta.

En esa sociedad que se renovaba sin cesar en torno del Palacio real había casi tantos verdaderos señores como aventureros de baja estofa, y seguramente era difícil distinguir á los unos de los otros; así pues maldito el pesar que causaba esto. Había una especie de medida que servía para todos indistintamente en aquel pueblo de condes y de barones, donde la santa igualdad, como se dice á los postres de los banquetes políticos, era practicada religiosamente.

No se dividía á los hombres en cristianos ó paganos, en realistas ó liberales, en nobles ó plebeyos; había únicamente bolsas vacías y bolsas llenas.

Las bolsas llenas constituían las personas de posición elevada. Las bolsas vacías daban derecho al título de bergante.

Y como el azar reinaba allí como único y supre-

mo Dios, todo bergante podía convertirse en hombre de categoría y vice-versa.

En cuanto á la moral, nadie se ocupaba de ella. En las fondas el rigor mas puritano llegaba á veces á pedir un pasaporte.

Esto cuando mas.

Escusado nos parece decir que á nadie pasaba por la imaginacion la loca idea de inquirir si el marqués tal tenía pergaminos verdaderos ó falsos, ni tomar la mas pequeña noticia acerca de saber de dónde dimanaban los billetes de banco que el príncipe . . .ski tenía siempre en su bolsillo.

En una sociedad constituida bajo este pié de liberal tolerancia, la pequeña colonia de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo debía gozar una consideracion muy distinguida. En efecto en la caja comun poseía dinero, se daba muy buena vida, jugaba muy fuerte, comia soberbiamente y el disgusto no había mostrado aún una sola vez el extremo de sus orejas.

Así nuestros cinco extranjeros no eran de esos emigrados adocenados que abandonan su país sin saberse por qué. Viajaban, á lo menos los hombres, por negocios políticos y ocultaban bajo apariencias frívolas el manejo de los intereses mas graves.

El caballero de Las Matas preparaba una revolucion; el conde de Monteiro sentaba las bases de la carta portuguesa, y el noble baron Bibandier, de Berlin, iba á comunicar á los liberales de Francia las preciosas ideas de la libertad alemana.

Con ellos viajaban la marquesa de Urgel, viuda

de un grande de España de primera clase y hermana del caballero Las Matas. Esta marquesa era una mujer adorable, ardiente como una andaluza y no tan cruel como una parisiense.

No habia habitado la fonda mas que un mes ó cinco semanas, y despues se le habia visto partir con una jóven de que ya hablaremos. Habitaban entonces en otro barrio, pero iba muchas veces al dia á la fonda.

La jóven que la habia seguido, y que tambien debemos hacer conocer al lector, parecia apenas salida de la infancia. En la fonda de las Cuatro Partes del Mundo no se habia hecho mas que verla en el momento de la llegada. Desde entonces no habia salido de su habitacion una sola vez.

Estaba sin duda muy enferma, y solo la camarista de la señora marquesa era la que tenia derecho á prodigarle sus atenciones.

Las gentes de la fonda solian hablar alguna que otra vez de aquella en torno de la que parecia como caer un velo misterioso. Sin embargo de que no se la habia visto mas que una sola vez, todos recordaban su belleza verdaderamente esquisita.

Al atravesar los corredores para llegar á su estancia, muy retirada por cierto y que no debia dejar sino para seguir á la marquesa á su nueva habitacion, aparentaba la pobre niña estar muy triste. Su pálido rostro espresaba el abatimiento y el terror.

Hubiera podido creerse que era hermana menor

de la marquesa; pero sus fisonomías presentaban un contraste completo, y además la tez blanca y la rubia cabellera de la niña desmentian un origen español.

Fuese lo que fuese, la camarista de la marquesa ponderaba en alto grado el cariño que su ama profesaba á la jóven.

—¡Ah! decia ella á propósito; bien puede dar gracias á Dios por su suerte, porque no recibe en todo el dia mas que cuidados y caricias.

—¿Pero no ve nunca á esos señores? preguntaba la gente de la fonda.

—¡Ah! no me habéis de eso, contestaba la doncella: es tan indolente.... con solo abrir la ventana de repente cree que ya se va á morir.

Lo que acabamos de referir tenia lugar muy cerca de dos meses despues de sucedidos los acontecimientos del castillo de Penhoel: reinaba á la sazón el mes de octubre y comenzaba á refrescar la temperatura.

En la sala del departamento ocupada por nuestra pequeña colonia en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo se encontraban reunidos el caballero Las Matas, el conde de Monteiro y el baron de Bibandier.

En la chimenea ardia un buen fuego para que estos tres personajes se calentasen, y la mesa, que permanecia aun puesta en medio de la estancia, conservaba los restos de un almuerzo suculento.

Imposible era engañarse; solo la vista de nues-

tros tres caballeros, aparte del acento escótico que cada uno de ellos tenia en el mas alto grado, bastaba para colocarlos en la clase de los extranjeros.

La Francia tiene en efecto su corte particular que cambia segun el tiempo y la moda, pero que no se aviene nunca con las fisonomías de los pueblos vecinos.

En la época en que pasa nuestra historia estaban los rostros parisienses cuidadosamente rasurados. Veíanse apenas algunas diminutas patillas formar un semicírculo y unirse á la oreja y á la nariz, que campeaba sobre un labio desprovisto de toda clase de bigotes. El cabello corto se peinaba á lo Tito.... Así, pues, para aparecer extranjero bastaba solo llevar largos los cabellos y mucha barba.

Las cabelleras de nuestros tres caballeros caían sobre sus espaldas, y sus barbas hubiesen causado envidia al Judío Errante.

En su calidad de hijos de la Península, el conde y el caballero eran morenos como cuervos; en cambio, el baron Bibandier llevaba una de esas largas pelucas germánicas que se asemejan á una rueda cargada de estopa.

Eran en verdad personajes bastante notables para merecer una descripción detallada, pero tenemos el medio de evitarla diciendo simplemente al lector, si es que ya no lo ha conocido, que el caballero Las Matas, el conde de Monteiro y el baron Bibandier eran simplemente sus antiguos amigos Roberto, llamado el Americano; Blas, apellidado el Zala-

mero, y Bibandier, antiguo jefe de los bandidos de Bretaña.

Los dos primeros habían creído conveniente disfrazarse completamente y cambiar de nombre para escapar de las pesquisas de la policía, que poseía sus señas particulares y su historia.

En cuanto al antiguo bandido, se encontraba en igual caso, aunque no con tanto peligro, porque había tenido la destreza de ocultar á la justicia su hermoso nombre de Bibandier.

Roberto y Blas se habían dirigido á Paris inmediatamente despues de su espulsion del castillo. Dejaban á su espalda á Lola, pero se traían á la pobre Blanca, que Roberto había ocultado como una presa en la cueva del antiguo bandido Bibandier, en los campos de Bains.

Este rapto se había verificado contra toda la voluntad del Zalamero, que entonces como antes no gustaba nada de las cosas inútiles. Pero Roberto se había sostenido en su resolución. Tenía su proyecto, y entonces menos que nunca hubiera consentido en desahacerse de la heredera de Penhoel.

Apenas salidos del castillo, se habían vuelto á hacer Blas y él los dos mejores amigos de la tierra. El Zalamero osaba apenas discutir acerca de Blanca; tanto sentía el buen muchacho aquella escena que había pasado en el castillo de Penhoel, y de que su antiguo camarada había sido el protagonista.

Entonces, que no había ya medio de proporcio-

narse sin partir las veinte mil libras de renta, estaba arrepentido Blas.

Roberto sin embargo no pensaba en darle la menor queja.

El triunfo los había desunido; la derrota común los volvía á unir.

Necesitaban aún uno de otro y no deseaban otra cosa que ligarse estrechamente para comenzar la lucha de nuevo sobre nuevos intereses.

Roberto además tenía demasiadas cosas en la cabeza para tener tiempo de comenzar una querrela inútil.

Era, ya lo hemos dicho, una naturaleza admirablemente organizada para las dificultades de la lucha, pero que se dormía en la fortuna, perdiendo buena parte de su audacia á medida que el bien conquistado iba adquiriendo las probabilidades de pérdida.

El Americano para ejecutar sus escamoteos atrevidos necesitaba bolsillos vacíos y manos limpias.

En ese momento, lejos de encorvar la cabeza bajo el golpe que le hería, se levantaba mas valiente que nunca. Los diez mil francos que se le habían tirado como un hueso que roer, no eran mas que la primera imposición para comenzar la partida. Volvía á reconocerse; las ideas abundaban en su imaginación, y no sin alegría pensaba en aquel gran barullo parisiense en que iba á precipitarse armado de todas armas.

Desde ese primer momento podía contar mas de

una cuerda en su arco, y Blanca le parecia la mejor de las dotes. ¿Pero cómo llevar á Blanca contra su voluntad? Andar cien leguas con una jóven que se resiste, que llora, que pide socorro, es seguramente imposible.

Roberto tenía para mentir un talento de primer orden, y la pobre Blanca era muy fácil de engañar. Cuando Roberto la colocó en la grupa en los campos de Bains, Blanca le suplicó con las lágrimas en los ojos que la llevara á los brazos de su madre.

Roberto le dijo con acento admirado:

—¿Pensais que he obrado si tener sus instrucciones? ¡Ignorais cuanto pasa en el castillo!

El Angel abría ya su grandes ojos tímidos y eréduos.

—¡Ay! ¡pobre niña! prosiguió Roberto; os ama tanto la Señora.... Os ha ocultado la desgracia hasta el último momento. Pero cuando se creía sola ¿no habeis visto sus ojos inundados de lágrimas?

—¡Oh! sí, murmuró el Angel.... muchas veces.

—¿Y no habeis advertido que me buscaba con frecuencia para hablarme en secreto?

—Sí.

—Es que yo era su confidente. Sabia cuánto sufría la pobre y santa mujer.... Procuraba consolarla, pero no he podido defenderla.....

—¡Dios mió! ¡Dios mió!.... murmuró el Angel, ¿qué ha sucedido á mi madre?

—El señor de Penhoel ha ido vendiendo poco á

poco sus granjas, sus molinos, su castillo.... prosiguió Roberto, á quien la verdad daba entonces gran fuerza de persuasión.... Pontalés se lo ha comprado todo, Pontalés, que se llamaba amigo.... Y vuestra madre, que tiene confianza en mí, me ha suplicado que os condujese á Rennes, donde irá á reunírseos.

Blas, que trotaba delante, se maravillaba de que hubiera que emplear tanto engaño y tanta precaucion para asegurar á una niña enferma y tímida por demás, á una heredera arruinada, una boca inútil.

—Pero, preguntó el Angel, ¿por qué no me ha traído mi misma madre?

El Americano bajó la voz como para hacer una gran confidencia.

—¡Pobre é inocente niña! añadió; porque era preciso defenderos de vuestro padre.

—¿De mi padre?

—No me atrevo á decíroslo todo.... Vuestro padre se encuentra á merced de Pontalés, y el jóven conde Alain os amaba.

—¡Oh! dijo Blanca asustada.

Luego añadió estrechándose contra Roberto:

—Gracias, Mr. de Blois, gracias por haberme salvado.

Blanca no tenía el menor género de duda. En Redon subió en un carruaje, confiada y llena de esperanzas de encontrar á su madre.

Como no tenía idea alguna de las distancias, el

camino de Redon á Rennes pudo prolongarse mucho mas allá de los límites de la Bretaña, y cuando al fin manifestó algunas sospechas, se apresuró Roberto á inventar una nueva historia.

Viajaban en silla de posta y con gran rapidez.

Llegaron á Paris algunas horas despues que la diligencia que condujo á nuestros dos jóvenes y á Montalt.

Inmediatamente se apearon en un barrio desconocido, con el objeto de ver el idioma que debian hablar, y reconocer el estado de la plaza.

Blanca, enferma, pasaba los dias en la cama preguntando por su madre.

Al cabo de media semana se vió llegar á Lola, á quien el anciano marqués de Pontalés había puesto muy bonitamente en la puerta de la calle. A los pocos dias entró una mañana el buen Bibandier en la estancia donde provisionalmente se habian instalado sus dos compañeros, estrechando á los dos contra su corazon con la mayor efusion.

—Nada de quejas ni recriminaciones, dijo; el otro dia os jugué una pasada regular, pero tengo quince mil francos y los uno al fondo comun.

Los corazones bien nacidos no guardan rencor. Hízose subir vino y se celebró consejo, despues del cual nuestros tres amigos y Lola cambiaron de nombre para figurar con decencia en el barrio.

La misma noche el caballero, el conde, el baron y la señora marquesa, llevando á Blanca consigo,

hicieron su entrada en la gran fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

Los negocios se anunciaban á las mil maravillas, y nuestros tres caballeros habieran vivido en la mas perfecta union sin Blanca, que era un perpetuo motivo de inquietud y disension.

Blas y Bibandier veian en efecto un peligro por demás real y evidente. Se veian obligados á encerrar entre cuatro paredes á la jóven para impedirle que se comunicara con las demás gentes de la fonda, y este secuestro comenzaba á ser por demás peligroso.

Blas decia:

—Nuestra situacion es muy precaria por sí misma para que vayamos á aumentar el peligro. Conviene alejar de nuestro lado todo lo que pueda infundir sospechas, y puesto que el Americano espera obtener todos los beneficios del rapto, que cargue él solo con la esposicion.

Bibandier agregaba á esta opinion el apoyo de su elocuencia.

El caballero de Las Matas se vió obligado á ceder.

Recurrió á Lola, que nunca le rehusaba nada. Esto no era en la marquesa amor ni amistad, sino buenamente una antigua costumbre de obedecer.

Escogióse un modesto barrio al otro lado del Sena, donde la señora marquesa de Urgel alquiló á su nombre una habitacion.

El sitio escogido fué esa parte del barrio de

Saint-Germain, que no es ya la patria de las escuelas turbulentas, pero que todavía no ha llegado á ser el elegante barrio.

A la entrada de la calle de Santa Margarita, por la parte de la Abadía, habia una casa de decente apariencia, que parecia verdaderamente hecha para una verdadera dama y su pupila. En esta casa fué donde Lola plantó sus reales, y nuestros tres compañeros, libres de todo cuidado, pudieron entregarse al acrecentamiento de su industria.

La mañana avanzaba; el caballero de Las Matas y el conde Monteiro tenian aún puesta la bata, pero el baron Bibandier se ocupaba ya en vestirse.

El caballero estaba sentado con los piés á la chimenea, delante de una mesita que contenia recado de escribir. Tenia bajo la mano medio plieguecito de papel escrito todo y lleno de cifras. En torno suyo estaban abiertas cuatro ó cinco obras de aritmética y álgebra, que consultaba con la mayor atencion.

Al otro lado el conde Monteiro fumaba una pipa ensayando una baraja.

El baron Bibandier estaba al otro extremo de la habitacion, delante de un espejo en que se miraba con complacencia estremada.

Los tres estaban completamente desfigurados. La barba y los cabellos largos sentaban perfectamente al rostro pálido de Roberto, que podia pasar por un caballero español de bastante buena figura. El Zalamero se habia visto obligado á cortarse el

cabello y proveerse de una peluca negra para aparentar una fisonomía portuguesa. Además, se había teñido la barba, y á su mejor amigo le hubiera costado mucho trabajo reconocerle.

En cuanto á Bibandier, unas cuantas semanas de abundancia le habían sentado tan bien, que en rigor su rostro y figura hubieran podido hasta servirle de careta.

Su tez, amarilla antes, tenía ahora algún sonrosado; sus mejillas descarnadas se habían llenado. Hasta comenzaba á tener vientre.

—¡Ah! ya! dijo Blas metiendo la uña en uno de los naipes; señor baron, ¿no habeis acabado aún de poneros el corsé?

—Es admirable lo que yo engrueso... replicó Bibandier sonriendo al espejo; había encargado á ese bribon de peluquero que viniese á rizarme la barba...

—¡Americano! dijo Blas.

Roberto levantó la cabeza sobresaltado.

—Mira lo que está haciendo el señor baron... ¿no te parece que está ahora mucho mas feo que antes?

—Mucho mas feo, contestó Roberto, volviendo de nuevo á consultar los libros.

Bibandier hizo una pirueta, encogiéndose de hombros.

—Hijos míos, murmuró, decid cuanto os parezca. ¿Es envidia ó caridad?

Y prosiguió mirándose al espejo y haciendo toda clase de piruetas.

—Ya está arreglado el juego... Si tuvieras tiempo, Americano, de enseñarme el modo de echar el pego al rey...

Roberto hizo un gesto de impaciencia.

—Ya ves que estoy muy ocupado en hacer estas operaciones, replicó: cada vez que me vienes á contar alguna de esas tonterías, tengo que volver á comenzar estos endiablados cálculos. A no ser por tí, fastidioso, ya tendria yo mi desquite.

—¡Ah, ah! dijo el Zalamero; bonito estará tu desquite; dale una tacita de caldo para que no pierda las fuerzas.

—Vamos, dijo Roberto, ¿quieres ó no dejarme en paz?

Blas se puso de nuevo á barajar las cartas señaladas.

—Serénate, Americano, dijo: respeto tu desquite, hijo mio, y procuraré trabajar solo.

Estendió las cartas en un extremo de la mesa, comenzando una série de golpes de destreza que no carecían de mérito.

Llamaron suavemente á la puerta.

—¡Ah! dijo Bibandier con alegría; ya está mi hombre.

Blas había hecho desaparecer en la manga de su bata las cartas.

Abrióse la puerta y se vió aparecer en su dintel

un hombre alto vestido con un antiguo uniforme del centro.

La Alsacia solo tiene el secreto de producir esas excelentes cabezas cuyas mejillas, nariz y frente parecen retroceder humildemente para hacer resaltar dos triunfantes quijadas capaces de esterminar un ejército de filisteos.

—¡Ahl, dijo Bibandier desanimado; no, es mi maestro de aleman. Buenos dias, Graff.

El soldado llevó la mano á su chacó.

—Buenos dias, caballero, y la compañía, dijo entrando.

—Buenos dias, contestó el noble baron de Bibandier.

Blas comenzó á hacer muecas y reíase, aunque ocultándose del recién llegado para que éste no viera la burla que de él hacia. Bibandier lo notó y dirigió á su compañero una de esas miradas de enfado que Blas aparentó no advertir. Despues se dirigió al recién llegado, preguntándole con la mayor fatuidad y aparentando un aire y tono de nobleza tan ridículo y exagerado que hubiera causado risa á cualquier persona acostumbrada á frecuentar una sociedad medio regular:

—¡Y qué!

El soldado permaneció guardando silencio por un momento y como interrogando con la mirada qué queria haber dicho con aquella palabra; pero como viera que Blas guardaba el mas profundo silencio, dijo:

—He sido el farfero del fatallon.

—Repetid eso, señor baron, exclamó Blas: he ahí una frase que contiene todos los principios de la jerigonza.

Pero el baron estaba ocupado en otra cosa.

El de Alsacia no se reia.

—Yo soy muy puen parpero porque he nacido en parpas: mi padre fué parpero, mi abuelo era tambien parpero y mi pisafuelo....

—Y así sucesivamente, dijo Blas.

—Yo Graff, dijo el soldado poniéndose en disposicion de afeitarse.

Callóse un momento, pero al poco tiempo volvió de nuevo á agitar sus quijadas.

—Famos.

Roberto se golpeaba la frente, porque perdía el hilo de sus cálculos.

—Manos á la obra, exclamó Bibandier.

Sentóse delante del espejo. Graff se apoderó de su cabeza.

En cortos momentos salió Bibandier de manos de Graff con la cabeza ya arreglada y peinada, y éste se despidió despues de haber pedido al señor baron que le satisficiera la cuenta, pero sin haberlo conseguido, porque no tenia mas que billetes de banco, y prometiéndole pagársela al otro dia.

Apenas hubo salido cuando se levantó repentinamente el caballero Las Matas, dando un fuerte puñetazo en la mesa.

Arquímedes debia tener aquel aire radiante cuan-

do recorría en su abandono histórico las calles de Siracusa admirado.

—¡Ya está! exclamó, ¡ya está!

—¿Tu desquite? preguntaron á la vez Blas y Bibandier.

Roberto se enjugó la frente.

—No me ha costado poco trabajo! replicó; pero por todos los diablos que me ha de pagar Montalt en oro tanto como yo peso.



XII.

EL DESQUITE.

Blas y Bibandier aparentaban igual incredulidad.

—Americano, dijo Blas, tienes talento porque tienes naipes... esto es una cosa incontestable... pero ya va de muchas veces que ensayas tu desquite.

—¡Tu desquite! añadió Bibandier; eso equivale á tener agua en una cesta.

Ocupábase en aquel momento de abrochar sobre el pantalon de azul celeste un soberbio chaleco de terciopelo carmesí con botones brillantados.

—¡Maldito lo que entendeis de esto! exclamó el

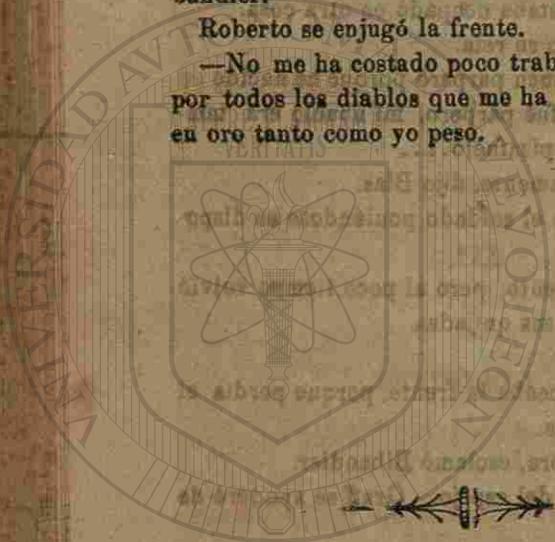
do recorría en su abandono histórico las calles de Siracusa admirado.

—¡Ya está! exclamó, ¡ya está!

—¿Tu desquite? preguntaron á la vez Blas y Bibandier.

Roberto se enjugó la frente.

—No me ha costado poco trabajo! replicó; pero por todos los diablos que me ha de pagar Montalt en oro tanto como yo peso.



XII.

EL DESQUITE.

Blas y Bibandier aparentaban igual incredulidad.

—Americano, dijo Blas, tienes talento porque tienes naipes... esto es una cosa incontestable... pero ya va de muchas veces que ensayas tu desquite.

—¡Tu desquite! añadió Bibandier; eso equivale á tener agua en una cesta.

Ocupábase en aquel momento de abrochar sobre el pantalón de azul celeste un soberbio chaleco de terciopelo carmesí con botones brillantados.

—¡Maldito lo que entendeis de esto! exclamó el

caballero Las Matas. Conozco á ese Bray Montalt como si lo hubiera inventado. He creído que con corta diferencia hacia lo que nosotros y que su gran fortuna estaba en las nubes; pero me engañaba al creerlo así.

Es rico... es poderosísimo. Cuanto poseía ese pobre diablo de Penhoel no hubiera bastado á equilibrar el dinero que milor pone al día en uno de sus bolsillos.

—Eso no prueba que tú hayas encontrado el desquite, dijo el Zalamero.

—¡Atended! No estoy muy seguro de dónde le proviene esa gran fortuna... En Lóndres no necesitaba ser un águila para llamar tanto la atención, y consiento en que me ahorquen si Montalt ha visto una sola vez en su vida al imán de Mascat en otra parte que en la historia de los viajes. Habrá dado algún buen golpe, hecho su negocio, y después le habrá sido mal sano el aire que se respira en Lóndres.

—Si eso fuera así, interrumpió el baron, que ponía el mayor cuidado en hacerse el lazo de la corbata de raso blanco con listas de color de naranja, no hay nada que decir.

—¡Por ejemplo!... exclamó Roberto: justamente son esos los hombres que me gustan. Si Montalt fuera un honrado gentleman, como dicen por ahí, no se hubiera hallado tan fácilmente su lado vulnerable; pero he hablado con él... le he sondeado en todos sentidos... y creedme, Montalt es de los

nuestros... Carece de fe y de ley... y después de dos ó tres vasos de ponche debe verse cómo se le dilatan las facciones al referirle un atrevido golpe de mano. La única diferencia que hay entre él y yo es, que yo he destruido montañas para ganar algunos cuartos miserables, mientras que él no ha tenido probablemente mas que estender el brazo para coger algunos millones... Porque es hombre que los tiene, y su historia es muy singular.

—Ya sé, ya sé... interrumpió Blas.

La cajita de sándalo, cuya tapadera es de brillantes, tal vez sean falsos.

—¡Inocentón! dijo Roberto; la otra noche habia perdido Montalt cincuenta y tantos mil francos y se levantó, retirándose á un rincón en que sacó un objeto que no pude distinguir... pero era la famosa caja; muy seguro.

—Va una idea, interrumpió Bibandier.

—¿Después? preguntó Blas.

—Si es ó no cosa mía, juzgad vosotros, prosiguió Roberto; este misterioso objeto de que os hablo lo acercó á la boca y oyóse un pequeño ruido como si hubiese roto un pedacito de azúcar con los dientes... Un momento después volvió al juego y puso la banca... No tengo dinero encima, dijo; ¿quereis comprarme esto?

—¿Y qué era? preguntaron Blas y Bibandier.

—Era un brillante, porque uno de los del círculo de los extranjeros le dió sesenta y siete billetes de á mil francos... Zalamero, tira de la campa-

nilla y dí que traigan vino caliente.... hoy vamos á hablar de nuestros negocios y debemos procurar hablar lo mas alegremente posible.

—¿Durará mucho la conversacion? preguntó el baron de Bibandier, que dirigia sus dos ojos hácia las pronunciadas puntas de su corbata.

—¿Nos falta acaso tiempo? preguntó Roberto.

—Es que, dijo el antiguo bandido con graciosa sonrisa, he recibido esta mañana de mi sastre una polonesa de la última moda, y quisiera ir un rato al bulevar y al Palacio real para ver el efecto que hace.

—Mañana irás.

—Sin duda.... Pero mañana tal vez haya hecho el bribón del sastre otras polonesas semejantes á la mia, de modo que me veré espuesto á encontrar en la calle á cualquier bergante vestido exactamente como yo.

—Mucho le disgustará eso al bergante, murmuró Blas; José, añadió dirigiéndose al criado que entraba, un vaso de sangría caliente para el caballero y un ponche para mí.

—¿Y para el señor baron?

Bibandier se frotó la oreja.

—¡Ponchel vino caliente, murmuró; eso hace subir la sangre á la cabeza.... y vosotros os poneis colorados como si os hubiesen pintado.... Yo tengo las mejillas pálidas. José, me traerás un refresco.

—¿Cuándo querrá Dios que no olvidés que eres alemán! dijo Blas despues que hubo salido el criado.

Bibandier hizo una mueca como de sentimiento.

—Para terminar de una vez con Berry Montalt, prosiguió Roberto, os diré que estoy moralmente convencido de que no le faltan deseos de intentar alguna buena aventura. Unicamente que no se siente con fuerzas para ello, y como por otra parte conoce que es rico, no le obliga la necesidad. Pero si se llegara á persuadir de que sin ningun peligro se puede hacer un negocio decente, verías cómo se determinaba.

—La sangría caliente, dijo el criado entrando.

Otros dos que le seguían añadieron:

—¡El ponchel!

—Y el refresco.

Los tres caballeros se pusieron á beber.

—Ya lo he sondeado, prosiguió Roberto; ese hombre no tiene el defecto de la hipocresía.... Si le decís que habeis robado de la iglesia el copillo de los pobres, se quedará tan sereno como si le dijéseis que habíais hecho una limosna. Pero lo que sobre todo le seduce es la idea de desbancar á todos los banqueros de Paris.

—A la salud de tu desquite, dijo Blas.

—A la salud de tu desquite, repitió el noble baron, que chapurraba el alemán precisamente cuando no era necesario.

—¡Bebed! bebed!.... muchachos, continuó Roberto, bien vale la pena de que lo hagais.... Y

después mi desquite, al que dirigís esos brindis, tendrá al menos el resultado de valernos nuestra invitación de esta noche.

—Es claro, exclamó Bibandier.... Ese Montalt tiene un gran golpe de vista. Al momento ha reconocido en mí al hombre de categoría invitándome á que le haga el honor de acompañarle á comer en su palacio.... ¿Qué cosa mas natural?

—Lo cierto es, dijo Blas, que tú, Roberto, te estás dando tono.... Montalt se ha llegado á mí y me ha dicho: Querido conde, sois un buen muchacho y me consideraré muy feliz viéndoos sentado á mi mesa.

Roberto se encogió de hombros.

—¿Qué locos sois, dijo, ingratos! Vamos á ver que os voy á llenar los bolsillos de dinero sin tener siquiera derecho al menor reconocimiento.

—Llénalos siempre, Americano, y no te dé cuidado por lo demás.

Roberto bebió á pequeños tragos un vaso de vino caliente, recogiendo las cartas esparecidas por la mesa.

—¿Queréis que os explique mi desquite? preguntó.

Blas acercó su sillón; la fisonomía de Bibandier adquirió una expresión de curiosidad.

Roberto se recogió un momento; luego comenzó con tono de énfasis y con gesto de orador:

—Mi sistema puede aplicarse á todos los juegos de azar donde las probabilidades en contra se re-

parten entre cierto número de jugadores independientes y un jugador único de la otra parte, ó sea el banquero.

La ventaja de la banca en las casas sometidas á una observancia de legalidad puede determinarse por una fracción variable que ordinariamente es diez y ocho, y que yo reduzco á doce para prevenir toda clase de reparos.

Estamos en la mesa de una ruleta, ¿comprendéis?

—Perfectamente, dijeron los otros dos.

—Estamos en la mesa de una ruleta; tres asociados se interpolan entre los jugadores. Para inteligencia de mi sistema doy un nombre á los tres asociados.... Supongo que yo soy el agente principal y vosotros dos de segundo orden: tú, Blas, eres un punto fuerte, y tú, Bibandier, el que le haces la contra.

—Como un peso, murmuró el antiguo bandido.

—Perfectamente; lo has comprendido.

Blas y Bibandier escuchaban con la boca abierta. Unicamente hicieron un gesto cuando Roberto prosiguió.

—Establecidas estas nociones preliminares, me veo en la precisión de llamar en mi socorro al álgebra para explicar el mecanismo de mis combinaciones.

—¿Sabes tú álgebra, Zalamero? preguntó Bibandier.

—No.... ¿y tú?

—¡Yo!... mi educación no ha sido de lo más literaria... Pero es igual; prosigue, Americano.

—Establezco una progresión geométrica, prosiguió Roberto revolviendo sus notas como un abogado que consulta el código: el número de los términos importa poco, y la razón de mi progresión es invariablemente el número 2, puesto que la serie de los golpes dobla siempre la puesta para el que gana: esto en el juego sencillo. Digo, pues, a es \dot{a} b como b es \dot{a} c , como c es \dot{a} d ... sea:

—No comprendo, interrumpió Bibandier.

—Es una desgracia, exclamó Roberto, inventar una teoría matemática y trascendental para estrellarse contra la ciega ignorancia.

—No te desesperes, Americano, dijo Blas. Se me figura que Milor sabe las matemáticas.

El caballero Las Matas levantó su vaso hasta la altura de sus labios, en torno de los que vagaba una sonrisa dudosa.

—Es un gran sistema, dijo Roberto.

—Comprendo, comprendo, añadió el barón; es más que grande, es sublime. ¿Pero qué es lo que exigirá á Montalt con esas endiabladas progresiones geométricas que van á hacerle soltar tantos billetes de banco?

—Doseientos cincuenta y siete mil setecientos treinta y ocho francos noventa y cinco céntimos, respondió Roberto; todo está calculado, como veis, con una precisión rigurosa.... Tú, Bibandier, te burlas, y tú, Blas, no comprendes nada.... Pero

si queéis tomaros la molestia de leer mi libro del principio al fin....

Los dos caballeros hicieron un gesto de horror al mirar el monstruoso registro.

—Americano, dijo Bibandier, ya tienes hecho tu negocio; he ahí el verdadero argumento de los argumentos... Lleva contigo el registro y di á Montalt: Milor, leed ó pagad. Apuesto hasta la cabeza á que no vienes con los bolsillos vacíos.

Roberto no estaba de humor de gastar bromas.

—Cuando os digo, dijo, dando en el suelo una fuerte patada, que es una combinación segurísima...

Bibandier se quedó un gran rato mirándole con la mayor atención, y después aparentando la mayor seriedad, le dijo:

—A que el Americano como está tan acostumbrado á mentir, á todos ha llegado el caso de creerse sus farsas y mentiras! ¿Sería chistoso! Señores, si teneis aún que hablar de otras cosas, llenemos los vasos, porque yo tengo la garganta seca.

Roberto rechazó la mesa donde se hallaban sus cálenos, arrimando los piés al fuego.

—Llama á José, dijo, y acercaos ambos.... Que mi sistema sea ó no falso, quiero conseguir dinero esta misma noche, y creo que no os burlareis como ahora cuando veais nuestra caja llena como si os hubiera llovido del cielo.

—Ponche.... José.... y pronto.

Una vez llenos los vasos, bebieron nuestros tres caballeros, prosiguiendo Roberto:

—Considero la invitación de Montait como el principio de una era nueva para nosotros tres, hijos míos. . . . Con un poco de destreza y apariencias conseguiremos que nos haga ese hombre el caldo gordo. Pero será preciso jugar con precaución. Blas y yo ya hemos tenido en Penhoel una escuela que equivale á veinte años de experiencia.

No confiemos nada al azar, y procuremos salir lo mas ventajosamente posible, creedme.

Blas y yo hemos traído cada uno diez mil francos á la caja comun.

—Y yo, dijo Bibandier, quince mil que ese viejo bribon de Pontalés ha tenido á bien regalarme. ¡Qué tупante es el tal Pontalés!

Las cejas de Roberto se frunciéron.

—Entre nosotros y él, murmuró, no está aún terminada la partida. El ha escamoteado la primera puesta, gracias á tí, señor Bibandier. . . . pero que tenga cuidado con la segunda.

—Vamos, vamos, dijo el antiguo bandido, no volvamos á recordar nuestras antiguas enemistades. He dado cinco mil francos mas de los que me correspondian para conseguir vuestra preciosa amistad, camaradas. Y si lo he llegado á lograr, añadió con sentimiento, es el mejor negocio que he hecho en toda mi vida.

Por lo que hace á Pontalés, lo detesto tanto como vosotros. ¡Ah, viejo bribon! Cuando hubisteis marchado no podéis figuraros cómo nos trató á monsieur Le-Hivain y á mí. En cuanto á Macro-

céfalo no digo nada, porque eso y mas merecia aquel viejo embrolla-pleitos y roba-fortunas; pero á mí, á un caballero de mis circunstancias. . . . Llegó en el momento en que estaba yo trinchando la polla y me dijo: ¿qué creéis que me diria: Muchacho, sentaos y bebamos? ¡No tall! adquirió su voz del antiguo régimen, y con corta diferencia me dijo estas palabras:

—Mr. Bibandier, esta polla es excelente, y el vinillo es sin duda lo mejor que hay en la bodega de Penhoel; pero de todo esto os contentareis solo con el olor, Mr. Bibandier, porque no sois digno de sentaros en mi ilustre compañía. Andad, Mr. Bibandier, id á la cocina á sentaros á cenar con vuestros iguales. ¡Fuero de Dios! ¡Viejo pícaro! nunca le perdonaré esa jugarreta.

—Dos veces diez mil y quince mil, replicó Roberto, que habia escuchado con la mayor paciencia toda la charla del antiguo bandido, suman treinta y cinco mil francos.

Hace seis semanas que vivimos solo con esto y vivimos bien.

Sin embargo, gracias á nuestro comercio, tenemos en caja unos cincuenta mil francos.

—No va entonces tan mal.

—Sin duda. . . . pero para realizar cierta idea que quiero someter á vuestra aprobación, marcha el negocio con demasiada lentitud. Seguramente tenemos un buen pasar; pero si como creo, por los informes que me he procurado, el primogénito de

Penhoel, el tío de América, el famoso ausente está de vuelta en Francia, entonces por medio de un casamiento con mi prometida Blanca, llegamos á agarrar una gran herencia.

—¿Nosotros? preguntó Bibandier con tono de satisfacción.

Blas movió la cabeza.

—Mis buenos amigos, dijo Roberto, preciso es convenir en que los tres no podemos casarnos con mi bella prometida . . . pero se pueden apostar cuatro contra uno á que el tío de América hace el diablo á cuatro. Ya sabéis que pasa por hombre muy diestro. Necesitaré vuestra cooperación, y todo trabajo merece recompensa . . . No se tratará de bagatelas, y se necesitará tener resolución. Confío en vosotros. Blas me es ya conocido, y en cuanto á ti, Bibandier, no hemos olvidado lo que por nosotros has hecho en los campos de Glenac la noche de San Luiz.

Bibandier, á quien el ponche que habia bebido daba hermosos colores, se puso repentinamente pálido y bajó los ojos al evocar este hecho.

—Cuanto menos hables de esa noche, Roberto, dijo con tono seco, será mejor para todos.

—Sea en buen hora . . . creía dirigirte un cumplimiento. Si por el contrario, el tío de América es una quimera, devolveremos el Angel á su desconsolada madre, entregándonos á la explotación formal y decidida de Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del rey de los antípodas

y os respondo que de este negocio sacaremos partido. Pero en el otro caso será forzoso esperar, ver venir, y no podemos.

—¿Por qué? preguntó Blas; ¿acaso nos falta dinero?

—No, pero el término del plazo espira dentro de algunos días.

—¿Qué plazo?

—El de nuestras granjas, molinos y prados de Penhoel.

—¿Y te acuerdas aún de eso? exclamaron á la vez Blas y Bibandier.

—No lo olvido un momento, replicó Roberto. ¡Diablos! hijos míos, olvidais que es la herencia legítima de mi encantadora esposa. ¡Oh! me interesa extraordinariamente, y si tuviérais corazón os interesaría tanto como á mí. ¿No sería sublime corregir, pero muy severamente, á ese viejo bergante de Pontalés?

—Buena pasada nos ha jugado, dijo Blas.

—Cuando recuerdo la irónica risa que asomaba á sus labios al echarme, prosiguió Bibandier, á decir verdad, me ha sido eso mas sensible que si únicamente me hubieses tratado como á vosotros dos, porque ya sabéis que mi fuerte ha sido siempre la delicadeza.

—¡Venguémonos! exclamó Roberto; unámonos á los Penhoel.

—¿Qué dices tú á eso, Zalamero? preguntó Bibandier; á mí no me gusta cosa mayor el país.

—Un país de eucaña, murmuró Blas; ¡qué buena vida nos pasábamos el Americano y yo en el cas tillo!

—Habria sitio suficiente para instalarnos los tres, replicó Roberto.

—Los tres, y muy cómodamente, y una vez allí, ¡qué partidas podríamos jugar al tal marqués!... Lo que sí es cierto, es que los aldeanos le aborrecen... se les exasperaría, y quién sabe si no llegaría un día que consiguiéramos echar de su casa á ese viejo zorro.

El baron Bibandier se frotó las manos.

—Yo me encargaria de la ejecucion, dijo. ¡Ah, tunante, pícaro!...

É hizo una genuflexion.

—Andad, muchacho, dijo dirigiéndose á Pontalés ausente; os permito tomar un becado en la cocina con los de vuestra clase. ¡Insolente!... se interrumpió.

—Ante todo, dijo Blas, hay un pequeño inconveniente. El importe de los documentos ¿no asciende á quinientos mil francos?

—Sí.

—Me parece que no los tenemos.

—Ganémoslos.

—¿Y cómo?

—No digo que esto se haga fácilmente; pero esta noche nos introduciremos en el palacio de milor... aprovechemos la ocasion... Repartamos entre los tres el trabajo. Tú, Blas, con tu aire displicente

forma el plano del edificio con precaucion. Tú, Bibandier, procura saber dónde duermen los brillantes que se arrancan con los dientes como pedazos de azúcar candi....

Yo proseguiré haciendo mi papel. Intentaré dar el asalto, bien con el juego nuevo, bien de otro modo cualquiera. Pero en fin, si no pudiera por este medio conseguir recursos, daré el golpe decisivo. ¡Qué diablo! no es una obra de romanos deslizar la mano en los bolsillos de un hombre beodo ó decerrajar un escaparate de palo de rosa.

—Eso haria yo mejor que nada, dijo Bibandier.

—También yo, añadió Blas... eso lo entiendo mejor que el juego. Pero hay otra dificultad.

—¿Cuál?

—Que solo René de Penhoel tiene derecho á las fincas.

—Tiene mil razones el Zalamero, añadió Bibandier. Ese es precisamente mi parecer.

—Hijos míos, dijo Roberto con tono doctoral; creed que cuando yo propongo un negocio no lo hago nunca á ciegas. ¿Me tomáis por algun novato? Siempre he contado con el nombre de René de Penhoel para hacer la adquisicion. Penhoel es un pobre diablo que nos dará sus poderes por un pedazo de pan.

—Si lo llegamos á hallar, objetó Blas.

—Lo hallaremos.

—¿Sabes dónde está?

—Casi, casi.

—¡Qué diablo de Americano! murmuró Bibandier con admiración.

—¿Dónde está? preguntó Blas.

—En París, hijo mío, contestó Roberto, y me encargo de hacerle firmar cuanto queramos.

La péndola del salón dió las cinco.

Nuestros tres caballeros se levantaron.

—¡Oh! oh! dijo el barón Bibandier. El tiempo vuela cuando como ahora se encuentra uno en tan buena sociedad. Muchos, solo os queda una hora para vestiros.

—¡Bah!... dijo Roberto; las gentes de buen tono se hacen siempre esperar un poco.

—¿Y el carruaje que debemos escoger al pasar los Campos Eliseos? preguntó Bibandier. ¡Vamos! ¡vamos! La primera vez no debemos presentarnos muy tarde.

El día comenzaba á declinar; el caballero Las Matas y el conde de Monteiro tomaron las bujías para retirarse á sus habitaciones á proceder á vestirse.

Cuando se quedó solo Bibandier dió un suspiro de consuelo.

—He creído que no me iban á dejar un momento para hacer mis preparativos, murmuró. Sin embargo, no hay recurso para no presentarme de este modo, añadió dirigiendo una ojeada al espejo; estoy tan encendido como un tomate. ¡Es esto de tan mal gusto!

Miró en torno suyo con aire inquieto y echó dis-

cretamente los cerrojos de las dos puertas; luego tomó de su escaparate una cajita cerrada con llave, que abrió.

En esta cajita habia gran cantidad de muñequillas de seda y de tacillas de color puestas con la mayor simetría.

Bibandier tomó una que contenia blanco vegetal, volviéndose de puntillas hácia el espejo.

Una muñequilla de seda fué empapada en la pintura reparadora, y el autigno bandido con la sonrisa en los labios estendió por su rostro una capa de interesante palidez.

Para quien en otra época le hubiera conocido en Bretaña, cuando se acostaba en su cueva de los campos de Bains, contentándose con miserables harapos, hubiera podido parecer curiosa esta repentina coquetería.

Pero Bibandier habia tomado muy por lo sério su papel nuevo de caballero, y para encontrar un término de comparación que sea aplicable, seria necesario remontarse hasta el pobre y hermoso Narciso mariéndose contemplando su propia imagen.

Bibandier permaneció mas de un cuarto de hora al espejo, admirándose de buena fe y haciéndose á sí mismo mil gestos graciosos.

Luego guardó los tesoros de su tez en la cajita, esperando á pié firme á sus dos compañeros.

Cuando volvieron éstos lo encontraron con el baston y el sombrero en la mano, calzados los

guantes y adornado con alfileres de oro y cadenas de oro tambien. Su deslumbrante traje se completaba con un paletó de paño color de violeta que miraba á hurtadillaş de la manera mas seductora.

Para enseñarse por dinero era muy feo.

Nuestros tres compañeros salieron de la fonda. El tiempo era seco y muy frio. Fueron a pié hasta los Campos Eliseos, donde tomaron un carruaje.

Iba siendo de noche. Los Campos Eliseos estaban casi desiertos. Unicamente al volver la calle de Gabriela se habian situado dos pequeñas cantoras entre dos velas cuyas llamas azotaba el viento, y se ocupaban en cantar acompañándose con el arpa.

Al pasar delante de ellas Blas, que hablaba acionando, derribó con el pié una de las bujías y prosiguió su camino sin dirigir ni aun una mirada á las dos pobres niñas, que habian interrumpido su cancion.

No le sucedió lo mismo á Bibaudier, que marchaba delante, y que se volvió.

A la vista de las dos jóvenes se detuvo repentinamente el antiguo bandido como si una mano de hierro le hubiese sujetado.

En aquel momento su blanco vegetal no le servia de nada, porque estaba pálido como la muerte.

—¿Qué tienes? preguntó Roberto.

—¡Nada! nada! balbuceó el baron; un desvanecimiento de cabeza; creí que iba á ponerme malo.

Y prosiguió su camino con rapidez y como si huyera.

Oíanse las voces tristes y trémulas de las dos pobres niñas, que proseguian sus canciones para ganarse el pan de la noche.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En diferentes puntos pendían de las cuerdas algunos modestos reverberos, dibujando en medio de las tinieblas que velaban la calzada, pequeñas islas luminosas.

Cuando caía la noche, sobre todo en otoño, estaban desiertas esas largas calles. Los bosquecillos en que nuestros tenderos, abandonando sus puertas, vienen hoy día á tomar el fresco, eran una negra soledad que tenía, según se decía, sus dramas y sus misterios.

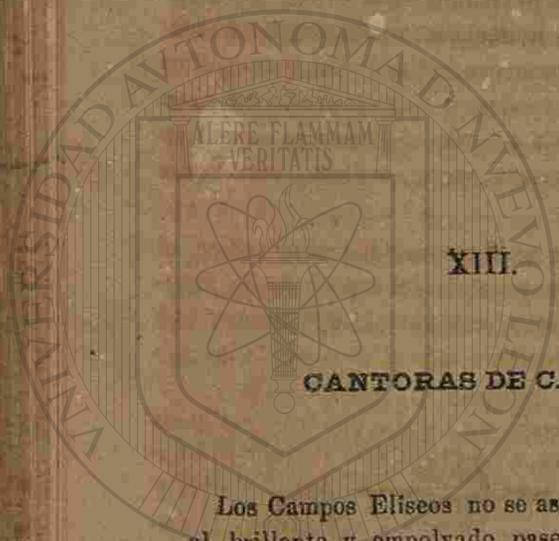
Encontrábanse muchos más ladrones que en el bosque de Bondy, y á veces el tronco de los árboles grandes ocultaba esos vampiros modernos que el espanto popular huía bajo el nombre de los *mechadores*.

La calle Gabriela, protegida por los centinelas del Elíseo Borbon, conservaba solo algunos paseantes, pero de cierta especie, porque las Tullerías y el Palacio Real, abandonados ahora, atraían la muchedumbre.

La plaza de Luis XV parecía un ancho río que separaba la ciudad brillante, locuaz, del silencio desierto.

En este desierto os cruzábais á veces sin embargo con personas de paso discreto y respetable que caminaban con las manos á la espalda sin pensar en el mal, gracias á Dios, y con algunas mujeres cuyo rostro desaparecía bajo su espeso velo.

Esas mujeres tenían todas un aire inquieto, mis-



CANTORAS DE CALLES.

Los Campos Eliseos no se asemejaban entonces al brillante y empolvado paseo que París llena ahora todas las tardes. El Circo hacía restañar su látigo nacional en el barrio del Temple; el Diorama no existía; el Navalorama estaba por nacer. Aun no se había inventado ni Mabilie, ni los jefes únicos, ni el jardín de invierno, ni el castillo de flores.

El gas no despedía sus brillantes resplandores á través de las ramas secas; veíase un poco menos y los árboles estaban mucho mejor, porque el brillante gas es un terrible vecino que los hace amarillear desde la primavera.

ferioso, asustado. Ejecutaban por las calles de los bosques evoluciones sin resultado.

Habiérase dicho de ellas que buscaban en la sombra un objeto perdido, á lo que algunas veces querian ayudarlas los ancianos paseantes.

Nuestras dos pequeñas cantoras estaban allí muy mal situadas para hacer una recaudacion regular; pero habian acudido á última hora, y parecia que se habian instalado en aquel sitio como ya usando del último recurso.

Después de haber cantado largo tiempo delante de la verja de las Tullerías, de donde se iban separando los ociosos, habian recordado que durante los buenos dias del estío la calle Gabriela les habia proporcionado algunos recursos.

Sus cajas de hoja de lata permanecian vacías, y Dios sabe cuán pobres eran. Habian atravesado la plaza de Luis XV á la ventura.

Hacia mas de una hora que estaban allí bajo un reverbero y entre dos bujías encendidas.

Mientras habia sido de dia se habian acercado á ellas las gentes de las tiendas vecinas para escuchar, gritar ó burlarse.

Para dar nunca.

Las pocas personas que pasaban hacian lo que los de las tiendas. Cuando por la enarenada calle pasaba algun elegante carruaje, asomaba á la ventanilla el rostro de alguna mujer jóven, que clavaba sus miradas en las dos pobres jóvenes.

A eso se reducía todo.

El carruaje pasaba rápido al trote acompasado de sus corceles normandos, y la mujer jóven se reclinaba muellemente en los blandos cojines.

Las cajitas de hoja de lata continuaban vacías entre las dos bujías. Ni una dádiva.
¡Nada! ¡nada!

Solo una vez un bello niño que entraba en la casa de su madre después de haber jugado mas de tres horas en las Tullerías, se habia acercado sonriendo.

La hoja de lata de la caja produjo un sonido metálico. Y el niño, bello ángel de larga cabellera de oro, fué tal vez á reposar su cabeza risueña en el seno de su madre.

¡Ay! esos felices niños no sospechan la desgracia y son implacables. Las dos pobres niñas miraron la caja, encontrando un guijarro, ofrenda burlona del rubio querubin.

Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. Sin embargo, prosiguieron cantando.

Otra vez uno de esos ancianos señores discretos y respetables se acercó á ellas por la espalda, hablándoles en voz baja. Un vivo carmin acudió á la frente de las cantoras, cuya voz tembló mas aún.

¿Qué les habia dicho? lo ignoramos.

Únicamente los ancianos señores discretos y respetables poseen el secreto de cierta audacia que causaria rubor á los mas atrevidos de veinte años.

Las dos jóvenes no tenian ya valor. Bajo las melancólicas notas de su canto se adivinaban los

sollozos.... Despues volvieron á comenzar con una resignacion tan dulce, que el corazon mas frio se hubiera sentido conmovido por la compasion.

Pero nadie lo advertia.

Ambas tenian casi la misma edad, diez y ocho ó diez y nueve años. La pálida luz del reverbero iluminaba sus fisonomias pálidas, pero encantadoras, que el sufrimiento no habia tenido tiempo de ajar aún.

Para las dos no tenian mas que una sola arpa, la que tocaban alternativamente.

Sus trajes eran modestos y conservaban cierta elegancia entre indicios sobrado evidentes de pobreza. Eran dos vestidos ligeros dibujando la esquisita gracia de dos cuerpos jóvenes y flexibles, pero que nada podian contra el helado frio de aquella noche de otoño.

Sus cofias consistian en dos gorritos que dejaban escapar por debajo abundantes y hermosos cabellos, cuyos gruesos bucles á la par que flexibles llegaban casi hasta la mitad de sus espaldas medio desnudas.

Las dos eran muy bellas, deliciosamente bellas, á pesar del sufrimiento que inclinaba sus desanimadas frentes. Y cuando á veces se miraban, procurando sonreír, para inspirarse mutuamente valor, habia en sus bellos rostros como el reflejo de una alegría pasada.

Hubiérase adivinado dias felices que aun no estaban lejos.

Pero se inclinaban sus ojos y la sonrisa no aso-

maba mas á sus rojos labios. Sus pequeñas manos, hinchadas por el frio, buscaban instintivamente su pecho; era que sufrían.

En Paris, la ciudad de los placeres dorados, todos conocen este movimiento, todos han visto en esas noches de invierno en que los almacenes de modas luchan en riquezas y luz, donde las gratas llamadas del placer se hacen oír de todas partes, el hambre, pálida y tímida, deslizarse por la sombra de las casas.

Esto destroza el corazon; pero los teatros son tan hermosos! tiene tan embriagadores acordes la orquesta de los salones de baile, y salta tan deliciosamente el tapon de las botellas de champaña en los gabinetes de las fondas á la moda!....

Esta mejilla lívida, esta mano que oprime convulsamente un pecho enflaquecido, es un mal sueño.

En conciencia ¿se puede acaso morir en esta abundancia y entre tantos deleites?

Cuando se presentan á la vista esas horrorosas visiones, es preciso reirse mas fuerte y beber una vez mas. ¿En qué piensa la policia para dejar así la miseria sin vergüenza entristecer á los ciudadanos que se divierten?

Las dos jóvenes proseguian cantando; sus voces eran puras y dulces, pero temblaban con mucha frecuencia.

Cantaban para tener un pedazo de pan.
Y á medida que avanzaba la noche se iban ha-

ciendo cada vez mas raros los paseantes, el frio aumentaba, la esperanza desaparecia.

En el momento en que nuestros tres caballeros pasaban y en el en que el pié de Blas derribaba una de las bujías, habia sido llamada la atencion de las dos niñas por el gesto de Bibandier, que repentinamente se habia detenido á mirarlas.

Pero todo esto habia sido obra de un momento. El baron, arrastrado por sus dos compañeros, habia desaparecido al momento tras una esquina.

Y sin embargo, les parecia que no veian por primera vez aquella fisonomía.

Pero si su memoria no las engañaba, Bibandier habia sufrido desde algunas semanas tan notable trasformacion, que hubiera sido olvidado por la mejor memoria.

Además, ¿qué importaba esto?

Las dos jóvenes no interrumpieron su canto, y la idea de este encuentro se borró al momento en medio de los dolorosos pensamientos que ocupaban sus corazones.

De esto hacia ya mas de una hora. Las bujías tocaban á su fin y la caja de hoja de lata permanecia aún vacía.

La que tenia entonces el arpa entre sus manos la dejó caer de pronto.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... murmuró; vamos á morir.

La otra joven se acercó á ella, estrechándola contra su corazón.

—Valor, pobre Elena mía, dijo; cantemos aún otra vez.... tal vez se apiade de nosotras la Santa Virgen.

La que se llamaba Elena se apoyó en el pilar del reverbero, colocando las dos manos sobre su pecho.

—Diana, dijo llorando, no tengo fuerzas.... ¡se sufre tanto tiempo á la hora de la muerte!

Diana tocó su abrasada frente con el dorso de la mano; sus ojos estaban secos, pero se veia en ellos una especie de extravío.

—Si únicamente fuese yo la que sufriera, murmuró, dirigiendo al cielo una mirada de amarga queja.... escucha, hermanita.... descansa. Ya sabes que soy la mas fuerte.... Voy á cantar sola.

Elena se apoyó en el pilar.

Diana volvió á situarse entre las dos bujías y tomó el arpa con una especie de enojo.

Las cuerdas vibraron bajo sus dedos. En el silencio que en torno suyo reinaba, se elevó su sonora voz vibrante y fuerte como un grito de desesperacion.

Cantaba una cancion bretona con acento melancólico y grave.

Era como una voz de la patria llorando desde el fondo del destierro.

Nadie escuchaba; ni un oído habia abierto en la distancia á que podia llegar la voz. Nadie mas que un pobre soldado de guardia en la verja del Eliseo Borbon.

Y Diana cantaba arrastrada por la fiebre. Y el

pobre soldado tenía la mano en el corazón, porque era breton y reconocía la lejana voz del país.

Sin reflexionar lo que hacía, había dejado el fusil junto á la garita, y como si una mano invisible le guiase en medio de la noche, se acercó lentamente, desertando de su puesto.

Mientras las primeras notas de la canción salían sordas y desoladas de los labios de Diana, el soldado se inclinaba hacia Elena inmóvil, que no le veía.

Tenía en la mano unos cuantos cuartos que constituían su fortuna. Y su fortuna entera cayó sin ruido en el bolsillo de la joven.

Luego el pobre soldado breton volvió á su puesto con el corazón aliviado y humedecidos los ojos.

Diana callaba; permaneció muda un momento apoyada en el arpa. Las bajías lanzaron su último resplandor, apagándose despues.

La abatida mirada de Diana recorrió la solitaria calle.

—¡Hemos acabado!..... murmuró; ven, Elena.

Y como ésta no pudiese levantarse, la tomó en brazos.

Luego cargó con el arpa y las dos jóvenes bajaron hacia la plaza de Luis XV.

Sus pasos eran lentos y penosos. Atravesaron la plaza, luego el puente de la Concordia. Diana sostenía á su hermana por el talle, diciéndole:

—No todos los días son tan desgraciados como este. Mañana tendremos mejor fortuna.... no hay mas que una noche por medio.

—Lo mismo me decías ayer, replicó Elena, ¡cuando en nuestro cuarto teníamos frio y hambre!... ¡Mañana, me decías, mañana no sufriremos ya! ¡Oh Diana! ¡Diana!

En nuestra Bretaña los pobres hallan siempre un asiento en el hogar de las granjas.... Y cuando dicen: tengo hambre, se les da un pedazo de pan negro. ¡De buen pan negro! añadió con ese tono de sensualidad ávida que toma el gloton para hablar de manjares preferidos.

Si al menos tuviésemos un pedazo de pan negro.....

—¡Oh! sí, dijo Diana. En otra época no lo queríamos; pero ahora.....

Se detuvo, dejando en el suelo el arpa, cuyo peso la agobiaba.

—Descansemos un poco, replicó; estoy muy cansada.

Elena y ella se sentaron juntas en el parapeto del muelle Voltaire.

—¡Si Roger supiera esto! dijo Elena.... ahora es rico. Tambien Enrique. Pero tal vez nos hayan olvidado.

—¡Oh! no, exclamó Diana; Enrique tiene un corazón noble.

—¡Somos tan desgraciadas! Cuando los ví pasar en el magnífico carruaje, siempre alegres, siempre risueños, me preguntaba qué harían si sus miradas se hubiesen fijado en nosotras, pobres niñas.

—¿Nos reconocerían?

—Tal vez, porque aun no hemos sufrido mas que dos meses de miseria.... ¡pero se detendria su carruajel ¡los veriamos bajar y correr á nosotras!

Diana no respondió.

Elena sonreia amargamente.

—¡Cantoras! murmuró; siento frio hasta en la médula de los huesos cuando reflexiono lo que sufriria si Roger volviera la cabeza despues de haberme mirado.

—¡No lo hará! replicó Diana; estoy segura de él como de Enrique. Nuestra desgracia es no poder unirnos á ellos; si en la diligencia les hubiésemos mostrado nuestros rostros, hubiera cambiado totalmente nuestra suerte al llegar á Paris.

—¿No hubieran debido adivinarnos?

—Nada sabian..... Nos creian aún en Penhoel..... ¡Oh! ese fué nuestro primer dolor en ese Paris, donde tanto debiamos sufrir cuando acudimos solas á la cita delante del pórtico de Nuestra Señora. ¿Te acuerdas qué tristes estábamos despues de haber esperado vanamente todo el dia?

—Y cuánto esperamos despues.

—No fueron. ¿Sabes, hermanita mia, que á veces me consuelo y que me digo: Si no fueron era porque nos amaban?

—El mismo pensamiento he tenido yo.... ¡Oh! ¡quíralo Dios! Pero si lo hubiéramos intentado pudiéramos haberlos encontrado desde ese dia, porque su compañero de viaje estaba en el pórtico de

Nuestra Señora y nos buscaba como nosotras buscábamos á ellos.

Diana tardó un rato en contestar.

—Es cosa muy estraña, replicó al fin, cómo han quedado grabadas en mi memoria las facciones de ese hombre.... Parece que le estoy viendo.... ¡qué figura tan franca y arrogantel.... Nunca he visto un hombre tan hermoso....

—¡Y cómo nos miraba durante el viaje! ¡No sé, pero parecia que nos conocia y que nos amaba.

Elena hablaba así con tono mas sereno; al hablar olvidaba casi su sufrimiento; pero á estas últimas palabras se debilitó su voz, y Diana, que la vió vacilar, no tuvo tiempo mas que para sostenerla.

—No es nada.... murmuró la pobre niña.... ¡Dios mío! nuestra habitacion está muy lejos aún y no sé cómo voy á hacer para llegar á ella.

—¡Yo te llevaré! dijo Diana acercándola á su corazon. ¡Oh! no sabes tú qué daño me hace verte sufrir así.... Escucha. Este es nuestro último dia de miseria.

Elena separó su cabeza y miró el Sena que corria á su espalda.

—Sí, murmuró, tienes razon; este podria ser nuestro último dia de miseria.

Diana cubrió su frente de besos llorando.

—¡Hermana mia, hermana mia! dijo; te lo suplico, no hables así. Estoy segura de que Dios se apiadará de nosotras. Te lo prometo. Déjame decirte lo que quiero hacer mañana: hasta ahora me

han faltado las fuerzas, pero no quiero que mueras, Elena mia, y mañana intentaré.

—¿Qué? preguntó Elena.

—Tú sabes que ellos pasan todos los días en carruaje por los Campos Eliseos, cuando estamos bajo los árboles, y que no nos ven; pero mañana iré á ponerme delante de sus caballos, los llamaré por sus nombres y será forzoso que me reconozcan.

Elena levantó la cabeza.

—¡Iré contigo! dijo; cuando estemos allí las dos juntas, veremos si nos abandona nuestra última esperanza.

—Y si no nos rechazan, hermana mia, ¡qué alegría nos causará llevar socorros á la Señora y al pobre Penhoel!

—Y á nuestro buen padre, exclamó Diana; ¡salvarlos, qué alegría! Entre tanto, replicó tristemente, no tenemos nada que darles esta noche.

Pero no es mas que un día de espera, prosiguió Diana, y la esperanza va á darnos una noche buena.

Elena, reanimada un poco, se apoyó en sus piés. Durante un momento se disputaron el peso del arpa las dos hermanas, encargándose de ella otra vez Diana. Luego continuaron bajando el canal hasta la calle de Petits-Augustins, en la que se internaron.

Mas de una vez fué aminorándose su paso hasta el momento en que se persignaron las dos delante del pórtico de San German de los Prados.

Habían llegado al término de su camino. Des-

pues de haber doblado el ángulo de la pequeña calle de Erfarth, pudieron ver la casa donde estaba su cuarto.

La casa estaba situada al final de la calle de Santa Margarita, frente y un poco mas allá de la muralla que forma la prision de la Abadía.

Como pasaran delante del cuerpo de guardia apresurando su paso, se detuvieron de pronto y al mismo tiempo.

Unieronse sus manos, estrechándose fuertemente.

—¡Oh! dijo Diana con profunda admiracion.

Elena miraba estupefacta un carruaje que acababa de detenerse precisamente á su lado.

Por la portezuela abierta se veia la cabeza de una jóven cuyo semblante enfermizo y pálido estaba rodeado por rubios cabellos.

El estribo cayó al mismo tiempo que se abria la puerta de la casa.

Una dama bajó del carruaje, prestando su ayuda á la jóven enferma.

—¡Lola! murmuró Elena.

—¡Y el Angell añadió Diana.

La dama y la jóven entraron en la casa. La puerta se cerró tras ellas antes que Elena y Diana, inmóviles de sorpresa, hubiesen pensado en hacer un movimiento.

na había caído de rodillas delante del lecho, y su cabeza abrasada se ocultaba entre sus dos manos.

En aquel momento no había diferencia alguna entre las dos jóvenes; el valor de Diana desaparecía al fin, y su fatiga igualaba á la de Elena.

No se hablaban. Un espeso velo cubría su confuso pensamiento. Habían dejado que se apoderase de ellas la desesperación.

En ese momento supremo de cansancio y apatía profunda no pensaban ni aun en el encuentro que acababan de tener.

Hacia apenas dos ó tres minutos que habían visto á Blanca de Penhoel, su querida prima, y ninguna palabra había mediado entre ellas sobre ese asunto.

No podían hablar. Y sin embargo, por consecuencia de las circunstancias que no tardaremos en conocer, Diana y Elena debían considerar la importancia de ese encuentro fortuito.

Diana y Elena no ignoraban nada de lo que había pasado en Penhoel despues de la noche de San Luis. Sabían el robo del Angel, la espulsion de los señores del castillo, y cuanto á esto se refería.

Sabían que la Señora, destrozada por el dolor, la Señora, á quien tan tiernamente amaban en otra época, buscaba á su hija hacia dos meses, recorriendo la poblacion á la ventura, y deteniendo á los transcientes como una pobre loca para preguntarles por su hija.

Pero hay horas en que el alma fatigada permanece sorda á toda voz.

XIV.

EL DESVAN.

Era una habitación pequeña y casi dismantelada, donde había por todo menaje dos sillas y una cama de pino. En un rincón se veía una miserable arpa que no era ya ¡ay! ni dorada ni tallada como la del salón de Penhoel.

En la cabecera de la cama, sobre una pililla de agua bendita de vidrio, pendía una estampa que representaba la Virgen.

Diana y Elena acababan de entrar. Los cuatro pasos que separaban su habitación de la calle acababan de agotar sus fuerzas.

Elena se había dejado caer sobre una silla. Dia-

Trascurrió media hora; luego levantó Diana la cabeza de pronto y dirigió á su hermana una mirada.

—¿Sufres? dijo.

Elena proseguía oprimiéndose el pecho con las dos manos.

No respondió.

Diana se levantó galvanizada por un impulso de cólera: la sangre subió bruscamente á sus mejillas; sacudió las rizadas masas de sus cabellos.

—¡París! exclamó con desgarradora amargura, París, que vemos tan hermoso.... París, donde vamos á morir desesperadas. ¡Oh! ¡Cuántos brillantes sueños y cuántas promesas engañosas! ¿No era esto mas hermoso que el paraíso? ¡Pan, Dios mio, pan!.... ¿Será preciso castigarnos tan cruelmente por haber sido ciegas? ¡Virgen santa! ya sabéis que si hemos abandonado la casa paterna no ha sido por nosotras! ¡Virgen santa, tened piedad!.... ¡pan.... un poco de pan!....

Y se retorció con una especie de delirio. Y Elena agobiada de fatiga, no se cuidaba de nada.

Hacia dos días que no comían.

La víspera tenían aún un pedazo de pan. Pero Marta de Penhoel, su marido y el pobre tío Juan sufrían no lejos de allí una miseria semejante. Ellos eran los que sin saberlo habían comido el último pedazo de pan de Elena y Diana.

Esta seguía sostenida por su fiebre.

—¿Por qué han de suceder estas cosas? ¿por qué

ha de dejar Dios penetrar en el corazón de dos pobres niñas tan insensatas esperanzas? ¿Era un crimen querer defender á los que amamos?... ¡Oh! ahora que vemos nuestra locura, ¿cómo creer.... Se sonrió con amargura.

—Hermana mia, ¿recuerdas lo que veníamos á buscar á París? dijo; ¿sabes lo que queríamos ganar con nuestras arpas y nuestras pobres canciones? Quinientos mil francos para recobrar los bienes robados á Penhoel! ¡Quinientos mil francos!

Su cuerpo se inclinó hácia atrás, sus manos se levantaron al cielo.

—Y hemos gastado ya las monedas de seis libras del pobre Benito Haligan.... proseguía, y hemos vendido uno tras otro todos nuestros vestidos traídos de Penhoel, las cruces de oro que nuestro padre nos había dado.... todo, ¡hasta el medallón en que estaban los cabellos de nuestra madre! ¡Oh! ¡maldito seas, París! ¡te aborrezco!.... En pago de nuestros esfuerzos nos has dado el insulto y la miseria.... Hemos venido á buscar en tu seno la vida y nos has robado todo, implacable París.

Elena exhaló un débil quejido; Diana se precipitó á ella, arrodillándose á sus pies.

—¡Si supieras cuánto daño me hace esto! murmuraba Elena, retorciéndose las manos; busca, ¡oh! ¡busca, hermana mia, si queda aún algo que vender!.....

Las miradas de Diana recorrieron la estancia.

—¡Nadal murmuró desesperada; nada poseemos ya....

Y rodeó con sus brazos el cuerpo de Elena como para librarla de la fatiga que la abrumaba.

Al hacer este movimiento sintió un objeto resistente bajo la ligera tela del vestido de su hermana.

—¿Qué tienes aquí? exclamó.

Elena, despierta por esta exclamación, llevó la mano al bolsillo.

En el momento la hubierais visto saltar alegre y reanimada.

—¡Dinero! dinero!... exclamó. Gracias, Santa Virgen; habeis tenido piedad de nosotras.

—¡Dinero! repitió Diana admirada.

Elena abrió la mano ante la árida mirada de su hermana.

Ambas se abrazaron.

Nadie las hubiera reconocido. Estaban en la viva alegría de sus días de felicidad. ¡Cuán lejos de ellas estaba la desesperación! Únicamente habían desesperado.

Coloreáronse sus mejillas y brillaron sus ojos.

Estaban bellas como otras veces, cuando el placer animaba sus graciosas fisonomías en el salón de césped de Penhoel.

¡Qué tesoro para ellas, que habían ido á Paris á buscar quinientos mil francos con objeto de recobrar el castillo! Tres cuartos deslizados en el bolsillo de Elena por el pobre soldado breton... Un buen pedazo de pan.

Pobre soldado, páguetelo Dios. ¡Ojalá puedas cuando vuelvas á tu país hallar á tu prometida fiel y encontrar abiertos los brazos de tu anciana madre!

Elena bajó la escalera cuatro á cuatro peldaños. Diana estaba sola.

Permaneció inmóvil un momento; luego como si se hubiese despertado en ella un recuerdo repentinamente, traspuso á su vez la puerta.

La viva alegría que un momento antes respiraba en rostro, dió paso á un grave recogimiento.

Subió un piso, luego dos. Hallábase en un estrecho descansillo cubierto de polvo, y en el cual se abría la puerta de un desvan vacío.

Entró en ese desvan cuyo respiradero daba paso al frío viento de la noche y á los rayos de la luna.

Una puerta llena de rendijas y agujeros se hallaba enfrente de la puerta de entrada.

Diana se acercó andando de puntillas.

Acercó su rostro á las tablas, mirando por una de las anchas y numerosas rendijas.

Mas allá había un segundo desvan semejante casi al primero, pero con la diferencia de estar habitado.

No había sillas, solo un jergon en el suelo, donde yacía un anciano pálido como la muerte. Una miseria espantosa, aterradora, cerca de la cual la desnudez de la habitación de las dos hermanas era casi opulencia.

En otro lado del cuarto estaba un hombre como estupefacto sentado en un tarugo de madera, te-

niendo á su lado una botella que parecia estar vacia. Su traje estaba desgarrado; su barba y cabellos grises se confundian. Apoyaba sus dos codos en sus enflaquecidas mejillas, y las manos sobre la cabeza. Al otro extremo de la miserable habitacion estaba sentada en el suelo una mujer; sus negros y destrenzados cabellos rodeaban su rostro, que tenia la blancura y la inmovilidad del mármol. Miraba al frente con ojos distraidos. Veíase en sus regulares facciones tan puzante dolor, que al verla se desgarraba el corazon.

El anciano acostado en el jergon era maese Geraud, antiguo posadero del Carnero Coronado, la mujer apoyada en el suelo Marta, el hombre de barba gris sentado en el tarugo de madera se llamaba René, vizconde de Penhoel.

El tiempo habia hecho de la puerta una verdadera claraboya; tanto impedía oír como ver. Diana y Elena iban allí diariamente una vez cuando menos.

No se descubrian porque se hubiesen visto obligadas á confesar que ellas, hijas de Penhoel, tenian el oficio de cantoras, porque tal vez las hubiera detenido, siéndoles preciso renunciar á sus quiméricas esperanzas. Pero se sentian menos solas y menos abandonadas cuando habian hecho su piadosa visita á los señores del castillo.

Estas visitas eran entonces otra cosa que un culto estéril. Los Penhoel vivian allí desde dos me-

ses á pesar de hallarse desprovistos de recursos, vivian únicamente gracias á las dos jóvenes.

La desgracia parece encarnizarse con los vencidos. El pobre posadero de Redon habia abandonado todo por seguir á sus antiguos señores y para servirlos.

Habíase dicho: "Trabajaré; en ese gran Paris encontraré trabajo." Pero en lugar de haber ido á socorrer á la familia habia ido á hacerse gravoso, porque maese Geraud habia caido enfermo por el excesivo trabajo desde las primeras semanas sin que hubiera podido levantarse.

Por lo que hace al buen tio Juan, habia ocultado su cruz de San Luis y pasaba los dias recorriendo la ciudad, pidiendo por todas partes trabajo, no importa cuál, sin poder encontrarlo en ninguna parte.

Marta y su marido no intentaban esto. Marta se encorvaba bajo el peso de un dolor de madre. No tenia ni voluntad ni fuerza. A veces permanecia tendida en el polvo desde la mañana á la noche en el sitio en que la acabamos de ver, sin moverse ni hablar. Otras veces salia furtivamente con el alba. Era para ir lejos, al Paris desconocido, tan lejos como sus débiles piernas podian sostenerla y llevarla; era con el objeto de buscar á su hija.

Las gentes del barrio la consideraban loca.

René bebia cuanto podia. Desde que ya no tenia que beber caia en una silenciosa apatía.

Pasaban las semanas sin que saliera de sus labios una palabra.

Todas las noches abandonaba su asiento yendo á disputar al anciano Geraud, enfermo, una parte de su jergon.

Marta y el tío Juan dormían en el suelo.

Mientras Elena y Diana habían tenido dinero, habían hecho pasar su ofrenda diariamente por los agujeros de la puerta. Después había sido solo pan, el pan de que ellas se privaban.

Tal era la atonía profunda en que se abismaban los pobres huéspedes del granero, que no pensaban en buscar el origen de esta misteriosa limosna. Penhoel se lanzaba sobre el pan como una bestia hambrienta, lo que dejaba prolongada la agonía de su mujer y de maese Geraud.

El tío Juan no sabía cómo vivía. Nunca pedía á sus compañeros su parte.

Cuando llegaba la ofrenda á la hora ordinaria, se elevaba á veces la voz de la Señora para bendecir al invisible bienhechor. Entonces las dos jóvenes besaban llorando la puerta que las separaba de Marta.

Su corazón palpitaba con fuerza porque no habían perdido nada de aquella ardiente ternura que antes profesaban á Marta. Veíanse obligadas á huir para no precipitarse en sus brazos y echarse á sus rodillas.

El silencio reinaba casi siempre en la triste mercado, un silencio lúgubre, interrumpido únicamente

por los quejidos del enfermo. Sin embargo, á veces por la tarde hablaba Marta con el tío Juan. En esas ocasiones se acercaba á la puerta para alejarse de su marido. De este modo era como Elena y Diana habían sabido los asuntos de Penhoel. Conocían en sus mas pequeños detalles la monótona historia del destierro, los pesares amargos, las esperanzas perdidas, el largo tormento.

Conocían también el término fatal después del cual sería mas imposible entrar en la posesión del castillo.

Pero las pobres niñas habían perdido sus locas ilusiones. ¿Qué importaba entonces el término?

Diana estaba detrás de la puerta mirando, con el corazón oprimido por aquella escena de muda y silenciosa desolación.

Una puerta que se encontraba al pié del jergon se abrió girando sobre sus goznes, y la blanca cabeza del anciano Juan de Penhoel se dejó ver en el dintel.

Estaba menos cambiado que los demás. Era siempre aquel rostro venerable y dulce hasta la debilidad. Llevaba el mismo traje que en otra época; únicamente su chaqueton de aldeano estaba muy gastado, y la cinta de San Luis no pendía ya de su botonadura.

Atravesó el desvan con paso lento. El ruido de sus albarcas se apagaba en el espeso polvo.

—Buenas noches, sobrino mio, dijo tendiendo la mano á René.

René fijó en él una mirada estúpida.

—¡Buenas noches!... murmuró; no tengo aguardiente.

Y señaló con el dedo la botella vacía que estaba á su lado.

El tío Juan hizo como si no hubiera oído; acercándose al lecho del enfermo.

Penhoel murmuraba entre dientes:

—Los dos me han puesto así... los dos, mi hermano y mi mujer.

—Y bien, mi anciano Geraud, dijo el tío, ¿cómo os sentís esta noche?

Geraud hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Que Dios os bendiga, Juan de Penhoell replicó con voz muy débil; tengo una calentura muy fuerte. ¡Ahl si me muriera sería mejor, porque en mucho tiempo no podré trabajar.

—Os curareis pronto, mi buen amigo, y entonces gozaremos de días mas felices.

—No lo sé, dijo el anciano posadero; no lo sé, Mr. Juan. Estoy muy enfermo y no soy nada joven. Si el buen Dios quisiese al menos que viera únicamente al hijo de nuestro comandante y á nuestra pobre señora sacados de este infierno no experimentarían ningun dolor ni pesar al morir. Pero esto se prolonga y yo no hago mas que robarles diariamente la mitad de su pan.

Y dejó caer la cabeza en la almohada. El tío de las albarcas se dirigió hácia el rincón en que la señora estaba sentada. Inclínose hácia ella y tomó

su mano, en que estampó un beso. En este movimiento se advertía un resto de esa gracia noble cuyo secreto únicamente poseen los verdaderos caballeros.

Esto formaba un penoso contraste con la miseria que se advertía en el desvan.

—Buenas noches, Marta, dijo el anciano dulcemente.

Ella respondió con un movimiento de cabeza.

—Pobre hija mía, replicó el tío, me parece que estais aún mas pálida que ayer noche.

Marta procuró sonreír.

—¡Dios mio, Dios mio! replicó el tío, cuyos grandes ojos azules se levantaban al cielo con dolorosa resignación; he hecho cuanto ha estado de mi parte. Mis cabellos blancos son lo que los detienen. Me complazco en decirles: ¿quereis mis brazos? ahh soy vigoroso, y me responden: anciano, ya es tiempo de que descanséis. ¡Descansar! Cuando sufra mi pobre y querida Marta...

Enjugó su frente, en que brillaban algunas gotas de sudor.

—Estoy muy cansado, hija mía, dijo. Paris es muy grande, y durante todo el día no he tenido un solo momento de reposo. ¿Puedo decir acaso á cuántas puertas he llamado? Sin embargo, donde me presentaba decía: Dadme trabajo; no pido mas que trabajo, haré lo que querais...

—¡Pobre padre! pensaba Diana, que escuchaba con las lágrimas en los ojos.

—Tampoco exijo una retribucion crecida, proseguia Juan de Penhoel; cuando haya trabajado me dareis lo que querais. La puerta se cerraba antes de que hubiese terminado... ó bien me preguntaban:

—Buen hombre, ¿qué sabeis hacer?

—¡Dios miol en otra época sabia montar á caballo, llevar el mosquete y manejar la espada.

Nunca me he visto obligado á aprender otro oficio, gracias al pan que me daba Penhoel.

Y ahora que Penhoel no tiene pan no puedo dárselo yo! Les respondia: Sé cavar la tierra de los jardines, llevar cargas y barrer las cuadras. Tened piedad. Haced de mí el eriado de vuestros criados.

—¡No, no!... siempre la misma palabra. En este inmenso Paris, donde se prodiga tanto oro, cuando es uno pobre y se tienen blancos los cabellos, es preciso tenderse en el suelo y esperar la llegada de la muerte.

Diana tenia el oído pegado á la puerta; estaba sollozando.

Marta de Penhoel permanecia fria y aparentaba escuchar apenas el sentido de estas dolorosas palabras.

El tio Juan se sentó á su lado y tomó sus manos, que estrechó con ternura entre las suyas.

—Y sin embargo, prosiguió asomando á sus labios la melancólica sonrisa, he hecho mal en murmurar hoy, porque Dios me ha enviado una espe-

ranza. ¡Marta,.... mi pequeña Marta! si el pobre anciano pudiera socorreros!

Bajó la voz como para hacer una confidencia.

—Escuchad, prosiguió; creo que desde ahora no seremos desgraciados por mucho tiempo. Al volver esta tarde rendido de fatiga y con el desaliento en el fondo del alma, he oido por las ventanas de un piso bajo un ruido muy conocido á mis oidos... floretes que se chocaban, y el golpe de la zapatilla chocando contra el suelo. Otra vez, en el tiempo de mi juventud, era yo, mi querida Marta, un gran tirador; yo era el que enseñaba á nuestro Luis, la hoja mas fuerte de la Bretaña.

A este nombre de Luis la mirada fija de Marta brilló de repente fugitivamente.

Juan de Penhoel continuó sin advertirlo:

—¡Qué bien se ponía en guardia! Parece que lo estoy viendo ahora mismo firme, vivo al ataque y pronto á la parada ó al quite. ¡Oh! habia llegado á hacerse mas diestro que su maestro... Pero hablemos de nosotros, Marta. Penetré en la sala. Habia en ella como unas veinte personas dando la accion y tirando asaltos. Yo, que he visto á San Jorge, Fabian y La Bossiere, puedo decir esto; ya no se tira como antes... se han perdido las buenas maneras.

Su hermosa sonrisa respiraba alguna ironía.

—Ciertamente, exclamó arrastrado por una distraccion repentina; esos bellos caballeros de ahora son increíbles. Si los vieses, Marta, saludar negli-

gentemente y tirar los primeros golpes con cierta indiferencia, os causaría lástima, hija mía. ¡Sin ninguna gracia! una postura torpe y al mismo tiempo provocativa. Al verlos moverse con tan poca destreza, con tanta escasez de reglas, casi siempre descubiertos y fuera de la línea, se podría decir que eran unos cuantos mancebos de tienda que se estaban peleando con las varas de medir.

El tío de las albarcas se sonrió.

Luego se puso grave.

—¿A qué viene hablar ahora de todo esto? ¿Debo yo censurar, yo, que pido limosna? Me acerqué al maestro.... al profesor, como ahora se le llama, y le dije reuniendo todo mi valor....

—Caballero, ¿necesitais un ayudante para vuestra sala?

El profesor me dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Se tiraban las armas en tiempo del diluvio? me preguntó.

¡Siempre mis desgraciados cabellos blancos!

—Ya sé que el arte ha hecho progresos, le dije, y bajo vuestra acertada dirección....

—Anciano, á vuestra edad nada se aprende.

—Es que tengo gran necesidad....

—¿Y qué me importa?

Marchábame tristemente cuando se arrepintió por fortuna.

—Vamos, dijo, no me gusta despedir de ese modo á los pobres diablos. Necesito una persona para barrer la sala, limpiar los floretes, poner los boto-

nes y arreglarlo todo. Veinte francos al mes, anciano; ¿os acomoda?

—¡Si me acomodaba eso, mi pobre Marta.... ¡veinte francos al mes!... ¡Cuántas gracias le he dado!... y dentro de ocho días comienzo á llenar mis funciones. ¿Oyes, hija mía? No nos resta ya mas que una semana de miseria!

El pobre tío Juan replicó, viendo que Marta no contestaba:

—Y bien, ¿no me decís nada?

Marta movió la cabeza.

—¡Ocho dias! murmuró en tono tan bajo que Diana apenas pudo oír á través de la puerta; ¡es mucho, es demasiado tiempo!

Y como el tío Juan la interrogase con la mirada, añadió:

—La mano que nos daba un pedazo de pan ha debido cansarse....

No acabó su pensamiento, pero sus dos manos tocaron su pecho con ese movimiento de que antes hemos hablado. Funesta pantomima, señal de agonia que todo el mundo comprende.

La cabeza del anciano se inclinó hácia tierra.

Diana no había oído estas últimas palabras; pero había visto los gestos de Marta y esto bastaba.

Se precipitó trémula de emoción. En tres saltos llegó á su habitación, donde Elena entraba en ese momento casi sin aliento.

Elena, alegre y consolada, mordía el gran pedazo de pan que llevaba.

—¡Arriba sufren! dijo Diana; la Señora tiene hambre.

Los dientes de Elena, que acababan de romper ávidamente la corteza retostada del pan, soltaron inmediatamente.

—¡Y yo que no pensaba! exclamó; ¡pronto, hermana mía! Felizmente no les he quitado mas que un solo bocado.

Volvieron á subir ligeras como dos sílfides los peldaños de los dos últimos pisos, y un momento despues se deslizaba el pan por el agujero de la madera, cayendo en el suelo empolvado del desvan.

Marta exhaló un grito de consuelo.

Las dos jóvenes la miraban comer.

Ambas sonreían.

—¡Hermana mía! decía Elena; al ver eso no se tiene hambre.



XV.

MADAMA COCARDE.

Cinco minutos hacia que Diana y Elena habían entrado de nuevo en su habitación, cuya puerta permanecía entreabierta. Estaban arrodilladas al lado una de otra delante de la Santa Virgen pendiente del muro. Ambas rezaban su oración de noche.

Quando hubieron acabado de recitar con recogimiento la serie de oraciones que el uso católico reúne en su piadoso conjunto para consagrar las horas al sueño, añadió Diana con tono sencillo que revelaba la costumbre diaria:

—Santa Maria, Madre de Dios, intercede con tu

—¡Arriba sufren! dijo Diana; la Señora tiene hambre.

Los dientes de Elena, que acababan de romper ávidamente la corteza retostada del pan, soltaron inmediatamente.

—¡Y yo que no pensaba! exclamó; ¡pronto, hermana mía! Felizmente no les he quitado mas que un solo bocado.

Volvieron á subir ligeras como dos sílfides los peldaños de los dos últimos pisos, y un momento despues se deslizaba el pan por el agujero de la madera, cayendo en el suelo empolvado del desvan.

Marta exhaló un grito de consuelo.

Las dos jóvenes la miraban comer.

Ambas sonreían.

—¡Hermana mía! decía Elena; al ver eso no se tiene hambre.



XV.

MADAMA COCARDE.

Cinco minutos hacia que Diana y Elena habían entrado de nuevo en su habitación, cuya puerta permanecía entreabierta. Estaban arrodilladas al lado una de otra delante de la Santa Virgen pendiente del muro. Ambas rezaban su oración de noche.

Quando hubieron acabado de recitar con recogimiento la série de oraciones que el uso católico reúne en su piadoso conjunto para consagrar las horas al sueño, añadió Diana con tono sencillo que revelaba la costumbre diaria:

—Santa Maria, Madre de Dios, intercede con tu

hijo Jesus para que nos envíe quinientos mil francos con que poder recuperar los bienes de Penhoel.

—¡Amen! contestaba Elena.

¡Pobres niñas!

—Haced, buena y Santa Virgen, proseguía Diana, que nuestra prima Blanca sea guardada de todo mal, y que podamos devolvérsela á su madre; Santa María, tened piedad de Penhoel, de Vicente, de la Señora y de nuestro buen padre. Haced que nuestro tío Luis vuelva al fin para traernos socorro.

Era una fórmula repetida con sobrada frecuencia, Elena repetía:

—Amen.

Luego permanecieron un momento arrodilladas y rezando en voz baja. Entre las palabras que pronunciaba su corazón, á falta de su boca, muda, se hubieran encontrado á no dudarlo los nombres de Enrique y Roger.

De pronto se levantaron estremeciéndose. La puerta entreabierta de su cuarto había rechinado al mismo tiempo que daban en ella tres golpecitos discretos.

—Mad. Cocarde, dijo desde fuera una voz que, brantada y temblona, pero aflautada, dulce y conservando evidentemente pretensiones de ternura; ¿estais acostadas, tortolitas mías?

—Todavía no, contestó Diana; sin embargo, es ya muy tarde.

—No tal, mi ángel de amor, replicó la voz dulce; aun no son las nueve en mi reló, que va al minuto con el del Hotel de Ville. ¡Ah! me parece que se puede entrar... ¡Pobres pequeñuelas! qué encantadoras que estaban las dos arrodilladas diciendo sus oraciones!

En 1820, las damas del género de Mad. Cocarde eran paganas como una cancion de Beranger. En nuestros dias vueltas á mejores sentimientos llevan la cruz de plata sobredorada en la cintura y tienen un asiento de terciopelo encarnado en la nave de Nuestra Señora de Loreto.

Mad. Cocarde entró suavemente, cerrando la puerta tras sí.

Era una mujer de corta estatura, de nada marcadas facciones, grandes ojos azules, tiernos, como se dice, temiendo la luz y adornados de un círculo rojo, cubriendo este color cierto número de arrugas imperceptibles.

Sonreía con bastante alegría; su talle, bien cubierto por una bata de tafetan nankin, parecia perfecto y regular. Desde lejos la hubiera tenido un miope á no dudarlo por una de esas mujeres bellas llegadas á los treinta que conservan movimientos infantiles y graciosos.

Pero desde cerca cambiaba notablemente su aspecto. Su rostro tenia como su voz algo de ajado y gastado; una ruina es siempre una ruina, sin que todas las reparaciones del universo puedan hacer que deje de serlo.

No porque Mad. Cocarde hubiese pasado con mucho los treinta. Estas mujeres no tienen precisamente edad. Entre las señales de una vejez precoz conservaba ciertos indicios que hablaban aún de juventud. Mad. Cocarde se debía haber cuidado mucho.

A veces fórmasen una posición honrosa; Mad. Cocarde poseía la estimación de su barrio. Poseía rentas, era principal inquilina de los tres últimos pisos de la casa en que nos encontramos. En la suya no se metía el menor ruido.

Sin embargo de que ciertas pérfidas lenguas se permitiesen una burlona sonrisa al hablar de la clase de negocios á que se dedicaba Mad. Cocarde, todo el que vendía vino, azúcar, café, viandas ó legumbres en la calle de Santa Margarita la declaraba una mujer de provecho, y que hubiera encontrado mas de un marido si no hubiese sido tan opuesta á caer en esa tentación ó error.

Mad. Cocarde atravesó la estancia con paso menudo, yendo á sentarse junto al lecho, teniendo cuidado de volver la espalda á la luz.

Elena y Diana permanecían de pié; fácil era comprender que esta tardía visita no les causaba el mayor placer; pero igualmente se podía adivinar que tenían gran interés en tratar bien á la visitante.

Mad. Cocarde sonreía, acariciándose la barba.

—Eso sienta muy bien á los pequeños querubines como vosotras, ser devotas, dijo despues que se

hubo sentado... el buen Dios, la buena Virgen, los buenos ángeles de la guarda!

Y escondió las manos en los bolsillos de su delantal.

—¡Sabéis que hace frio en este cuarto!... replicó acurrucándose con un movimiento que quería demostrar el frio que experimentaba. Seis semanas hace que tengo yo lumbre en el mio. Comprendo bien la diferencia de situaciones... pero es igual, ángeles míos; deberiais tener un brasero y encenderlo todas las noches al volver.

—Veremos, dijo Diana, cuando entre el invierno.

—Es que entra ya, pobre palomita mia!... Se acerca á grandes pasos... Yo ya he guardado mis vestidos de seda en el armario hasta el verano próximo, y me parece que esos juboncillos ligeros están por ahora demás.

Tocó el de Elena, que estaba á su lado.

—¡Indianal... exclamó... ¡todavía indianal... Queridos corazoncitos míos, debéis tener mucho frio con esto.

La principal virtud de Elena no era la paciencia.

—Dios mio, señora, dijo, quitándole de la mano la tela con un movimiento brusco; tenemos lo que podemos y no nos quejamos de ello.

—¿Os habeis incomodado, perlitita mia? preguntó Mme. Cocarde, cuya voz espresó la mayor dulzura posible, si es que podía hacerlo: no me lo perdonaría nunca, porque os quiero con todo mi corazon... Unicamente os hablo por vuestro interés... Es

muy fácil coger una reuma.... Luego viene la fluxion al pecho. Niñitas mías, sé muy bien que hay diferencia entre nuestras situaciones.... No digo que os pongais como yo trajés de seda.... sino buenos corpiños de lana muy doble que puedan abrigaros.... Con esto es con lo que quiero veros.

Sacó de su bolsillo un cuchillo de marfil un poco mas largo que un alfiler, sirviéndose de él á guisa de monda-dientes.

—Nada hay que moleste tanto como las hebras de carne que se introducen entre los dientes.... prosiguió sin interrumpir su charla con el menor silencio.... ¿Os gusta mucho la ternera, amores míos?.... Se me figura que no la habeis comido nunca.... ¡Oh! es un bocado exquisito, pero que cuesta muy caro.... pero afortunadamente mi posición me permite no tener que andar guardando economías.... Sentaos en vuestro lecho, hermosas mías, porque no hay mas que una silla. Ciertamente que por bien poca cosa podríais tener un lindo mobiliario.... No os hablo de comprar muebles como los míos.... la diferencia de posiciones.... pero al fin....

—Señora, interrumpió Diana, nos basta lo que tenemos.

—En buen hora, tesoros míos, exclamó Mme. Cocarde; puede decirse que no sois difíciles de contentar; pero si no os sentais diré que teneis deseos de que me vaya.

Efectivamente, Mme. Cocarde tenia derecho á

creer esto, porque las dos jóvenes permanecian en su presencia mudas, frías, embarazadas. Sin embargo, obedecieron á esta última invitacion, y ambas tomaron asiento al pié de la cama con una política forzada.

Mme. Cocarde era, como ya lo hemos dicho, la principal inquilina de los últimos pisos de la casa, y gracias á la intercesion de las dos hermanas, consentia en no echar á los Penhoel del miserable granero.

Este era todo el secreto de la deferencia que le demostraban Diana y Elena.

—Bien, hijas mías.... prosiguió. Al menos de ese modo ya puede uno hablar con mas comodidad.... Mucho me alegro de tener los dientes muy unidos, porque esa pícara ternera se introduce en ellos con tanta facilidad.... Y luego cuesta un trabajo sacarla.... En fin, hijas mías, he cenado admirablemente. Es preciso que os cuente los platos que tenia.... Una polla asada con su correspondiente ensalada; un buen trozo de ternera; unas magritas muy bien fritas, y para postres una crema á la vainilla, y mi correspondiente café despues. En mi vida he cenado con mas gusto ni mejor.

Mme. Cocarde observaba el efecto que producian sus palabras.

Durante esta complaciente enumeracion Elena y Diana tenian los ojos bajos. Avivóse hasta cierto punto su dolor; la honrada mujer apoyaba brutalmente el dedo sobre ese intolerable sufrimiento, el

hambre, que ellas habían intentado en vano olvidar.

—No soy lo que se llama una persona gastronoma, prosiguió; pero había almorzado muy bien esta mañana y no había comido... como habían pasado tantas horas tenía un hambre...

Elena exhaló un profundo suspiro. Cada una de esas palabras redoblaba los desgarradores dolores que atormentaban su estómago vacío. Diana sufría tanto como su hermana; pero permanecía con más fuerzas que ella, y ninguna señal de malestar se veía en su rostro.

—Y vosotras, hermosas mías, prosiguió Mme. Cocarde, ¿cómo habeis cenado hoy?... Me intereso tanto por vosotras porque os quiero.

Las dos jóvenes guardaron silencio. Bajo el abrazado párpado de Elena había una lágrima de angustia.

—Y bien, continuó la principal inquilina, no se quiere decirme los secretillos que hayal... Tal vez se tiene vergüenza!... ¡Dios mío, ángeles míos! quereis que os diga lo que habeis comido en todo el día... una sopa... un buen pedazo de vaca y otro mejor de queso.

Para el hambre mortal de las dos niñas estos sencillos manjares eran más apetecibles mil veces que la rebuscada lista de Mme. Cocarde.

—¡Dios mío, Dios mío! dijo en voz baja Elena. La frente de Diana se cubrió de carmin.

—Sobre poco más ó menos habeis adivinado, di-

jo; pero, os lo repito, nos contentamos con lo que tenemos.

—He ahí la verdadera filosofía, ángel mío... Pues bien; estoy conmovida, desolada, por ver á dos pobres niñas como vosotras en la miseria.

—¡Señora!

—No hay que enfadarse, hijas mías.

Mostrarse orgullosas con una verdadera amiga, es tener muy mal corazón. Incomodaos cuanto querais, pero os advierto que no impedireis que os diga lo que pienso...

Tengo el corazón oprimido, y se me oprime más cada vez que entro en esta habitación. Dos miserables sillas y una cama. Esa arpa que está sola ahora, porque apostaría á que habeis vendido la otra.

—¡Señora! repitió Diana.

La principal inquilina tomó sus dos manos, que unió con las de Elena.

—Os aseguro que os amo, pobres hijas mías, dijo con tono penetrado; tened confianza en mí, os lo suplico. Soy más vieja que vosotras. Tengo más experiencia... Dejadme que os salve.

No era esta la primera vez que Mme. Cocarde hablaba así: Diana y Elena tenían sus razones para sospechar de la franqueza de sus palabras; y sin embargo, es tal la confianza de esa edad, que las dos jóvenes dirigieron á la principal inquilina unas miradas conmovidas y casi crédulas.

—Trajes de indiana en lo más riguroso del in-

vierno, prosiguió Mme. Cocarde, sin lumbre.... Apenas una miserable bujía, y para sostener esos hermosos cuerpos tan delicados, tan encantadores, un alimento malo y escaso tal vez!

Sentía temblar entre las suyas la mano de Elena.

—¿No es así? prosiguió; ¿escaso?

—¡Oh! esclamó Elena; por piedad, no volvais á hablar mas de eso.... ¡Si supierais cuánto sufrí!

—¡Hem! hizo Mme. Cocarde con curiosidad.

Diana miró á su hermana á hurtadillas; su frente se tiñó de púrpura; levantó la vista hácia Mme. Cocarde, y dijo en voz baja:

—Sufré porque hace dos dias que no ha comido.

—Dos dias.... repitió friamente la mujer; y yo siento tanto dolor de estómago cuando dejo de hacer mi segundo almuerzo.... ¡Mucho tiempo es!

Y le retiró su mano para esconderla en el bolsillo de su delantal.

—Dos dias, repitió otra vez, pero con mas lentitud y como haciendo un esfuerzo sobre sí misma: tambien yo. Esas cosas no se olvidan nunca. Tambien yo he estado dos dias sin comer. ¡Buen Dios! hijas mías, todo el mundo ha pasado esas cosas. Es el aguijón que obliga á dar el primer paso, y os aseguro que los restantes no cuestan ningun trabajo....

Esta frialdad súbita rechazaba la emoción de las dos jóvenes, y Diana sentía ya haber confesado la verdad.

—¡Oh, oh! continuó la mujer siguiendo el curso

de sus reflexiones; ya sabía yo que no érais millonarias; pero dos dias sin comer....

¡Ah! os aseguro que....

Como Diana no respondiese, volvió hácia ella Mme. Cocarde sus miradas y cambió bruscamente de fisonomía. Su frialdad desapareció para dejar paso á esa dulzura risueña y melosa que sabía dar á su semblante.

—Me habeis anonadado, hermosos ángeles míos, dijo. ¡Cómo! tan cerca de mí.... de mí, que os profeso un cariño tan verdadero! ¿No os acordais ya de lo que á su tiempo os dije?

La voz de Diana adquirió un tono altivo y severo.

—Hemos procurado olvidarlo, dijo.

—¡Qué seductora estais así, ángel de mi vida! exclamó Mad. Cocarde, que la miraba con una sincera admiración. La arrogancia os sienta tan bien como á una reina. ¡Ah! ¡Con cuánta alegría echaría al fuego ese vestidillo de indiana que tanto me impacienta, para poneros en su lugar trajes de seda, de terciopelo, de encajes. Sería tan fácil y me lo agradeceríais tanto cuando fuérais mas razonables!

Diana, elevada la frente, bajos los ojos y las mejillas encendidas, estaba en efecto bella como el orgullo del pudor.

—Tenemos precision de levantarnos muy temprano, señora, dijo, y ya es muy tarde.

—¿Es decir que me echais, esclamó la mujer; á mí, que soy vuestra verdadera amiga?... ¿Y por qué?... porque quiero cambiar vuestra miseria en

felicidad. Porque me incomodo y no puedo ocultar mi despecho al veros de ese modo sin recursos cuando podríais tener una casa, buenos muebles y todo....

Se levantó con un movimiento trágico aprendido en algún teatro, y que representaba bastante mal la amargura del cariño desconocido; luego añadió sin alejarse aún:

—Acordaos de lo que os he dicho. Tengo experiencia y os prometo que os vais á comer los codos de hambre, queridas mías, y no solo una vez, nada mas que por la conducta que habeis observado esta noche. ¡Pero vaya!

Diana frunció el entrecejo. Mad. Cocarde se encogió de hombros dirigiéndose á la puerta.

—Vaya unas cosas que se ven en el mundo, murmuró levantando los ojos al techo. Cuando una piensa que estas tortolitas se dejan morir de hambre teniendo á su lado una buena mesa.... porque os lo digo otra vez, señoritas sin un cuarto, hay un caballero, un millonario que está dando por vosotras mas pesos que hay de aquí á la frontera.... un hombre de lo poco que hay en el mundo, y si quereis, mañana mismo os vereis con alguna comodidad.

No obtuvo respuesta.

Diana se puso á arreglar el embozo de la cama.

Los ojos tiernos de Mad. Cocarde brillaron vivamente y su boca hizo un gesto de perversidad.

—Bien vestidas, señorita Diana, repitió.... vosotras que no teneis zapatos, ¿ois?

Estas palabras fueron pronunciadas con una esplosion de acritud y de malicia. La mujer abandonaba decididamente su máscara de dulzura para soltar la rienda á su lengua charlatana, mala, sarcástica y aguzada como la pata de un gato furioso.

Aun le faltaban dos ó tres pasos para llegar á la puerta.

La pobre Elena no escuchaba ya. Diana habia soltado el embozo de la cama medio hecha. Tenia la cabeza echada atrás. Por sus lábios vagaba una sonrisa estraña.

Su frente estaba pensativa y sus grandes ojos perdiendo sus soberbias miradas se habian puesto repentinamente meditabundas.

—¿Ois? replicó Mad. Cocarde desesperada por la sonrisa de la jóven. Os juro, señoritas de harapos, que mucho tiempo esperareis una ocasion semejante. Yo queria haceros obtener cuanto os hubiese acomodado. Treinta mil libras de renta, porque ese hombre es un loco. Criaturas como ellas.... ¡negarse á tener treinta mil libras de renta! ¡Decídmel! ¿teneis el dinero del mes para pagarme? ¡Ah! ah! he sido muy bondadosa para con vosotras. Os prometo que mañana á la noche se irán á acostar á la calle esas gentes que ocupan el desvan.

Diana permaneció inalterable. Al verla se hubiera podido decir que esas palabras no se dirigian á ella.

Sin embargo, á estas últimas palabras se volvió con lentitud hacia Mad. Cocarde.

La principal inquilina, que creyó iba á ser atacada, se puso en jarras con ademan intrépido; pero cayeron sus brazos cuando oyó á la jóven preguntarle friamente:

—¿Cuánto dinero se necesita para tener treinta mil libras de renta?

—¿Qué decís, corazón mio? balbuceó Mad. Cocarde; ¿cuánto dinero se necesita de capital?

—Sí.

—Seiscientos mil francos.

—¡Seiscientos mil francos! repitió Diana mirando á hurtadillas á su hermana.

La buena mujer se acercó á ella.

—¿Será que váyamos á ser prudentes? murmuró con repentino tono de duizura.

Diana meditaba.

Luego dijo con tono tranquilo:

—¡Ese hombre! ¿podríamos ir esta noche?

Mad. Cocarde retrocedió un paso y Elena levantó la cabeza sobresaltada para dirigir á su hermana una mirada de estupor.

Se creía el juguete de un sueño.

En el rostro de Diana no había la menor huella de emoción.

—Diablo, dijo Mad. Cocarde, esta noche. ¿qué de prisa anda ahora! ¡Ah! picaruel! lindamente os habeis burlado de mí.

—¡Diana! dijo Elena en voz baja.

Diana le impuso silencio con un gesto.

—Os pregunto, dijo dirigiéndose á la principal inquilina, á quien miraba de frente, si se podrá ir esta noche á casa de ese hombre.

—¡Perol. . . . no veo. . . . dijo Mad. Cocarde, sin duda. . . .

Aparte añadió:

—El hecho es que yo no respondo de nada. El las ha sacado del nido; ¡pero caramba! parece que los angelitos saben ya de lo que se quiere hablar!

—Al momento, serafín mio, replicó sonriendo á Diana, y os prometo que seréis muy bien recibidas, y que hasta encontrareis allí servida una magnífica cena.

—¡Bien! dijo Diana; ¿quereis conducirnos?

—¡Oh! exclamó Elena juntando las manos; ¡hermana mia!

—¡Si quiere! exclamó la mujer. . . . me pongo un chal, un sombrero, envío á buscar un carruaje. Esperad, palomitas mías; soy vuestra dentro de dos minutos.

Y salió corriendo.

Las dos jóvenes se quedaron solas.

Elena miraba á su hermana con grandes ojos que espresaban asombro sin poder encontrar palabras con que interrogarla.

Diana estaba inmóvil, erguido el talle y la cabeza, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Seiscientos mil francos! dijo al fin. . . . ¡con que recomprar á Penhoell!

—¡Oh Dios mío! dijo Elena.

—Escucha, replicó Diana: mientras tú has ido á comprar pan he estado yo arriba y los he visto sufrir. ¡Cómo ha cambiado la Señora! Sus ojos no tenían ya lágrimas que derramar. Y nuestro anciano padre, que va diariamente de puerta en puerta, rechazado por todo el mundo... cubierto de insultos y de desprecios.

Elena lloraba.

—¡Es verdad! es verdad! decía sollozando; pero la vergüenza.....

Diana la tomó entre sus brazos, cubriéndola con una mirada de madre.

—¡Tienes razón, pobre niña! murmuró; no vendas porque hay que sostener otra lucha, y si esta vez somos vencidas será forzoso morir.

—Iré, dijo Elena.

XVI.

EL PALACIO MONTALT.

Nehemías Jones, el mayordomo de Montalt, era un gentleman y un hombre de gusto perfecto. Había comprado para su amo uno de los mas confortables palacios del barrio de Saint-Honoré, un palacio excesivamente separado de la via en que horriguea la muchedumbre, aislado en el hermoso centro de la gran ciudad, sombreado por árboles centenarios y abriendo la elevada puerta de sus salones sobre unos jardines de príncipe.

Nehemías Jones lo había encontrado entre los Campos Elíseos y la plaza Beauveau. Es un retiro escogido donde la vista encontraba por todas partes árboles, césped, flores, y en ninguna parte

de la calle esa odiosa barrera que limita el horizonte parisiense, en ninguna parte esa ventana curiosa del vecino en observación delante de las vidrieras del zapatero ó del fabricante de paraguas.

Y esto era admirable. Una especie de palacio risueño, construido en el reinado de Luis XV, cuando los bosques de Beaujon estaban muy lejos de Paris y ocultaban únicamente las diminutas fachadas de las casitas de los nobles ó financieros.

El palacio Montalt, como se le llamaba ya en el barrio, afectaba la forma regular de un castillo del siglo diez y ocho, trazado por Peronnet ó Gabriel.

El palacio de Montalt tenía todo el lujo, todas las comodidades que se podían apetecer, y que el mayordomo con una prevision sin ejemplo y con un tacto exquisito había sabido darle. Los jardines, frondosos, bellos, llenos de flores, de juegos de aguas, de grutas hechas como para ocultar á su sombra las escenas de amor, lo hacían ser un vergel encantador y codiciado hasta por los mas poderosos.

Montalt había querido darle ese aire de jardín oriental, valiéndose de esas plantas bellas, ricas, frondosas, aromáticas, llenándolo de palmeras que hicieran brillar su dorado fruto; pero el clima se oponía á ello; negábase el suelo á recibirlos, y había sido forzoso renunciar á este proyecto. Sin embargo, en el interior se le había adornado con el lujo y fausto digno de los palacios orientales, y ha-

cía creer á los que lo veían que se encontraban en uno de los palacios de las Mil y una noches.

Montalt se había reservado un gabinete de predilección.

Los tres dioses idiotas del Vaudeville tenían en él su religión, el vino, el juego y las bellas.

Bebía como un verdadero lord, jugaba como un endemoniado y cambiaba de querida con tanta frecuencia como de guantes.

Debemos decir sin embargo que Montalt no hacía nunca seducciones ni engañaba á nadie. No tenía tiempo para ello ni quería. Para seducir hubiera necesitado al menos aparentar amor y representar una comedia, lo que hubiera fatigado á Montalt casi tanto como la misma realidad.

Buscaba la belleza. Esta era para él la flor cuyo perfume se respira una vez y se deja caer en la yerba como el licor embriagador y dulce que se bebe de un trago para dejar despues el vaso medio lleno.

¿Se acuerda nadie de la rosa cogida ayer ó de la gota de vino dejada en la copa?

Le hubieran amado, porque era generoso, noble, valiente y hermoso como un semi-dios; le amaban tal vez, pero era á pesar suyo y sin saberlo. El no amaba á nadie y entregaba todo á sus sentidos, que se despertaban ardientes y jóvenes junto al pesado sueño de su corazón.

A veces se está así siguiendo uno de esos amores mortales en que se ha puesto todo su ser y que lo

ha roto la decepcion. Pero el nabab decia con frecuencia que no habia amado nunca.

Esta era su naturaleza....

Preciso era creerlo, aunque muy difícilmente se pudiera conciliar ese vacío glacial del corazón, ese materialismo sin contrapeso, con la bella generosidad que se advertia, no en sus palabras, sino en sus acciones.

¡Habia tantos contrastes en ese hombre!

Los que lo trataban mas íntimamente no se hubieran atrevido á juzgarle, y mucho menos á definirle.

Su alma parecia perdida; nada habia en él que no fuese duda, negacion, blasfemia. Todo lo que es bueno, todo lo que es santo, escitaba su desprecio y su sarcasmo. No queria ni aun creer en el bien; y sin embargo, aparte de los defectos de su vida sistemáticamente disoluta, no practicaba mas que el bien.

Era como una lucha entre su naturaleza, buena, sensible, misericordiosa, y algun sistema impío que por la fuerza se habia impuesto á sí mismo. Era, si así se puede espresar, un hombre llegado á la religion del vicio y procurando expiar sus virtudes. Era, sobre todo, al menos así se podia creer, si no se hubiese tomado el trabajo de negarlo constantemente, un hombre herido por la suerte injusta y que tenia el extraño capricho de dirigir su venganza al destino.

Ocultaba sus buenas acciones con un cuidado es-

tremado y celoso, con un cuidado casi igual al que ponía en ocuparse de sus faltas; delante del servidor encargado de repartir los beneficios se escusaba como de una debilidad vergonzosa. Con un refinamiento de ironía llenaba este mismo servidor ó criado cerca de él un empleo sin nombre.

Tal era el cazador de mujeres, un inglés llamado Smith, que tenia en este género talentos inapreciables, y que en solo un mes se habia puesto en contacto con todos los mercurios femeninos de Paris.

Por las manos de este Smith pasaban sumas enormes. La mayor parte estaba destinada á limosnas, sin embargo de que Montalt aparentase que lo dedicaba todo á satisfacer sus placeres.

Gracias á este Mr. Smith, que era un gentleman admirable y de no mala presencia, por lo demás las buenas gentes que empleaban sus ócios en recorrer las maravillas del famoso palacio, no desconocian completamente el terreno cuando hablaban del serallo de Berry Montalt.

Por la noche, al volver del juego Montalt, entraba en una habitacion especialmente destinada á la recepcion de sus queridas de un día, y adornado de todo lo que el lujo puede ofrecer de mas maravilloso.

Pero en esto como en otra cualquier cosa tenia sus caprichos repentinos é imperiosos. Sucediáale con frecuencia pasar por delante de la estancia á cuya puerta velaban los dos negros, sin dirigir ni una mirada al interior.

Esas noches entraba solo en su departamento, donde cerraba la puerta, dando dos vueltas á la llave. Oíasele pasear largo tiempo por la alfombra de su alcoba. A veces sus curiosos criados pretendían haber oído á través de la puerta como un sordo gemido.

Al siguiente día se le encontraba sobre su lecho pálido y estenuado de fatiga. Nadie se atrevía á dirigirle la palabra; apenas se tomaban el cuidado de dirigir una mirada á hurtadillas al ver su rostro demudado.

Esos días no comía. Permanecía hasta la noche sentado sobre un diván, mientras sus dos negros, inmóviles y mudos, esperaban sus órdenes.

Los que hubiesen podido penetrar el secreto de su vida, hubieran advertido que esas silenciosas y profundas tristezas se apoderaban de él cada vez que los azares del juego le obligaban á arrancar un diamante de la tapa de su caja de sándalo.

Y seguramente no era la pérdida misma la que le destrozaba así, porque nunca se había visto en el círculo de los extranjeros un jugador mas sereno é impasible.

Los días de que hablamos nadie penetraba hasta él, ni aun Enrique y Roger, que gustaba tanto ver con frecuencia.

Porque al menos en esto el nabab había hecho una escepcion contra su costumbre. Esta amistad del azar, anudada en la berlina de una diligencia, hubiera guardado para muchas gentes en su mismo

origen un gérmen de rotura. Pero para Montalt era todo lo contrario: decíase con una sonrisa de soberano placer que esta union no tenía ninguna causa lógica; no eran ni parientes ni vecinos; tampoco se habían educado juntos ni decidido mutuamente uno por otro.

Por su parte quería á los dos jóvenes mucho mas que el primer día. Estaba loco con el talento de Enrique, aplaudía de todo corazón las menores agudezas de Roger. A veces hubiérais dicho cuando estaban juntos que era un padre entre dos hijos tiernamente queridos.

Pero con mas frecuencia era un bueno y alegre compañero, y entonces era imposible comprender la menor idea paternal. Montalt, joven como ellos por la belleza, por el talento, por la elegancia esquisita, podía pasar fácilmente por el hermano mayor á quien dos ó tres años mas dan peso y aplomo.

Proseguía con una heroica paciencia la obra emprendida en el camino de Rennes á Paris. Cada vez que los dos jóvenes y él se encontraban juntos, predicaba; era su manía. Quería hacer de Enrique y Roger dos filósofos á su imágen; quería infundirles sobre todo ese desprecio de la especie femenina que afectaba él en todas ocasiones.

Para llegar á esto hacía algo mas que razonar, intentaba. Repetidas veces se habían encontrado Enrique y Roger delante de encantadoras é imprevisitas ocasiones; pero el nabab se complacía en rodearlos de seducciones que Enrique y Roger resis-

tian con el mayor valor, sobre todo el primero, cuyo corazón era más fuerte.

Por lo demás, se dejaban ir ambos sin reflexionar mucho y con la indiferencia de su edad por la pendiente de esa vida alegre y buena que la casualidad les proporcionaba. Enrique trabajaba y recibía de su ocupación una recompensa real. Roger no trabajaba, pero llevaba el título de secretario de milor y gozaba bajo este pretexto de magníficos honorarios.

Todo en el palacio del nabab, carruajes, caballos, estaba á su disposición.

Eran caballeros distinguidos y elegantes; ricos por la casualidad de milor, figuraban bastante en la sociedad.

Al principio y de común acuerdo se habían prometido poner en obra aquel caro designio que habían hecho una noche en el jardín de Penhoel, atesorar, atesorar como los avaros para volver pronto á Bretaña, donde les esperaba la felicidad.

Enrique permanecía fiel á su proyecto; cada suma que le daba el nabab era religiosamente impuesta, y el joven artista se estremecía de placer al ver aumentarse rápidamente su tesoro, porque este era el dote de Diana, de Diana, que era el sueño, la idea fija que ocupaba su imaginación, su único y apasionado amor.

Porque Enrique la veía á través de la distancia que de ella le separaba, mucho más noble y bella.

Roger pensaba también en Elena; pero ya sabe-

mos cómo se gasta el dinero en París. El dote de Elena venía lentamente.

Sin embargo, el buen muchacho la amaba; pero más de una encantadora colocada en su camino por el pérfido Montalt le había parecido adorable.

Mientras Enrique pintaba lienzos ó cubría de color tablas, iba Roger á pasearse. Cuando volvía y Enrique cual un hermano le cuestionaba, no hacía siempre Roger una confesión general.

Sin embargo, una cosa aproximaba á los dos jóvenes, uniéndolos en una inquietud común; era la falta de noticias de Bretaña, el silencio completo é inesplicable de los amigos que á su espalda habían dejado.

Enrique había escrito muchas veces á Diana; Roger á Elena y á la Señora.

Ninguno había obtenido respuesta.

Las semanas habían trascurrido esperando continuamente. Enrique y Roger hacían mil suposiciones, ingeniándose para buscar la palabra del enigma. Nunca en sus hipótesis llegaban á sospechar la terrible realidad.

Desesperando de todo había escrito Enrique á uno de sus compañeros cuya familia habitaba las cercanías de Redon. Contaba las horas esperando la respuesta, que esta vez no podía faltarle.

El día en que nos encontramos no había llegado aún; sin embargo, Enrique daba treguas á su inquietud, porque había una gran fiesta en el palacio

del nabab y no le parecía conveniente presentarse con cara triste.

Por fuera en esas callejuelas que subían entonces hacia los terrenos de Beaujon, no traspiraba nada. El patio, plantado de frondosos árboles, cubría enteramente el iluminado palacio; pero desde el momento en que se había traspuesto el pequeño jardín inglés situado delante de la casa, aparecía la escalera principal cubierta de flores y la vista penetraba á través del vestíbulo en las deslumbrantes galerías.

Mr. Jones sabía hacer las cosas. Eran cerca de las ocho de la noche y dos mesas redondas servidas en dos salas separadas por una galería, esperaban á los convidados, que no debían tardar en ocuparlas.

Este doble festín era una idea de Montalt, que generalmente las tenía extrañas por demás.

Otra idea que también le pertenecía había sido dar á su fiesta una fisonomía asiática, no en rigor á la verdad, porque los manjares que cubrían la mesa eran franceses, y un baile aun mucho más francés iba á seguir al festín.

Hablamos sobre todo del golpe de vista. Las salas estaban decoradas á la indiana y por todas partes se veía á lo largo de los corredores gentes que llevaban el traje de los cipayos, y cuyo empleo debía consistir lisa y llanamente en servir refrescos durante el baile.

Estas gentes, forzoso es decirlo, con sus túnicas

bordadas de oro contribuían maravillosamente á hacer más brillante el aspecto de los salones. Era un complemento á las maravillosas decoraciones que trasformaban ese castillo á lo Luis XV en un palacio de las *Mil y una noches*.

En la primera fila de esos arrogantes cipayos, tomados por el hábil mayordomo en alguna casa encargada á los vestuareros de teatros, se distinguía un rostro amarillento y escuálido, frente estrecha, cabellos aplastados y enormes quijadas.

A pesar del efecto del disfraz, no hubiéramos podido menos de detenernos delante de aquella fisonomía como se hace á la vista de una persona conocida de tiempo atrás.

Ese hombre cipayo parecía ser hasta cierto punto el cabo de la cuadrilla.

En el momento en que los convidados iban á ocupar todos sus asientos, se acercó misteriosamente el cipayo al mayordomo.

Repetiremos las pocas palabras que entre sí cambiaron, porque nos parecen convenientes y no faltas de influencia sobre los acontecimientos de nuestra historia.

—Capallero Gones.... dijo el cipayo, que no era otro que nuestro amigo Graff, el soldado profesor.... el capallero Pipandre....

—¿A quién llamas el capallero Pipandre? preguntó el mayordomo.

—Ese gran seco, capallero Gones, á quien he feinado hoy.

—¿Y qué?

—¿Qué? que tan paron es como yo gueneral de Francia, capallero Gones.

Siguieron algunas esplicaciones, durante las cuales el horado Graff señaló sucesivamente con la vista al baron Bibandier, al conde de Monteiro y al caballero Las Matas, que estaban los tres en traje de etiqueta.

Graff pareció señalar al caballero como jefe de la comparsa.

Luego añadió:

—Fingidas noblezas, capallero Gones.

El mayordomo pasó por detrás de la fila de convidados, llegando hasta Montalt, que tomaba una silla para sentarse.

Le dijo algunas palabras al oido.

Montalt dirigió una rápida mirada á nuestros tres caballeros, diseminados entre los convidados.

Graff habia vuelto á ocupar su sitio.

El sitio de Roberto estaba señalado cerca del nabab.

Este dijo al mayordomo en tono de poder ser oido por Roberto:

—Mr. Jones, ¿quereis preguntar al señor caballero de Las Matas si me hace el obsequio de tomar asiento cerca de mí?

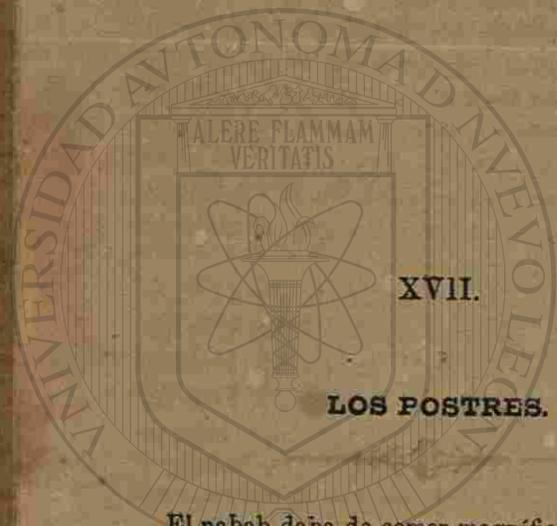
El semblante de Roberto brilló de alegría; cambió una furtiva mirada con sus compañeros.

Blas y Bibandier se dijeron:

—Esto marcha.

Y en cuanto Mr. Jones hubo terminado su comision, se vió al caballero de Las Matas seguirle y sentarse con rostro risueño y placentero cerca de Berry Montalt.





El nabab daba de comer magníficamente. Tenía por cocinero uno de esos hombres escogidos que llevan nuestro glorioso nombre francés hasta el fin del fondo de las cocinas rusas, inglesas y austriacas. Su comida era soberbia sobre toda ponderación, y la pluma de faisán de los poetas culinarios se hubiera enmohecido ante tanto esplendor.

Por ejemplo, es preciso confesarlo, los convidados sentados en torno de esa deslumbrante mesa estaban algo trastornados. Hablaron únicamente los de la primera mesa, porque había dos, y los de la segunda no tanto.

En ese mundo errante y superabundantemente titulado que se agrupa en torno de una casa de juego desde que ésta se abre, es muy difícil distinguir al aventurero del gran señor. En efecto, el aventurero se roza tan fácilmente con el caballero, y éste tan fácilmente con aquel, que no se distinguen uno de otro; tanto que un marqués verdadero, poseyendo un nombre lleno de cuarteles justificados, os produce el efecto de un ratero, mientras que tal charlatan de estremada destreza, ocultando cuidadosamente sus diplomas, os deslumbra hasta el punto de creerle un verdadero marqués.

Hace mucho tiempo que la moda francesa padece de anglo-manía. Montalt con sus millones, su novelesca historia en que no había una sola mentira, su gran apostura y la alta distinción de su persona, no hubiera tenido que hacer gran cosa para hacerse el hombre á la moda de los salones aristocráticos.

Hubiéranse derribado fácilmente las barreras de la etiqueta ante sus fantasías, y por la misma audacia de sus caprichos hubiera conquistado el reinado de la moda.

Pero no quería. Agradábale más, por ejemplo, atraerse el barrio de Saint-Germain y no devolverle la visita.

Agradábale advertir á esa sociedad orgullosa, pero humillándola á su manera.

En torno de la mesa de Berry Montalt había seguramente nobles y grandes señores; pero también se veían, prescindiendo de nuestros tres conocidos

de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, un número muy considerable de caballeros de industria. Unos y otros por lo demás se trataban formando un conjunto muy notable.

Veíase allí la flor y nata de tres ó cuatro aristocracias, y la esencia de cinco ó seis tahures.

El círculo de los extranjeros sobre todo, en toda su gloria entonces, tenía allí un contingente considerable. Todos los países del globo estaban representados. Los convidados mas insignificantes se llamaban cuando menos el caballero de tal ó cual. Había también algunos condes, tres marqueses y un duque. Había también ese infortunado é ilustre polaco, el príncipe Botlausko, de quien los adictos á Rusia hablaban con desprecio, pero que en realidad era un antiguo modelo de tahir, honrosamente conocido entre los ladrones del imperio.

Maravilla causaba ver la elegante é ingeniosa cortesía que se notaba en derredor de la mesa. Montalt estaba locuaz y era el que dirigía todo.

Además, los griegos de 1820, á pesar de que esta apelacion antigua no se hubiese encontrado, aun equivalían á nuestros griegos de 1847. Este género es evidentemente privilegiado y da á sus adeptos una consideracion inapreciable.

El caballero de Las Matas se hacía distinguir entre los mas elegantes; merecía por todos conceptos el honor que milor le habia hecho colocándolo á su lado. Nuestros dos caballeros no brillaban ni con mucho tanto; pero el Portugal y la Alemania

son países en que el talento de la conversacion no crece con facilidad. El señor conde de Monteiro y el baron Bibandier eran bastante regulares: era cuanto se podia exigir de ellos.

Al llegar al palacio del nabab experimentaron nuestros tres caballeros una sensacion bastante grata; nunca habian visto á Montalt mas que en el círculo de los extranjeros, é ignoraban completamente la composicion de su casa.

Lola habia ido al palacio como otras tantas mujeres; pero como todas ellas, no habia hecho mas que pasar.

Al entrar aquella noche, las primeras fisonomias que Bibandier, Roberto y Blas habian visto, eran justamente dos muy conocidas y que seguramente no esperaban encontrar allí: queremos hablar de Enrique y Roger.

Los dos jóvenes estaban juntos á Montalt, haciendo con él los honores.

La sorpresa de nuestros tres caballeros fué tan grande, que creyeron descubrirse en el primer momento.

Pero estaban muy bien desfigurados y recobraron su aplomo con tanta mas facilidad, cuanto que pudieron convencerse facilmente de que no habian sido reconocidos.

Efectivamente, Enrique y Roger estaban muy distantes de recordar á Mr. Roberto de Blois, á Blas su criado, y al pobre enterrador Bibandier.

Su temor desapareció al momento. La comida

continuaba segun las reglas del arte. El sumiller de mitor, personaje clásico y provisto de las tradiciones mas respetables, dirigia con método y sangre fría su batallon de porta-botellas: los vinos no solo eran escogidos, sino lo que es mas, aun estaban escogidos conforme previene el código de las gastrologías.

Aquí es preciso el golpe de vista y la ciencia. Se necesita saber alterar el cálido Madera con el Burdeos, ese rey de los vinos: preciso es saber colocar el vino generoso con el Oporto, que rido en los palacios británicos; el siracusa, el chijre, el lácrima Cristi, esos vinos románticos que se beben en los teatros en las copas doradas de carton, el constancia, azotado por las tempestades, y el johannisberg, diplomática ambrosía que no se compra, segun dicen, mas que con el talento ó con la gloria.

Por lo que hace al Champaña, esa pálida y fría pocion que altera las cabezas de los colegiales y hace saltar en la barrera á los estudiantes, tenemos vergüenza de pronunciar su vulgar nombre en tantos otros ilustres.

Háblase ya con la mayor alegría y entusiasmo. El baron Bibandier, rota una vez la valla, se ponía á beber de una manera tan triunfante, que el buen Graff estaba muy orgulloso de su discípulo.

Montalt tenía las mayores distinciones para con todos, pero especialmente con el señor cabellero de Las Matas, que le hablaba con rara vivacidad.

Montalt le respondia, le sonreia, y no dejaba nunca que estuviese vacío su vaso.

¿Habia medio de no beber cuando se tenia al mismo mitor por copero?

El caballero, cabeza muy segura por cierto, estaba ya algo exaltado al comenzar el segundo servicio.

Pero esto no traia consecuencias en atencion á que las tres cuartas partes de los convidados lo estaban aun mucho mas que él. El principe Botlaenko principalmente, por hacer honor á su nacionalidad, bebia con un fervor sobre todo elogio.

En la próxima galería ejecutaba una brillante orquesta ya aires á la moda como melodías indias facilitadas por Mirza, antigua esclava del nabab.

Al extremo de la galería se abria una segunda sala decorada esactamente como la primera y en medio de la que habia tambien una mesa servida.

Esta mesa estaba rodeada por un círculo de encantadoras mujeres que bebian por cierto lo mejor del mundo.

Estas damas estaban en los banquetes con los rostros descubiertos. Eran todos corazones libres sin tener nada que ocultar. Formaban el embeleso de las alegres fiestas del nabab, y no se ponian las caretas mas que á la hora del baile para sostener la lucha cuando otras mujeres que ninguno, escepto el nabab, sabia sus nombres, históricos á veces, iban á buscar su parte de intriga y de amores.

Este palacio del nabab habia sido construido en

los tiempos de las cenas y de las orgías: el nabab no hacia mas que restituirle su destino.

Aquellos pequeños artesonados cubiertos de pinturas exóticas y que ya habian visto tantas veces deliciosas cenas, no tenian nada que aprender.

Mirza presidia el banquete femenino, Mirza, á quien siempre hemos visto melancólica y triste.

Pero el nabab le habia ordenado que estuviese alegre, que cantase y sonriese.

La pobre esclava obedecia.

Por lo demás, casi todas aquellas damas habian obedecido á la fantasía de Montalt; la mayor parte tenian trajes asiáticos, y doce ó quince de ellas bajo la direccion de Mirza se habian disfrazado de bayaderas de Mysora.

En torno de aquella dilatada mesa no se hubiese encontrado una sola mujer fea. Esto era lo menos. Pero las habia encantadoras y que hacian honor al gusto de Mr. Smith, el galante distribuidor de limosnas.

Entre las mas encantadoras era preciso distinguir dos bailarinas de la academia real de música que iban al palacio por primera vez. Mr. Smith habia sido en esto muy feliz en su eleccion. Eran dos diablillos de sonrisa maligna y graciosa, jóvenes y vaporosas como hadas.

En fin, dos joyas.

Estas dos señoritas habian sido convocadas para Enrique y Roger. El nabab queria acabar de una vez con la caballeresca tontería de sus favoritos, y

efectivamente, para realizar una tentacion eficaz no se podia haber escogido á nadie mejor que esas dos señoritas, Delfina y Hortensia, las dos adquisiciones mas modernas del cuerpo de figurantas de la ópera.

Enrique y Roger no tenian mas que defenderse.

De cuando en cuando durante la comida los miraba Montalt sonriendo á la idea de su próxima victoria, y escuchando los animados discursos del caballero de Las Matas, que le sometia tal vez en aquel momento el plan de su famosa jugada, hacia Montalt desde lejos á los dos jóvenes señas de amenaza.

Enrique y Roger comprendian perfectamente, levantando sus vasos en prueba de que aceptaban la batalla.

A pesar del incontestable talento de Mr. Smith, las deliciosas pensionistas de la academia real de música no eran sin embargo precisamente lo que Montalt hubiera deseado.

Tratábase de convertir á los dos jóvenes, y sobre esto se habia remontado extraordinariamente la fantasía de Montalt. La resistencia de Enrique y Roger le habia hecho formar un empeño decidido. Era una apuesta que pretendia ganar á todo precio.

No se habia confiado ciegamente, como de ordinario, á la experiencia hábil de Mr. Smith. Habia dado instrucciones especiales, habia designado él mismo las dos jóvenes, que no eran ni la señorita Delfina ni tampoco la Hortensia.

Pero esto no lo quería comprender el nabab hacia mucho tiempo; hay virtudes, tenacidades para hablar su lenguaje, que son todavía capaces de resistir á todo el ódio del mundo.

Esto en el siglo diez y nueve.

El nabab acababa de tener una prueba terrible, por mas desagradable que le fuese.

Se trataba de dos pobres niñas sin recursos, y que ningún consejo hacia que abandonasen el camino de la virtud, de dos niñas colocadas en la pendiente resbaladiza en que ninguna jóven guarda el equilibrio, segun dicen los romanceros paganos y los filósofos de la escuela trascendental, de dos cantoras de calles, puesto que es preciso llamar las cosas por su nombre.

Pero cantoras como no se ven, jóvenes de una belleza tan maravillosa y simpática, que el nabab, ese corazon ajado, habia sentido moverse algo en el fondo de su alma con solo mirarlas.

Amaba á las dos jóvenes, pensaba con frecuencia en ellas desde que la casualidad las habia lanzado un dia en su camino, y si se obstinaba en querer hacerlas las queridas de Enrique y Roger, era porque le sonreia la idea de tener dos parejas hermosas, jóvenes y felices.

Pero ese delicioso sueño no podia realizarse. Las dos jóvenes, que hubieran debido prestarse á ello con tanto reconocimiento, se decidian á preferir su pobreza á la que ellos llamaban vergüenza.

Tan cierto es que ese desgraciado Montalt no

podia encontrar en las mujeres mas que contradiccion y perfidia.

¡Ah! si hubiesen consentido hubiera sido entonces segura la derrota de los dos jóvenes. ¿Cómo resistir á tan encantadora sencillez? ¿Cómo permanecer indiferente á tan divinas sonrisas?

Pero no querian. Todos sus esfuerzos habian sido inútiles. Era preciso desistir de tal proyecto.

Y el nabab daba aquel dia esta fiesta, desesperado ya para ver si se podia pasar sin las dos cantoras de calles.

Las cosas parecian salir á medida de su deseo. Nuestros dos jóvenes, colocados junto á los compañeros de su edad, no se mezclaban en nada.

En suma, este compló urdido contra su fidelidad amorosa, era bastante inocente. Y aun cuando se hubiera descubierto el lazo que se pretendia tenderles tan sencillamente, tal vez no hubiesen concedido hácia su autor un horror profundo.

Aquella noche estaban perfectamente dispuestos. El nabab podia seguir desde lejos los progresos de su alegría siempre creciente. Veia animarse sus mejillas, brillar sus ojos y sus miradas, excelente augurio; volverse á veces con impaciencia no equivoca hácia la puerta que comunicaba con el segundo salon.

Las cabezas se exaltaban entre tanto; los postres, simétricamente alineados, habian sufrido el ataque general y cubrian la mesa con el mayor desorden de platos.

Cruzábanse treinta conversaciones vivas y desenfrenadas. Había llegado la hora. El nabab hizo una señal. La orquesta hizo resonar en la galería un golpe brillante y sonoro. Oyóse un ligero ruido de pasos, y una multitud de mujeres se precipitó en la sala con el vaso en la mano.

Estaban todas enmascaradas, pero con esas caretas cortas y sin barba que ni ocultan el carmin brillante de los labios ni la frescura y sonrosado de las mejillas.

A este golpe teatral siguió un grito repentino lanzado por los convidados.

El baron Bibandier fué el único contrariado, porque esta galante sorpresa le cogía descuidado y no había tenido tiempo de consultar á su espejo de bolsillo para ver si su rostro había perdido el color.

La invasión femenina estaba calculada por el número de convidados y cada uno tenía su pareja; el príncipe Botlauko, que aplaudía durante la comida la ausencia del bello sexo, se proveyó de una soberbia amazona.

Hubiera preferido una botella de vino aun cuando fuese del mas ordinario. Por lo que hace á la desgraciada cuya suerte le imponía por compañero á su alteza, miraba con terror aquella faz de esquivo y aquella nariz nacional que parecia modelada á fuertes puñetazos.

El papel de las mujeres estaba trazado anterior-

mente; se llevaron á los convidados de grado ó por fuerza fuera de la sala.

La orquesta tocaba fuera un aire lento y monótono.

En el momento en que los convidados bajaban la doble escalera de la terraza para entrar en el jardín, cuyo aspecto sobrepujaba las brillantes maravillas de los cuentos de hadas, abandonaron bruscamente los caballeros las doce mujeres disfrazadas de bayaderas, lanzándose en el césped que daba frente al palacio.

La melodía asiática recobró pronto su animacion. Las sacerdotisas indias entrelazaron sus brazos desnudos y comenzaron una de sus danzas lascivas, que guardan tanta poesia en las memorias referidas por los viajeros.

Reinaba en el jardín, cubierto y templado por invisibles caloríferos, una atmósfera tibia que embalsamaba los cuadros de las mil escondidas plantas; la luz caía á torrentes reflejada por la techumbre de vidrio brillando por todas partes, aquel paisaje nunca visto.

Los juegos de aguas formaban mil figuras á cual mas elegantes y bellas. A lo largo de cada una de las columnas que sostenian aquella brillante bóveda, se divisaban guirnaldas de flores y festones que subian hasta perderse de vista.

En el primer término del cuadro, sobre el terciopelo del césped, entre los canastillos de flores, se veian aquellas doce mujeres, semejantes en belleza,

graciosamente vestidas con sus estrafños trajes, todos brillantes de pedrerías y oro, y cuyo baile realizaba un voluptuoso sueño.

Sus caretas habian caído á la primera señal de la orquesta. Todas eran encantadoras y jóvenes; pero era preciso dar la palma á las elegidas por Mr. Smith, á aquellas dos peris ligeras y pequeñas que debían intentar la conquista de Enrique y Roger.

Eran en verdad adorables, sin que se pueda decir cuál de las dos lo era más. Hortensia tenía un rostro de morena picante y viva, coronado de cabellos negros como el ébano.

Delfina era rubia, pero no de esas lánguidas cuya mirada se apaga pálida y sin rayos. Sus grandes ojos azules sonreían: los bucles de oro de sus cabellos se marcaban con elegancia sobre sus naradas espaldas.

Era bella, bella....

Enrique miraba á Delfina, Roger devoraba con la vista á Hortensia.

Y el nabab sonreía escuchando al caballero de Las Matas, que redoblabá sus esfuerzos de elocuencia.

La orquesta, que habia velado sus acordes, lentos y cadenciosos, tocaba un crescendo aun más rápido. La danza seguía á la orquesta. Veíase á las bayaderas confundirse, perderse, reunirse, agitando sus velos blancos y formar como una cadena

viva, cuyos suaves y delicados eslabones se unían y desunían.

A medida que el baile iba siendo más vivo, se apoderaba de ellas una especie de entusiasmo.

Los músicos, ya casi sin aliento, tocaban cada vez más de prisa.

Por un momento aún se vió á la encantadora comparsa precipitar sus pasos con frenesí; luego repentinamente se calló la orquesta. Las bailarinas habian desaparecido como un sueño.

Delfina apoyaba su rubia cabeza en el pecho de Enrique. Hortensia caía medio desmayada en los brazos de Roger.

El nabab acarició con el dedo su peinado bigote, mirando por un momento con satisfacción las dos encantadoras parejas. Luego se volvió al fin hácia el caballero de Las Matas, que hacia algunos minutos predicaba en el desierto.

—Y bien, mitor, dijo el último, ¿qué os parece mi idea?

Su rostro era de color de púrpura; brillaban sus ojos sobremanera, pero sus pesados párpados tenían esa palpitación imposible de reprimir que anuncia la embriaguez inminente.

¡Le habia servido tanto de beber el nabab!

Como la embriaguez establece pronto la franqueza, se empeñaba cada vez más en una idea fija, procurando convencer á Montalt con una terquedad obstinada.

Este le miró sonriendo.

—Opino, señor caballero, replicó, que sois un hombre muy entendido.... pero no gusto mucho de esos negocios en que para todo es preciso contar con el azar.

—Se pueden tambien intentar otros.... esclamo vivamente Roberto.... poseo mas de un resorte, y si quereis....

—¿Qué? dijo con negligencia Montalt.

—Sois rico.... pero tenéis gustos de rey.... ¿Qué fortuna sería bastante grande para sostener esas prodigalidades increíbles?

Y señalaba con la mano al jardín, pareciendo calcular mentalmente las enormes sumas que habria sido necesario invertir en aquellas magnificas fantasías.

—El hecho es, dijo sencillamente Montalt, que me como mi capital, caballero.

—Ya lo sé.... ¡Ab, miólor, si quistérais comprendermel....

—Pero, señor caballero, os comprendo perfectamente.

—¿De veras? dijo Roberto, que bajó los ojos; y bienl....

—¡Y bienl repitió Montalt, comprendo que con un hombre hábil se podría.... Pero, señor caballero, nuestro conocimiento data de algunas semanas.... é ignoro todavía....

—¡Es verdad! interrumpió Roberto; nunca me habeis visto trabajar.

—Ya comprendéis que esa especie de negocios

prosiguió Montalt, cuya sonrisa era cada vez mas graciosa, no es preciso que estén basados en la moralidad de la persona.

—¡Comprendo!... si no en su destreza, en su acierto.

—Eso es.

Roberto se acercó á Montalt, tomándose el atrevimiento de apoyar en él familiarmente su brazo.

—¿Qué diríais, prosiguió, bajando la voz, de un pobre muchacho que en un hermoso día llega sin recomendacion ni apoyo á un castillo donde no conocia alma viviente.... y que en el espacio de tres años llegó á poner por medio de su destreza á todos los individuos en la puerta, incluso al dueño, para hacerse él amo é instalarse en su lugar?

—Mucho es, replicó Montalt.

—Se entiende legalmente.... prosiguió Roberto, ¿teniendo ese hombre de que os hablo para resguardo suyo documentos de propiedad en buena y debida forma?

—¡Eso es mas aún!

Roberto le apretó el brazo.

—¿Tendríais tiempo de escuchar una historia? dijo.

—¿Es larga?

—Regular, nada mas; pero cuando la háyais oido comprendereis, mi querido lord, lo que es mi capacidad.

—El caso es que el juego ha empezado, dijo Montalt con alguna irresolucion, y quisiera....

—Eso no vale nada.... exclamó el caballero deteniéndole por fuerza; el que con nada ha hecho veinte mil libras de renta, mitor, puede hacer millares con la mitad de vuestra fortuna únicamente.... Teneis tiempo de poner á una carta doscientas ó trescientas libras.... Es preciso que me escuchéis.

Montalt dirigió una mirada de pesar al tapete verde, que ya estaba rodeado de jugadores.

—¡Vamos! dijo; estoy á vuestras órdenes.

Roberto le condujo hácia uno de los bancos de césped.

Mientras atravesaban el jardín bailaban algunas parejas sobre la alfombra de verdura. Otros bailarines hablaban medio acostados sobre cojines puestos con profusion por el jardín. Otros franqueaban las puertas de verdor, prosiguiendo por las calles de árboles menos alumbradas su encantado paseo.

La comparsa de cipayos eirenaba por los bosquecillos sirviendo helados.

Roger valsaba con Delfina y Enrique con Hortensia.

Elas estaba en el juego. El baron Bibandier cuchicheaba con la dama de su eleccion, aparentando las maneras de un D. Juan adorable.

Roberto y Montalt se sentaron juntos.

—Hace de esto tres años, dijo Roberto; éramos dos.... No encuentro una razon para ocultaros el

nombre de mi compañero: era el conde de Monteiro.

—¡Ah, ah! dijo el nabab, con ese gordiflon del conde; es un prodigio de habilidad.

—¡No tall.... pero no deja de tener mérito; vais á verlo.... Habiamonos visto precisados á abandonar á Paris ambos por negocios... de familia... Dirigiamonos á la aventura hácia la Bretaña.... con una dama amiga nuestra.

—¿La marquesa? dijo Montalt.

—La señora marquesa de Urgel, que entonces tenia tres años menos y que estaba tan bella como un ángel.

Como para confirmar esta asercion, pasó Lola en este momento del brazo de su caballero por delante del sitio donde Roberto y Montalt estaban sentados.

—Sí, sí, dijo el nabab mirándola; la señora marquesa debía ser muy bella.

—Al llegar á cierto pueblo de Bretaña cuyo nombre nada importa, continuó Roberto, solo teniamos siete francos y cincuenta céntimos.

—Vivo, gritó el nabab á un cipayo que pasaba cerca.

Desde algunos minutos se veia circular por el jardín mujeres que no habian asistido á la animada comida.

Esta era la costumbre en las fiestas del nabab, por lo que no llamaba la atencion de nadie. A esto se llamaba la entrada de las damas.

Porque estaba convenido que todas esas máscaras que llegaban tarde debían ser grandes señoras...

En tanto iba creciendo extraordinariamente el batallón femenino, y el prestigio que rodeaba á las recién llegadas, disgustaba mucho á las que habían asistido al festín. Algunas les robaban sus caballeros; pero esto era muy raro: la consigna del palacio Montalt era muy elástica para las damas y excesivamente severa para los hombres. Citábase ese rasgo romano del conserje, que había rehusado tres billetes de á mil francos ofrecidos por un agente de cambio en busca de su mujer estraviada.

Pero si este contingente nuevo de bellezas desconocidas no escitaba la sorpresa, pasaba á pesar de todo un hecho bastante singular, y del que los familiares del palacio no hubieran sabido darse explicación.

Las doce bailarinas que hemos visto abrir el baile estaban oficialmente segregadas, formando parte como los cipayos de la decoración y adorno de la fiesta.

Mr. Smith había sido quien les había proporcionado aquellos bellos trajes de bayaderas, y contando á Mirza resultaban trece mujeres disfrazadas de la misma manera. No podía, pues, haber mas, porque hubiera sido difícil el que los sastres de París hubiesen hecho mas trajes.

Estos, que conservaban una igualdad particular,

habían sido hechos bajo la dirección de Mirza en la misma casa.

Y sin embargo, si alguno hubiese pensado en contar las bayaderas, hubiera encontrado quince en este momento, todas rigurosamente semejantes, á excepción de las gasas diferentes de sus cinturas.

Había dos de mas, dos que sin duda no tenían derecho á asistir á estas fiestas, y que se habían esquizado fraudulentamente en ella á favor del disfraz oficial.

¿Pero por qué medio se habían procurado ellas este disfraz? Uno solo en rigor había admisible, aunque muy improbable. Mirza, que era la superintendente de las fiestas nocturnas del palacio Montalt, hacía siempre hacer algunos trajes mas para las eventualidades que pudieran ocurrir.

Tenía en una habitación cercana á la suya una especie de almacén donde se encontraban reñidos los disfraces de toda clase. Habíanse introducido en esta estancia tal vez. Habían robado aquellas túnicas bordadas de oro, aquellos cinturones flotantes y aquellas diademas de perlas...

Cualesquiera que fuesen, no debía costar gran trabajo reconocer á las dos ladronas despues de conocido el fraude. Estaban las dos jóvenes acusadas por su misma turbación y por el terror que se advertía en sus ademanes.

Permanecían al pié de la escalera estrechadas una contra otra y dirigiendo en torno suyo miradas de asombro.

Esto solo duró dos minutos. Despues cambiaron entre sí algunas palabras rápidas y se separaron bruscamente.

Estaba tomado en partido. Habian depuesto aquel aire de temor que pudiera haberlas vendido.

La primera, que llevaba por cinturon una gasa roja con franjas de oro, se fué directamente á la mesa de juego, donde Blas hacia maravillas.

La segunda, cuyo cinturon era verde, se dirigió hácia el noble baron Bibandier, medio acostado sobre unos cojines cerca de un canastillo de flores, y que estaba en la postura de un sátrapa gloriándose de su conquista.

Las dos pronunciaron algunas palabras á los oídos de nuestros dos caballeros.

El efecto fué admirable.

El señor conde de Monteiro dejó escapar de sus manos las cartas, poniéndose trémulo.

El noble baron de Bibandier se puso en pié de un salto.

Miraba con la boca abierta y con indecible sorpresa á la bayadera de cinturon verde, que se sentó tranquilamente á su lado.

La otra, la bayadera de cinturon rojo, tomó asiento á la mesa de juego, cerca del conde de Monteiro, estupefacto.

XVIII

CUATRO BAYADERAS.

Las palabras pronnciadas por las dos jóvenes desconocidas al oído del baron de Bibandier y del conde de Monteiro habian sido muy sencillas.

El cinturon rojo habia dicho al conde:

—Adios, Blas.

El cinturon verde dijo al baron:

—Adios, Bibandier.

Y esto seguramente con un tono amistoso y discreto en que nada habia de amenaza.

El conde de Monteiro buscó en seguida bajo la careta de su interlocutora las facciones regulares y bellas de Lola, porque ¿qué otra en aquella fiesta podia saber su nombre?

Esto solo duró dos minutos. Despues cambiaron entre sí algunas palabras rápidas y se separaron bruscamente.

Estaba tomado en partido. Habian depuesto aquel aire de temor que pudiera haberlas vendido.

La primera, que llevaba por cinturon una gasa roja con franjas de oro, se fué directamente á la mesa de juego, donde Blas hacia maravillas.

La segunda, cuyo cinturon era verde, se dirigió hácia el noble baron Bibandier, medio acostado sobre unos cojines cerca de un canastillo de flores, y que estaba en la postura de un sátrapa gloriándose de su conquista.

Las dos pronunciaron algunas palabras á los oídos de nuestros dos caballeros.

El efecto fué admirable.

El señor conde de Monteiro dejó escapar de sus manos las cartas, poniéndose trémulo.

El noble baron de Bibandier se puso en pié de un salto.

Miraba con la boca abierta y con indecible sorpresa á la bayadera de cinturon verde, que se sentó tranquilamente á su lado.

La otra, la bayadera de cinturon rojo, tomó asiento á la mesa de juego, cerca del conde de Monteiro, estupefacto.

XVIII

CUATRO BAYADERAS.

Las palabras pronnciadas por las dos jóvenes desconocidas al oído del baron de Bibandier y del conde de Monteiro habian sido muy sencillas.

El cinturon rojo habia dicho al conde:

—Adios, Blas.

El cinturon verde dijo al baron:

—Adios, Bibandier.

Y esto seguramente con un tono amistoso y discreto en que nada habia de amenaza.

El conde de Monteiro buscó en seguida bajo la careta de su interlocutora las facciones regulares y bellas de Lola, porque ¿qué otra en aquella fiesta podia saber su nombre?

¡Pero imposible sospecharlo! la desconocida, tan alta como Lola, tenía un talle mucho más juvenil, las espaldas menos anchas y menos desarrollado el pecho; además, Lola era morena, mientras que la diadema de perlas que servía de adorno á la desconocida dejaba escapar con profusión los bucles de los más hermosos cabellos castaños que se pueden ver.

El conde de Monteiro hizo un esfuerzo para dominar su turbación y recogió las cartas con una mano que á pesar suyo temblaba aún.

—No fijéis la atención en mí, dijo la desconocida con sencillez, y continuad vuestra partida.... estoy ociosa y esperaré.

El conde no tenía donde elegir, por lo que se vió obligado á obedecer.

Se le observaba; había sido advertida su turbación, pero se encontraba en aquella turbación una causa muy natural.

La jóven parecía admirablemente bella; era alguna bella fortuna que le llovía de las nubes al buen conde de Monteiro.

La partida empeñada era un ecarté. El conde tenía cuatro tantos y su compañero no contaba más que uno solo.

—Ved lo que hacéis, dijo este; feliz en amores desgraciado en el juego, señor conde. Ya os he ganado un tanto.

Blas apenas escuchaba. Sus ojos en lugar de se-

guir el juego intentaban penetrar por la careta que ocultaba á la desconocida.

El contrario apuntó el rey y dió bola.

Los mirones soltaron la carcajada.

El cinturón rojo se acercó de nuevo al oído del conde de Monteiro.

—Blas, le dijo, en otra época sabías jugar mucho mejor que ahora. Tú comías en la cocina mientras que tu amo comía en el salón. No te molestes por mí, te lo suplico; nada de cumplimientos, y vuelve el rey.

—Mirad, decían los circunstantes, cómo tiembla la mano de Monteiro cuando le habla al oído la linda bayadera.

—¡Motivo habrá!

—Apostaría á que es deliciosamente bella.

—Señores, el conde es un mortal afortunado.

El infortunado Blas sentía correr por su rostro gruesas gotas de sudor.

Mientras pasaba esto no debemos creer que el noble barón de Bibandier se encontrase en un lecho de rosas.

El cinturón verde tenía la lengua por lo menos tan punzante como la de su compañera.

Pero la turbación del antiguo bandido no se asemejaba mucho á la de Blas; tenía el aire más de espanto que de terror; hubiérase dicho que casi sabía con quién hablaba.

—Diablo, Bibandier, decía el cinturón verde, ya

vao que hemos dejado nuestro pobre chaqueton de paño burdo.

—¡Señora!... balbuceaba el baron, no os comprendo.....

—¡Oh! sí tal, Bibandier.... La prueba es que os olvidais de vuestra jerigonza al hablarme....

Y el cinturón verde al ver que Bibandier intentaba hablar con arreglo á las pocas lecciones de alemán que el peluquero Graff, luego cipayo, le habia dado, soltó la carcajada.

—Basta, basta..... exclamó la bayadera.... Vengo á buscaros desde muy lejos porque tengo en alto grado el insignificante defecto de ser celosa y la desgracia de matarme esa pasión.... ¡Ah! Bibandier, con vuestro chaqueton ordinario os amaba mucho mas que así.... ¡Ah! señor baron, ya sabeis cómo se vengán las mujeres.... Así es que tengo vehementes deseos de decir á todo el mundo que sois el enterrador de la aldea de Glenac.

El antiguo bandido se volvía y revolvía en sus cojines como si estuviese sentado sobre alfileres.

—No os conozco.... murmuró.

La bayadera apoyó la linda cabeza sobre el hombro, poniéndose á mirarle fijamente á través de los ojos de su careta.

—¡Ah! replicó la bayadera, ¿con que hemos heredado?... porque las cincuenta piezas de seis libras no hubieran bastado á poneros en tan buena posicion en la sociedad....

—¡Conde!... exclamaban en turno de la mesa

de juego, feliz en amores, desgraciado en el juego. Habeis perdido una gran partida.... Teniendo cuatro contra uno....

Blas se levantó. Estaba pálido, pero conservaba en sus labios la sonrisa, aunque forzada.

—Tengo muchas cosas que preguntaros, Blas, dijo el cinturón rojo sacándole fuera del círculo de jugadores.

—¿Y dónde se halla ahora el Americano, como le llamabais?

—¿Quién sois.... quién sois?... murmuró el conde con ademán aterrado.

—Zalamero, os encuentro muy curioso; ¿no queris decirme dónde está vuestro antiguo amo?

—Aquí.

—¡Perfectamente!.... He creido ver tambien á Lola... pero ¿me habré engañado?

—Es ella la que os ha aconsejado representar esta peligrosa farsa, ¿no es así?... preguntó vivamente el conde.

—¿Me he engañado? repitió la jóven.

—No.

—Al menos vos sois verídico.... y haceis bien, monsieur Blas, porque no estoy de humor de molestaros.

—Pero en nombre del cielo, ¿quién sois?

—Vos que habeis permanecido mucho tiempo en Bretaña, debeis saber que las pobres jóvenes muertas antes del matrimonio, vuelven á veces al mundo.

Blas se estremeció. Le pareció que los ojos de

la bayadera brillaban tras su máscara de terciopelo como dos carbones encendidos.

—Y también debéis saber, prosiguió, dando á su voz inflexiones profundas, que Dios envía á veces á la tierra á las víctimas para desenmascarar á los asesinos y descubrir el crimen.

Blas no interrogaba, pero proseguía mirando á la jóven, agarrada á su brazo, y en sus ojos se retrataba el colmo del terror.

—Ya veo que os acordáis... prosiguió la bayadera, y que no tendré necesidad de recordaros la noche de San Luis.

—Es imposible... balbuceaba Blas, que se creía juguete de una pesadilla; es imposible....

El cinturón rojo le apretó el brazo.

—¡No mintais!... dijo con tono imperioso. ¿Está Blanca de Penhoel entre las mujeres enmascaradas?

—¡No!....

—¡Ay de vos si mentís!

—¡No os engaño!

—Y... prosiguió la jóven desconocida dudando, esos dos jóvenes que estaban con vos en Penhoel?....

—¿Quiénes?

—El pintor y el hijo adoptivo....

—¿Enrique Moreau y Roger de Launoy?

Los ojos de la jóven se medio cerraron, y Blas aprovechó este movimiento para dirigirle una mirada escrutadora.

—¿Qué es de ellos? preguntó la jóven.

—¡Están aquí!... respondió Blas.

Esta vez fué la jóven la que se estremeció.

Había llevado á Blas insensiblemente á un sitio sombrío y solitario.

—Gracias, dijo; me habeis dicho cuanto quería saber... ahora sabed otra cosa... Esta palabra repetídsela á vuestros cómplices, Mr. Blas, porque pudiera ser vuestra sentencia... Habeis enviado á los piés de Dios á las que eran demasiado débiles para combatirós sobre la tierra. Ahérá son ya fuertes; ¡ved lo que haceis!... Si sucede alguna desgracia al Angel de Penhoel, que teneis en vuestro poder, podréis decir adiós á vuestra vida de infamias y de crímenes, Mr. Blas, porque sobre vuestra cabeza pesa una mano armada... la mano de vuestras víctimas, que no podreis asesinar dos veces.

Blas estaba trémulo, y sin embargo, se sublevaba energicamente contra esa fantasmagoría imposible. Para sostener su incredulidad estaban la luz y el ruido de la fiesta. No era aquel el lugar de una aparicion.

Tal vez si se le hubiese presentado semejante vision allá abajo en Bretaña, bajo los muros negros de la torre del Primogénito, á orillas de los melancólicos riachuelos de los campos de Glenac, tal vez hubiera caído como herido de un rayo.

Porque en esos lugares tristes y consagrados por los terrores populares, habla todo al alma un lenguaje misterioso y sobrenatural.

Bajo aquellos grandes saucés pasan y repasan las

pálidas vírgenes que se llaman Hijas de la Luna.

La Dama Blanca deja flotar al viento sus largos velos como los sudarios de los muertos.

Y luego aquel era el teatro del asesinato.

Y esa joven que conocía los secretos de la terrible noche, tenía en verdad el talle y hasta la voz de una de las dos jóvenes víctimas.

Pero aquí, bajo los brillantes resplandores, en medio de aquellos alegres rumores, á cien leguas del abismo donde las dos jóvenes habían encontrado la muerte, era mucho haber dado algunos minutos al movimiento de terror supersticioso é irrealizable.

Desde que pudo reflexionar recobró valor.

—Ignoro quién sois, señora, dijo, y no oculto el terror que me habeis causado... pero dejad quietas, creedme, las cosas del otro mundo. Sabeis bastante para cansarnos por una sola vez placer ó terror cuando bien os parezca... En cuanto á sonadarnos con charlatanerías, puede suceder una vez, pero no dos....

Y se interrumpió lanzando un grito ahogado... un grito de espanto y horror.

Hablando así se había vuelto hácia la bayadera para apoyar con una mirada firme y serena la peroración de su discurso.

La joven estaba inmóvil á su lado.

Se había quitado la careta.

Ella retrocedió asustado, cubriéndose el rostro con las manos.

Había visto un fantasma.

Cuando volvió á abrir los ojos había desaparecido la joven. Se encontró en frente de Bibandier, pálido, asustado y con las miradas estraviadas.

—¿La has visto? preguntó con voz ahogada.

—¿Qué quieres, hombre? replicó el antiguo bandido, que no podía contener su temblor. Cuando el diablo mete la pata... nada se puede....

—¿La has visto?

—¡Pardiez! si la he vieto.... Es preciso advertir al Americano.

—¿Dónde ha ido?

—El diablo lo sabe.

Y el antiguo bandido añadió en voz baja levantando los ojos al cielo:

—¡Tened buen corazón!... y seréis recompensado de este modo....

El baile se mostraba bajo un aspecto mas gracioso y lleno de voluptuoso reposo. Habían cesado las contradanzas; veíanse por todos lados sobre el césped parejas amigas llevando á sus labios, pálidos de fatiga, el cristal tallado de los vasos.

La tibia atmósfera del jardín embriagaba casi tanto como los mil brevajes servidos con profusion. Las mujeres tomaban sin advertirlo posturas abandonadas en que su belleza, vendida, se revelaba mas suave y mas poderosa; los pechos palpitaban oprimidos por ese aire cargado de perfumes; las manos se entrelazaban y las miradas se buscaban lánguidas y abrasadoras.

Pobres recuerdos de Penhoel, ¿dónde estais? ¿En aquel momento habia para Roger en el mundo otra mujer que la rubia Delfina? ¡Ay! El mismo Enrique perdía la cabeza al contemplar los hermosos ojos negros de Hortensia.

Habíase desafiado á las dos encantadoras. Preciso era ver los asaltos de seducción y de ardientes palabras que daban. ¡Oh! las dos divinidades fingian tan perfectamente el amor, que este mismo no lo hubiera hecho mejor! ¡Engañar así es amar! Y tal vez ellas amasen....

¿Quién sabe? Apenas hacia dos meses que estaban en la Academia real de música. Habíase visto naturalezas muy robustas que despues de dos meses conservaban allí alguna parte de corazón.

No amaban, ¿y qué importa? Entonces era todo arte.... una verdadera obra maestra. Era forzoso admirar esa naturaleza precoz y profunda que copiaba con una verdad sublime hasta los impulsos de la pasión.

Roger estaba vencido; Enrique vacilaba y combatía aún.

Pero habia un síntoma terrible.

Hacia la mitad del baile le habia entregado un criado una carta con el sello de Redon.

Y Enrique habia estrechado contra su pecho aquella carta, guardándosela despues sin abrir.

Aquella carta, que sin duda hablaba de Diana....

Enrique, el valiente, el constante, habia hecho esto.

¡Ay! ¡pobres niñas de Bretaña!

Montalt era el mas fuerte. ¡Qué triunfo tan notable! Al fin habia conseguido asesinar el porvenir de las dos niñas desconocidas.

Continuaba sentado al lado de Roberto, que proseguia su narración.

Mientras el nabab escuchaba conservaba su hermoso rostro la calma de la indiferencia, y sin embargo, preciso era que los hechos contados por Roberto le inspirasen algun interes para que el tiempo no se le hiciera demasiado lento; no pensaba ya en abandonar su puesto, á pesar de que la historia se prolongaba demasiado.

Roberto hablaba con facilidad y elegancia. En aquel momento excitada su imaginación formaba sobre un fondo verídico mil detalles curiosos. Ponía en aumentar el interés de su narración esa coquetería del novelista que tiene siempre en suspenso el ánimo del lector.

Montalt y él habian llegado á Paris casi al mismo tiempo. La casualidad los habia reunido al momento. El encuentro se habia hecho en el círculo de los extranjeros.

Roberto iba á él escoltado por sus dos acólitos y provisto de todas armas contra las injusticias de la suerte.

Montalt por su parte buscaba el modo de matar el tiempo sacudiendo el enojo que se apoderaba de él en medio de su dorada vida.

Como el nabab jugase muy fuerte, como mirase

con igual sangro fría cuando perdía enormes sumas como cuando amontonaba delante de sí grandes puñados de oro, procuraron los noticieros del círculo saber cuanto antes la posición que ocupaba en la sociedad.

Roberto lo juzgaba un truhan de primera clase.

Ya sabemos que en caso de necesidad era hombre que podía alternar con cualquiera. Las indirectas que dirigió fueron prudentes y discretas; no fueron rechazadas.

Al cabo de una ó dos semanas pudo creerse perfectamente amigo íntimo del nabab.

Este lo acogió muy bien, aparentando considerarle mucho.

Sin embargo, había señales muy marcadas que un observador hubiera podido advertir, y que le hubiesen hecho conocer que Roberto no había puesto bien la venda sobre los ojos de su nuevo amigo.

Montalt lo tenía siempre á alguna distancia, aunque insignificante. Hubiérase dicho que sin esfuerzo y de una sola ojeada había conocido todas las habilidades de que era capaz el caballero Las Matas, y que esto era para él un nuevo modo de pasar el tiempo y una especie de estudio que hacía tranquilamente y á su placer.

El caballero seguía hablando, anudando los hilos de su intriga.

Montalt se divertía en mirarle.

Pero los observadores se engañan á veces á fuerza de abrir demasiado los ojos para abarcarlo to-

do con la vista; tal vez en Montalt no hubiera nada de eso.

Era un espíritu perezoso, un corazón cansado. Un estudio de esa naturaleza, que hubiera casi supuesto el don de segunda vista, hubiese cansado su indolencia.

Así pues el caballero de Las Matas, que era sin embargo un hombre prudente, no había concebido nunca la menor inquietud sobre ese asunto.

Seguía su camino haciendo cada día progresos muy decentes.

Montalt debía concluir por entregarse al fin. Los dos estaban bajo una gruta sentados muy cómodamente delante de un frasco de Johannisberg; Montalt servía de beber á Roberto y éste apuraba los vasos para sostener su elocuencia.

Había ya contado sin pronunciar nombre alguno su llegada á Penhoel.

—He aquí cómo fué mi début, milor, dijo interrumpiéndose; ¿qué tal os parece?

—Muy bueno, caballero; esos fugidos bandidos, esa tempestad, esa inundación en medio de la noche, en fin, el interior de esa familia patriarcal... sois un narrador muy ingenioso.

—Soy un historiador, milor... Todo cuanto os he dicho es la expresión pura de la verdad... El Angel, las dos hermanas vestidas de aldeanas, el anciano tío, el posadero... el brujo, nada he inventado!

El nabab se arrellanó en los cojines.

—Continuad, dijo.

—Desde aquella noche, prosiguió Roberto, fué todo medido; comprendí que había allí elementos para hacer un magnífico negocio. Un hombre sencillo, débil, algo brutal. Una mujer que tenía un secreto... y muy cerca de ellos un enemigo hereditario, poderosamente rico, y que iba á hacerse un aliado natural.

Los ojos de Montalt se cerraron á medias y su mirada pasó rápida por el encendido rostro de Roberto.

Bien que este hombre fuese la indiferencia personificada, ó que no se tomase cuidado de arreglar su fisonomía, no se sabía nunca adivinar su pensamiento.

Por ejemplo, en aquel momento, en que todo en él aparentaba conservar el aspecto de la fría tranquilidad, había sin embargo en su mirada, que se deslizaba por sus párpados entreabiertos, una sutileza pronta. Aquella mirada revelaba una nueva situación.

Podíase preguntar si tanta frialdad era una simple comedia. Podía creerse que á pesar de la reserva del narrador, que ocultaba los nombres de los personajes, Montalt veía á través de ese velo de misterio.

¿Pero qué podía ver? Roberto hablaba de la Señora, del posadero, del brujo...

Estas cosas las hay en todas partes.

Mientras procuramos dar una significación á lo

que tal vez no la tuviese, había perdido la mirada de Montalt aquella ardiente llama, volviéndose distraída hácia el baile.

Veía únicamente lo que Roberto quería mostrarle, y era forzoso no compadecerse de su atención demasiado curiosa, porque apenas se dignaba escuchar ahora.

Roberto proseguía contando como un poeta guerrero hubiese cantado sus propias hazañas, las tenebrosas maquinaciones que habían ocupado los primeros meses de su permanencia en el castillo de Penhoel.

Manifestaba con complacencia los progresos de ese veneno mortal vertido gota á gota en el desgraciado René; Lola, el juego y la embriaguez... los celos en fin, esa maza que había terminado los efectos del veneno.

A medida que avanzaba la historia se hacía más visible lo que acabamos de referir; en Montalt había dos hombres, uno cuyo corazón y talento dormitaban á la vez, otro que seguía con concentrada atención cada frase de la narración de Roberto.

Este hombre se ocultaba tras aquel, y al primer aspecto no hubiésemos visto más que indiferencia y cansancio en el hermoso rostro del nabab, que parecía saborear su perezoso reposo.

Luego, repentinamente, un estremecimiento débil, un resplandor que se dejaba ver bajo sus párpados, todo es decía que había allí una inteligencia

despierta, un oído atento, un corazón palpitando con fuerza.

Y entonces veíais, ó al menos creíais ver, bajo la máscara de su pesada indolencia, esfuerzos nerviosos é inquietos, el deseo apasionado de comprender la luz que se enciende repentinamente despues de pasada la noche.

Porque suponiendo que no se hubiese engañado al construir ese débil edificio hipotético, suponiendo que en efecto habia bajo el sueño aparente de este hombre tanta vida ardiente, lo cierto era que no sabia nada.

¡No sabia! Un resplandor aparecia en lontananza ante su inteligencia. Sus facultades se preparaban todas á la vez. Despues salian algunas palabras de los labios de Roberto; apagábase la luz; todo desaparecia.

Roberto estaba muy distante de sospechar que hubiese despertado esta tempestad.

Su mirada interrogaba con frecuencia la del nabab, en que siempre se mostraba una calma inalterable.

Llegó un momento en que Roberto se impacientaba y maldecia la frialdad de esa estátua de carne y hueso que nada podia conmover.

Hubo un momento en que su amor propio de narrador se sintió resentido.

Era en la situacion mas dramática, en el momento en que Marta entraba en escena perseguida por

esa fatalidad trágica que desde hacia tres años pesaba sobre la familia.

El nabab se incorporó de pronto; abriéronse desmesuradamente sus ojos, pero no fué para mirar á Roberto.

Alguna cosa mas interesante llamaba la atencion de milor, que se puso á sonreír.

Hortensia, apoyada en el brazo de Enrique, y Delfina, con los brazos colocados sobre los hombros de Roger, acababan de detenerse á la entrada de una gruta.

Abandonaban el césped iluminado y buscaban la sombra de los bosques. El nabab tenia razon para sonreír.

¡Pero otra cosa! El nabab apoyó los codos en la mesita para ver mejor. Habia un barullo, una pequeña farsa cuyo argumento no comprendia.

Detrás de las dos parejas, que ya se entendian á las mil maravillas, se deslizaban de árbol en árbol dos mujeres, dos mujeres colosas á no dudarlo, que parecia espiaban hasta los menores movimientos de nuestros improvisados enamorados.

¿Qué queria decir eso? Eran dos bayaderas como Hortensia y Delfina, y el nabab las juzgaba encantadoras por las apariencias.

Nuestras dos parejas pasaron para perderse mas adelante en la sombra de los árboles. Las dos desconocidas pasaron tambien.

Montalt, dedicado á sus observaciones, no habia

podido advertir que el caballero de Las Matas había suspendido su narración durante un momento.

Roberto había tenido también su distracción.

Mientras que el nabab apoyaba los codos sobre la mesita, habían aparecido á Roberto dos fisonomías por detrás de la inclinada cabeza de aquel.

Esas dos fisonomías, pálidas y alteradas, pertenecían á nuestros dos caballeros, que hacia ya algunos minutos se esforzaban en vano por llamar su atención.

Blas tosía discretamente y Bibandier ejecutaba con ayuda de su brazo una serie de señales telegráficas.

Desde que vieron que Roberto los apercibía, lo llamaron con un gesto retrocediendo á la sombra. Pero Roberto no tenía ánimo de abandonar su puesto. Creyó adivinar que se trataba de alguna pérdida al juego, y se encogió de hombros, demostrando indiferencia.

Blas y Bibandier comenzaron á renovar sus significativas señales, y Roberto les volvió la espalda, prosiguiendo su narración.

Como Enrique y Roger habían desaparecido detrás de los árboles, se puso á escuchar el nabab.

Era una desgracia que sus miradas no pudieran penetrar en aquel momento el follaje que había entre las dos parejas y él. La confusión crecía en efecto por aquella parte; la farsa iba tomando carácter.

De pronto y cuando el follaje les ocultaba al fin

la importuna luz, se vieron Enrique y Roger con dos compañeras cada uno en vez de una.

Dos bayaderas, de las que una llevaba cinturón rojo con franjas de oro, habían tomado con la mayor sencillez el brazo de Enrique, mientras que la otra, que llevaba cinturón verde, apoyaba su mano en el brazo de Roger.

Mlles. Hortensia y Delfina tomaron esta acción con bastante alegría: apostrofaron á sus dos rivales con el lenguaje que se usa en los bailes de máscaras. Estas no les respondieron.

Enrique y Roger no tenían la experiencia suficiente para llevar cual se debe esa capa de don Juan que de pronto les ponían sobre los hombros. Esta buena fortuna no deseada les causó el mismo embarazo.

—No quiero á nadie mas que á tí, dijo Roger á Delfina, y no conozco á esta mujer.

Enrique por su parte decia á Hortensia:

—Te juro que no comprendo nada de esto... esta mujer me es completamente desconocida.

Hortensia y Delfina respondieron inspiradas al mismo tiempo por la lógica mas elemental:

—Despedidlas.

Enrique y Roger no anhelaban otra cosa mas que obedecer. Hicieron un esfuerzo por separarse; pero ya sabemos por el ejemplo de nuestros dos pobres caballeros, que el cinturón rojo y el verde no solían su presa tan fácilmente.

Permanecieron mudas y obstinadamente agarradas al brazo del pintor y del secretario del nabab.

—Mr. Enrique, dijo al fin Hortensia, sois un caballero.

—¡Ah Roger, Roger! suspiró Delfina, ya mas familiar; queria estar alegre, pero esto me disgusta mucho.

Los dos pobres jóvenes, inocentes hasta el extremo, se confundian en protestas y juraban repetidas veces que no tenian amantes.

Este juramento, que salió á la vez de los labios de Enrique y Roger, pareció desatar la lengua de las dos desconocidas.

—¿Y Elena?... murmuró el cinturón verde al oído del secretario.

—¿Y Diana?... preguntó el cinturón rojo al pintor.

La oscuridad que reinaba bajo los árboles ocultaba la palidez súbita de los dos jóvenes. Pero Hortensia y Delfina no sintieron menos el efecto de estas palabras, porque Enrique y Roger se estremecieron bruscamente.

—¿Qué hay? preguntaron: ¿Es que decididamente no podeis desembarazaros de esas?

Enrique y Roger guardaban silencio inmóviles y como aterrados.

No contestaban á la dulce presión de los bellos brazos de sus bailarinas.

—Sin embargo, no hace mas que dos meses! dijo

el cinturón rojo con voz baja y lenta; ¡dos meses bastan para olvidarl!...

—Engañábais á la pobre niña, murmuró el cinturón verde con acento tan triste, que Roger sentia oprimido su corazón, cuando le deciais en la calle de los castaños que costea el río: Nunca amaré mas que á vos; os amaré eternamente....

Los dos jóvenes estaban excesivamente conmovidos; y sin embargo, estaban convencidos de que era una mistificación preparada por el mismo nabab.

¡Gustaba tanto Montalt de burlarse de sus recuerdos! Habian tenido la candidez de contarle su historia de amor hasta con los menores detalles. Montalt no ignoraba ninguna circunstancia excepto el nombre de Penhoel, que un instinto de discrecion y de delicadeza les habia hecho callar. Nada le era mas fácil que embromarlos de este modo por medio de cualquiera.

Pero el juego era cruel, y esta queja, que les llegaba en el momento en que olvidaban un instante el pasado, sonaba en su corazón como una reprension amarga.

Enrique callaba porque estaba mas impresionado. En el carácter de Roger estaba el intentar al menos un poco de fanfarronería.

—¡Va, querida mía!... exclamó aparentando indiferencia; esa historia es mas antigua que el diluvio.

Sintió temblar las manos de la desconocida que se apoyaba en su brazo.

—¡Oh, oh! dijo; muy bien os han enseñado el papel, querida mía.... Vaya, acabemos, porque no tenemos tiempo para enternecernos.

Un sollozo agitó el pecho del cinturón verde. Roger lo oyó, y fué como si hubiesen echado sobre su corazón un peso mortal.

—¡Enrique! murmuró el cinturón rojo..... Dios os bendecirá por no haber hablado como vuestro amigo.... Muchas desgracias han caído sobre el castillo, y sin duda las ignorais.... Haced que esas mujeres se alejen y os diré lo que ha sido de las personas que en otro tiempo habeis querido tanto.

—¡Alejar esas mujeres! repitió Mlle. Hortensia; ¿qué quiere decir eso?

Enrique, cuya cabeza se inclinaba pensativa, la levantó bruscamente como un hombre que se despierta.

—Decís cosas muy graves, señora, dijo dirigiéndose á la desconocida, que rechazó bruscamente; pero no quiero oiros, porque ignorais sin duda el daño que me causais.

—Niña, dijo Hortensia, eso significa en francés.... que yo consigo la victoria.

—En cuanto á vos, señorita, prosiguió Enrique, que saludó á su bella bailarina con marcada frialdad, dispensadme que os abandone; pero reflexionó que acaban de recordarme, aunque por burla, lo que un hombre de honor no debe olvidar jamás.

Y se alejó, dejando á Hortensia sorprendida confusa sobremanera.

—¿Y vos? dijo la del cinturón verde, que habia permanecido cerca de Roger.

Este dudó un momento y luego soltó á su vez el brazo de la bailarina.

—¡Oh! exclamó patéticamente Delfina; ¡va á abandonarme así!....

Roger exhaló un suspiro y siguió con leuitud los pasos de Enrique.

Las dos bailarinas se miraron á la vez con aire trágico cómico.

—¡Son buenas figuras!.... suspiró Hortensia.

—¡Mucho!

—¡Pero cándidos! cándidos!

—Como tiernas palomillas, querida mía.... terminó Delfina.

Luego añadió, colocándose bien las perlas de su diadema:

—Yo estaba segura del mio.

—Y yo tambien.

—¡Oh! tú no tanto.... ¿pero qué importa? quiero mi billete de quinientos francos. En el contrato no se ha puesto que vinieran unas mujercillas á quitárnoslos.

—¡Yo que habia representado tanto! dijo Hortensia. En mi vida he suspirado como esta noche.... ¿pero dónde están esas lloronas? No las he conocido.

Y miraron en torno suyo.

—Ni yo. Estaba tan oscuro....

—Desaparecieron.... exclamó Delfina.

—¡Evaporadas! Apostaría á que es una jugarreta de ese viejo Smith para impedir que váyamos á la cueva....

—Vamos á sacarle los ojos....

Hortensia hizo una pirueta. Delfina le devolvió dos. Se agarraron de la mano y volvieron al salón bailando un vals como dos bienaventuradas.

A algunos pasos de allí se habían detenido Enrique y Roger.

Enrique parecía absorto en sus tristes reflexiones. Roger cantaba entre dientes, rompiendo los tallos de las lilas, que no tenían parte en su contatiempo.

El joven pintor rompió el silencio.

—Han hablado de desgracia.... dijo.

—¿Y haces tú caso de esas charlatanas? murmuró Roger sin tomarse el trabajo de ocultar su detestable humor.

—No sabia.... respondió Enrique.... Casi tengo un presentimiento....

—¡Psih!.... hizo el secretario.

Enrique prosiguió:

—La máscara cambia de voz, y ese brillante traje está muy distante del que llevaban en Penhoel las dos pobres niñas.

Roger hizo un gesto desdenoso, prosiguiendo rompiendo las ramas de lilas.

—¡Si fuera posible creer!.... murmuró el joven pintor.

—¡En buena hora! exclamó Roger. Ya estás cavilando. Al diablo si se puede saber á dónde vamos á ir á ponerte, maldito camiao! pero reflexiona, hombre, que las dos están muy tranquilamente en el castillo, y te aseguro que á estas horas piensa tanto Diana en tí como Elena en mí.

—¡Desgracias! repitió Enrique; en efecto, cuando nosotros salimos de Bretaña amenazaba la desgracia.

—¡Bah! hizo Roger, que á fuerza de escepticismo se vengaba del esfuerzo virtuoso que había hecho para soltar el brazo de Mme. Delfina; ¡á nadie se habrán comido!

Enrique proseguía sin escucharle:

—Si esa voz que ha venido á despertarnos en medio de nuestro sueño fuese un eco de las suyas!

—¡Diablo!.... á cien leguas de distancia.... ¡vaya un eco!....

—¡Pobres niñas! si creyeran que las habíamos olvidado.

Enrique y Roger estaban en el sitio mas sombrío del jardín, y sin embargo, un escaso follaje los separaba del baile, que se reanimaba despues de algunos momentos de reposo.

Roger tomó el brazo de Enrique para llevarlo hacia la fiesta. Las dos desconocidas estaban detrás de ellos.

—¿No creéis nada? dijo la que llevaba el cinta-

ron rojo, contestando á las últimas palabras del pintor; ¿ignorais lo que ha pasado en el castillo?

Enrique guardó silencio luchando entre la impresión que le habían causado esas palabras y la idea que tenía de que todo era una farsa.

Roger murmuró entre dientes:

—Yo sé una cosa, que no se han dignado contestar á mis cartas, y que se trata de olvido; no soy yo el que ha empezado... pero mitor me pagará esta mascarada.

—¿No respondeis! prosiguió el cinturón rojo, cuya voz desconocida despertaba sin embargo en el fondo del corazón de Enrique una emoción extraña. ¿De veras no habeis sabido nada de esa funesta historia?

Voy á deciroslo. Los que en otra época conocisteis en el castillo... René, la Señora, que tanto amábais vos y Roger de Launoy, y el tío Juan!

—¿Y bien? dijo Enrique con nerviosa impaciencia.

—Los han echado. ¡Se mueren de miseria y de hambre, ellos, que eran tan caritativos!

Roger, á pesar del partido que habia tomado de no creer nada, no pudo contener una exclamación de asombro.

Enrique no reflexionaba. Que fuera ó no una escena preparada por el nabab, sus recuerdos, evocados violentamente, invadían su corazón. Creía.

—¿Cuanto tenemos es suyo? exclamó. ¿Dónde los encontraremos?

Con un movimiento involuntario habia tomado la mano de la desconocida, que estaba fria.

El cinturón verde no habia hablado aún. Ella fué la que contestó. Su voz, seca é irritada, parecia dirigirse á Roger.

—No necesitan de vosotros, dijo. Quienes no han abandonado á René y la Señora en la hora de su angustia, se han encargado de socorrerlos.

—¿Aun falta mas! prosiguió la otra jóven. Blanca, á quien llamábais el Angel, ha sido robada á su madre por unos miserables.

—Henos aquí dispuestos para hacer cuanto sea necesario para encontrarla, dijo Enrique.

—Otros se encargarán de este cuidado, replicó el cinturón verde. No se os necesita.

—Pero, replicó Enrique dudando, no nos hablais de ellas, de las que amamos.

Las dos jóvenes guardaron silencio.

Estaban inmóviles en la sombra de la gruta y tenían las manos agarradas. Roger se habia acercado.

—¿Os lo ruego! dijo Enrique; hubiéramos podido hallar el medio de saber quién sois y no lo hemos hecho. Os lo suplico; dadnos noticias de Diana y Elena.

—¿Diana ha muerto! respondió en voz baja el cinturón rojo.

Y el cinturón verde añadió:

—¿Elena ha muerto!

Los dos jóvenes permanecieron anonadados. En

ese primer momento de angustia se desvanecía toda idea de superchería.

Únicamente después de algunos minutos fué cuando Roger exclamó, trémulo de indignación:

—¡Esas son mentiras odiosas! Enrique, ven, dejemos á estas mujeres.

Quería llevarse al pintor, pero éste se resistía.

—Quien quiera que seáis, dijo con la voz entrecortada por la emoción, tened piedad de nosotros en nombre del cielo! Si habeis venido á nosotros mandadas por Berry Montalt para destruir un amor que es nuestra esperanza y nuestra vida, os perdonamos! Pero ¡por piedad, decidnos, decidnos que esto no es mas que una comedia!

—¡Diana ha muerto!... repitió el cinturón rojo.

—¡Elena ha muerto! dijo la otra jóven.

Sus voces habian cambiado de acento.

Temblaban.

Roger se cubrió el rostro con las manos, y las lágrimas corrieron por entre sus dedos.

—¡Oh Elena!... ¡Elena!... murmuró sollozando.

Enrique estaba inmóvil como una estatua.

—¡Han muerto!... replicó el cinturón rojo, asesinadas....

Enrique dió un paso atrás y su pecho exhaló un sordo gemido.

—Asesinadas por un hombre que baila en esta solemne fiesta.... añadió la jóven.

—¡Su nombre!... exclamaron á la vez Enrique y Roger.

Luego añadió Roger, alimentando su esperanza:

—¡Pero es imposible!... ¡Dios mío!... lo hubiéramos sabido!

—¡Las dos pobres niñas os amaban! pronunció lentamente el cinturón rojo: una vez que decís que les habeis escrito, preciso es que hayan muerto para no haber contestado á vuestras cartas.

—¡Una carta!... exclamó Enrique, á quien esta palabra pareció reanimar repentinamente; tengo una carta.... vamos á ver....

Y buscó en el bolsillo de su frac, de donde sacó una carta con el sello de Redon. Sus manos temblaban tanto, que no pudo abrirla.

Cuando al fin hubo hecho saltar el neta, fuese porque sus ojos estaban turbados, fuese por la gran oscuridad que reinaba, no pudo conseguir descifrar el contenido.

Roger tenia un velo sobre los ojos.

Ambos se precipitaron hácia la luz. La carta era del compañero de Enrique y confirmaba lo que las dos jóvenes acababan de decirles.

Pontalés era dueño del castillo de los Penhoel, que despojados vagaban por donde no se sabia: las dos hijas del tío Juan, pobres Hijas de la Luna, decía el artista breton, aludiendo á la leyenda bretona, habian sido enterradas en el cementerio de Glenac.

Roger lloraba como un niño.

Enrique, secos los ojos y lívido el rostro, volvió precipitadamente sobre sus pasos.

Quedábale una vaga esperanza.

Bajo el frondoso follaje, en el sitio donde habian quedado las dos jóvenes, no habia ya nadie.

Enrique buscó por todos lados: fué en vano.

Roger y él llamaron.

No obtuvieron respuesta.

Unicamente al dejarse caer sobre el césped destrozada el alma y el corazon, llegó una voz hasta sus oidos, voz melancólica y dulce que sonó como el eco de un ¡ay! lejano entre los acordes de la orquesta.

Esa voz decia las siguientes palabras:

¡Hijas de la Luna!



XIX.

UNA HISTORIA.

—Pero no bebeis, caballero, decia Montalt destapando la tercer botella de vino del Rhin.

Roberto presentó su vaso; sus mejillas eran de color de púrpura y su mirada estraviada.

—¡Ah! murmuró guiñando un ojo con misterio; no quería referiroslo todo, pero sé muy bien á quién me dirijo... ¡Diablot como si no prefiriérais hacer negocios conmigo á venderme...

—¿Venderos?

—¡Y bien! cuando querais... no sabeis los nombres ni las señas, mi querido lord!... y de Rennes hasta Brest hay mas de un castillo, mas de una familia arruinada y mas de un bendito marido en

Quedábale una vaga esperanza.

Bajo el frondoso follaje, en el sitio donde habian quedado las dos jóvenes, no habia ya nadie.

Enrique buscó por todos lados: fué en vano.

Roger y él llamaron.

No obtuvieron respuesta.

Unicamente al dejarse caer sobre el césped destrozada el alma y el corazon, llegó una voz hasta sus oidos, voz melancólica y dulce que sonó como el eco de un ¡ay! lejano entre los acordes de la orquesta.

Esa voz decia las siguientes palabras:

¡Hijas de la Luna!



XIX.

UNA HISTORIA.

—Pero no bebes, caballero, decia Montalt destapando la tercer botella de vino del Rhin.

Roberto presentó su vaso; sus mejillas eran de color de púrpura y su mirada estraviada.

—¡Ah! murmuró guiñando un ojo con misterio; no quería referiroslo todo, pero sé muy bien á quién me dirijo... ¡Diablot como si no prefiriérais hacer negocios conmigo á venderme...

—¿Venderos?

—¡Y bien! cuando querais... no sabeis los nombres ni las señas, mi querido lord!... y de Rennes hasta Brest hay mas de un castillo, mas de una familia arruinada y mas de un bendito marido en

la posición de... me comprendéis.... ¡Ah! ¿pero en qué estaba?

Montalt se sonreía.

—Estábais, respondió, en esa carta que robásteis á la Señora con una destreza sin ejemplo.

Roberto dió gracias con un grave movimiento de cabeza y llevó el vaso á los lábios.

En este momento en que no podia observar al nabab, oscureció la fisonomía de éste como un velo de tristeza. Durante un momento de razon espresaron sus facciones un desaliento profundo y amargo. Esto duró muy poco, porque cuando Roberto dejó su vaso vacío en la mesita, habia recobrado Montalt su sonrisa plácida y ligeramente enojada.

—¡Pestel... dijo Roberto; creo que consigo un triunfo... La historia os divierte, puesto que recordais hasta sus mayores detalles.

—Nunca me ha divertido tanto historia alguna, replicó Montalt con ese tono de complacencia fria que toman los oyentes resignados.

—¿No estais disgustado, mi querido lord? Sin embargo, Dios sabe que paso por alto aventuras muy extraordinarias... Vos teneis la culpa.... Nos tratais de un modo recio, y nosotros los españoles tenemos la cabeza fácil de exaltarse.... Decís, pues, que estaba en la carta.... Pero ¡bah! mucho tiempo antes de que sucediera eso poseia yo el secreto de la dama....

—Una idea, milor.... ¿Quereis que vuestro primer negocio se verifique en Bretaña?

—Caballero, no digo que no... replicó Montalt.

—He oido decir que detestais la Bretaña....

—Razon de mas para hacer en ella negocios.

—Bien, muy bien; así me gusta, exclamó Roberto. No es gran cosa, pero al fin para un inglés! Diablo, milord, recuerdo que estais en vuestra casa, y os suplico que no os incomodeis. ¿Comprendéis? La fortuna de nuestro buen hombre estaba ya destruída muy regularmente, y el Capuleto, el famoso enemigo hereditario, habia dejado en la casa de Mr. La Chicane los documentos que nos constituian, á medias por lo que es cuenta, propietarios de la mitad de los bienes del Montesco.

Roberto, que era un bribon algo instruido, habia encontrado para Pontalés y Penhoel estos dos seudónimos románticos.

—Pero, prosiguió, teníamos á la señora Montesco, la madre del Angel, que á pesar de la infidelidad de su esposo, ya sabeis que estaba enamorado de Lola, ejercia sobre él una influencia peligrosa. Mme. La Montesco es una mujer muy bella, y si hubiera tenido tiempo me hubiese hecho amar de ella sin demasiada repugnancia para arreglar la cosa de una sola vez. Pero finalmente, esto hubiera sido pagar muy caro algunos miles de francos de renta.... Os ruego que creais, milor, que no me prodigo con tanta facilidad....

Montalt no se movia. Sin embargo, una mirada mas penetrante que la de Roberto hubiese distin-

guido tal vez á través de aquella apariencia de tranquilidad impasible, una señal de malestar bien pronto reprimida.

Pero Roberto no habia mirado. Seguia laboriosamente el hilo de su relato, y no era poco si ponía cuidado en no perderse. Porque el nabab le escanciaba siempre y su embriaguez iba aumentándose por grados.

—¿Os he hablado ya del otro? preguntó interrumpiéndose bruscamente... sí, ya he debido deciros algunas palabras acerca del tío de América... otra variedad de fósil que segun dicen es poderosamente rico, y del que espero heredar mucho dentro de algunos dias.

—¡Sois un hombre admirable!...

—Mil gracias... Os he hablado del tío de América porque la carta estaba dirigida á él.

Un imperceptible estremecimiento agitó las facciones de Montalt, que bajó los ojos como si esta vez hubiese temido cruzar su mirada con la de Roberto.

—¡Qué inocente crimen, mi querido lori!... exclamó este último... ¡y cuántos toneles de lágrimas ha causado!... Diríais que era una página mojada con el llanto de trescientas grisetas y unida á una novela pueril y tonta de ese buen Ducray-Dumenil.

Y se interrumpió para soltar una carcajada.

Estaba beodo.

—Servidme un vaso de cualquier vino si gustais...

Y el primogénito partiendo para la Siria siempre con las lágrimas en los ojos.... ¡Vivan las lágrimas!....

¡A vuestra salud, milor!...

¡Oh, oh!... ¿qué habia en ese vino? Ya adivinareis cuál era el contenido de la carta.... La Montesca decia en un estilo capaz de desgarrar el alma.... "¿Por qué me has abandonado?... ¿por qué se ha casado conmigo tu hermano.... ¿por qué, por qué, por qué?..."

"¡Sufro!... ¡soy muy desgraciada!... Siempre llorando.... rios de lágrimas brotan de mis ojos!..."

La linea azulada que habia siempre sobre los ojos de Montalt parecia oscurecerse cada vez mas. Por intervalos agitaba sus lábios un convulso temblor. Pero su hermosa frente permanecia serena y no dejaba de sonreír.

Nada tenia que ocultar sin duda, á no ser su disgusto por la bárbara alegría de aquel verdugo que se regocijaba implacablemente de la muerte de sus víctimas; y sin embargo, tras aquella obstinada sonrisa no era solo lo que se advertia la repugnancia y la fatiga. Habia mas. Hubiérase á veces creído adivinar la angustia, á veces la terrible tempestad dispuesta á estallar.

Roberto no veia nada de ello, y tal vez fuese el fuego de la lejana luz que venia deslizándose á través del follaje á escribir caprichosos pensamientos sobre el inmóvil rostro del nabab.

—La carta comprometia mucho, dijo Roberto;

era muy indiscreta, como todo lo que traza la pluma sencilla de la virtud... Decía diez veces mas de lo que se necesitaba para escitar el furor del bárbaro marido, tanto mas cuanto que el dichoso bebedor de aguardiente había recibido por su parte un mensaje:

Una carta del hermano mayor, que no podia permanecer tranquilo en su destierro, y que enviaba por el correo un voluminoso pliego.

Milor, daría veinte luises por tener en mi bolsillo aquellos trozos de elocuencia. Los leeríamos juntos, y estoy convencido de que no podríais menos de alegraros.

—Por lo que me decís, caballero, replicó Montalt, cuya voz era tranquila, debían ser en efecto muy curiosos.

—¡No podeis figurároslo! Me procuré tambien esa segunda carta, pensando bien que á su tiempo ese documento caería naturalmente sobre la majer, porque el marido no se la ha enseñado nunca.

—¡Ah! dijo el nabab involuntariamente.

Roberto le miró.

—Os aseguro, milor, prosiguió Roberto, que me causa mucho placer contaros historias, porque si bien no sois muy impresionable, al menos escuchais, lo que me lisonjea.

Una vez en mi cartera las dos cartas, no podia ya decir la dama una sola palabra. La tenia en la red; al menor signo de negativa hacia la tentacion de meter la mano en mi bolsillo, y en el mis-

mo momento bajaba la cabeza como si yo hubiese tenido un talisman que enseñarle.

Así marchó todo con facilidad. Montesco vendía, vendía. Capuleto compraba, y compraba tanto, que llegó un día en que aquel no tenia que vender ya mas que la herencia de su hermano ausente.

Para esto era preciso un poder.

Mr. de la Chicane, ese honrado abogado que ya debeis conocer, le facilitó un medio muy sencillo para salir del apuro.

—Imitad la firma de vuestro hermano, le dijo.

A Montesco no le pareció esto gran cosa. Una tarde que su frasco de aguardiente se habia vaciado mas lentamente que de costumbre, hizo la primera falsificacion. Las otras siguieron á esta sin esfuerzo ni dolor.

—Preciso es deciros que ese pobre diablo tenia mucha repugnancia á hacerlo; pero como nosotros no le dejábamos nunca un luis en cartera, creia vengarse así de su pícaro hermano.

Porque yo le habia aleccionado admirablemente.

El hermano, despues de haber hecho la necesidad de marcharse, habia hecho la estupidez de volver un hermoso día á espantar á los pájaros bajo los muros del castillo.

La fecha de esta romántica visita correspondia justamente con la del nacimiento del Angel. Como podreis comprender, yo no era hombre que dejara perder esta coincidencia.

—Fió en vos, dijo Montalt, en cuya frente bri

llaban algunas gotas de sudor, causadas sin duda por el calor creciente que reinaba en el jardín; hicisteis creer á nuestro hombre que el Angel no era hija suya.....

—Precisamente, y hele aquí cada vez mas furioso contra su hermano.

Desde aquel momento hubiera sido nuestro ej negocio, á no haber encontrado en nuestro camino un obstáculo extraordinariamente fantástico.

Pardiez, milor, estamos en el país de los diablillos y es necesario que mi narracion contenga algunas diabluras.

El obstáculo de que os hablo consistia en dos demonios que nos han hecho mas guerra de lo que parece.

¡Pero no me servís de beber!

Montalt, en efecto, juzgaba que su interlocutor se encontraba ya en buen estado. No queria turbar mas la lengua y las ideas de Roberto.... ¡Pero contener á un hombre beodo!

El caballero tomó la botella y se sirvió un vaso lleno.

—Dos demonios.... ¡Vamos! Blas y Bibandier quieren pasar la noche tras los árboles haciéndome señas estúpidas. Pardiez, añadió levantándose y amenazando á nuestros dos caballeros, que ocultos en efecto tras un árbol, procuraban llamar su atencion. Jugad, perded, derrochad!.... Maldito lo que me importa.... estoy arreglando un negocio con mi amigo Montalt, y si vuelvo á ver vues-

tras repugnantes fisonomías, os tiro una botella á la cabeza.

Blas y Bibandier desaparecieron. Este incidente, como todos, no hizo hacer al nabab el menor movimiento.

—Al diablo.... dijo Roberto sentándose; los brutos no saben de qué se trata, y consiento en que me ahorquen si partimos con ellos.... ¿Eu qué estaba?

—¡Dos demonios!

—¡Bien! bien! ¡dos niñas ó mónstruos! Las hijas del tio. No quiero deciros todo el mal que nos han causado robándonos los documentos, desgarrando los créditos, violentando los cajones. ¡Ah! si el Montesco no hubiese sido cosa perdida, ó si únicamente esos diablillos hubiesen llevado pantalones en vez de jubones, no podria deciros ahora lo que sucedió.

Pero en fin, con todas sus picardías las chicas no han podido mas que retardar dos ó tres meses el desenlace de la historia.

Y os aseguro que fué muy buena..... sed vos juez.

Aquí Roberto se interrumpió para recogerse un momento. Despues comenzó la narracion de los acontecimientos sucedidos en Penhoel desde la noche de San Luis hasta la otra noche que vió la partida de la despojada familia.

Lejos de intentar disminuir los hechos, los au-

mentaba y exageraba; ¡tanto le interesaba pasar á las ojos de Montalt por un bribon de primera clase!

Montalt escuchaba con aire de complaciente atención.

Su sonrisa no le habia abandonado.

Y la palidez que entonces habia en su rostro podia provenir muy bien de la fatiga, porque la historia duraba mucho tiempo.

Tenia la frente serena y sin arrugas como la de un jóven.

Nada habia cambiado ni en su actitud ni en la expresion de su fisonomía.

Únicamente no se habian vuelto á levantar sus ojos y habia escondido la mano en la camisa.

En los buenos momentos de la narracion, cuando la elocuencia de Roberto llegaba á su colmo, se veia la mano agitarse imperceptiblemente á través de la fina tela del traje de Montalt.

Aquella última noche de Penhoel, aquella noche sombría y llena de horror en que René habia levantado la espada sobre Marta, fué referida por Roberto con una especie de entusiasmo.

El oyente mas frio hubiera dado alguna prueba de emocion. No le sucedió lo mismo á Montalt.

Su respiracion permaneci6 igual y reposada. No arque6 las cejas mas que una sola vez, y ésta muy débilmente. Entonces fué cuando Roberto le pintaba á Marta arrastrándose á los piés de su marido y pidiéndole perdon por la mermoria del ausente.

—¿Amaba aún á ese hermano ausente? murmur6 el nabab.

—¡Psil! hizo Roberto; ¡farsa, farsa!... puesto que os digo que con una palabra, con un gesto, con nada hubiera sido yo el amante de esa mujer... En cuanto al viejo tío antediluviano, comía el pan de la casa, cuidando de lo poco que en ella habia. Pero en cambio se ocupaba demasiado del sobrino ausente... Yo, yo era únicamente el que daba importancia á ese fantasma, yo quien resucitaba aquella pretendida pasion, y puedo decir sin vanidad que fabriqué mi castillo sobre la punta de una aguja.

Y se recost6 en el respaldo del asiento.

—¡El hermano! prosiguió riendo; ¿quién pensaba en el hermano? ¡Ah, milor! un vaso de vino si gustais. He concluido. ¿Os parece conveniente mi conducta en cuanto acabo de relataros?

—Es lo mas sublime del arte, replic6 Montalt, y me consideraria muy feliz teniendo un asociado de vuestras cualidades.

—¡En buen hora! Podeis creer que ya os habia yo adivinado, y aunque en el círculo os habia visto jugar de cierto modo, nunca creí que fuéseis hombre de preocupaciones. No os falta mas que un poco de soltura.

—Sereis mi maestro.

—Y haremos grandes negocios, milor. Examinad el nudo de esta intriga; ¿de qué manera está

dispuesto! ¡cómo juegan todos los personajes su papel sin saberlo!

Roberto olvidaba, voluntariamente por supuesto, que quien había tenido en su mano el hilo de la intriga, había sido el marqués de Pontalés, y que él, Roberto, había representado un papel muy importante, pero en provecho del marqués.

Continuó mientras Montalt se inclinaba en señal de completa aprobación.

—¡No hay que decir nada! No es una de esas historias de puñal y veneno en que los bandidos subalternos juegan algunos millares de francos contra las probabilidades del grillete; nada de medios violentos, nada de combinaciones con que la ley penal tenga que ver; se entra en la casa, se sienta uno á la mesa de unas personas, se les ruega políticamente que salgan. ¡He aquí todo!

Montalt se levantó, y este movimiento, que puso á luz las hermosas facciones de su rostro, mostró al mismo tiempo de una manera muy patente la palidez de su fisonomía y el círculo azulado que sombreaba sus ojos. Tenía constantemente la mano apoyada contra el seno bajo la fina tela de la camisa.

—¡Ni un movimiento violento! prosiguió Roberto buscando algunas gotas de vino en el fondo de la última botella vacía, ni un asesinato.

Detrás de él se dejó oír una voz que salió de entre el follaje.

—¡Mientes! dijo.

Roberto se levantó sobresaltado, cayendo sobre su asiento.

Montalt se volvió inmediatamente hácia el sitio de donde había salido la voz.

—¿Habeis hablado, milor? preguntó Roberto.

—No, contestó Montalt.

La voz se dejó oír de nuevo detrás de los árboles débil, baja y llegando apenas á los oídos del nabab y de su compañero.

—¡Mientes! repitió; has asesinado, y no á dos hombres fuertes, sino á dos pobres niñas que la mano de Dios vengará, Roberto de Blois!

El Americano pareció como herido de un rayo.

—Acabamos de hablar del país de las apariciones sobrenaturales, señor caballero, dijo friamente el nabab, á quien nada podía estrañar; habeis evocado fantasmas.

Saludó con un gesto lleno de cortesía y dejó solo á Roberto en la gruta.

Blas y Bibandier penetraron al momento en ella.

El nabab entró en el baile; tenia por costumbre retirarse mucho tiempo antes de terminar sus fiestas. Por esto fué por lo que sin admiracion ni estrañeza se le vió dirigirse hácia la escalera del palacio.

Atravesó los gozosos grupos inclinándose á un lado y otro sin retirar la mano, que oprimia siempre su pecho.

Su pálido rostro tenia en este momento esa misma sonrisa que se le había visto en el mismo ing-

tante en que la orquesta daba la señal de la primera contradanza.

Franqueó el peristilo adornado de flores y entró en el palacio.

Cuando hubo cerrado tras sí la puerta de su habitación, desapareció como por encanto la calma que antes espresaba su rostro. Arqueáronse sus cejas; varias arrugas surcaron su frente. Un fuego sombrío brilló en su mirada. Su garganta oprimida exhaló un gemido.

Dejóse caer sobre un divan como si sus piernas no hubiesen tenido fuerzas para sostenerle.

Hubiérais dicho que era un paciente que acababa de sufrir una larga é intolerable tortura.

Cuando retiró de su pecho la mano, la tela de la camisa, al tocar la carne de su seno, se tiñó de una mancha de sangre.

XX.

EL RETRETE.

Hay naturalezas escéntricas y vigorosas que se complacen con el dolor y prodigan con gusto y sin objeto el esfuerzo de un heroísmo inútil. Dad á estos Hércules el sostener un mundo y lo intentarán; tal vez lo consigan. Lanzadlos en medio de la vida común, y se dormirán en esa ociosidad perezosa compañera inseparable del vigor que siente y no ve trabajos dignos de ella.

Pero que surja la ocasion, la sombra de la ocasion, y estenderán los músculos de su cuerpo ó los resortes de su alma; los vereis saltar al ataque ó permanecer firmes á la defensa como esas grandes

tante en que la orquesta daba la señal de la primera contradanza.

Franqueó el peristilo adornado de flores y entró en el palacio.

Cuando hubo cerrado tras sí la puerta de su habitación, desapareció como por encanto la calma que antes espresaba su rostro. Arqueáronse sus cejas; varias arrugas surcaron su frente. Un fuego sombrío brilló en su mirada. Su garganta oprimida exhaló un gemido.

Dejóse caer sobre un divan como si sus piernas no hubiesen tenido fuerzas para sostenerle.

Hubiérais dicho que era un paciente que acababa de sufrir una larga é intolerable tortura.

Cuando retiró de su pecho la mano, la tela de la camisa, al tocar la carne de su seno, se tiñó de una mancha de sangre.

XX.

EL RETRETE.

Hay naturalezas escéntricas y vigorosas que se complacen con el dolor y prodigan con gusto y sin objeto el esfuerzo de un heroísmo inútil. Dad á estos Hércules el sostener un mundo y lo intentarán; tal vez lo consigan. Lanzadlos en medio de la vida común, y se dormirán en esa ociosidad perezosa compañera inseparable del vigor que siente y no ve trabajos dignos de ella.

Pero que surja la ocasion, la sombra de la ocasion, y estenderán los músculos de su cuerpo ó los resortes de su alma; los vereis saltar al ataque ó permanecer firmes á la defensa como esas grandes

rocas que desgarran el barreno, pero que no puede romper.

Si la ocasion no llega, se cansarán en batallas imaginarias; gastarán en doblegar una caña la fuerza que hubieran necesitado para arrancar una encina.

Montalt era uno de esos corazones robustos y fogosos que se dejan adormecer por la indolencia. No sabía en qué empleaba su vida; si alguna vez despertaba era para cansarse en luchas vanas.

Acababa de sostener el combate mas poderoso que hubiese empeñado nunca. Durante esas largas horas se habia visto obligado á permanecer frio, tranquilo, risueño, con el infierno en el corazon.

Pero ¿por qué ese esfuerzo gigantesco? ¿Era una apuesta loca hecha consigo mismo? ¿Y de qué provenia ese sufrimiento?

¿Tenia tanto interés en saber esas aventuras referidas por Roberto, que pudiera recompensar su martirio?

A esta pregunta tal vez él mismo no hubiera respondido, porque en su corazon todo era tinieblas y duda.

Sin embargo, al analizar esa estraña tendencia de que acabamos de hablar, preciso era que hubiese alguna cosa real tras el exagerado trabajo de esa lucha. El sufrimiento era indudablemente verdadero. Bastaba para convencerse mirar las alteradas facciones de Montalt y aquella mano que salia de su pecho, tinto en sangre.

Habia semejanzas estrañas, relaciones llenas de recuerdos, en que la imaginacion se abisma de improviso, y que hacen renacer la angustia mortal de muchos años...

Montalt, que pasaba su vida en un sofisma perpetuo, renegaba de lo que amaba, ensalzando lo que despreciaba.

Montalt, el encarnizado mofador de la virtud del honor, del amor, debía tener en el alma una herida envenenada.

El frio escepticismo juraba por su boca, en que no se hubieran adivinado mas que palabras generosas y caballerescas. Se mentia á sí mismo, ó bien proseguia la venganza insensata de los corazones pervertidos...

Todo en él parecia provenir de una reaccion funesta y llevada hasta sus mas extremas consecuencias. Ese hombre habia debido adorar apasionadamente todo lo que ahora escarnecía.

Habia un odio pueril en apariencia, y que con frecuencia nos ha hecho sonreir; queremos hablar de su aversion á la Bretaña. Tal vez en ese mismo sentimiento se hubiese encontrado el origen del interés tan grande que le causaba la narracion de Roberto... Decimos tal vez porque con esas naturalezas excepcionales es preciso desconfiar de las inducciones, y si Montalt tenia un secreto no lo habia confiado á nadie.

Hacia un cuarto de hora que habia salido del

baile. En ese tiempo había permanecido inmóvil y como anonadado.

Tenia estendidos los brazos, y su hermosa cabeza, apoyada en los cojines del divan, expresaba la amargura mas desesperada.

Levantóse al cabo de algunos minutos y pasó el dorso de la mano por la frente, bañada de un sudor frio.

—No, marmuré, no quiero tener piedad..... Quiero sonreír..... como antes..... ¿debe acaso oprimirse el corazón al pensar que pueden ser desgraciados, que la mano de Dios ha podido caer sobre ellos? Que sufran.... ¡que mueran!

Y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh! exclamó exhalando un gemido. ¡No hace muchos años que los aborrezco!..... tanto mejor, ¡tanto mejor si me venga la calamidad!

Y se levantó bruscamente, poniéndose á recorrer la estancia á grandes pasos.

—Y luego.... prosiguió echando á la espalda los bucles de su cabellera, que se pegaban á su húmeda frente.... ¿qué me importa? ¿Conozco yo á esas gentes? ¿debo acaso volverme loco porque tres ó cuatro miserables han robado y sumido en la miseria á un caballero de Bretaña?

Una sonrisa contrajo sus labios.

—He sufrido como si se hubiera tratado de alguna cosa importante. ¡Tal vez haya bebido mucho! Prefiero creer que tenía los nervios algo excitados, y que he padecido una fiebre á fuerza de

escuchar á ese bribon, que me contaba sus proezas contra una mujer.

¡Por el nombre de Dios! se interrumpió, conteniendo su voz, ¡creo que me hubiera curado si le hubiera aplastado con el pié cual á una vívora!

A sus labios asomó una amarga sonrisa y retardó su paso.

—¿Y por qué? continuó respondiéndose á sí mismo; ¿qué me ha hecho ese hombre?... ¿Es un crimen vencer á fuerza de engaños á la mujer perñida? ¿Pero qué me importa todo eso? ¿Por qué se abraza mi cabeza? ¿Por qué se me desgarrá el corazón en el pecho?.....

Estraviáronse sus miradas; de nuevo se dejó caer en el divan.

—Dios mio.... dijo despues de un largo silencio, durante el cual su fisonomía, cambiando poco á poco, expresó una meditacion dulce y melancólica. ¡Pobre Bretaña!.... ¡pobre iglesia en que oraba desde el fondo de mi corazón! ¡Pobre niña que tal vez amaba, y que abandoné por una sombra de extravagante heroismo! ¡Cuántos y cuán queridos recuerdos!

El resto no es mas que un sueño penoso. ¿Qué hubo despues de esos años de felicidad?.... veinte años de esfuerzos terribles, de luchas emprendidas para aturdirme, para olvidar..... el juego terrible de las batallas, del oro conquistado, un placer, una vida perdida!....

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡Y en Bretaña tanta felicidad!... murmuró; ¿no tenía el otro razón para defender su tesoro? ¡Dios mío! ¡Dios mío! replicó estremeciéndose; ¿sé á donde va mi pensamiento?... ¡si fuera cierto! ¡si mi sufrimiento tuviera un eco en el fondo de su corazón! ¡A mis quejas ha respondido el silencio! ¿pero las oía ella?

—¡Oh! la historia de ese hombre!

Deslizóse su mano en el seno y sacó aquella caja de sándalo cuya cubierta estaba llena de brillantes. La contempló en silencio por algunos segundos y se humedecieron sus ojos.

Pero en el momento en que iba á abrirla se fruncieron sus cejas y la ocultó en el seno con un gesto lleno de ira.

Se levantó otra vez enfurecido consigo mismo.

—¡Locural locural exclamó; ¿qué resta de un sueño? Soy Barry Montalt, el hombre que no tiene ni penas ni esperanzas! ¡Tengo un velo sobre mi pasado! No creo en el porvenir. Era joven soberbio.

El espejo le devolvió el desafío que estaba pintado en su rostro.

Llamó.

Seid mostró su negro rostro á la puerta del gabinete.

—Mi opio, dijo Montalt; y desnúdame.

Muchas noches hacía que el nabab llamaba al rebelde sueño de esa manera.

Mientras que Seid preparaba el brevaie, llamaron suavemente á la puerta exterior.

Montalt hizo seña de que abrieran.

Era Mr. Smith, vestido de negro como conviene á un hombre decente que sabe vivir.

Montalt le recibió con el vaso en la mano.

—Perdon, milor, dijo Mr. Smith, á quien su empleo no impedía guardar siempre una gravedad puritana; vuestra señoría me ha parecido esta noche muy ocupado con asuntos importantes y no me he atrevido á llamar su atención.... Sin embargo, tenía que darle una buena noticia.

—¿Cuál? preguntó Montalt bebiendo un trago.

—Nuestros dos inconquistables se han decidido al fin, replicó Mr. Smith.

—¿Enrique y Roger?

—No señor, contestó Mr. Smith. Quiero hablar de las dos encantadoras niñas que perseguimos hace tiempo.

—¡Mis dos sombreritos de paja! exclamó el nabab; ¿consienten al fin en oiros?

—Mas que eso.

—¿Han prometido venir?

—Han venido.

—¿Solás?

—Conducidas por una honorable señora amiga mía, Mad. Cocarde.

Montalt tenía el vaso á la altura de los labios.

—¡No hay una sola! murmuró; ¡todas, todas por un puñado de oro!

Y apuró de una vez el resto del brevaje.

—¡Pardiez! dijo dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado Seid; voy á dormir perfectamente.....

Poco mas de las nueve de la noche eran cuando Mad. Cocarde y sus dos protegidas bajaron del carruaje en una de las desiertas calles que entonces costeaban los Campos Eliseos entre la avenida de Marigny y los terrenos de Beaujou.

Atravesaron una corta calle unida á las accesorias de una casa de gran apariencia que parecia iluminada como para una fiesta.

Diana y Elena, trémulas, se dejaban conducir por Mad. Cocarde, que por el contrario, marchaba con el mayor desembarazo y parecia conocer perfectamente el terreno.

Las dos jóvenes no llevaban ya el traje con que las hemos visto hace poco tiempo en su humilde cuartito.

Por una especie de piadoso instinto en el momento de afrontar el peligro supremo, se habian vuelto á poner sus trajes bretones, las cofias de morbihaneas, el corto pañuelo al cuello y el corto jubon de lana rayado.

Mad. Cocarde llevaba un sombrero lleno de plumas ajadas y un pañuelo de Ternaux de superior calidad.

Llamó y a cudió á abrir un criado; luego llegó un caballero de traje negro que acogió á Mad. Cocarde con la mayor amabilidad.

—Servidora vuestra, Mr. Smith, dijo la principal inquilina: apostaria á que no me esperábais á estas horas.

—Siempre es ocasion, hermosa dama.... contestó Mr. Smith.

—¡Bien, muy bien! replicó Mad. Cocarde.... me he dado alguna prisa, y he aquí los dos angelitos que pretenden algo.... Entremos.

Mr. Smith se llevó el lente á los ojos y dirigió á las dos jóvenes una mirada inteligente.

—¡Oh, oh! hizo modulando á pesar sayo los tonos cromáticos de la interjeccion inglesa.... *¡Very pretty maids by God!*

Luego añadió en voz baja:

—¿Son ellas?

Mad. Cocarde guiñó un ojo, contestando:

—En cuerpo y alma.

Mr. Smith saludó y pasó adelante. Subieron una pequeña escalera, cuyos peldaños desaparecian bajo la lana de una alfombra, y Mr. Smith, que enseñaba el camino, no tardó en abrir una puerta del piso principal.

Saludó de nuevo.

—Tomaos la molestia de entrar, dijo, indicando la puerta abierta.

Diana y Elena dudaron.

—¡Vamos, perlas mias!... exclamó Mme. Cocarde.... se trata de vosotras.... yo soy ya muy vieja, añadió con un suspiro, para entrar ahí dentro.... van á servirnos de cenar.

—Ya está hecho, dijo Mr. Smith.

—Entonces, buen apetito, niñitas mías... dijo Mme. Cocarde, que empujó á sus dos protegidas hácia la estancia, y cerró la puerta tras ellas.

Mr. Smith sacó de su bolsillo una cartera de que tomó dos ó tres papeles muy finos, que depositó en la mano presentada por Mme. Cocarde.

Esta hizo una reverencia y desapareció.

Elena y Diana permanecían inmóviles cerca de la puerta cerrada. No se atrevían á levantar del suelo los ojos por temor de ver delante de sí el objeto de su vago terror.

Sin duda algun hombre; pero ese hombre de proporciones fantásticas, ese mónstruo que sueña el terror de las jóvenes.

Elena fué la primera que se atrevió á levantar sus miradas, muy lenta y tímidamente por cierto. Vió una habitación de mediana magnitud, suavemente alumbrada por dos lámparas de cristal de color, y tapizada de terciopelo sombrío desde el suelo hasta el techo, en que se distinguían algunos frescos.

Los muebles eran como todos los del palacio de la primera época del reinado de Luis XV, verdaderas alhajas que se debían haber pagado á precio fabuloso. En una puerta, levantando la fina muselina de las Indias, mostraba un arpa su elegante curva.

Donde no habia oro brillaban el esmalte y los

embutidos, formando guirnaldas de flores de palo de rosa.

Era imposible imaginar un retrete mas delicioso.

Y la mano que lo habia adornado no se habia entregado en él á ningun capricho. Los recuerdos de Asia cesaban y no iban á contrariar, como en el resto del palacio, el estilo florido de nuestro siglo diez y ocho.

Se trataba de amor y se habia optado entre Asia, muy avanzada en voluptuosidad, y la Francia de Luis XV. Habíase escogido la Francia de Luis XV, lo que seguramente era para ella un gran honor.

Elena, cuyos párpados se iban levantando á medias, lanzó un grito de alegría, no sin duda al observar todas estas maravillas, sino al aspecto de un velador de piés de bronce cuyo tablero incrustado sostenia una cena soberbia. El apetito de Elena aumentó, no pudiendo menos de asomar á sus lábios una sonrisa.

Pero bajó los ojos, porque esa primera mirada no habia reconocido toda la estancia, y la pobre niña conservaba una buena dosis de terror.

Diana, inmóvil y pálida, tenia el aspecto de una víctima que espera.

Sus ideas eran otras y mas graves que las de su hermana; tal vez adivinaba mejor la naturaleza del peligro y la estension del sacrificio...

Los párpados de Elena se abrieron segunda vez

y se dilataron sus narices para aspirar el aromático olor que le enviaba la cena.

—¡Diana!... dijo en voz baja.

Y como su hermana no contestase, le sacudió suavemente el brazo.

—¡Ven!... dijo; no hay nadie.

Las largas pestañas de Diana se levantaron, y su triste mirada recorrió la habitación.

Su oprimido pecho exhaló un suspiro.

—¡Nadie!... repitió.... pero van á venir....

Elena atravesó la estancia de puntillas y como si hubiese temido despertar á Barba azul dormido.

Sobre la mesa habia unos panecitos tiernos, dorados, apetecibles. La pobre niña adelantó la mano, la retiró, y despues la avanzó de nuevo.

¿Seria veneno?

Tomó un panecito y lo acercó á sus labios, que estaban muy pálidos.

Dudó aún.

¡Pero qué buenos y sabrosos parecian!... ¡Cómo cedian, sonando á la presion de los dedos de Elena, que no habia comido hacia dos dias!

Abriósele la boca; sus blancos y finos dientes atacaron la dorada corteza... y el panecito desapareció como por encanto.

Tomó otros dos y se dirigió á su hermana saltando.

—¡Toma, Diana! dijo, presentándole la mitad de su presa; te aseguro que nada tienen dentro.

Diana, que no habia dejado escapar una queja,

estaba aún mas estenuada que su hermana, y tal vez sufría mas hambre, porque el último bocado habia sido para Elena.

Dirigió al pan una mirada de deseo y temor. Despues se abrió su mano.

Comió.

—¿Qué te parecen esas viandas? dijo Elena. No las habiamos visto desde Penhoel. Si las probáramos....

Diana no respondió.

Elena hizo por segunda vez el viaje y puso en su plato dos pechugas de faisán; pero al volver se detuvo en la mitad del camino.

—Pienso, dijo, que estamos aquí muy mall. ¿Por qué no nos hemos de sentar á la mesa?

Ya no estaba tan pálida, y su angelical sonrisa vagaba por sus labios.

Diana no se movió.

—¡Ven! replicó Elena: te digo que estaremos mejor junto á la mesa; estos manjares son para nosotras.

Estas últimas palabras parecieron producir una penosa impresion en Diana, que se estremeció, levantando los ojos al cielo.

Pero Elena, repuesta ya de su temor, la tomó de un brazo, llevándola á pesar suyo, hácia la mesa.

—Voy á servir yo, dijo haciendo rodar dos sillones sobre la alfombra. Ordenad, señorita, y sereis servida.

Un momento despues estaban sentadas las dos

una al lado de otra y delante de los platos. En los vasos había vino, y el faisán había sufrido un ataque estremadamente notable.

Diana había resistido; pero ante aquella tentación de una mesa servida, había vencido el hambre.

Además, en eso no había peligro; ¿la prudencia no aconsejaba al contrario, que se tomaran fuerzas para defenderse contra el peligro desconocido?

Durante los primeros instantes estaban las dos jóvenes sentadas en el extremo de sus sillas: al menor ruido que fuera se dejaba oír, temblaban de la cabeza á los piés, dejando escapar cuchillos y tenedores.

Pero nadie entraba. Sentáronse mas cómodamente en sus blandos sillones. Los vasos se vaciaron dos ó tres veces. No se puede decir que se calmó el temor, pero sí que al menos fué olvidado en parte.

Los ojos de Elena comenzaron á brillar; su sonrisa era mucho mas franca. La sombría frente de Diana iba poco á poco perdiendo sus nubes.

Eran dos niñas; pero las recientes luchas en que las había lanzado su entusiasta cariño les habían enseñado la temeridad.

Eran mujeres por su profunda sensibilidad así como por su pudor; pero por lo demás las hubiérais encontrado mas audaces que cualquier paje.

¡Habían conservado con tanta fuerza su viva alegría al desafiar la muerte!

Allí el peligro era otro y las asustaba tanto mas

cuanto que su ignorancia no sabía definirlo; pero esa misma ignorancia dejaba á su romántica imaginación el ocio de imaginar cosas imposibles y de formarse multitud de esperanzas.

Y además, el peligro se alejaba, abriendo campo libre á su audacia.

Conocía que se iban haciendo algo valientes. La alegría de Elena se iba apoderando de Diana, cuya frente se erguía ahora alta y orgullosa.

Comían unos pasteles.

Elena servía de todos los platos, de todos; su tenaz hambre no quería ceder.

Los vasos se vaciaban con facilidad. Lo que había de terrible en su posición desaparecía á sus ojos. Se reían con la mayor confianza. Hubiérais dicho que eran dos niñas haciendo locuras durante la ausencia de la familia, y que no tenían que temer otra cosa mas que la vuelta de su madre.

El pobre soldado breton que hacía centinela en la verja del Eliseo hubiera dudado mucho antes de reconocer en ellas á las dos jóvenes abatidas por el hambre y transidas de frío, cuya angustia había movido su buen corazón al principio de aquella noche.

Sus mejillas estaban vivamente coloreadas.

Estaban encantadoras.

Diana rechazó su sillón.

—No siempre nos han de privar de comer bien, dijo Elena; Dios mio, ¡tenía tanta hambre!...

—Y yo.

—Y lo callabas, ¡pobre hermana mía! Siempre soy yo la que me quejo.

Diana la rodeó con sus brazos, besándola en la frente. Luego se recostó en el respaldo del sillón.

Su risueña mirada recorrió la estancia.

—¡Qué hermoso es esto! murmuró.

—¡Oh! dijo Elena, la habitación de Lola, que tanto admirábamos en Penhoel, no valía nada comparada con esta.

—¡He aquí el París que nosotros habíamos adivinado! prosiguió Diana, cuyos bellos ojos negros se velaron estasiados. ¿Te acuerdas de lo que decían nuestros libros, hermana mía? ¿y de lo que decíamos en nuestros largos paseos por las orillas del río? ¡Veríamos riquezas semejantes y otros muchos encantos! ¡Parecíamos ya que estábamos en medio de todas estas maravillas, sentadas en un salón adornado de terciopelo y oro como éste, ó medio echadas sobre el césped cubierto de flores y de luz!

—¡Lo recuerdo!

—¡Qué locas éramos! era que perdíamos el juicio.... yo veía entonces como veo ahora.

—También yo.

—Parecíame que nuestros pobres vestidos caían á pedazos, y que teníamos magníficos trajes de seda, perlas en los cabellos, diamantes en el cuello, encajes en las espaldas. ¡Cuán bella te veía, Elena mía!

—¡Y qué hermosa me parecías tú, Diana!

—Y con esos brillantes trajes atravesábamos los

deslumbrantes salones. ¿Lo recuerdas? Al final venía siempre un buen génio, ¡y qué dulce era su sonrisa! que nos decía: Hijas mías, todo esto es vuestro; he aquí el oro para salvar á Penhoel; os doy á elegir; quedaos aquí ó volved á Bretaña.

—Y nosotras respondíamos al momento, exclamó Elena: ¡gracias, gracias, génio del bien! ¡queremos volver á ver á los que amamos!

Estaban agarradas de la mano y se cruzaban sus miradas.

—Quién sabe, prosiguió Elena bajando la voz; tal vez venga pronto el buen génio.

Diana movió la cabeza gravemente.

—Pobre hermanita mía, dijo, hablas como pudieras hacerlo una niña; no hay buenos génios.

—¡Oh, si viniese! exclamó Elena siguiendo su idea; preciso será librar al Angel.

—¡Desde esta noche! añadió Diana.

—Poner á Penhoel y á la Señora en una buena casa.

—Con nuestro padre.

—Luego correr, correr mucho, hasta Penhoel, para recobrar el castillo.

—Tendremos tiempo, dijo Diana.

—¡Y qué felices serán!

—¡Cómo se sonreirá el Angel al vernos!

—¡Y la Señora!

—Y todos, todos; ¡ah! es demasiada felicidad.

Elena se levantó dando palmadas. Se echó al

cuello de Diana con un movimiento de entusiasmo, y las dos permanecieron abrazadas.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas de placer.

En ese momento llegó hasta sus oídos el eco de una música suave y lejana.

Separáronse para escuchar. Era un vals lento, gracioso, melodioso, que causaba una dulzura indefinible.

—¿Qué es eso? dijo Elena.

Diana tenía la cabeza inclinada; escuchaba con placer.

Las pobres niñas no bebían ordinariamente más que agua; las pocas gotas de vino que habían tomado exaltaban sus vivas y ardientes cabezas.

Elena no podía explicarse el motivo que las había conducido allí. Se lanzó hacia la puerta de salida con objeto únicamente de oír desde más cerca aquella música deliciosa.

La puerta estaba cerrada.

Al extremo opuesto de la habitación había otra. Elena corrió á ella á su vez. Tan pronto como las puertas giraron sobre sus goznes lanzaron las dos hermanas un grito de sorpresa; una deslumbrante luz alumbraba el retrete.

Enfrente de la ventana, detrás de las ramas despojadas de un árbol, estaba suspendida una espléndida girándula.

Elena se lanzó á la habitación con los brazos tendidos y entreabierta la boca; luego se detuvo muda de admiración.

La música se dejaba oír entonces mucho más próxima.

Elena dió algunos pasos más con objeto de ver; púsose á la ventana, dirigiendo hacia fuera una mirada.

—¡Oh hermana mía, hermana mía! dijo poniéndose la mano en los ojos deslumbrados. . . . este es el jardín de nuestro sueño. Estamos en el jardín de las hadas.

En efecto, desde la ventana presentaba el jardín un aspecto magnífico.

Detrás de la girándula, cuyos cristales movidos ocultaban hasta cierto punto la ventana, se dibujaba una doble línea de fuego.

Esa parte del jardín, que correspondía al ala izquierda del palacio, estaba desierta; pero las miradas, dirigiéndose á la derecha, descubrían á través de las hojas de una cortina de tilos la iluminación de los parterres y las alfombras de césped, donde ya comenzaba el baile.

Los juegos de aguas reflejaban el brillo de las mil luces colocadas á lo largo de las calles, marcando los arcos de follaje y las grutas iluminadas: todo cuanto podía abarcar la vista no era otra cosa que fuego y guirnaldas de flores.

Diana y Elena apoyaban los codos en la ventana, fijando en ese pintoresco paisaje sus ojos asombrados.

Su imaginación estaba aun más deslumbrada que sus ojos. Las suaves y olorosas emanaciones que

subian del jardín hasta ellas las tenían en una especie de embriaguez.

Nunca habían visto, ni aun en sus sueños de niñas, nada que pudiera compararse á esos encantados esplendores.

Cuando terminaron las danzas se dirigieron algunas parejas hácia esa parte del jardín, que hasta entonces habia permanecido desierta.

Diana y Elena abandonaron la ventana para que no pudieran ser vistas.

Este movimiento las obligó á examinar la habitación en que estaban.

Ningun nuevo milagro habia en ella, y sin embargo, las dos jóvenes debieron admirarse mas aún.

Era una pieza bastante grande con dos puertas, de las que una comunicaba con el retrete y la otra estaba cerrada con llave. Algunas modestas sillas formaban todo el mueblaje con tres ó cuatro armarios.

Pero en esos armarios y en los huecos que entre ellos habia, colgaba una multitud de toda clase de trajes de una riqueza estremada. Todos los países estaban representados allí; lo mismo sucedia á todas las épocas; bien podia vestirse allí cualquiera segun su capricho, turco ó turca, brahma ó desvedaakée, castellana de la edad media, dama del tiempo de Luis XIII, marquesa de Pompadour ó diosa de la Razon, porque los trajes femeninos estaban en mayoría, y entre los del otro sexo, el mayor número por su tamaño y corte, parecia destina-

do tambien á mujeres; habia preciosos uniformes, sables pequenitos, dominós de todas clases y colores, y caretas de todas formas. Habia tambien levitas y pantalones de varias hechuras y excesivamente anchos, como los que llevan nuestras amazonas en los días de carnaval.

Era un verdadero almacén.

Además, el palacio Montalt poseia un teatro, y cada vez que daba baile el nabab, Nehemías Jones, el mayordomo, hacia ejecutar un baile en él.

Esta estancia, que comunicaba por una corta galería con la habitación de Mirza, tenia el destino de almacén, donde se echaban al día siguiente de un gran baile, todos los trajes que habian sufrido algun deterioro.

Diana y Elena eran mujeres.

La vista de ese tesoro de variedades, de esos preciosos adornos, de esos finos bordados, de esos encajes, les interesaba tan vivamente como el maravilloso jardín.

Tocaban la rica seda, el suave terciopelo, y luego miraban suspirando la grosera tela de sus trajes de lana.

Sobre todo habia dos trajes que escitaban su admiración.

Sin duda debian haber sido preparados para la fiesta de aquella noche, porque estaban colocados sobre dos sillas y parecian esperar la mano de la doncella.

Eran dos trajes completos de bayaderas, el pan-

talon ancho de muselina bordada de oro, la túnica corta, la chaquetilla, la diadema de perlas y el rico cinturón de gasa.

Las miradas de Elena iban de esos trajes á la ventana, descubriendo sencillamente la idea que acababa de surgir en su imaginación.

Bajo la ventana se oían voces.

—Entremos, hermana mia, dijo Diana.

—¡Qué hermoso es el baile!... replicó Elena suspirando.

Volvióse hácia la ventana y se inclinó para dirigir la última mirada.

Bajo la girándula se habia detenido una mujer sola.

Enjugaba el sudor de su frente.

En el momento en que la mirada de Elena se fijaba en ella, se quitaba la careta aquella mujer, acabada de salir del baile.

Elena ahogó un grito y atrajo hácia sí á su hermana.

El rostro de la dama estaba alumbrado por la girándula.

—¡Mirál! murmuró Elena.

—¡Lola! dijo Diana en voz baja.

A su vez se dirigieron sus miradas á los trajes tendidos sobre las sillas.

—No puede estar sola en el baile, dijo Elena, cuyos ojos brillaban de audacia y de desden; si pudiéramos entrar, tal vez supiéramos muchas cosas!

—¡Nuestra pobre Blanca! dijo en alta voz Diana, cuya mirada era meditabunda.

—¡Si la hubiera llevado ella! murmuró Elena.

Diana no respondió; pero su frente, mas pensativa, se inclinó sobre el pecho.

—Y luego, prosiguió Elena bajando la voz involuntariamente, quién sabe si encontraríamos sus huellas.

Y como Diana continuara guardando silencio, añadió:

—Hablo de Enrique y Roger.

Las miradas de Diana se fijaron de nuevo en los trajes, que parecían estar hechos precisamente para las dos jóvenes.

—¡Es imposible! murmuró moviendo la cabeza.

—¿Por qué? exclamó Elena, que dió en el suelo una patada de impaciencia; estamos solas, nadie nos ve. La ventana está baja y tenemos por escala las ramas del árbol.

Tomó á su hermana suavemente de la mano y la llevó hácia los trajes.

En seguida quitó á Diana su cofia, adornando sus hermosos cabellos con la diadema de perlas.

—¡Si supieras qué bella estás! dijo.

Diana se sonrió tristemente.

—¡Locuela! murmuró; quieres tentarme....

—¡Oh! exclamó Elena; eso sería mas bien á mí.

Pero si tú cedes, será únicamente por el Angel.

Y le sujetó la diadema de perlas.

—Escucha, prosiguió con tono sério; tengo un

presentimiento de que hemos de encontrar aquí noticias de los que amamos, y ya sabes que nunca me engañan mis presentimientos. Y si hemos venido hasta aquí, ¿ha sido para huir del peligro?

Al hablar así quitaba el corpiño á Diana, que no se oponia.

El traje de lana cayó al suelo y fué reemplazado por el pantalon ancho de muselina, por la túnica de paño de oro y por la chaquetilla.

Elena saltó de alegría.

—¡Voy á ponerme así! exclamó reemplazando con unas babuchas orientales el calzado de su hermana. Diana, sírveme tú de doncella.

El segundo tocado fué mucho mas corto que el primero. Elena no oponia la menor resistencia.

Cuando estuvo vestida de piés á cabeza, se miró ruborizada de placer.

—¡Si ellos nos vieran! murmuró.

Luego tomó dos caretas de terciopelo, una para su hermana y otra para ella.

No quedaban por poner mas que los cinturones

El que Elena escogió era verde. Diana tomó uno encarnado con franjas de oro.

En el jardín habia vuelto á comenzar el baile. Debajo de la ventana no habia ya nadie.

Elena rodeó con los brazos el cuello de su hermana.

Estaba pálida y su corazon latia con fuerza; pero era tanto de placer como de temor.

—¡Una, dos, tres! dijo acompañando las palabras con las manos para dar la señal.

Al tercer golpe saltó ligera como un ave sobre el alféizar de la ventana: un momento despues caia de pié debajo del árbol, y recibia en sus brazos á Diana, que temblaba.

LXX



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXI.

LA MIRADA DE UNA MUJER.

El retrete en que Elena y Diana habían hecho una cena suculenta á costa del enemigo, era la galante antecámara en que las bellas damas seducidas por el oro de Mr. Smith, acostumbraban esperar á Júpiter.

Júpiter era el nabab, y ciertamente que no hubiera tenido necesidad de oro para seducir, si se hubiese dignado tomarse el trabajo.

Pero no se dignaba.

Al salir de su habitación se dirigía al momento Montalt hacía el retrete, fuera del cual esperaban los dos negros.

Esta era otra reminiscencia del Asia, donde á guisa de cerrojos se colocan por gusto dos ó tres esclavos á las puertas.

Montalt entró. Elena y Diana estaban sentadas una al lado de otra, trémulas y en la otra estremidad del retrete. Habían tenido tiempo de volver á ponerse sus trajes de aldeanas bretonas.

Nada descubría su reciente escapatoria, á no ser la puerta de la habitación de los trajes, que habían olvidado cerrar, y que dejaba ver las iluminaciones del jardín.

Montalt no lo notó.

Se detuvo en el dintel de la puerta para examinar á las dos jóvenes, que tenían la vista fija en el suelo, pero que sin embargo lo veían perfectamente; el nervio óptico de la mujer tiene, como todos saben, el poder de atravesar la membrana de sus párpados.

Por esto no estaban menos desconcertadas y temerosas las pobres niñas.

Elena sentía desfallecer su corazón; Diana, que era la mas próxima al nabab, no perdía uno solo de sus movimientos.

Montalt cogió un sillón, que hizo rodar hasta delante de ellas; era la primera vez que veía á esas jóvenes con sus trajes de aldeanas. Por lo demás, esa sorpresa no tenía nada de desagradable; al contrario, á medida que las contemplaba en silencio espresaba su fisonomía una especie de emoción.

—¡Pobre Bretaña! murmuró al fin con voz tan baja que apenas le oyeron las dos pobres niñas.

Esta exclamación, que salía del fondo de su corazón, tenía el acento dulce y triste que se toma para compadecer á un amigo desconocido.

Escusado nos parece decir que Diana y Elena habían reconocido á la primera mirada no solo al viajero de la berlina, sino al hombre de la cita de Nuestra Señora, y también al interlocutor de Roberto en la escena que acababa de tener lugar en el jardín bajo la gruta. Porque habían asistido al final de aquella y eran las que habían lanzado á través de la espesura el doble y misterioso mentís.

Desde su escondite habían visto la calma obstinada que guardaba Montalt al escuchar la odiosa historia; pero también habían visto, y esto era ahora para ellas un vago motivo de esperanza, descomponerse repentinamente la fisonomía del nabab y espesar la amargura profunda que encubría su fingida frialdad.

¡Cómo habían brillado sus ojos negros, y qué amenaza se leía en el fuego de su sombría pupila!

En aquel instante tan corto en que Montalt había dejado caer su velo de glacial indiferencia, había entrevisto Diana un juez del crimen. La romántica inclinación que tenía á ver todas las cosas bajo un aspecto sobrenatural se había despertado, haciéndole sentir algunas simpatías hacia aquel hombre tan hermoso dentro de aquel palacio que encerraba tantas maravillas.

Lo que pensaba, lo que Diana sentía tal vez no hubiera podido espresarlo; pero su alma se recogía en una emoción respetuosa como en las horas de las plegarias á Dios.

—Esperaba.

Inducíale algo á respetar á Montalt, cuyo nombre le era desconocido aún.

Y en aquel momento en que de vuelta en el retrete las dos jóvenes esperaban sobrecogidas por su terror, era á Montalt á quien Diana esperaba ver.

Cuando se abrió la puerta la única que tembló fué Elena.

Diana estaba inmóvil y tranquila en su sillón con el oído atento y mirando á hurtadillas. No temblaba y le causaba asombro su sangre fría. Al verla tan serena su hermana se tranquilizó un poco.

Montalt las contemplaba en silencio y parecía que estaba meditando. El opio obraba ya en él, al menos como un calmante, y daba á su rostro toda su noble serenidad.

—¿Por qué ese disfraz? dijo al fin con tono afable y bueno; no lo necesitáis para ser tan bellas como los ángeles.

—Son los trajes de nuestro país... respondió Diana en voz baja y sin levantar los ojos.

—¡Ah! dijo Montalt; ¿y queréis mucho á vuestro país?

A esta inesperada pregunta arriesgó Elena una tímida mirada; luego volvió la cabeza en seguida para ocultar su rubor.

Pero había tenido tiempo para ver de frente á Montalt, cuya sonrisa se impregnaba en ese momento de una especie de bondad paternal.

El terror que Elena sentía desapareció casi en su mayor parte.

—¡Si amamos á nuestro país! dijo Diana. ¡Somos bretonas!

—¡Ah! prorumpió Montalt, cuya voz cambió ligeramente; á lo que parece, hijas mías, es una gloria muy grande ser bretonas. En todo caso, os felicito sinceramente por ello.

—Hace mucho tiempo que sabeis de dónde venimos, murmuró Diana.

—¡Oh! oh! exclamó el nabab, cuya sonrisa era cada vez mas franca; ¿con que fijásteis la atención en mí en el camino?

Elena hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Entonces ¿por qué esa prolongada resistencia? preguntó Montalt, porque hace mucho tiempo que anhelaba vuestra visita; ¿os causo miedo?

—No tanto como otros, respondió Diana, cuya voz se iba haciendo cada vez mas serena.

El nabab se inclinó.

—No tanto como otros, repitió; ese es mucho aún. Espero que habreis perdido toda clase de temores. ¿Queréis que sea vuestro amigo?

—¡Oh! respondió vivamente Diana; ¡si lo queremos!

Una nube de turbacion fué á oscurecer el rostro de Montalt. Hubiérase dicho que dudaba al dar un sentido á esa respuesta.

El silencio reinó de nuevo durante algunos segundos en el retrete. Montalt paseaba su mirada incierta de una á otra jóven.

Contemplaba con una emociion creciente aquellas dos hermosas frentes, brillantes de candor, aquellas facciones puras y encantadoras á que la cofia de aldeanas sentaba como una corona virginal.

Los que lo conocian hubieran adivinado que un pensamiento generoso y bueno combatia en su interior con las teorías de su terco escepticismo; pero el escepticismo era muy fuerte y el tiempo habia hecho llegar sus raices hasta el fondo del corazón.

Irguióse despues en su silla, tomando una postura que sentaba muy bien con la belleza de su rostro.

—Queridas mías, dijo, ¡vergüenza me causa confesároslo! pero os manifiesto que no era por mí por quien deseaba vuestra venida. ¡Era un loco! Es preciso veros de cerca para poder apreciar todo vuestro valor. Prometo que ya no os cederé á nadie.

No cabia la menor duda.

Diana se puso pálida mientras que el rubor invadía la frente de Elena.

La semejanza de las dos hermanas desaparecía en aquel momento, en que la emoción exageraba los caracteres diferentes de su belleza.

Elena no era mas que una pobre niña sorprendida y asustada.

Diana tenía la arrogancia de una reina.

—Lo ignoramos todo, dijo con voz lenta y baja; apenas podríamos deciros lo que de vuestras palabras nos hiera, caballero; y sin embargo, de confiaditas que estábamos, hemos aquí ya tristes y humilladas. Hemos venido á vos en el momento en que la angustia nos anonadaba, y en que mi pobre hermana, demasiado débil contra su sufrimiento, hablaba de morir. Cerca de nosotros se prolongaba la agonía de una mujer santa que amamos como si fuera nuestra madre. No quiero cansaros mas con nuestras penas. Se nos había hecho concebir una esperanza que por mucho tiempo nos pareció un sueño. ¿Por qué ocultarlo? Tras las promesas que se nos habían hecho entreveíamos algunas veces la vergüenza. Pero tambien algunas veces, como somos unas pobres ignorantes, nos parecía que Dios debía haber puesto sobre la tierra entre tantos hombres perversos, malvados, crueles é implacables, algunos corazones generosos para recompensar la virtud y probar que hay un cielo. No nos preguntéis si hemos reflexionado sobre nuestra esperanza, porque nuestra conciencia nos mandaba quedarnos. Y si

estamos aquí yo teago la culpa.... ¡oh! mia, mia sola es la culpa. Mi hermana no queria venir.

Elena se acercó á Diana y apoyó su cabeza contra su corazón.

—¡Te hubiera seguido al cabo del mundo!... murmuró.

—Escuchad, prosiguió Diana; cuando os he reconocido he sentido una satisfacción, un placer que no he sabido explicarme.... Me parecia mas fundada mi esperanza....

Se calmó el terror que oprimia mi corazón.... ¡Qué sé yo! Cuando las dos estábamos solas en nuestra pobre estancia, hubiéramos acudido á vos. Se nos aparecía con frecuencia vuestra imagen. ¡Dios mio! ¡Hemos tenido tantas ilusiones en nuestra corta vida, y han sido todas tan pronto desvanecidas! En el momento que hablásteis se abrieron mis ojos.... La venda que tenia delante de mi vista se ha disipado para mostrarme el abismo á cuyo borde estamos.... Caballero, no abuseis de nuestra posición, y dejadnos salir de este palacio.

Montalt la habia escuchado sin intentar interrumpirla.

Su rostro habia recobrado aquella indiferencia fatigada que era la máscara tras la cual se ocultaba siempre su emoción.

—¡Hermosas mias!... dijo con una sonrisa glacial, cuando se entra en una sala no se sale de ella tan fácilmente.

Elena se cubrió el rostro con las manos.

—¡Tened piedad! dijo Diana; somos las hijas de un caballero.

—¡Diable! dijo Montalt, que parecía suavizar su ironía; eso es escesivamente lisonjero para un villano como yo.

—¡Tened piedad! repitió Diana, cuyas largas pestañas dejaron escapar una lágrima... nuestro padre es muy anciano, y si somos deshonradas no volverá á ver nunca á sus hijas.

Esperaba una respuesta con la cabeza erguida y los ojos bajos.

No la obtuvo.

—Escuchad... prosiguió con voz resignada: aquí somos dos; contentaos con una víctima.

—¡Bueno! dijo Montalt; ¿y cuál va á ser?

—¡Yo, yo! esclamaron á la vez las dos jóvenes.

—¡Bravo!... dijo Montalt; ahora es la cuestión sobre cuál se ha de marchar.

—¡Oh! murmuró Diana; pobre Elena mía, te lo ruego, te lo suplico...

Elena se lanzó entre los brazos de su hermana, estrechándola contra su corazón.

—¡Moriremos juntas! dijo.

Diana entonces levantó sus ojos hasta Montalt, mirándole de frente por primera vez. Brillaban sus pupilas; la sangre coloreaba vivamente sus mejillas, tan pálidas antes. Pero toda esa indignación cesó como por magia.

Montalt no habia pedido sostener su máscara, y la mirada de la jóven le habia penetrado.

No habia necesitado mas que una ojeada, y sus párpados, que se bajaban entonces de nuevo, querian sonreír.

Habia visto la fisonomía del nabab desmentir enérgicamente sus crueles palabras; habia visto la bondad tras su implacable furor. Hasta habia creído ver húmedos sus ojos...

Montalt habia procurado componer su fisonomía al momento; pero es en vano querer ganar la viveza de la mirada de una mujer.

Al verse así descubierto de improviso, arqueó las cejas.

—¡Niñas bretonas, hijas de un caballero! murmuró con amargura no fingida. Pardiez, queriditas, habeis...

Rechazó el sillón en que se apoyaba y se puso á pasear por la estancia diciendo:

—Y venís á hablarme de honor... y venís á decirme como en las comedias: Preferimos la muerte á la deshonra. Mlle. Diana, hubiérais hecho una actriz muy regular. Honor... replicó encogiéndose de hombros; ¿sabeis á quién os habeis dirigido?... Yo, hermosas mias, no creo en el honor.

Por lo que hace á las amenazas de muerte que se hacen en semejantes casos, se asemejan mucho á esos fatuos cantantes que pasan la mitad del día haciéndose rogar, y la otra mitad en gemir su romanza cuando nadie quiere oírlos...

Mientras que se espesaba así, indignándose y gesticulando con toda fuerza, se habia inclinado

Diana al oído de Elena, deslizándole algunas palabras en voz baja.

Luego las dos jóvenes se pusieron á mirar al nábab á hurtadillas.

En los ojos de Elena habia entonces tanto temor como curiosidad.

Por lo que hace á Diana, habia recobrado todo su valor.



XXII.

CINCUENTA MONEDAS DE SEIS
LIBRAS.

Este extraño poder lo tienen todas. Aquí la ignorancia importa poco; el candor no hace nada; la mas inocente como la mas astuta tiene esa mirada egercutadora que penetra y reconoce hasta el fondo del corazon.

Basta ser mujer.

A menos que la mujer no ame. En ese caso se producen indiferentemente dos fenómenos contrarios. A veces la pasion hace mas sutil todavia esa perspicacia que traspasa los límites de lo verosimil y se convierte simplemente en segunda vista, mesmerismo, brujería. Con mas frecuencia aún sujeta

sonriendo el amor su mitológica venda sobre sus hermosos ojos celosos.

¿Qué sería del desgraciado don Juan si el hijo de Vénus llevase siempre artojos?

Mientras que Montalt declamaba sus incendiarias arengas y se creía el mas bárbaro tirano, se tranquilizaban mas y mas las dos jóvenes. Diana le habia adivinado perfectamente.

No tal vez hasta el punto de explicarle ó definirle, sino lo bastante para dar una solución á sus raros caprichos, y no ver ya en cada una de sus acciones un enigma inexplicable.

En esto era mucho mas diestra que Montalt, que sobre todo entonces, ignoraba lo que hacia y lo que queria.

Su paradoja favorita unida al temor de enternecerse, le hacia intratable. Enojábase consigo mismo y se golpeaba las caderas con objeto de mostrarse sin piedad, justamente porque sentia ya la emoción victoriosa.

¡Eran tan encantadoras las dos! tan dulce y sencilla la una y tan sencilla y arrogante la otra! Y despues hablaban de desgracia....

La emoción actual se mezclaba en Montalt á esa emoción recientemente espermentada durante la narración de Roberto. Y todo esto lo remontaba á un pasado lejano, pero que vivia aún á pesar suyo en el fondo de sus recuerdos.

Porque el género de suicidio en que se obstinaba Montalt es felizmente imposible. No se puede ma-

tar el alma, y bajo las glaciales supercherías que la misantropía reúne laboriosamente, duerme y espera el despertar la sensibilidad inmortal.

Sobre todo cuando la sensibilidad fué esquisita en los días de la juventud, cuando el corazón, herido en su primer ímpetu, se ha replegado desdeñosamente en sí mismo.

¡Si los misántropos supieran que el desprecio y el odio son puros venenos en medicina moral, y que el único tratamiento aplicable á las enfermedades del amor es el homeopático!

Dios habia hecho á Montalt generoso hasta el exceso, fácil á todas las impresiones, ardiente en el amor, decidido, misericordioso, sincero.

Montalt habia intentado convertir en vicios cada una de sus virtudes, y esto muy seriamente.

En esa obra habia empleado todo el fuego de su juventud, toda la fuerza de su edad viril; pero no lo habia conseguido.

Dios habia permanecido siendo el señor.

Todo lo que Montalt habia podido hacer habia sido engañarse á sí mismo y mirarse como un condenado de consideración.

Esta creencia era su orgullo y su alegría. Hoy por primera vez, despues de mucho tiempo, hacia nacer en él vagos remordimientos, porque habia surgido del fondo de su conciencia una duda; no sabia si esa larga y terrible venganza ejercida contra su propio corazón, tenia un motivo ó únicamente un pretexto.

No lo sabía. Las suaves voces de las dos jóvenes le recordaban confusamente otra voz. Sus trajes bretones le hablaban de una tierra odiada, pero tal vez muy querida en otra época.

Mostrábase implacable.

Sin embargo, por ciertas señales se podía prever que esa temible cólera iba á desaparecer repentinamente. El amargo sarcasmo estaba á punto de cambiarse en cariñosas palabras.

Porque el nabab era así, y aquella noche mas que de ordinario cambiaba su capricho á todos vientos.

Estaba inquieto.

En su interior habia una voz que repetia sin cesar:

¡Si te hubieras engañado!..... si fueras amado..... ¡si hubiera habido veinte años de sufrimientos compartidos!.....

Y para acabar comenzaba á hacer efecto el opio, preludiando esa dulce embriaguez que precede al sueño....

Al concluir de hablar deslizó sus miradas hacia las dos jóvenes, que creía aterrorizadas.

Estaba separado de ellas por la estension de la sala.

Diana jugaba tranquila y serena con los rizados cabellos de Elena.

Montalt hizo un movimiento de despecho y sorpresa.

Las dos hermanas parecian no fijar la atención en él. Se detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Queridas mías, dijo sosteniendo su tono de ironía, ¿no me haceis el obsequio de escucharme?

Diana se volvió inmediatamente hácia él con la frente libre y los ojos audazmente abiertos.

Elena avanzó su cabeza, mas tímida, por detrás de su hermana.

Montalt tenia que luchar mucho para que su mirada no se suavizara al contemplarlas tan bellas.

—¿Por qué entristeceros así? murmuró Diana, cuando queremos amaros tanto....

—¿De veras? preguntó Montalt con el último esfuerzo de ironía; me parece algo atrevidillo para dos hijas de un caballero.

—Bien, replicó Diana libremente y como si hubiese hablado con un amigo antiguo; ahora estais vos mas severo que nosotras antes!.....

¿No quereis que os amemos?

Montalt volvió la cabeza y prosiguió su paseo.

Esta escena tomaba, sin que se hubiese presentado la menor peripecia, un carácter singularmente inesperado.

¿Recordais aquella graciosa alegoría del buen La Fontaine de que se han hecho tantos cuadros feos ó bonitos, una niña rubia que corta riendo las garras de un leon de colosales dimensiones.....

En esto habia algo semejante, únicamente que el leon de la fábula no oponia la menor resistencia y Montalt se defendia cuanto le era posible.

Pero sus garras no por eso dejaban menos de caer una á una.

Desde que habia entrado en esa habitacion experimentaba uno de los sentimientos imperiosos y repentinos contra los cuales no se rebelaba ordinariamente su sistemática indolencia.

Ya lo hemos visto lanzarse literalmente al frente de Enrique y Roger en la berlina de la diligencia.

El encanto que le arrastraba hácia las dos jóvenes era del mismo género y mucho mas irresistible.

Pero habia una diferencia esencial. Enrique y Roger eran hombres, y en el caso presente se trataba de mujeres.

Es decir, de séres miserables y que merecian toda clase de desdenes, de esas criaturas que segun la doctrina de Montalt, nacian con todos los vicios, de esas serpientes graciosas y envenenadas creadas para la desgracia del hombre, de esos enemigos débiles y formidables, falaces, traidores, crueles, que todo hombre en cualquiera circunstancia debia destruir con el pié.

Para colmo se encontraba con que las dos hadas habian adivinado el combate silencioso de que era teatro su conciencia. Sonreian en vez de temblar. Estaban tan completamente cambiados los papeles, que él, el autócrata, el tirano, sufría el tormento mientras que las víctimas contemplaban pacíficamente su pena.

¡Dios mío! No abusaban ellas de su victoria, y

habia en sus miradas, llenas de clemencia, un sincero deseo de conceder la paz cuanto antes.

—Las hijas de un caballero, replicó Diana, que ahogó un suspiro; es cierto que lo éramos; pero ahora nos importan mas nuestras acciones que nuestra cuna.

—¿Ha muerto vuestro padre? preguntó Montalt.

—No, ¡gracias á Dios! exclamaron las dos jóvenes.

Luego añadió Diana, sacudiendo la cabeza:

—¡Nosotras somos las muertas!

El nabab interrumpió su paseo para dirigirles una severa mirada.

—¡No me chancéol replicó Diana con melancolía; hemos muerto para los que amamos. Habiamos emprendido una empresa que era superior á nuestras fuerzas de niñas. Luchaban contra nosotros hombres sin corazon ni piedad. Una noche nos hicieron caer en un lazo cobardemente preparado, y un asesino subalterno se encargó de matarnos.

Montalt se habia acercado hasta la mitad de la estancia.

—Todo eso es muy cierto, prosiguió Diana, y no querria mentir, porque tengo el presentimiento de que nos habeis de amar. Eramos muy pobres, pero un antiguo servidor de nuestra familia que Dios habrá llamado ya tal vez á sí, puesto que estaba en su lecho de agonía, nos hizo herederas de un pequeño tesoro reunido durante una vida de trabajo.

Iban á ahogarnos. Estábamos tendidas en el fondo de una barca con la boca tapada y gruesas piedras atadas al cuello.

Montalt dió dos pasos mas como contra su corazón.

Diana prosiguió, dirigiéndole una mirada:

—Había mucha agua y no teníamos de donde esperar socorro en aquella solitaria noche.

Entregué mi alma á Dios y me volví hácia mi hermana para verla otra vez.

Nuestro asesino tuvo piedad en ese supremo momento y nos acercó una á otra para que pudiéramos abrazarnos antes de morir.

—¡Oh! murmuró Elena, que estaba muy pálida al recordar esto, y que rodeaba á Diana con sus brazos; ¡cuánto pedí á Dios que tomara mi vida y te dejara la tuya, hermana mial

El nabab estaba entonces junto á las dos jóvenes; sus húmedos ojos sonreían.

Diana besó en la frente á su hermana y continuó:

—Procuré hablar con los ojos al asesino, porque teníamos agarrotados los brazos. Su rostro expresaba alguna emoción y concebí una pequeña esperanza.

Me comprendió: desató mi mordaza y le dije: Si quereis dejarnos la vida os daremos cincuenta piezas de seis libras, y nunca se oirá hablar de nosotras en el país.

Aquel hombre era pobre.

—“Eso hace trescientos francos, murmuró, y bien puedo dar sepultura á los ataúdes vacíos. Pero partireis al momento y os ireis muy lejos, muy lejos.

—“Iremos muy lejos y pediremos á Dios por vos.

—“Eso hacedlo despues.”

El tesoro del pobre servidor de nuestra familia contenia cien escudos de seis libras. Le dimos la mitad, cumpliendo nuestra promesa, y partimos para Paris.

El nabab se habia sentado delante de ellas, mirándolas con sonrisa paternal.

—Pero os cansa mi historia, dijo Diana precisamente al llegar á este punto.

—¡Coquetal dijo Montalt lleno de ternura; ya sabes que no.

Diana le tendió la mano; Montalt tomó la de Elena, reuniendo las dos en las suyas.

Desde entonces no intentaba ocultar su interés, excitado en el mas alto grado; pero el oplo hacia efecto y el sueño iba pesando sobre sus párpados.

—¿Fué entonces cuando os encontré en el camino de Paris? preguntó.

—¡Precisamente! Os acompañaban dos jóvenes que habíamos visto muchas veces en el país.

—¡Muchas veces! repitió Montalt, en cuya imaginación acababa de surgir una idea; ¿no los conocéis particularmente?

Diana tal vez dudó, pero no lo dió á conocer.

—¡No! respondió.

—Es claro, respondió Montalt; Enrique y Roger me hubieran hablado de esa historia.

Sin embargo, para no conservar duda alguna, añadió en voz alta:

—¿Quereis decirme cómo os llamis?

—Luisa.... contestó Diana, que apretó á su hermana el brazo.

—Berta, dijo Elena bajando los ojos.

—¡Hubiera querido que fuesen ellas! pensó el nabab.

Cuando Diana prosiguió habia en su voz alguna turbacion.

—Es preciso no juzgar á pobres campesinas como á señoritas bien educadas. Tal vez hicimos mal en dirigirnos á esos jóvenes; pero si supiéseis la resolucion que da la muerte! No causa miedo. Cuando mi hermana y yo dudamos desde que estamos en Paris, un solo motivo hace desaparecer nuestros escrúpulos, y esta noche, cuando han querido traernos á vuestra casa, ni mi hermana ni yo hubiésemos aceptado á no haber dicho yo como siempre: No existimos: lo que detiene á las jóvenes felices que se vigila y ama no puede retenernos.... Las Hijas de la Luna son libres como el viento que las lleva por entre el follaje.

—¡Las Hijas de la Luna! repitió el nabab; de ese modo habeis firmado vuestros billetes.

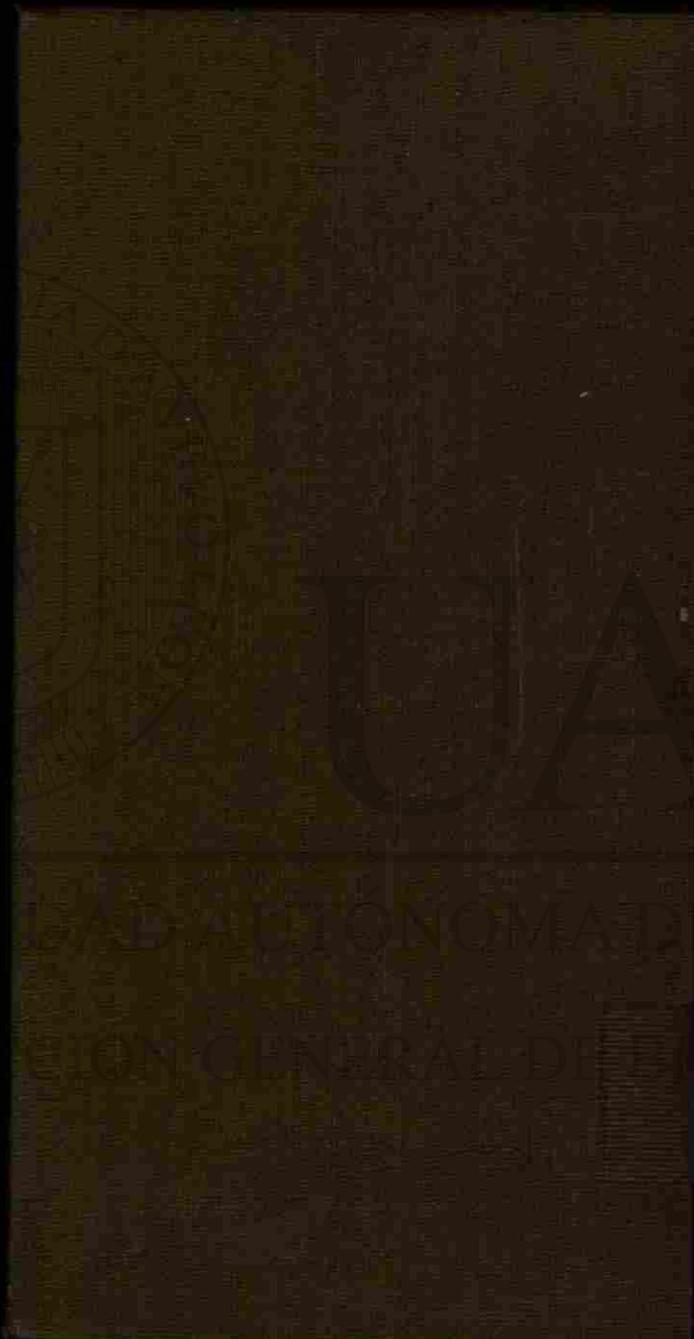
Pero no preguntó la esplicacion de ese místico sobrenombre.

—Desde hace dos meses, replicó, ¡debeis haber sufrido mucho, pobres niñas!

—Hemos tenido que pasar horas muy crueles, contestó Diana, porque si bien estábamos solas, habia otra miseria al lado de la nuestra.... Pero el buen Dios nos ha infundido valor y alegría. Hemos tenido mas de un momento de placer.... Mientras han durado los dias buenos se detenian los transeuntes delante de nosotras para escuchar nuestras canciones.... y á veces volviámas ricas.... ¡Canta tan bien mi hermanita!

—Y tú, exclamó Elena.... Si supiérais como la miraban al escucharla....

—Pero ha llegado el invierno.... prosiguió Diana, y no han querido escucharnos. Cuando llegamos nos quedaba ya muy poco de los cincuenta escudos.... Poco á poco hemos vendido cuanto teniamos.... Y esas pobres gentes que recibian de nosotras el pan de cada dia sin conocernos, puesto que nos creen muertas, han tenido hambre en su miserable retiro.... ¡Oh! si no se hubiera tratado mas que de nosotras! pero era preciso salvarlos y hemos venido.



PO
E
H
V